Elizabeth

Boyle

La condesa perfecta

Titania

Elizabeth Boyle

La condesa perfecta

UNA CANDIDATA IMPROBABLE...

Hija de un infame espía, Lucy Ellison sabe más del desacreditado oficio de su padre que de comportarse como una dama de alta sociedad. Pero cuando le salva la vida a Clifton y le enseña todo lo que él precisa para servir a su patria, los dos creen haber encontrado el verdadero amor. Ahora Clifton regresa de una guerra que los mantuvo separados mucho tiempo y Lucy deberá utilizar todo su talento para recuperarlo.

...UN HOMBRE CONFUNDIDO

Clifton jamás habría pensado que esa habilidosa mujer que le salvó la vida terminaría enseñándole tantas cosas sobre el difícil arte del espionaje y sobre el aún más complicado arte del amor. Más allá de los rumores y habladurías de la sociedad, ha decidido que Lucy es la condesa perfecta que él estaba buscando. Pero ahora debe partir en una peligrosa misión y, cuando regrese, varios años más tarde, tanto él como ella tal vez hayan cambiado demasiado.

FREMONT PUBLIC LIBRARY
3 3090 00439 3981

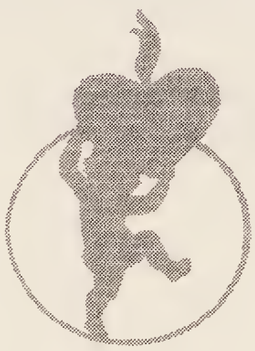
La Condesa Perfecta

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/lacondesaperfect0000boyl

ELIZABETH BOYLE

LA CONDESA PERFECTA



Titania Editores

ARGENTINA - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS - MÉXICO - PERÚ - URUGUAY - VENEZUELA

FREMONT PUBLIC LIBRARY DISTRICT
1170 N. Midlothian Road
Mundelein, IL 60060

Título original: *How I Met My Countess*
Editor original: Avon. An Imprint of HarperCollins*Publishers*, New York
Traducción: Claudia Viñas Donoso

1.ª edición Abril 2012

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright,* bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2010 by Elizabeth Boyle
Published by arrangement with Avon. An Imprint of Harper Collins*Publishers*
All Rights Reserved
Copyright © 2012 *by* Ediciones Urano, S. A.
Aribau, 142, pral. – 08036 Barcelona
www.titania.org
atencion@titania.org

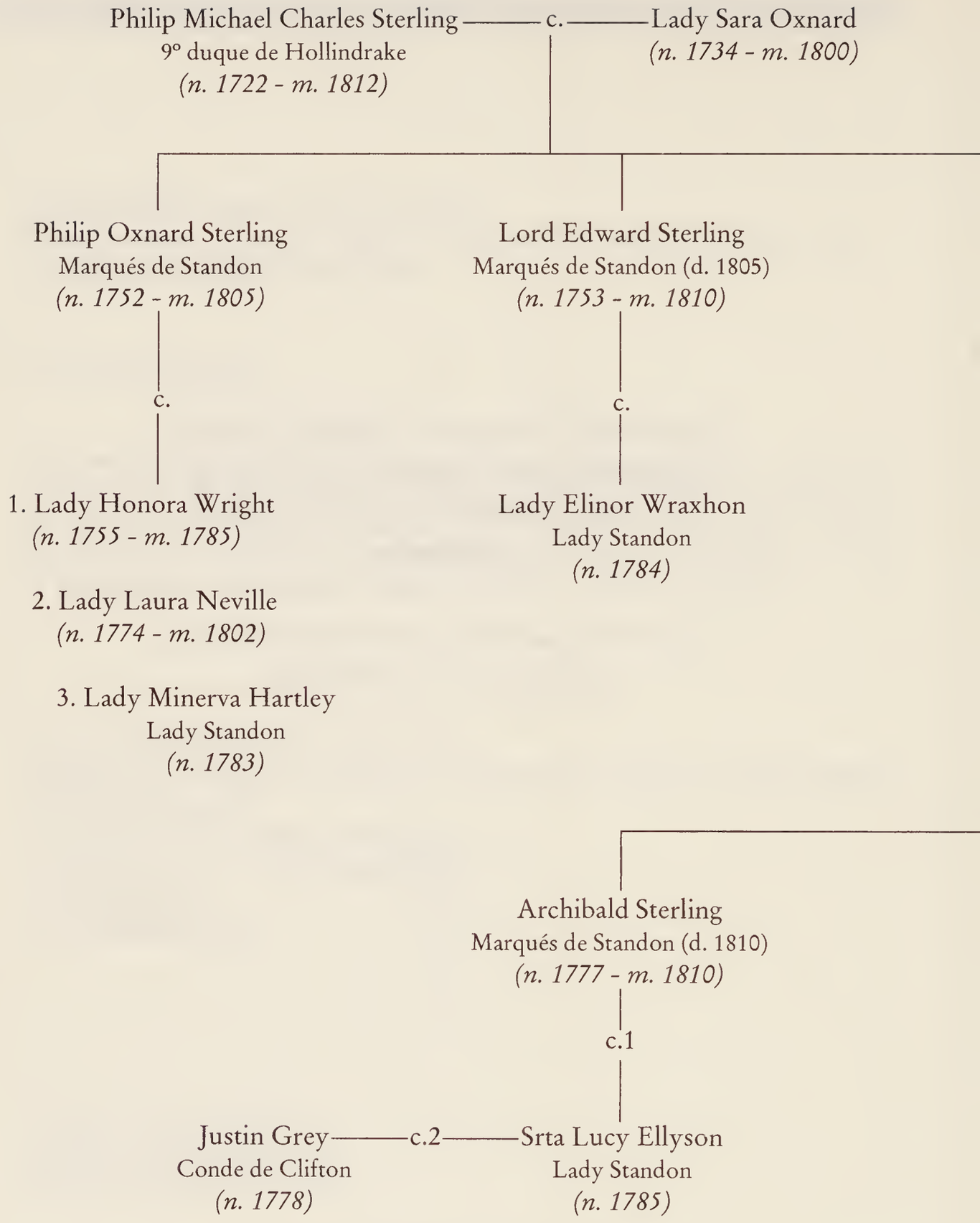
ISBN: 978-84-92916-22-1
E-ISBN: 978-84-9944-213-6
Depósito legal: B-8.454-2012

Fotocomposición: María Ángela Bailen
Impreso por: Romanyà Valls, S.A. - Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

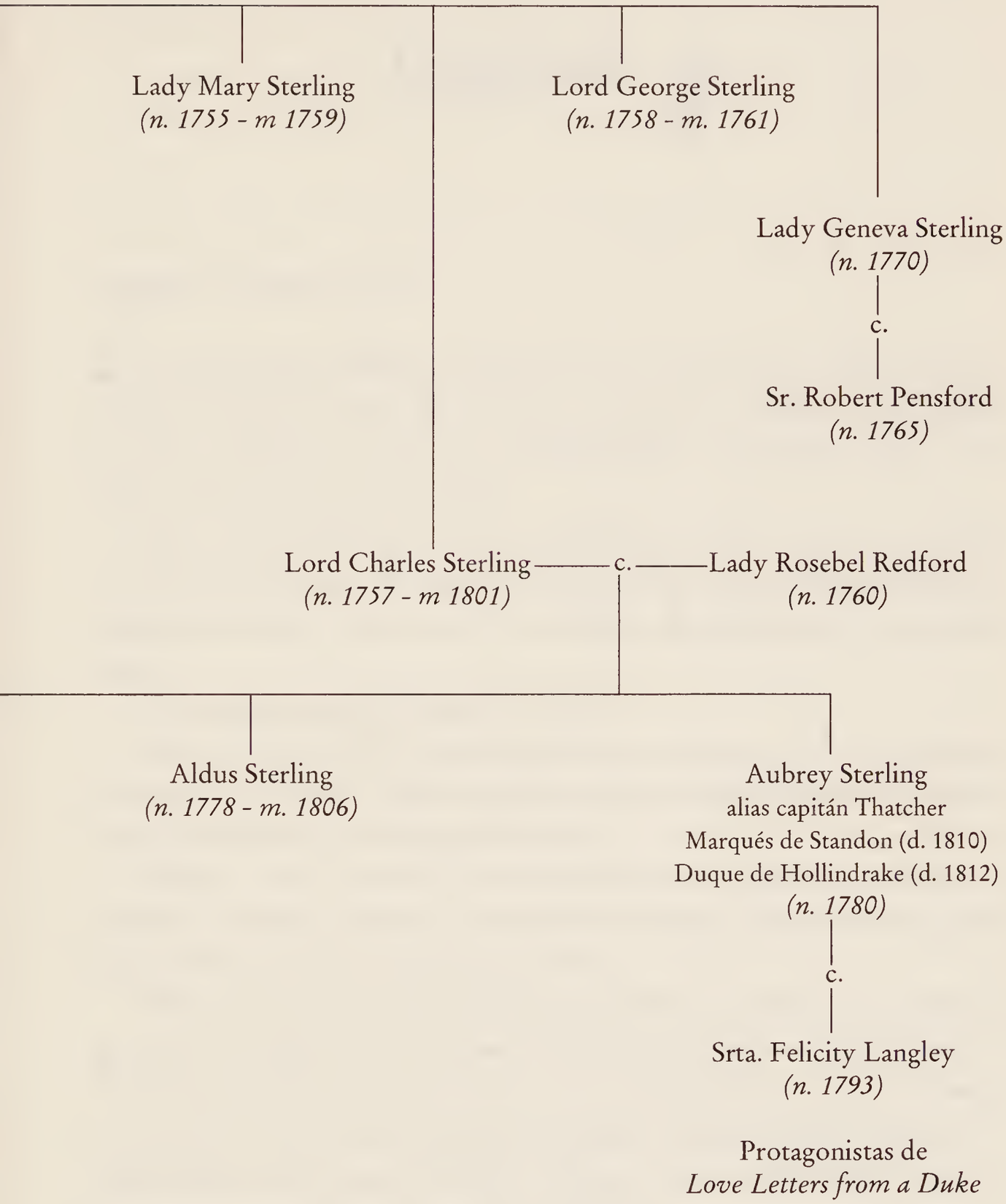
Para Diane Tice, por su espíritu amable y generoso, como también por el apoyo que me ha ofrecido con su excelente educación.

Y para Tia, su nieta, por su dulzura en la realidad y en esta historia.



Protagonistas de *La condesa perfecta*

Crónicas de solteros
Árbol genealógico de la familia Sterling



Protagonistas de
Love Letters from a Duke

Capítulo 1

Mayfair, Londres, 1815

El comandante Thatcher debería haber sido la envidia de la sociedad cuando murió su abuelo, porque esta muerte le significó heredar el título de duque de Hollindrake y todas las tierras, casas y gran riqueza anejas al título.

Pero en realidad nadie lo envidiaba mucho, porque también heredó el cuidado y la manutención de las tres viudas de los herederos anteriores, junto con los dolores de cabeza que producían estas.

Las marquesas de Standon viudas.

No era algo muy extraño tener que mantener a dos condesas o marquesas viudas, viudas mayores que viven discretamente retiradas esperando su recompensa eterna.

No era este el caso de las viudas Standon, porque no sólo eran jóvenes sino que, además, no tenían la menor intención de esperar pacientemente su recompensa eterna.

Ahora bien, la mayoría de las personas estaban de acuerdo en que las dos primeras marquesas, Minerva (viuda del tío Philip de Thatcher) y Elinor (viuda de su tío Edward), hijas respectivamente de conde y barón, eran todo lo altivas y aristocráticas que les correspondía ser por sus elevados títulos. Eso no significaba que no fueran capaces de ser, digamos, difíciles.

«Difícil» no era el adjetivo empleado para calificar a la tercera lady Standon viuda, la ex señorita Lucy Ellyson, la viuda del hermano mayor de Thatcher, Archibald. Por el contrario, Lucy,

lady Standon, dejaba sin habla a la mayor parte de la sociedad de Londres.

U horrorizada, según cuál fuera el día de la semana.

Ese día era miércoles, y llevando en la mano una citación de la esposa de Thatcher, la ya archiconocida duquesa de Hollindrake, Lucy bajó de su coche delante de una casa de Brook Street, consciente de que ese día, justamente ese, debía observar su mejor conducta.

Con ese fin se había puesto su vestido de seda verde favorito, esforzándose por parecer una dama ricachona y respetable. Contemplándose el caro vestido, se pasó la mano por la falda para alisar las arrugas, y se concentró en lo que iba a decir.

«Excelencia, no sé a qué se refería ese posadero. ¿Daños a toda un ala? Vamos, cuando nos marchamos el incendio ya estaba bien controlado.»

Se detuvo a medio paso. No, no, eso no iría bien; casi equivalía a reconocer que el incendio se inició por culpa suya. Y no había ninguna prueba de que ella fuera la culpable.

Al menos no el tipo de prueba como para condenar a alguien.

Hizo otra inspiración profunda y comenzó a ensayar otra parrafada.

«Ah, excelencia, qué hermosa está. ¿Cartas? ¿Qué cartas? Me parece que Minerva se ha confundido en este asunto. Estoy segurísima de que le escribí antes para comunicarle que ocuparíamos la casa de Lancashire todo el mes de diciembre. ¿Cómo iba yo a saber que ella llegaría con su grupo de ocho personas y que la nieve nos obligaría a estar todos ahí encerrados dos semanas enteras? En realidad, la celebración de la Navidad resultó muy alegre y simpática.»

Sí, así daba la impresión de que todos se llevaron maravillosamente bien.

Lo que no podía distar más de la verdad.

Santo cielo, ¿cómo iba a saber ella que lady Gillmore era alérgica a las almendras? ¿O que lord Wainewright se ofendería si le señalaban que hacía trampas con las cartas? ¿O que el señor Mackey estaba a punto de comprometerse en matrimonio con la señorita Gillmore?

Movió la cabeza. ¡Muchachita mimada! En realidad, la damita debería haberle agradecido que le revelara lo sinvergüenza que resultó ser su casi prometido. Y ella, o sea, ella, Lucy, no le había dado al granuja ninguna indicación de que lo deseara en su dormitorio.

La verdad, fue una sorpresa horrorosa y muy desagradable encontrarlo esperándola, tendido cómodamente en su cama, en cueros.

Si hubiera aceptado sus insinuaciones sexuales, ¿habría gritado, echándolo de la habitación y persiguiéndolo con el atizador del fuego?

Pero ni la señorita Gillmore ni sus padres le creyeron. Tampoco Minerva.

No. Y todo porque ella era «esa» lady Standon.

Detrás de ella estaba Thomas-William, el ex criado de su padre, mascullando algo mientras descargaba un baúl; después de dejarlo en la acera miró receloso la sencilla puerta que tenían delante.

—¿Está segura de que esta es la casa, señorita Lucy?

—Esta es Brook Street, ¿no? —contestó ella, tironeándose los guantes amarillos y comprobando que las cintas de la papalina estuvieran bien atadas.

—Sí —dijo él, dejando su sombrerera encima de un baúl.

—¿Y el número de esta casa es el de aquella en que el mayordomo de su excelencia nos dijo que podríamos encontrar a la duquesa?

Entrecerrando sus oscuros ojos, Thomas-William echó una escéptica mirada a esa casa de ciudad normalita y corriente.

—Sí. Pero no me gusta esto, no me gusta nada, nada. ¿Qué pretende con todas sus citaciones y vacilaciones?

Lucy levantó las manos.

—Bueno, a mí tampoco me gusta, pero ¿qué puedo hacer? Ella es la duquesa.

«Por desgracia», le habría gustado añadir.

—No me extrañaría que su poderosa excelencia estuviera tramando algo —estaba diciendo Thomas-William.

Se podría alegar que estaba hablando consigo mismo, pensó

Lucy, pero claro, llevaba tanto tiempo con su familia que no tenía el menor reparo en decir libremente lo que pensaba, y mucho menos a ella.

—Eres demasiado desconfiado, Thomas-William —lo regañó.

Aunque claro, ella también había tenido sus dudas ante esa repentina citación de la duquesa, o esto..., más bien «su gentil invitación», como la instó la querida Clapp, su anciana dama de compañía, a llamar a la inmensa incomodidad de tener que meter en baúles todas sus pertenencias y trasladarse a Londres con todo su personal.

Pero estando ya ahí, y a punto de desafiar a la leona en su propio cubil, por así decirlo, hizo otra inspiración profunda y reanudó el trabajo de formular las explicaciones y disculpas que podrían ser necesarias para salir bien parados en el tal vez horrible ajuste de cuentas que los esperaba.

Porque sin el favor del duque de Hollindrake, el que, traducido, significaba la buena voluntad de la duquesa, no sabía qué haría con su nada respetable grupo de dependientes y criados.

Porque sin casa propia y el poquísimo dinero con el que contaba, no tenía techo sobre su cabeza aparte del que le daba su inverosímil posición como lady Standon.

Sumida en sus pensamientos y preocupaciones, no oyó el ruido de la puerta al abrirse ni se fijó en el hombre que bajó la escalinata a toda prisa, porque estaba muy acostumbrada a la eficiencia de los criados del duque.

De todos modos, pensó que ya era hora de que saliera uno de los lacayos a ayudar al pobre Thomas-William.

Lo que no se le pasó por la cabeza fue que, en su prisa, el hombre no vería el nada armonioso conjunto de baúles y maletas ni que tropezaría con ellos cayendo al suelo cuan largo era cerca de Thomas-William.

Al golpearse en el suelo el hombre soltó una fea maldición, una que jamás debería llegar a los delicados oídos de una dama.

Pero claro, ella ni se encogió porque esas palabrotas las había oído toda su vida, y en esos momentos tenía un nuevo conjunto de preocupaciones.

—¡Uy, santo cielo! —exclamó, mirando al enorme hombre despatarrado en el suelo; porque, ¿qué haría ella si él se había roto un hueso?

Sólo podía imaginarse la consternación de la duquesa al tener inutilizado a uno de sus lacayos por causa de su equipaje.

Ah, sí, eso sería la última y decisiva gota, no pudo dejar de imaginarse.

Pero, aliviada, vio que el hombre se levantaba rápidamente, sacudiéndose la chaqueta y cuadrando los hombros en postura firme y orgullosa.

—Menos mal —suspiró, porque él parecía estar muy bien—. Ah, sí, mi buen hombre, lo lamento mucho —le dijo—. ¿Crees que podrías arreglártelas con esos tres baúles? No son tan pesados como parecen.

Entonces, armándose de valor, dio la espalda a su última escena del delito y empezó a subir alegremente la escalinata, como si la hubieran invitado a tomar el té, y no recibido esa misteriosa citación.

Pero cuando puso el pie en el peldaño superior, tuvo la inquietante sensación de que la seguían, así que, siendo la hija de su padre, se giró. Y en lugar de encontrarse, como habría esperado, más o menos, ante el lacayo llevando su equipaje como debía, se encontró cara a cara con un hombre que tenía toda la apariencia de ser un fantasma de su pasado.

Sólo que estaba vivo. Y muy vivo.

Porque no era un lacayo que había salido a ayudar; no era un criado de Hollindrake el que se tropezó con su equipaje. Ahí, sobre un peldaño de la escalinata, mirándola con una expresión que no logró descifrar, estaba el último hombre al que habría esperado volver a ver.

Él. Él en persona. El conde de Clifton.

Y claro, jamás había conseguido interpretar algo en las profundidades de esos inescrutables ojos azules; jamás había podido controlar las desbocadas palpitaciones de su corazón, ni el revoloteo que sentía en las entrañas, como moviéndose al ritmo de una banda de trompetas.

«Es él, es él, Lucy. Es él.»

No, verlo la hizo olvidar que era miércoles, el día en que debía encontrarse con la duquesa. Le impidió recordar que ahora era una dama, una marquesa incluso, viuda por añadidura, y, lo más importante de todo, olvidó que debía observar su mejor conducta.

—Buen Dios, Gilby, ¿eres tú? —exclamó, sintiendo temblar las piernas ocultas por la falda de seda.

Ella, Lucy Ellyson, temblando como una jovencita que va a hacer su presentación en sociedad. ¡Sí que era un día extraordinario!

—Seño-rita Elly-son —tartamudeó él, y su voz no contenía nada de la familiaridad que existió entre ellos en otro tiempo.

Simplemente estaban ahí mirándose, como si los años transcurridos no fueran otra cosa que un abrir y cerrar de ojos.

«Volveré a buscarte Goosie, te lo prometo. ¿Cómo podría no volver a ti cuando te amo tanto?»

«Y te tomo la palabra, Gilby —bromeó ella—. Porque si no vuelves yo iré a buscarte. Te obligaré a recordar.»

Pero él no volvió.

—Lo siento —dijo él—, supongo que debería llamarte por tu nombre de casada, pero no lo sé.

Ella negó con la cabeza.

—Lucy sigue yendo bien, milord.

—Lucy, entonces —dijo él.

Nuevamente se miraron, ella empapándose de la vista de él, con el corazón retumbante mirando su cara todavía guapa.

En otro tiempo conocía todos los contornos de su cara; antes de que él se marchara los había memorizado, y todos esos años había tenido ese semblante en su corazón. Pero ¿ahora? Había un destello en sus ojos que no reconocía, no lograba interpretar.

Y eso le hizo bajar un estremecimiento de inquietud por la columna. «No es él.»

Y ese desasosiego la hizo comprender que necesitaba decir algo para dejar de mirarlo boquiabierta.

Para dejar de buscar al hombre al que amaba.

«Que había amado», enmendó, y entonces preguntó:

—¿Qué haces aquí? No había oído, es decir, no sabía que estabas...

Cerró la boca, no fuera a hacer un ridículo total.

Sobre todo cuando él retrocedió, dejando un doloroso abismo entre ellos.

«Siempre estuvo ahí ese abismo, Goosie —le susurró una voz muy parecida a la de su padre—. Simplemente tú no querías verlo.»

—He venido a la ciudad a ocuparme de unos asuntos. ¿Y tú? —dijo él, en tono educado, como quien se encuentra por casualidad con una vieja amiga o conocida.

¡Una conocida!, pensó ella, con cierta rabia. Cuando en otro tiempo eran inseparables. Pasaron juntos una noche inolvidable, abrazados, tan unidos que ella no habría creído jamás que algo pudiera separarlos.

Sin embargo, todo lo había separado.

—Yo también he venido a Londres a atender unos asuntos —consiguió contestar, desconcertada por su frialdad—. Pero ¿qué te ha traído a esta casa?

Se tironeó los guantes y volvió a mirarlo a los ojos.

Con cierta esperanza.

—Un viejo asunto —dijo él, mirando pensativo hacia la puerta a la que ella daba la espalda—. Pero ha resultado en nada...

Ella miró la puerta por encima del hombro, pensando qué tipo de asunto tendría que tratar el conde con la duquesa, pero antes que pudiera llegar a una conclusión probable, le entró en los oídos lo que estaba diciendo él:

—... hace algún tiempo fui a la casa de Hampstead, y ahí me enteré de que todos —hizo un gesto hacia Thomas-William y volvió a mirarla a ella—, os habíais marchado.

A ella se le encendió una chispa de esperanza en el corazón.

—¿Fuiste a verme?

Y durante un segundo, un breve relámpago, creyó ver esa luz, esa osada chispa de deseo en su mirada. La chispa que en otro tiempo habría jurado, sólo ardía por ella.

Pero el rayito de esperanza fue pasajero. Como muchas otras cosas del conde, eso también había resultado ser un error.

—A ver a tu padre —dijo él.

Entonces guardó silencio y desvió la mirada; sin duda se sentía muy incómodo por ese encuentro fortuito.

Como si deseara que terminara.

O, peor aún, que no hubiera ocurrido.

Él volvió a mirar al ex criado de su padre.

—Me alegra verte, Thomas-William. Tan sano y fuerte como siempre, espero.

—Sí, milord —dijo el criado, en tono abrupto, sin corresponder el resto del saludo.

Entonces este la miró a ella, la mirada con que solía advertirle que se estaba metiendo en aguas profundas.

Pero ella no logró entender qué lo hacía mirarla así, hasta que él hizo un gesto con la cabeza hacia el coche.

El coche y su contenido.

O, mejor dicho, sus ocupantes.

—Ah, santo cielo —susurró.

—¿Pasa algo? —preguntó el conde, su oído tan bueno como siempre.

—No, nada —dijo ella, tironeándose los guantes otra vez—. Sólo acabo de darme cuenta de que estoy... bueno, ocupándote demasiado tiempo.

—No, no —dijo él—. Me alegra haberte visto. Eso me ahorra el problema de intentar encontrarte.

«Deseaba encontrarme», cantaron nuevamente las trompetas, aunque, claro, en celebración prematura.

—Lo lamenté muchísimo cuando me enteré de la muerte de tu padre y de tu hermana, y más aún que tuvieran que comunicármelo los nuevos inquilinos. Este encuentro casual me da la oportunidad de ofrecerte mis condolencias —dijo él, volviendo su atención, lo que fuera de su atención, a ella—. Su pérdida fue una tragedia terrible para ti, no me cabe duda, en especial la de Mariana, porque era demasiado joven para morir.

Guardó silencio, como hacían la mayoría de las personas cuan-

do hablaban de la muerte de Mariana. Ella había sido la coqueta de la familia, el espíritu alegre que veía lo bueno en todo, la que podría haber sido duquesa, y una buena duquesa además.

Entonces el conde habló en voz baja, para que sólo lo oyera ella, en voz tan baja que pensó que igual se estaba imaginando las palabras:

—Fue un terrible golpe llegar a la casa y encontrarme con desconocidos viviendo ahí.

Aunque en realidad ella no lo estaba escuchando.

«A ver a tu padre», había dicho.

«Fue a ver a tu padre, Lucy Ellyson Sterling, no a ti. Eres una boba si crees que el conde de Clifton volvería a buscar a una chica alocada y maleducada como tú, sobre todo después de tanto tiempo.»

La voz que sonaba en su oído tenía un sospechoso parecido a la de lady Geneva, la decorosa y muy almidonada tía del duque de Hollindrake, la única Sterling que se había impuesto, como trabajo personal, la tarea de reñirla y corregirla constantemente, además de escribirle mordaces notas relativas a los informes que le llegaban sobre su conducta.

«Y deja de mirarlo tan extasiada», habría añadido lady Geneva.

En su interior saltó una chispa, con la que cobró vida su renombrado mal genio. Tal vez se debió al exceso de regañinas de sus parientes políticos Sterling en ese último tiempo, o tal vez a que la citación de la duquesa la tenía más nerviosa de lo que quería reconocer.

O, lo más probable, ver a Justin Grey, el conde de Clifton, delante de ella con sus tibias condolencias por «una tragedia terrible». ¿Eso era todo lo que se le ocurría decir? Con sus muertes lo había perdido todo, todo lo que ella amaba.

Porque a él ya no lo contaba en esa lista.

Echándole una rápida mirada, dijo, haciendo su mejor imitación de lady Geneva:

—Siento mucho tus molestias. Si hubiera sabido dónde estabas, o cómo contactar contigo...

¿Qué habría hecho? ¿Escribirle? ¿Suplicarle que viniera a ayudarla?

¿Sólo para renovar todos los sufrimientos de antes? ¿Para volver a descubrir la fea verdad cuando sus súplicas cayeran en oídos sordos, para comprender de una vez por todas que ella no había significado nada para él?

—No, no, señorita Ellyson, soy yo el que debo pedir disculpas —estaba diciendo él—. Debería haber venido antes para manifestar mi pesar.

¿Su pesar? ¿Cuál? ¿El de haberla besado? ¿El relativo a su promesa de volver? ¿O sería solamente su pesar por esa noche en la posada cuando...?

Paró ahí. Ese no era el momento ni el lugar para pensar en eso, y ya hacía años que había llegado a una especie de entendimiento respecto al lugar que ocupaba él en su corazón; al menos creía que había llegado, hasta sólo un momento antes, cuando él reapareció en su vida. ¡Y a ella la preocupó la posibilidad de que se hubiera roto un hueso!

Menos mal que no, porque así estaba sano y fuerte para marcharse. Y marcharse pronto. Porque el terror que veía en la cara ya casi apopléjica de Thomas-William le decía con mucha claridad que debía intentar alejar al conde. Pero todavía quedaba una pieza del rompecabezas por colocar.

Porque al fin y al cabo era hija de su padre, y él siempre decía: «La información es la que nos mantiene vivos».

Obligándose a esbozar una sonrisa, preguntó:

—¿Y qué es lo que te ha traído justamente aquí, a Brook Street?

Claro que siempre estaba el otro dicho favorito de su padre: «Hay que saber cuándo dejar de hacer preguntas».

—Buscaba a lady Standon.

—¿A lady Standon?

Se habría sorprendido menos si él le hubiera hecho profesión de amor eterno, y esta vez lo hubiera dicho en serio. Aterrada miró a Thomas-William, que en ese momento estaba mirando el equipaje, como para decidir qué coger si se hacía necesaria una fuga precipitada.

El conde asintió, mirando receloso la puerta.

—Sí, ¿la conoces?

—Esto, yo... —Miró desesperada hacia Thomas-William.

Afortunadamente el conde no captó el motivo de su turbación.

—Exactamente lo que pensé. La dama acaba de echarme con cajas destempladas.

—¿Sí? —dijo ella, recelosa, pero se recuperó y procuró parecer despreocupada—. Quiero decir, ¿para qué deseabas ver a lady Standon? Es francamente aterradora... —Se estremeció haciendo mucha comedia—. Al menos eso me han dicho.

Thomas-William movió la cabeza y se puso al trabajo, cogiendo las sombrereras y devolviéndolas al maletero del coche.

Hombre maravilloso Thomas-William. Sabía lo mucho que le gustaban esos sombreros.

Clifton estuvo en silencio un momento, observándola detenidamente. Después de todo había sido alumno de su padre también, y por lo tanto conocía todas las viejas máximas.

—Un viejo asunto —dijo—. No tiene gran importancia. Todo debe de ser un error, en todo caso, aunque es muy impropio de Strout cometer ese tipo de errores.

—¿Strout? —musitó ella, con voz débil.

Santo cielo, era de esperar que Thomas-William consiguiera coger el baúl azul más pequeño. Ahí guardaba su mejor vestido.

—Sí, el señor Strout —dijo él—. Pero claro, tienes que conocerlo. Le llevaba los asuntos a tu padre, ¿verdad?

Ella sólo pudo asentir.

—Bueno, no logro ver a Malcolm relacionado con esa bruja —dijo él, haciendo un gesto hacia la puerta—. Tampoco logro imaginarme que la haya conocido.

—¿Malcolm? —repitió ella.

Buen Dios, ya comenzaba a hablar como un loro. Lo que necesitaba era cambiar de tema, y rápido.

—Sí, supiste lo que le pasó, ¿verdad? —preguntó él.

La pena que detectó en su voz le oprimió el corazón, tanto que casi alargó la mano para tocarlo, como podría haber hecho antes.

Por lo tanto, se cogió firmemente las manos y se limitó a decir unas palabras sencillas y amables:

—Sí. Lo lamenté muchísimo cuando supe de su...

¿De su qué? ¿Muerte? No podía decir eso porque no era la verdad. Fue asesinato en realidad. Le dispararon en una playa cerca de Hastings creyendo que era un contrabandista.

Cuando Malcolm no había sido eso, había sido mucho más.

Tal como su hermano.

Tartamudeó sin saber cómo terminar la frase, y finalmente dijo a borbotones:

—Habría escrito, pero no sabía adónde enviar...

—Sí, lo comprendo —interrumpió él, con una voz abrupta, formal, que nuevamente la hirió, traspasándole el corazón.

Buen Dios, la muerte de Malcolm debió dejarlo destrozado, tal como a...

La situación fue de mal en peor, porque entre ellos surgió una incomodidad terrible, y los dos miraron a la izquierda y a la derecha, para no mirarse a los ojos.

Entonces Clapp, la querida y nerviosa Clapp, acudió a rescatarla sin saberlo.

—Lucy, ¿esta es la casa? —preguntó, asomada a la ventanilla del coche—. ¿O debo permanecer aquí fuera todo el día en esta corriente de aire? Sabes que este viento podría tener consecuencias terribles.

«También podría tenerlas estar contemplando al conde de Clifton como una boba», deseó añadir Lucy. Pero simplemente dijo:

—Quédese donde está, por favor, señora Clapp. Yo tendré arreglado este asunto de inmediato.

Hizo un gesto de disculpa al hombre que tenía delante.

Su Gilby.

El conde de Clifton, enmendó. Nunca volvería a ser su amadísimo Gilby. ¿No hacía años que había renunciado a ese sueño? Ni siquiera pensaba en él.

Bueno, es decir, si una vez al día no se considera frecuente.

—Creo que debo...

—Sí, sí, debes ocuparte de tu empleadora —dijo él, mirando hacia el coche y sacando una conclusión errónea.

Lógicamente él la creía pobre, y pensaba que ahora que no le quedaba nadie debía arreglárselas sola en el mundo.

Del pasado le llegó la voz de su padre: «Goosie, los hombres como él nunca miran a una chica como tú, al menos no de la manera que tú deseas».

El conde le sonrió amablemente.

—Me alegra verte bien colocada, señorita Ellyson.

No Lucy. No su Goosie, sino señorita Ellyson.

Plantó firmemente los pies en el peldaño, para impedir que se le moviera uno y la bota conectara con su espinilla.

—Si alguna vez tuvierais necesidad de algo, tú o Thomas-William —continuó él—, no dudes en contactar conmigo, por favor. Tengo una deuda inmensa con tu padre.

No con ella, con su padre. Apretó los labios, porque la vieja herida la impulsaba a hacer algo peor que armar una escena arrojándolo escalinata abajo de una patada, como a un molesto vagabundo.

No, algo mucho, mucho peor; como, por ejemplo, echarse a llorar como una regadera, ahí, en Brook Street; ahí, delante de buena parte de Mayfair.

Habiendo dicho eso, él le cogió la mano y le dio un breve apretón. Y entonces, con la misma rapidez, se la soltó, se tocó el sombrero en un saludo a Thomas-William y atravesó la calle hasta donde un niño estaba sujetando las riendas de un inmenso caballo negro.

Mientras él se alejaba, con ese imponente paso suyo, ella intentó hacer varias respiraciones, con el fin de calmar su desbocado corazón.

«Llámalo, Lucy. Dile la verdad. Aclárale las cosas. Dile quién eres. Una viuda, una marquesa incluso. Una verdadera dama, digna de ser su...»

¿Y después qué? ¿Verlo arrebatarle todo lo demás que ella amaba? ¿Dejar que él le destrozara lo que le quedaba de corazón? Además, el noble que acababa de darle la espalda tenía más el aspecto de un desconocido que el del hombre que conociera en otro tiempo.

Su héroe. Su Gilby.

¡Bah! Era, como decía siempre su padre, «uno de ellos».

El conde le pasó una moneda al niño, montó en su caballo de

un solo y ágil movimiento y se alejó por la calle sin girarse a mirarla ni una sola vez. Lo cual fue bueno, porque antes que hubiera avanzado la mitad de la manzana, se abrió la portezuela del coche y de un salto bajó un niño pequeño.

—Lucy, ¿quién era ese? —preguntó el niño de seis años, poniéndose a su lado y cogiéndole la mano.

Su otro escándalo; su amadísimo Mickey.

—Un viejo amigo —contestó, apretándole la pequeña mano.

—¿Es un encopetado?

—Mickey, sabes que no me gusta que emplees ese lenguaje. Hablas como un cochero.

El niño apretó las mandíbulas, porque, como sabía ella, pensaba que crecer para ser un cochero era mejor que para ser un caballero.

—Bueno, ¿lo es?

—Sí —contestó ella, intentando reprimir el suspiro.

—¿Uno noble?

—Sí, es conde. En realidad es un héroe, Mickey. Ayudó a Wellington en España.

—¿Es uno de los caballeros de papá Ellyson? —preguntó Mickey, mirando con impresionado respeto la espalda del hombre que se alejaba.

—Sí.

—¿Y era amigo tuyo? —preguntó el niño, como si no le creyera.

—Sí.

—¿Y sigue siendo amigo?

La voz de Mickey sonó esperanzada, porque vivía fastidiando al duque de Hollindrake para que le contara historias de España, y veía la posibilidad de que hubiera otro hombre que pudiera regalarle los oídos con historias sobre arduas batallas y sobre ser más listos que Napoleón.

—Creo que no —contestó.

—Qué lástima —dijo el niño, golpeando con el pie un adoquín suelto—. Es muy fino ese pedazo de animal que monta. Y me gustó bastante su facha.

Esta vez ella no lo regañó por el lenguaje vulgar; le sonrió, mirando sus ojos oscuros e insondables, y luego echó una última mi-

rada a lord Clifton, justo en el momento en que este daba la vuelta a la esquina y se perdía de vista.

Porque a ella también le gustó bastante su facha.

Aunque cuando lo conoció no le gustó mucho. Muy sinceramente, no le gustó nada.

Arrogante, orgulloso, y demasiado altivo para su bien.

Cómo deseó poder seguir teniendo esa opinión de él, porque entonces le sería mucho más fácil reconciliarse con esa visión que con la verdad, porque esta contenía todo el sufrimiento que igual podría destrozarle el corazón otra vez.

Capítulo 2

Hampstead, siete años antes

Qué diantres se ha hecho? —se quejó George Ellyson, dando una vuelta por su «gabinete de mapas», como le gustaba llamar a su bien iluminado despacho.

La sala ocupaba la mitad de la segunda planta de su casa, y varias claraboyas en el techo la bañaban de luz aunque el cielo estuviera nublado o la lluvia golpeara los paneles de vidrio. Una estufa de hierro situada en un rincón calentaba toda la sala, haciéndola acogedora y cómoda.

Esta sala bajo los aleros, que parecía más adecuada para un silencioso erudito o un caballero científico, era el dominio del señor Ellyson, que en ese momento se estaba paseando por ella como un león con una espina en una pata, golpeando el suelo con su bastón a cada paso, para recalcar de otra manera, daba la impresión, su malhumor por su mapa extraviado.

Justin Grey, conde de Clifton, miró a Malcolm, su hermanastro, y se encogió de hombros.

«¿Este es el cerebro del espionaje de Inglaterra?»

Casi oyó el pensamiento de Malcolm: «Maestro de un inmenso desorden».

Los dos jóvenes no tenían la misma madre, pero compartían el ánimo decidido y el temperamento resuelto de su padre, cualidades que los llevarían a aventurarse por el Canal hasta el Continente, para ocuparse del «otro asunto de Inglaterra», como le gustaba llamarlo al ilustre y exigente señor Pymm.

Pero antes tenían que ganarse la aceptación o aprobación del hombre que tenían delante.

Plaf, plaf, plaf, avanzaba el señor Ellyson con su bastón por la larga pared de casilleros en los que guardaba una inmensa colección de mapas de todo tipo. Planos de ciudades, rutas de coches, viejos pergaminos en que aparecían débiles líneas que señalaban senderos que sólo podrían reconocer los pastores de ovejas, pero cuyo conocimiento podría resultar valiosísimo para un hombre que intenta atravesar los Pirineos sin ser detectado por los guardias y soldados de Napoleón, incluso podría salvarle la vida.

—Tal vez si... —alcanzó a decir Malcolm, y fue interrumpido por un movimiento del bastón, acompañado de una palabrota que habría puesto moradas las orejas de un marinero.

—Déjenme pensar —dijo el hombre—. ¿Dónde diantres puso mi mapa esa muchacha?

A eso siguió una sarta de palabrotas que hizo encogerse al conde y a su hermano.

Palabras que podrían enroscar las orejas de un hombre, por no decir hacer salir corriendo a refugiarse en el bosque a la «muchacha» que extravió el mapa.

Clifton sintió lástima por la chica cuando se presentara. Aunque claro, si era una criada en esa casa, seguro que ya estaría acostumbrada a las diatribas del señor Ellyson.

Así pues, él y Malcolm continuaron aprendiendo varias expresiones nuevas, atentos y en posición de firmes, pues no se les había invitado a sentarse.

Tal vez esa clase en palabrotas también formaba parte de su iniciación en el servicio, pensó. Un rito de pasaje que todos los caballeros soportaban con el señor Ellyson para conseguir el privilegio de servir a su país.

—La pondré de patitas en la calle —dijo el señor Ellyson, moviendo un dedo ante los dos, como si ellos hubieran tenido cierta responsabilidad en el extravío de ese mapa—. De seguro.

—Señor, si me permite —dijo Clifton, avanzando un paso y alargando la mano.

—¡No! —exclamó Ellyson, levantando el bastón, listo para golpear—. No toque los mapas.

Clifton retrocedió hasta su lugar junto a Malcolm, que estaba muy sonriente. Cuando sólo eran dos muchachos, Malcolm siempre se llevaba los bastonazos, no él.

Sin duda su hermano estaba disfrutando la excepcional vista del altivo conde de Clifton reprendido como un muchacho que ha cometido un error.

Jamás en su cómoda vida se había sentido tan desconcertado como en esa pasada hora. Desde el momento en que el enorme e imponente criado negro, el ya famoso Thomas-William, abrió la puerta de la casa del señor Ellyson y los miró a los dos de pie en la escalinata, como si no supiera si dejarlos entrar o hacerlos pedacitos, una nube de dudas había rodeado su espíritu. Los buenos veinte minutos que los hicieron esperar en la escalinata, bajo la lluvia, como a un par de cobradores de facturas, no contribuyeron mucho a mejorarle el humor. Como si «él» tuviera que ser considerado digno de ser admitido en la guarida de ese loco.

Él era el conde de Clifton, maldita sea, y eso debería bastar.

Y en ese momento, mientras chorreaban agua sus chaquetas mojando la alfombra, esperando que el señor Ellyson encontrara su mapa, a sus oídos llegaron los sonidos de una feroz riña entre dos de las criadas abajo.

Al menos esperaba que la riña abajo fuera entre criadas, porque jamás había oído a una dama levantar la voz de esa manera, en una diatriba que casi dejaba pequeña la de Ellyson acerca del estado de sus papeles.

—Condenada muchacha, la haré despellejar si ha estado clasificándolos otra vez —masculló Ellyson, dirigiéndose a la puerta pisando fuerte—. Organizar a las mujeres, señores —añadió, abriendo la puerta—, amarga la vida de un hombre. —Asomó la cabeza por la puerta y gritó—: ¡Lucy! Lucy muchacha, sube aquí. ¡Inmediatamente!

Las últimas sílabas fueron acompañadas por un fuerte golpe del bastón en el suelo.

Volviéndose hacia sus visitantes, los miró, pestañeando tras

unos anteojos que hacían parecer de búho sus ojos. Entonces, como si por fin los viera, se esforzó en ser simpático:

—Van a ir a Portugal, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó Clifton.

No al mar, como habían hecho la mayoría de los Grey, y ni siquiera a mandar tropas, como habían hecho unos cuantos de sus antepasados más «temerarios». No, él había decidido romper con la noble tradición de su familia, de valiente servicio al rey y a Inglaterra (servicio evidente y muy visible) haciendo un servicio secreto como espía.

No le costaba nada imaginarse la tumba de la casa Clifton, llena de esqueletos dándose vueltas y vueltas para protestar por esa opción tan plebeya. ¿Un Grey merodeando por ahí como un vulgar plebeyo? ¿Participando en actividades turbias e inescrupulosas? Vamos, eso no se podía tolerar.

Sin embargo ahí estaba, sin siquiera saber muy bien por qué había llegado tan lejos en ese asunto. Ignorante de lo que lo aguardaba.

De repente, al tomar conciencia del silencio que había caído sobre la sala, levantó la vista y descubrió que Ellyson lo estaba observando atentamente. No se había sentido examinado así desde sus primeros días en Eton, como tampoco había tenido nunca la impresión de que no daba la talla en absoluto.

Cambió ligeramente la postura, enderezando bien los hombros e irguiéndose en toda su estatura.

Eso no impresionó al hombre que tenía delante.

—Jumm, Pymm debe de estar loco —masculló Ellyson—. Pero ¿quién soy yo para discutirle?

Reanudó el paseo revisando los mapas de las casillas, farfullando en voz baja palabras ininteligibles, como hablando consigo mismo.

Clifton se encogió de aprensión. Porque ese era George Ellyson. «El» George Ellyson. El hombre que tenía la fama de haber sido el agente más fabuloso de Inglaterra en el siglo pasado, hasta que fue herido de bala en una pierna en París. Un hombre de origen dudoso y de honor más dudoso aún, pero de todos modos en

algunos círculos se lo consideraba el genio más brillante que había existido.

Y ahora ese hombre servía a su país encargándose de que los agentes que salieran a hacer el trabajo estuvieran bien preparados. No le había sido fácil conseguir que lo consideraran digno de llegar hasta donde estaba, pero sin la aprobación de Ellyson ni a él ni a Malcolm les darían el permiso para poner un pie fuera de suelo británico.

—Le aseguro, señor, que tenemos la voluntad y el valor —dijo Malcolm.

Ellyson detuvo su nervioso paseo y dejó quietas las manos. Se giró lentamente y, entrecerrando los ojos, clavó su penetrante mirada en Malcolm.

—¿Sí?

Malcolm cambió ligeramente su postura.

—Ciertamente —contestó.

—¿Alguna vez ha matado a un hombre?

Malcolm negó con la cabeza.

—No, claro que no.

Entonces Ellyson los miró a los dos, y la frialdad de su mirada hizo bajar un escalofrío por el espinazo de Clifton.

—¿Son capaces?

La pregunta lo tomó por sorpresa, pues no se le había ocurrido pensar «¿Soy capaz de matar a un hombre?»

En vista de que ninguno de los dos contestó, porque, de verdad, ¿cómo se puede contestar a eso?, Ellyson reanudó su paseo.

—¡Bah! Correr de un lado a otro por la costa es juego de niños. Mi hija Mariana lo ha hecho. Van a ir a Portugal, idiotas, no a Hastings. ¡Valor, desde luego! —Miró hacia la puerta—. Condenación, ¿dónde está esa muchacha? ¡Lucy! —gritó.

Justo en ese instante se abrió la puerta y entró una damita.

El conde de Clifton había supuesto que a la llamada gritada del señor Ellyson acudiría una fregona o incluso un ama de llaves, pero la chica descarada que entró en el despacho contradecía absolutamente sus expectativas, tal como le ocurriera con George Ellyson.

Llevaba su glorioso pelo negro recogido en un moño sobre la cabeza, apenas sujeto por las horquillas, y la luz lo hacía destellar aquí y allá en visos color ébano y otros resplandores. Era un color que hacía pensar en las cortesanas más caras, en pinturas italianas o en burdeles exóticos.

Pero ahí acababa la ilusión, porque bajo su brillante corona de pelo, la señorita llevaba un sencillo vestido de muselina, sobre el cual se había echado un jersey desteñido y remendado. Llevaba mitones, porque el resto de la casa estaba fría, y por debajo de la orilla nada limpia del vestido asomaban un par de botas prácticas y duraderas.

Y todo esto estaba coronado por unas manchas de hollín que le adornaban la nariz y el mentón.

Casi sin mirarlos a él ni a su hermano, ella se puso las manos, cerradas en puños, en las caderas.

—¿Qué pretendes al gritar así? No estoy sorda, pero lo estaré si insistes en gritar de esa manera.

Atravesó la sala y, quitándose los mitones y pasándose las manos por la falda, como si con eso se las fuera a limpiar, cogió el mapa que Ellyson tenía en las manos y había comenzado a desenrollar, y lo metió en su casilla.

—Dudo que necesites París todavía.

Clifton detectó una atrevida nota de desdén en su voz, como si ella, igual que Ellyson, diera un carpetazo a sus visitantes con el mismo menosprecio con que guardaba el mapa.

Y, como para confirmarlo, cuando miró atrás por encima del hombro para evaluarlos, su mirada fue al mismo tiempo calculadora y despectiva.

—¿Por qué no empezar por asegurarte de que sepan llegar a la costa? —dijo, con un sarcasmo más que evidente.

Ellyson emitió una corta risa, si se puede llamar risa a un ladrido; pero las mordaces palabras de la chica lo divertían.

—Tranquila, muchacha, tienen la bendición de Pymm. Tenemos que prepararlos.

—Jumm —masculló ella, poniendo otro sello de desaprobación a la idea.

Clifton se irguió. Ser descartado por un hombre de la talla de Ellyson era una cosa, pero ¿por una simple criada? Bueno, eso no lo iba a aguantar. Abrió la boca para protestar, pero Malcolm le dio un codazo.

«No te metas en estas aguas, hermanito», le suplicaron sus ojos oscuros.

—Necesito comenzar por Lisboa —dijo Ellyson—, pero que me cuelguen si encuentro el mapa.

—Aquí —dijo ella, localizando al instante el mapa—. ¿Alguna otra cosa?

Con sus agrietadas manos nuevamente en las caderas, le echó otra mirada a Clifton por encima del hombro, y de repente sus brillantes ojos verdes relampaguearon de diversión.

Es decir, hasta que su mirada bajó al charco de agua a sus pies y la huella de barro dejada por sus botas.

Entonces lo miró a la cara con una furia atronadora que decía: «Será mejor que no esperes que yo limpie eso».

Clifton sólo pudo mirar boquiabierto a esa fierecilla mandona. Jamás había conocido a una mujer como ella.

Bueno, al menos fuera de una taberna.

De todos modos, no pudo dejar de mirarla, porque en esa Lucy había una chispa que se atrevió a instalársele en el pecho.

De una manera extraña, con ese pelo y esos ojos relampagueantes, era bastante guapa. Pero lucía tal porte, tal actitud, que un hombre tenía que poseer muchísimo valor para decírselo.

Entonces ella lo sorprendió; al menos pensó que era lo más sorprendente que había oído en su vida:

—Papá, no tengo todo el día, y aún me falta supervisar la preparación del asado y de la mezcla para el pudín.

¿Papá?, pensó Clifton, más boquiabierto aún. ¿Esa muchachita mandona era hija de Ellyson?

No, en el mundo de los Ellyson, no tardó en descubrir, eso no era nada sorprendente.

Y que no lo era se lo demostró lo que contestó el padre:

—Sí, sí. Por supuesto. Pero antes que vayas a ocuparte de la comida, debo decirte que tengo pensado que te conviertas en la

nueva amante de lord Clifton. ¿Qué me dices, Goosie? —preguntó a su hija, con la misma naturalidad con que le preguntaría si el pudín iba a contener ciruelas extras—. ¿Te gustaría enamorarte de un conde?

Por encima del hombro Lucy miró al hombre que estaba cerca de la puerta. Se apresuró a apretar los labios para no soltar una carcajada ante la vista de la expresión de absoluto horror que adornaba la cara del pobre conde. Él tenía que ser el conde, porque el otro no tenía el aspecto de ser un hombre en posesión de título y fortuna.

«¡Cielos! Cree que mi padre lo ha dicho en serio. Y está aterrado, porque no sabe cómo negarse.»

Aunque una parte de ella muy femenina sintió una fuerte punzada de resentimiento.

«Bueno, podría ser peor», le habría dicho, si el otro hombre, el que estaba junto a la ventana, el hermano del conde por su apariencia, no hubiera exclamado:

—¡Buen Dios, Gilby! Cierra la boca de una vez, pareces una caballa. —Entonces se le dobló el cuerpo, riendo—. Además, dudo que Ellyson lo haya dicho en serio.

Lucy no contestó, como tampoco su padre, aunque eso era de esperar, porque este ya estaba en el paso siguiente de sus planes para el conde y su hermano natural, y por lo tanto no veía la necesidad de dar una respuesta educada.

—Señor, no puedo... —dijo el conde—. Quiero decir, como caballero...

Lucy se giró hacia él, con una ceja arqueada y las manos nuevamente en las caderas. Era la postura que adoptaba cuando el carnicero intentaba venderle cordero no del todo fresco.

El carnicero era la mar de tramposo, lo que convertía en algo semejante a un juego de niños alterar las refinadas y honorables ideas de ese caballero.

Clifton tragó saliva y retrocedió un paso, con lo que quedó con la espalda contra la pared.

Literal y figuradamente.

—Lo que quiero decir es que si bien la señorita Ellyson es... es..., es decir, yo soy...

Cerró los ojos y se estremeció.

¡Se estremeció!

Bueno, hay un límite en lo que puede aguantar una dama.

Caminando pausadamente, Lucy pasó junto a él, de un capirotazo le quitó una pelusilla de la hombrera de su chaqueta por lo demás impecable, y le sonrió.

—No te preocupes, Gilby —ronroneó, empleando el apodo que le diera su hermano—. No tienes por qué acostarte conmigo. —Lo miró detenidamente de arriba abajo, desde su pelo moreno, al cincelado contorno de su aristocrática mandíbula, al ancho de sus hombros, los contornos de sus largas piernas, hasta sus muy brillantes botas, todo lo que era caro, noble y elegante, y continuó caminando en dirección al escritorio de su padre, echándole otra mirada por encima del hombro—. Porque, francamente, no eres mi tipo.

Lo cual era bastante cierto. Bueno, no se podía discutir que el conde de Clifton era uno de los hombres más guapos que habían entrado en la casa de su padre en busca de formación para dedicarse al «trabajo» secreto para el rey, pero ella encontraba preocupante su actitud altiva y la rigidez de sus rasgos.

«No servirá, papá», deseó decir. Se consideraba una excelente juez del carácter, porque había pasado gran parte de su vida observando a los agentes que entraban y salían de la casa de su padre. Los conocía a todos.

Y por muy divertido que encontrara embromar un poco a ese tieso conde, sentía bajar una molesta preocupación por la columna.

Este Clifton tendría que bajar un poco sus humos si quería continuar vivo, como mínimo, y eso sin decir nada sobre hacer los trabajos que lo enviarían a hacer.

«No, es excesiva y absolutamente inglés. Demasiado orgulloso. Demasiado... demasiado... noble».

Formado ese juicio, vio su futuro y no era bueno. Los caballeros bien intencionados eran la plaga del Foreign Office. Le bastó

una mirada para descartarlo. Porque este Clifton, este noble conde, no volvería a Inglaterra, por mucho que se esforzara su padre en formarlo y entrenarlo bien.

No volvería.

«Bueno, a mí qué me importa», se dijo, deteniéndose ante el escritorio, dándole la espalda al conde. Abrió un cajón, sacó una carpeta y se la pasó a su padre, que durante todo ese rato había estado farfullando por el enredo de papeles y cartas que tenía sobre el escritorio.

—Creo que necesitas estas —le dijo en voz baja.

Su padre abrió la carpeta, miró los papeles que contenía y asintió.

—Ah, sí. Buena chica, Goosie. —Entonces se giró hacia Clifton—. ¿A qué se debe esa palidez? No espero que desflore a la muchacha, hombre, sino solamente que lleve consigo sus cartas de amor.

—¿Cartas? —balbuceó Clifton.

—Sí, cartas —le explicó Lucy—. Yo le escribo cartas cifradas como si fuera su amante, y usted las lleva a Lisboa. —Se le acercó y le dio una palmadita en el pecho—. Las lleva aquí, junto a su corazón. —Lo miró a la cara—. Tiene corazón, ¿verdad?

Capítulo 3

Unos cuantos días después, el señor Ellyson asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¡Ah, excelente! Vas a salir. Oportunísimo, he de decir. Lucy muchacha, sé buena y lleva contigo a su señoría.

Lucy, que ya tenía puesta la papalina, levantó la vista y le dirigió una exasperada mirada, porque sabía muy bien lo que deseaba.

Eso no quería decir que ella lo deseara.

—¿Hoy? ¿Ahora? ¿Esperas que lleve conmigo a lord Pantalones Finos? —Negó con la cabeza—. No está preparado.

Se puso los guantes y cogió la cesta para la compra, con la esperanza de apresurar su salida de todos modos.

—¡Lucy! No te atrevas a salir de esta casa sin el conde.

¡Condenación! Ya había salido de la cocina antes que llegara su padre. Si Bess no estuviera enferma en la cama, claro, la señora Kewin, la cocinera, no le habría pedido que bajara al sótano a buscar más cebollas, retrasando su salida al centro del pueblo.

—Envíalo con Mariana —dijo—. Ella hará la tarea admirablemente.

—No, no, quiero que tú lo acompañes en su primera salida —dijo su padre, entrando en la cocina—. Ya lo he organizado todo. —Fue hasta la mesa, donde había una tetera, y puso la mano en un lado para ver lo caliente que estaba—. Ah, señora Kewin, es usted un encanto; siempre sabe cuándo deseo tomar mi té todas las tardes —dijo, obsequiando con una excepcional sonrisa a la mujer mayor.

Entonces, el viejo pícaro se sentó a la mesa y se sirvió una taza de té como si todo estuviera la mar de bien.

Pero su ceja arqueada y el gesto de sus labios lo decían todo: había sido más listo que su hija y eso lo encontraba fabuloso.

La señora Kewin, en absoluto impresionada por el excepcional halago de su empleador, miró de un Ellyson a la otra y luego caminó hasta un rincón y entró en la despensa.

«Cobarde», pensó Lucy, viéndola desaparecer; la mujer sabía que se estaba preparando una pelea.

Y razón tenía.

Encaró a su padre, algo que pocas personas estaban dispuestas a hacer. Eso no significaba que se fuera a lanzar al ataque; simplemente cogió una página del libro de máximas de su padre:

«Identifica inmediatamente los problemas de un plan y ten a mano una solución».

—Sabes tan bien como yo —dijo, con suavidad y cautela—, que Mariana hará mejor el trabajo. Es muy posible que yo mate a ese bobo pomposo igual como al que sea que hayas puesto por ahí al acecho a esperarlo.

El conde de Clifton había resultado ser tan arrogante y altivo como ella supuso desde el comienzo.

Tres veces al día tocaba la campanilla para que le subieran el té. Y cuando no se lo llevaban inmediatamente, seguía tirando del cordón, hasta que por fin llegaba.

¿No era capaz de bajar a buscarlo él mismo, como hacían todos los demás en la casa?

Le entregaba a ella la ropa para lavar, porque no le gustó como le dejó las corbatas la chica de la posada. Con manchas de barro.

¿No sabía usar un cepillo rascador ese gamberro desconsiderado?

Y luego estaba la forma como le hablaba a ella, como si fuera lo último que deseara hacer en el mundo, pero claro, era tan necesario que tenía que rebajarse a hacerlo.

«Señorita Lucy, ocúpese de que echen esta carta al correo.»

«Señorita Lucy, envíe a alguien a...»

Como si ella no tuviera bastante que hacer sin todo eso.

Apretó fuertemente los dientes. Ah, no le caía nada bien; no le caía bien en absoluto.

Su padre, habiendo considerado su sugerencia, negó con la cabeza.

—Quiero que tú vayas con él. Harás admirablemente el trabajo, dejando de lado tus consideraciones personales. Además, sabes lo que le ocurre a tu hermana cuando ve sangre.

¿Sangre?, pensó Lucy.

Se reanimó. En su cabeza surgió la imagen de lord Clifton volviendo a la casa cojeando, herido y aporreado. Bueno, eso le calentó bastante el corazón.

Tal vez unas cuantas magulladuras conseguían hacer un poco más aceptable al arrogante.

O, como mínimo, le bajaban un poco los humos.

Su padre interpretó mal la sonrisa que vio en su cara.

—Sí, ves lo acertado que es esto. ¿No te acuerdas de lo mal que le fue al pobre Jack el Loco cuando salió con Mariana? —Movió la cabeza y luego le hizo un gesto de asentimiento a ella—. No estoy muy preocupado por su señoría, pero no me gustaría que Rusty y Sammy quedaran muy a mal traer. Son buenos muchachos.

¿Rusty y Sammy? Lucy dejó la cesta en el suelo.

—¿Tienes a esos dos navajeros esperando al acecho y te preocupa su seguridad?

—Ah, sí —contestó su padre, cogiendo otra galleta—. Sé que consideras a Clifton un tonto pesado, pero creo que te sorprenderá, Goosie. Se defenderá bien, hará una buena actuación. —Enderezó la espalda—. Simplemente nunca antes ha tenido que volar con sus propias alas. Pero tú puedes enseñarle a hacerlo, hija mía. Tiene el valor, sólo le hace falta creer en él.

Ella emitió un bufido. ¿En qué había que creer? ¿Lord Correcto y Según las Reglas contra Rusty y Sammy? Esos dos se habían criado en el barrio Seven Dials; eran dos de los delincuentes más despiadados y endurecidos que habían dejado su huella por las calles más peligrosas de Londres antes que su padre los contratara y les diera un trabajo en cierto modo legal, el tipo de trabajo que venía bien a sus, mmm, talentos.

Sonó la campanilla de encima de la puerta; Lucy no necesitó mirar para saber quién estaba tirando del cordón.

Él. Probablemente deseaba que le subieran su té.

No hizo caso de la impaciente llamada, y tampoco su padre. Y en cuanto a la señora Kewin, no se dio ninguna prisa en reaparecer en la cocina.

Por muy conde que fuera el que llamaba, la cocinera no era tan tonta como para volver mientras no se hubiera asentado el polvo.

—Tengo la sospecha —continuó alegremente su padre, sin hacer caso de la campanilla ni de la creciente agitación de ella—, que a él no le va a hacer ninguna gracia que lo pongan a prueba. Comprendes, entonces, por qué deseo que tú estés ahí. Tú eres buena pareja para él. Serás capaz de hacerlo entrar en razón cuando descubra que lo han enviado a...

Lucy dejó de escuchar después de oír lo de «buena pareja».

Desechó las implicaciones de esa frase. ¡Buena pareja, desde luego! Eso daba a entender que el conde y ella estaban hechos el uno para el otro, o tenían algo en común, y nada podía estar más lejos de la verdad.

El conde no era en absoluto apropiado para trabajar para el rey como agente secreto. Estaba fuera de lugar ahí, ocupando el valioso tiempo de su padre, mirando hacia abajo al resto de los moradores de esa casa.

Guapo, rico y mimado. Eso era el conde de Clifton, y en la primera hora que estuvo ahí en la casa deberían haberlo hecho renunciar a la idea de servir así al rey y a su país.

«Pero podría renunciar ahora, Lucy —le dijo al oído una vocecita sarcástica—. Déjalo que pruebe un poco de los verdaderos peligros que lo aguardan, y estará de vuelta en Londres antes de la cena.»

Entonces su padre y el señor Pymm verían lo que para ella era tan evidente.

Que el conde de Clifton no era ningún héroe.

—¿Dónde diablos está esa chica de la cocina? —protestó Clifton, de pie junto al cordón para llamar—. Esta casa se lleva de la manera más descuidada.

Malcolm levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—Podrías bajar a servirte tú mismo el té —sugirió, dando a entender con su tono que la sola idea era muy divertida—. Tal vez conseguir que la señorita Lucy te trate con modales más decentes por la conmoción que le va a producir descubrir que no eres tan estirado como te gusta parecer.

Clifton se giró hacia él con los hombros tensos.

—¡No soy estirado!

Malcolm se rió.

—Nunca te había visto tan arrogante y altivo como te has mostrado desde que llegamos aquí. —Ante el silencio del conde, continuó—: Incluso diría que fastidias adrede a esa chica. Lo haces adrede, ¿verdad?

—No hago nada de eso —dijo Clifton, tironeándose la corbata, que, comenzaba a creer, ella se la había hecho almidonar con arena—. Lo que pasa —apoyó la espalda en la pared al lado del cordón para llamar; y se cruzó de brazos— es que a los modales de la señorita les iría bien una cierta... orientación.

—Vamos —bufó su hermano—, quieres orientarla, de acuerdo, pero a mí en tu lugar me preocuparía cuánto la provocas. Es hija de Ellyson, de la cabeza a los pies.

Clifton descartó eso con un movimiento de la mano.

—¿Y qué crees que podría hacer? No es más que una muchachita pequeña.

—Eso no lo sé —dijo Malcolm, moviendo la cabeza—. Lo que sí sé es que no me gustaría ser el receptor de su ira. Es sólo un consejo de hermano. —Cerró el libro—. Qué lástima que no se parezca a su hermana. Ah, la encantadora señorita Ellyson.

Clifton movió la cabeza.

—Yo sugeriría que la señorita Ellyson es un problema en otro sentido.

—Es una retozona adorable —dijo Malcolm, sonriendo de oreja a oreja.

Clifton no tenía ninguna duda del motivo por el que Ellyson retenía en Hampstead a su hija mayor. Ágil y elegante, con un destello travieso en los ojos, Mariana Ellyson, más hermosa que su

hermana Lucy, tenía un algo etéreo que encendería los corazones de Londres.

—Y bien que lo sabe —dijo—. Aunque ninguna de las dos parece ser del tipo de mujer que se casa.

—Eso es extraño —convino Malcolm—. Los hombres de aquí deben de estar ciegos.

O conocían tan bien el turbio pasado de George Ellyson que se mantenían bien alejados de sus hijas.

—En todo caso —continuó Malcolm—, me parece que tendrías que reconocer que es mejor estar en Hampstead que en Londres. Aquí nadie intenta endosarte a su hija. Vamos, deberías estar feliz y contento; hemos conseguido llegar hasta aquí, y dentro de dos semanas nos marcharemos. ¿Qué te pasa?

—Nada —contestó Clifton, mirando el cordón para llamar, pensando en la posibilidad de darle otro tirón—. Todo. ¿Estás seguro de que esto es lo que deseas hacer?

—Por supuesto. Prefiero tener algo útil que hacer.

Todo ese asunto, entrar en el Foreign Office, ir al Continente, había sido idea suya, se dijo Clifton. Pero comenzaba a pesarle la magnitud de la empresa. ¿Y si no conseguían volver? ¿Y si fracasaban?

¿Y si no eran capaces de estar a la altura del legado de sus antepasados, todos héroes y paladines?

El desdeñoso brillo en los ojos de la señorita Lucy le decía claramente eso cada vez que lo miraba; decía que lo creía tan capaz de ser un espía como creía capaz a su anciana cocinera de comandar un batallón.

Fastidiosa, terriblemente descarada, la fierecilla.

Jamás había conocido a una mujer como ella. Una simple chica era capaz de destrozarle toda la confianza en sí mismo que tenía.

¿Cómo había logrado metérsele bajo la piel?

«Porque es distinta a todas las mujeres que has conocido.»

No era una señorita aduladora, complaciente, ni tampoco una sonriente debutante.

Las opiniones francas y muy descaradas de Lucy Ellyson lo tomaban absolutamente por sorpresa.

Bueno, si quería ser sincero podría incluso reconocer que la

encontraba bastante interesante, con ese glorioso pelo y sus grandes ojos muy abiertos y francos.

—Supongo que he sido un poco burro —concedió.

—¿Un poco? —bromeó su hermano—. Venga, no me mires así. No has sido tan altivo como solía ser nuestro padre, pero has estado algo gruñón. —Guardó silencio, pensativo—. Tal vez te convendría acostarte con esa chica de la posada, ¿cómo se llama?

—No lo he preguntado.

Malcolm se encogió de hombros.

—Parece bastante bien dispuesta.

—Bastante —dijo Clifton y negó con la cabeza—. Pero no es mi tipo y es algo vieja, ¿no te parece?

—Mmm, tenía la esperanza de que no hubieras notado que lleva bastantes años a cuestas —bromeó Malcolm, enderezando la espalda, con los ojos brillantes de travesura—. ¿Y la señorita Lucy? Es tu nueva amante después de todo.

—¿Lucy Ellyson? —farfulló Clifton, apartándose de la pared—. ¿Te has vuelto loco?

Malcolm lo dejó consternado riéndose más aún.

—Te busca las cosquillas, ¿eh? ¿Sabes?, es muy divertido veros a los dos, moviéndoos en círculos como gatos.

—Malcolm...

—Es bastante guapa —musitó Malcolm, echándose atrás en el asiento y juntando las manos detrás de la cabeza.

—Una guapa presumida, si quieres mi opinión —replicó Clifton; su hermano volvió a reírse, lo que no contribuyó a mitigarle la turbación—. ¿Cómo es que encuentras tan agradable esta casa?

Malcolm bajó las manos y se inclinó un poco.

—Ah, por una vez tengo la ventaja. Si has de saberlo...

—Debo.

—Pues, supongo que se debe a que soy el hijo ilegítimo. Eso me pone en pie de igualdad con la gente de aquí.

—Ah, ahora lo comprendo. Me he topado con la versión inglesa de *Liberté, égalité, fraternité*.

Malcolm se rió, sin sentirse en absoluto insultado por ser llamado jacobino.

—Ve con cuidado, que si no, a esa señorita se le va a meter en la cabeza formar su propio Comité de Seguridad Pública.

—Me sorprende que Pymm no la haya enviado a luchar con los franceses —dijo Clifton—. Los inmovilizaría bastante bien con todas sus molestas críticas.

—Si no supiera que no, diría que te gusta pincharla —dijo Malcolm, abriendo el libro que tenía delante y pasando las páginas despreocupadamente.

—Pues no.

—Tal vez sólo quieres irritarla lo bastante para que...

Clifton lo interrumpió moviendo un dedo en dirección a su cara.

—Ni se te ocurra sugerir algo así. Esa muchacha es la mujer más indecorosa y de malos modales que he tenido la desgracia de conocer. Es la última mujer en el mundo que pensaría en llevar a la cama.

Malcolm se encogió de hombros y volvió a la tarea de pasar las páginas del grueso libro, buscando el lugar donde había quedado. Sin levantar la vista, dijo:

—En realidad no tiene importancia. No la impresiona en absoluto tu elevada posición. Es muy posible que no te acepte ni aunque tú la desees.

El dardo dio en el blanco. Porque había una cierta verdad en lo que acababa de decir Malcolm.

Porque ahí estaba esa señorita, Lucy Ellyson de Hampstead Heath que lo miraba como si supusiera que iba a fallar antes de atravesar el Canal. Es decir, como sugerían sus irónicas miradas, si conseguía llegar a Hasting.

—Soy capaz de hacer esto, has de saberlo —dijo.

—¿Quién ha dicho que no lo eres? —dijo Malcolm, haciéndole el favor de no levantar la vista para mirarlo.

Pero justamente en eso Malcolm le ofrecía un buen contraste, pensó Clifton. Todo sentido común, sencillo, sin darse aires, a Malcolm, como a la señorita Ellyson, no lo impresionaban ni el linaje ni el patrimonio. Tal vez por eso su madre nunca puso objeciones a que se criara con él, con su hermanastro, con el hijo natural de su padre.

Ella aseguraba que eso le daría conocimientos del mundo co-

rriente y plebeyo, que de otro modo nunca tendría, los conocimientos que eludieron siempre a su padre, el hijo mayor de los Grey, protegido del mundo moderno y cambiante que el nuevo siglo había introducido en Inglaterra.

Una sociedad desconocida a la que pertenecía Lucy Ellyson y sus descaradas opiniones. Y su visible desaprobación.

Meció el cuerpo pasando el peso de un pie al otro, nuevamente invadido por ese desconocido desasosiego. Sólo pensar en esa chica lo desconcertaba, lo confundía.

—Ahora bien, ¿dónde diablos está esa criada con la bandeja?

—Ve tú a buscar la bandeja —sugiró Malcolm—. Ahora que lo pienso, ¿alguna vez has bajado a buscar el té?

Aunque lo fastidió reconocerlo, Clifton negó con la cabeza.

—Hazte un bien a ti y a ella —dijo su hermano—. Baja. Intenta hechizarla.

Clifton ya se había girado hacia la puerta, pero esa última frase lo hizo parar en seco.

—¡¿Que haga qué?!

—Hechizarla. Demuéstrale que no eres un bobo cursi.

—No soy un...

—No, claro que no —dijo Malcolm, con un destello de risa en los ojos.

—No puedo creer que me sugieras que baje ahí a hechizar a esa... a esa...

—¿Dama bonita?

—Bruja es más apropiado —protestó Clifton, moviendo un dedo apuntado a él.

—¿Bruja? —repitió Malcolm—. Supongo que eso es mejor que arpía. —Lo miró de reojo—. Hechízala, Gilby. Si eres capaz.

Clifton se erizó ante ese insulto.

—Sé hechizar a una dama. —Entonces oyó el fuerte bufido, con el que se sintió más insultado aún—. ¿Qué significa eso?

Malcolm se arrellanó en su asiento.

—Bueno, hermanito —en ocasiones le gustaba recordarle a Clifton que por mucho que fuera el heredero, seguía siendo el menor de los dos—, sólo que ser un calavera no es tu fuerte.

Clifton abrió la boca para discutir, pero no supo qué decir; porque había cierta verdad en eso.

Bueno, más que cierta verdad.

—Practica con Lucy —le aconsejó Malcolm—. No, no digas ni una sola palabra más. Por tu horrorizada expresión veo que no logras entender por qué te sugiero una cosa así. Pero, dime una cosa, Gilby, ¿no se te ha ocurrido pensar lo gloriosa que se vería esa melena de ella si por fin se escapara de sus horquillas?

—No —mintió Clifton—, ni una sola vez.

Malcolm se rió.

—Ya me lo parecía. Eso sería impropio de ti, ¿verdad?

Absolutamente, pensó Clifton mientras iba bajando la escalera de atrás. Total y absolutamente impropio. Vamos, parecería la sirena del mismo demonio con ese pelo negro desordenado, cayéndole en cascada por sus blancos hombros.

Tan hechicera como para tentar a un hombre a romper las paredes del infierno.

Lo que más o menos equivaldría a encontrarse liado con esa fiera, pensó al llegar al rellano de la escalera. Y al detenerse, a sus oídos llegaron los sonidos de voces de dos personas discutiendo acaloradas en la cocina.

Ahora bien, siempre había encontrado indigno de él escuchar conversaciones a escondidas, pero al parecer en su nueva profesión esa habilidad se consideraba un talento que era necesario poseer.

Avanzó un paso, silencioso, cauteloso, y no porque el tono enérgico de la señorita Lucy le hubiera despertado la curiosidad, se dijo.

—Estás absolutamente equivocado respecto a él, papá —estaba diciendo ella. Le pareció ver sus manos en las caderas y el brillo acerado y resuelto en sus ojos—. Tú y Pymm estáis equivocados. Escucha lo que te digo, es un hombre arrogante, estirado, despótico...

No le hizo falta adivinar de quién estaba hablando. Tampoco lo sorprendió la vehemente difamación de su carácter. Lo habría sorprendido más oírla alabar sus virtudes.

La risa del señor Ellyson subió por el tramo de escalera.

—Vamos, Goosie, basta. Sé que no te cae bien, pero insisto en que te guardes tus opiniones. Y no le añadas nada tóxico a su comida —añadió, con tanta severidad que Clifton lo visualizó moviendo un dedo ante ella—. No es lord Roche.

—Jumm —farfulló ella—. Permíteme que discrepe.

Clifton levantó bruscamente la cabeza. ¿Roche? ¿Es grupa de caballo? El aguijonazo de ser comparado con ese idiota lo impulsó a bajar corriendo el resto de la escalera e irrumpir en la cocina a intervenir en la conversación. Casi, porque la curiosidad y el loco deseo de demostrarle a la señorita Ellyson que estaba equivocada, le inmovilizaron las botas.

—Ah, desde luego, Roche ha sido una mala elección, te lo concedo...

—Y estaba tan seguro de sí mismo como este hombre que nos ha endosado Pymm. El señor Grey lo hará bastante bien, pero el conde... bueno, papá, creo que estás totalmente equivocado en esto.

Un sonoro «jumm» acabó la frase.

—Venga, Goosie, eres demasiado severa. Clifton vale más de lo que crees. Te sorprenderá al final. Ya lo verás.

Se oyó un frufrú de paja y cintas, seguro que de la papalina al mover ella con vehemencia la cabeza negando esa afirmación.

La risa de Ellyson resonó en el oscuro hueco de la escalera.

—Te fastidian sus modales altaneros y que no haya coqueteado contigo.

—¡Papá!, eso es ridículo. No deseo que ese hombre...

—Cálmate —la regañó su padre—. Creo que esto tiene más que ver con que el conde es el primero de todos los que han venido aquí que no se cree enamorado de ti.

—Sabes que no me importan esas cosas —protestó ella.

—Ah, sí lo sé. Pero algún día te importarán, y ese es el día que temo.

—Bueno, en cuanto al conde de Clifton no tienes nada que temer por mí.

A eso siguió un «jumm» que sonó muy parecido al que hacía la abuela de Malcolm, la esposa del herrero; una mujer tremendamente fuerte, capaz de doblar un hierro con sus manos.

—Estupendo —dijo el señor Ellyson, como si eso resolviera el asunto.

Como si hubiera un asunto que resolver. Tuvo que refrenarse para no abrir bruscamente la puerta de la cocina y manifestar su acuerdo con la hija.

Que el padre no tenía nada que temer en cuanto a él.

Se estremeció. Lucy Ellyson, desde luego.

—Porque él no querrá tenerte, Goosie —estaba diciendo Ellyson—. Ninguno de ellos querrá tenerte. No de una manera que sea honrosa. —Exhaló una especie de suspiro de resignación—. Os he criado a las dos para que seáis damas...

Clifton arqueó una ceja. ¿Lucy Ellyson una dama? Deseó entrar a corregirlo sobre ese punto, pero lo pensó mejor.

—... no creas ni por un instante que alguno de ellos va a pasar por alto de quiénes desciendes, digan lo que digan para hechizarte.

—No soy del tipo de mujer que se deja hechizar, papá.

«Palabras más ciertas no se han dicho jamás», pensó Clifton.

—Así son las cosas, Goosie. No lo soportas, eso lo has dejado abundantemente claro, pero la verdad es que Pymm desea que lo formemos, y formarlo es lo que vamos a hacer.

Pasado un momento, un resignado suspiro femenino rompió el silencio.

—¿Vas a colaborar, entonces? —preguntó Ellyson.

Se oyó el ruido de una cesta al ser colocada sobre una mesa.

—Ah, sí, sabes que sí. Y si tío Sapo desea que se haga...

¿Tío Sapo? ¿Llamaba «tío Sapo» a Pymm, el jefe de espías de Inglaterra, el hombre más temido en el Foreign Office?

Clifton no tuvo mucho tiempo para asimilar eso, porque nuevamente estaba hablando la señorita Ellyson:

— ...tengo que reconocer que no me importará ver cómo le bajan los humos a ese hombre arrogante...

—Goosie... —dijo su padre en tono de advertencia.

—Papá, siempre has dicho que las lecciones de humildad son las más difíciles de soportar. Yo diría que para el conde este va a ser un día muy desagradable. —Pasado un momento añadió—: Podría salir bastante malparado.

No hacía falta que dijera eso en tono esperanzado, la muy descarada, pensó Clifton.

Enderezó la espalda. «Así que quieres verme humillado, ¿eh?» Entrecerró los ojos y lo invadió una calma absoluta. ¿Estaba convencida de que no aprobaría cuando se enfrentara a un desafío? Ah, él le demostraría una o dos cosas a esa odiosa señorita.

Tosiendo fuerte, bajó el resto de los peldaños, frunció el ceño de la manera más imperiosa que consiguió, y entró en la cocina.

—Llamé para que me subieran el té y nadie lo ha hecho.

Paseó la mirada por la escena aparentemente doméstica y luego miró a la señorita Lucy con una ceja arqueada, como para indicarle que ella tendría que haberse ocupado del asunto.

Enseguida.

Fiel a su carácter, ella lo miró ceñuda.

Sin duda deseando arrojarle una olla de agua hirviendo en la cabeza.

—Ah, Clifton, muy oportuno —dijo Ellyson—. Tengo que pedirle un favor.

—Por supuesto, señor —contestó, inclinando levemente la cabeza—. ¿En qué le puedo servir?

—Goosie tiene que ir al pueblo a hacer unas compras para la señora Kewin, pero, por desgracia, no hay nadie para acompañarla. Bess está enferma, la señora Kewin está ocupada y Mariana y Thomas-William salieron a... salieron a... —Miró a su hija en busca de ayuda.

—A llevar cestas con alimentos para los pobres —terminó la señorita Lucy, en el tono dulce y modesto de una hija de párroco.

Que no lo era. Además, si bien Mariana Ellyson era una chica generosa y amistosa, apostaría las rentas de todo ese año a que era tan dada a salir a hacer obras de caridad como a asaltar coches por los caminos.

—¿Le importaría, milord, acompañar a mi querida hija al pueblo? —preguntó el señor Ellyson—. No me gusta que mis hijas salgan sin protección.

Clifton miró disimuladamente a la hija del viejo espía. La chica

era buena actriz, porque su cara y postura la hacían parecer tan inocente como el tono con que había hablado, pero en sus ojos había un brillo peligroso.

Era un reto; lo desafiaba a negarse.

Y lo que no sabía la señorita Lucy, con todo su orgullo y prejuicios, era que a él le encantaba un buen reto.

Casi tanto como le gustaba ganar.

—Faltaría más, señor —contestó—. Sería una negligencia por mi parte permitir que una damita salga sin acompañante.

«Al menos mientras no descubra qué me tenéis reservado vosotros dos.»

Lucy se sintió en desventaja cuando salió de la casa de su padre en compañía del conde de Clifton.

—¿Me haría el honor, señorita Lucy? —le preguntó él, ofreciéndole galantemente el brazo.

—Lucy, milord. Por favor, llámeme Lucy —dijo ella, mientras él le acomodaba con sumo cuidado la mano en la manga.

Entonces la condujo por el camino de entrada como si ella fuera una verdadera dama a la que llevaba a dar un elegante paseo por un parque de Londres.

—Pero, señorita Lucy —protestó él—, no querría poner en tela de juicio su reputación permitiendo que alguien suponga...

—¡Vamos, santo cielo, lord Clifton! —exclamó ella, perdiendo toda la paciencia—. Nadie me llama «señorita Lucy». Eso está reservado para la hermana del párroco.

Pasado un momento, él preguntó:

—¿Y alguien podría confundirla con la hermana del párroco?

Ese irónico comentario la desconcertó. Lo miró para ver si su intención era embromarla o insultarla, pero en sus hermosos rasgos no había indicios de ninguna de las dos cosas.

—El tiempo está admirable —comentó él alegremente, abriéndole la puerta de rejas.

Los dos salieron al camino.

—Sí, mucho —repuso ella, desconfiada de todos modos.

—¿Va al pueblo con frecuencia?

Lucy volvió a mirarlo. ¿Era tonto?

—Sí, milord, todos los días.

—¡Extraordinario! Cuidado aquí, hay una peligrosa irregularidad en el camino.

La condujo de forma que sorteara el alarmante peligro de una piedra girada y un terrón.

«Buen Dios, no soy de porcelana», deseó exclamar, tratando de liberar la mano. Pero él le había puesto encima la otra de él y se la tenía bien sujeta.

Vaya por Dios, hacía esa salida casi cada día, y la mayoría de las veces sola, porque no había ni un muchacho ni un alborotador, a sus buenas cinco millas a la redonda, al que se le ocurriera darle a Lucy Ellyson otra cosa que bastante sitio para pasar y una buena dosis de respeto.

Y acostumbrada como estaba a su independencia, encontraba muy desconcertante ir caminando vigilada por el conde, con la mano atrapada en su manga.

Así de cerca era más alto de lo que había creído, o más bien de lo que deseaba creer que era, porque la dejaba pequeña y, si se podía creer, era..., bueno, bastante imponente.

«Bueno, no totalmente imponente», se dijo, mirando hacia el camino y pensando dónde estarían escondidos Rusty y Sammy; entonces, de pronto, se sintió bastante inquieta.

¿Y si su padre tenía razón y el conde se defendía bien contra ellos?

Negó con la cabeza. Imposible; era un noble mimado, consentido. Eso era todo. Otro lord Roche.

Dobló la mano sobre el brazo y a través de las telas del guante y la manga sólo notó sólidos músculos.

La sensación le produjo algo así como un revoloteo por dentro.

«¿Tan segura estás de que sólo es un tonto, Lucy?»

—¿Ha vivido en Hampstead toda su vida? —preguntó el conde.

—¿Perdón? —preguntó ella, saliendo de su ensimismamiento, mirando distraídamente su antebrazo.

—¿En Hampstead? ¿Ha vivido aquí toda su vida? —repitió él, sonriéndole como si le estuviera hablando a una niña pequeña.

—La mayor parte —contestó ella, algo desconcertada por su deslumbrante sonrisa—. Nací en Roma, pero no tengo ningún recuerdo de ese lugar.

Cáspita, ¿qué se había apoderado de ella para revelar eso?

—¿En Roma, ha dicho? Qué único.

«No tan único si tu madre es italiana», deseó replicar ella, pero eso sólo llevaría a tener que dar explicaciones sobre su madre.

Tema que evitaba a toda costa, y la alegró el silencio que se hizo entre ellos.

Al menos durante un momento.

—Cuánto me alegra que su padre me haya ofrecido el placer de su compañía esta tarde —dijo él, retomando la conversación—. Me da la oportunidad de hablar con usted... a solas.

¿A solas? Esas palabras le erizaron la columna.

Santo cielo, ¿qué podía querer decirle ese hombre a solas que no se lo hubiera dicho ya?

Tal vez deseaba comentar su forma de hacerle almidonar las camisas. Dos veces. ¿O tres? Había perdido la cuenta.

Le sonrió, preparándose para otra imperiosa petición.

—Señorita Lucy...

«Ahí viene.»

—Me parece que hemos tenido un mal comienzo —continuó él—, y creo que eso es totalmente culpa mía.

Lucy pestañeó. ¿Había oído bien? Eso tenía sospechosas trazas de ser una disculpa. Levantó la vista y miró su contrita expresión, en la que no había ni un asomo de sarcasmo ni de risa que traicionara su intención.

¡Cáspita! Sí que era una disculpa.

Volvió a mirarlo. No, no podía ser. Debió atarse muy apretadas las cintas de la papalina; o eso, o Rusty y Sammy ya lo habían golpeado en la cabeza y ella se había perdido del todo el encuentro.

—Mi hermano dice que he sido algo despótico —continuó él.

—¿Algo? —masculló ella, y sólo entonces cayó en la cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Nuevamente él le sonrió, como si no hubiera oído su grosero exabrupto. La deslumbrante blancura de sus dientes parejos y el sincero brillo de sus ojos eran capaces de desequilibrar lo suyo a una dama.

Incluso a una dama tan imperturbable como ella. Al menos siempre se había creído inmune a esos encantos.

—Quise decir, creo que no... —Tartamudeó, tratando de recuperar el autodominio.

Le resultaba difícil pensar mientras él la miraba con tanto, tanto... vamos, porras, como si la encontrara absolutamente encantadora.

Que no la encontraba, se dijo.

Sin embargo, ahí estaba, el pomposo lord Clifton, pidiendo disculpas.

—Sí, sí, he sido muy despótico. Así pues, señorita Lucy, quiero expresarle mis más sinceras disculpas si la he ofendido de alguna manera.

Otra vez esa radiante sonrisa de niño; el tipo de sonrisa esbozada sólo para ella. Y bueno, que la colgaran si el corazón no le latía algo más deprisa.

Vaya, condenación. ¿Tenía que pedir disculpas justamente en ese momento? ¿Justo cuando ella lo llevaba a la trampa tendida por su padre?

Por la columna le bajó un molesto hilillo de culpa. Y al principio no sabía qué era, porque rara vez se sentía culpable de algo; ni siquiera por hacer trampas con las cartas.

Pero resultó que su sentimiento de culpa tuvo una muy corta existencia, porque el conde continuó con su disculpa:

—Sería un descuido imperdonable por mi parte si ofendiera a una dama como usted, una dama tan bonita, además.

Lentamente, Lucy se tironeó la papalina y lo miró; lo miró de verdad; desde esa encantadora sonrisa con que pretendía deslumbrarla, al brillante destello de preocupación de sus ojos.

Ese hombre era endemoniadamente atractivo, comprobó, fastidiada.

Penetrantes ojos oscuros, la nariz aguileña de un caballero,

mandíbula tersa y sólida, y una hendidura en el mentón bajo sus cincelados labios.

Se apresuró a fijar la mirada en el camino por donde iba pisando, porque nuevamente el corazón le revoloteó con un peligroso temblor.

«Vamos, Lucy, no seas tan boba.»

Porque a pesar de sus amables palabras y miradas sonrientes, sabía sin un asomo de duda que él se proponía algo, lo que fuera, que estaba coqueteando con ella por un motivo.

El conde de Clifton le estaba amontonando monedas españolas a los pies, falsos halagos como para llenar la bodega de un barco pirata, y si creía que sus bonitas palabras la iban a hacer perder la cabeza..., no, distraerla...

¿Distraerla?

Plantando las botas en el suelo se detuvo en seco y él interpretó mal su repentina detención.

—¿Camino demasiado rápido para usted, señorita Lucy? ¿Necesita descansar?

—No, no, estoy muy bien —replicó, dejando de lado el sentimiento de culpabilidad. Ese maldito cabrón, vamos, si casi la había convencido de que estaba sinceramente preocupado—. Gracias por su preocupación —añadió, levantando la vista para mirar a ese enigma de hombre, y se encontró con que él la estaba mirando fijamente—. Pero, por favor, llámeme Lucy.

—Faltaría más —dijo él, inclinando elegantemente la cabeza—. Lucy, entonces.

Era casi una lástima que dentro de unos minutos ese terso semblante fuera a lucir un ojo amoratado, como mínimo.

Una terrible lástima. «Tal vez deberías advertirle que dentro de un instante le saltarán encima y le darán una paliza.»

Pero claro, tal vez no. Le sonrió.

—Milord, de verdad, no hay ningún motivo para pedir disculpas, y reconozco que yo podría haber contribuido en algo a nuestras diferencias.

Bueno, sí que le había pedido a la lavandera que le almidonara tres veces las corbatas.

Continuaron en silencio por el simpático camino, bordeado por las flores silvestres de primavera, color amarillo vivo, que florecían felices a la sombra de la hilera de robles. La luz moteada del sol caía sobre ellos, y el lugar era bastante romántico, si ella hubiera tenido esas inclinaciones.

Le parecía oír la voz de su padre susurrándole: «Di alguna cosa, háblale, distráelo, no sea que sospeche algo.»

—Me imagino que echa de menos Londres —dijo.

La mayoría de los hombres con los que trabajaba su padre se quejaban de tener que vivir en Hampstead, lejos de sus lugares de entretenimiento predilectos, el White, el Tatterssall y el Gentlemen Jim's.

—No, no, en absoluto —respondió él—. Para mí la vida en Londres es un mal necesario. Prefiero con mucho el campo.

Detectó una sinceridad tan absoluta en su respuesta que se asombró bastante. Porque ella tampoco le había tomado gusto a vivir en Londres, y le gustaba muchísimo la tranquilidad de Hampstead Heath.

Y, peor aún, descubrió que tenían algo en común.

—No, pero debe de echar de menos la sociedad elegante y las diversiones —insistió, pues no quería aceptar que hubiera nada común entre ellos—. La temporada está en pleno apogeo, ¿verdad? Supongo que las delicias de Mayfair y todas esas damas bonitas son una visión mucho más de su gusto que Gertie, la muchacha de la posada Bog and Heath.

Él se tropezó con algo y luego la miró.

—¿Perdón?

—Gertie. De la Bog and Heath. La posada en que han tomado habitaciones usted y su hermano. A ella siempre le encanta entretener a los alumnos de mi padre. Aunque me parece que ya está algo mayor para continuar trabajando en su oficio —añadió en voz más baja.

Tuvo la satisfacción de ver que él se ruborizaba un poco y tenía dificultades para seguir con el tema.

Casi sin duda era la primera vez que iba a hablar de una muchacha de taberna con una dama.

—Esto... es decir..., no he hecho amistad con... ni querría hablar de esa persona...

—Gertie —suplió ella—. Se llama Gertie. Ah, no tiene por qué ser tan delicado conmigo, milord. Tengo veintitrés años y bastante buena idea del servicio que presta Gertie...

—Cuidado por donde pisa, señorita Ellyson —dijo él, para interrumpirla, llevándola por un lado de un montón de bostas dejadas por un caballo.

Ah, sí que lo tenía bien confundido. Por lo tanto, siguió adelante, desvergonzadamente:

—Creo que lord Roche la encontraba bastante complaciente. —«Cuando yo me negué a...»—. De todos modos, podría considerar la posibilidad de volver a la temporada de Londres —añadió alegremente, para imitar a Mariana—, a ver si encuentra una esposa.

—¡¿Una qué?!

Habría jurado que a él se le estremecieron hasta las botas.

«Así que el conde de Clifton le tiene miedo al matrimonio.» Eso podría ir en su favor.

—Una esposa —repitió—. Una condesa. Una dama de buen linaje, para que le dé un heredero y otros de recambio.

—Sí, sí —dijo él—. Sé para qué es una esposa.

—¿No le preocupa dejar su título sin heredero? —Guardó silencio un momento y añadió en voz más baja—. Es decir, si no vuelve.

Él la miró con un leve destello de fastidio en los ojos.

Ah, había dado en el clavo con eso.

—Tengo un tío que está en la línea de sucesión —dijo, en tono abrupto.

—Excelente. ¿Está casado?

—Sí.

—¿Es un hombre sensato, entonces?

Él dejó pasar un largo y medido silencio.

—No particularmente —dijo al fin.

—Qué pena. Pero ¿tal vez tiene herederos con las cualificaciones necesarias?

—Sí, dos hijos.

La respuesta sonó como el sonido que hace un perro al darle un mordisco a un hueso.

Lucy apretó los labios para no sonreír. Ah, ya lo tenía. Compuso la siguiente frase con sumo esmero, aunque sólo fuera para que le cayera como una bala de cañón a los pies.

—Entonces se casará cuando vuelva, es decir, si vuelve.

Él frunció el ceño y se le tensó el brazo.

Tal vez se le había ido un poco la mano al pincharlo, pensó ella.

—Volveré —dijo él.

Lo dijo de modo tan terminante que habría bastado para poner punto y final al tema, es decir, si hubiera sido una conversación corriente y educada.

Pero no bastó para detener a Lucy.

—Claro que volverá, milord, sin duda alguna —dijo, dándole una palmadita en el brazo, como para consolarlo por una apuesta perdida, y una apuesta nimia, además. Después continuó—: ¿Qué tipo de dama va a buscar?

—¿Perdón?

Volvió a tropezarse. Ella esperó a que hubiera recuperado el equilibrio y la serenidad para enterrarle la pregunta en el pecho como una daga:

—¿Su condesa? ¿Cómo va a saber que es ella cuando la conozca?

—No he pensado mucho en eso —repuso él, y nuevamente su tono indicó que daba por acabado el tema.

Pero, ah, Lucy no había acabado.

—Ahí es donde fallan muchos hombres en este tipo de cosas.

—¿Fallan?

—Sí, fallan. Totalmente. Los hombres no reflexionáis lo suficiente acerca del tipo de mujer con la que deseáis pasar la vida. Simplemente elegís, como se podría elegir un caballo de carreras.

—En elegir una esposa hay mucho más que eso.

—¿Cuánto más? —preguntó ella, con la mayor inocencia, como si esos asuntos escaparan a su entendimiento.

Pero claro, él no tenía la menor idea de que ella lo llevaba a una trampa.

—Bueno, supongo que tendré que tomar en cuenta el linaje de la familia de la dama —dijo él, de manera tan pomposa que ella casi deseó que Rusty y Sammy se presentaran en ese momento para ahorrarle el sermón—. Su educación tendría que ser impecable, y tendré que examinar su idoneidad, su apariencia, su manera de conducirse en público.

—Exactamente lo que dije. Tal como se elige un caballo de carreras.

—No es en absoluto lo mismo.

Ella se detuvo.

—Por su linaje, su formación, su apariencia y su actuación. ¿No es eso lo que ha dicho?

Él movió las mandíbulas, apretadas, y fijó la mirada en el camino, con los ojos entrecerrados.

—Sí.

—Igual a como se elige un caballo de carreras, milord.

Diciendo eso lo instó a reanudar la marcha, y continuaron en silencio.

Al parecer al conde no le gustó nada que le hicieran ver los defectos de su plan. Ni la comparación de su futura esposa con un caballo árabe en Newmarket.

—Señorita Lucy, hay una diferencia que usted ha olvidado tener en cuenta.

—¿Cuál? —preguntó ella, sintiéndose segura en su ingeniosa y apabullante broma.

Él la miró, con una intensidad tan ardiente en sus ojos oscuros que le hizo bajar un estremecimiento de advertencia por el espinazo; y la obsequió con esa sonrisa temeraria, esa que sugería que buscaba algo, o, mejor dicho, a alguien a quien devorar.

Apasionadamente.

Ella intentó desentenderse del estremecimiento que le bajaba por la columna. No era un estremecimiento de culpa, ni de rabia ni de miedo, sino de otra cosa. De algo que ni siquiera deseaba saber.

Al menos no con él. Porque al mirarla de esa manera el conde de Clifton le recordaba que era mujer, y que él era un hombre muy apuesto.

Demasiado apuesto.

—Nunca he estado enamorado de un caballo —dijo entonces él—. Pero a mi futura condesa la amaré. Sin lugar a dudas, no me casaré sin amor.

Y esta vez fue Lucy la que se tropezó.

Capítulo 4

A-am-mor? —tartamudeó Lucy Ellyson.

—Sí, amor. —La miró y supo sin el menor asomo de duda que había cambiado la marea en la conversación; o, mejor dicho, la marea la había hecho caer de su elevada posición. El repentino cambio en sus posiciones le produjo el perverso deseo de devolverle pinchazo por pinchazo—. ¿Ha oído hablar del amor?

—Pues claro que he oído —le espetó ella.

—¿Ha estado enamorada?

—Milord, eso no es...

—¿Un tema decoroso de conversación? —Se encogió de hombros—. Tal vez no, pero podría recordarle, Lucy, que usted comenzó esta forma de interrogatorio.

—No era mi intención... —Hizo una inspiración—. Es decir, no esperaba...

—¿Que cambiara la dirección del viento?

Por debajo de la ancha ala de la papalina salió un ruidoso «jumm».

Clifton sonrió. «Apúntame con la espada del matrimonio, ¿eh?» Ah, lo había tenido en la cuerda floja un buen rato, pero en ese momento...

—Así pues, Lucy, ¿ha estado enamorada alguna vez?

—No, en absoluto. No.

Lo miró, con los labios apretados en una firme línea.

El tipo de línea que o bien prohibía intentar algo más, o lo desafiaba a comprobar si conseguía persuadirla a abrir un pelín esos labios rosados.

Se le acercó un poco y, dicho sea en su honor, ella se mantuvo firme donde estaba.

—¿Ningún pretendiente la ha enamorado?

—No soy el tipo de mujer que se enamora, milord —contestó ella, pasando la cesta de una mano a la otra hasta que la dejó colgando delante, a modo de frágil barricada.

Estupendo. Estaba nerviosa.

Como debía.

—Supongo que no lo es —dijo, mirando la cesta que estaba entre ellos y luego a ella—. De tipo enamoradizo, quiero decir.

Se le acercó otro poco y esta vez ella retrocedió un corto paso, y en su distracción se le cayó la cesta de las manos.

«Intenta hechizarla», le había recomendado Malcolm.

Así que eso hizo, mirándola con una sonrisa lobuna.

—¿Qué quiere decir con eso? —replicó ella, en fiero desafío, sus ojos recelosos—. ¿Que no soy enamoradiza?

—Simplemente que no es el tipo de dama que alentaría a un hombre a mirarla dos veces...

—Milord, ciertamente no soy...

—No, no, señorita Ellyson, escúcheme. Si desea que un hombre se enamore de usted, él necesita mirarla dos veces. —Y la miró; guardó silencio para echarle una buena mirada—. Sólo para estar seguro.

Ella se quedó inmóvil, con las manos en las caderas, el ceño fruncido. Por vida de él que esa postura mandona, antinatural, de pescadera, debería disuadirlo. Totalmente.

Pero esa postura en la señorita Lucy Ellyson le encendía un fuego dentro.

Por el desafío que veía en sus ojos verdes. Su arremolinada mata de pelo negro le coronaba la guapa cara como la guirnalda pagana de Boadicea. Una señorita guerrera no dispuesta a ceder ni una pulgada.

El tipo de señoritas fogosas que seducen a reyes, que se elevan a la mala fama por su pura audacia, que desafían a un hombre a buscar en lo más profundo de sus reservas y a emplear todo su ingenio para hacerse merecedor de sus afectos.

Pero claro, evidentemente ella no se daba cuenta de que cuando adoptaba esa postura obligaba a su desaliñado y feo vestido a ceñírsele al cuerpo y revelar las curvas y contornos femeninos que ocultaba bajo su soso escudo de percal.

Mirándola desde su ángulo de visión, veía muy claramente que Lucy Ellyson era una brujita muy curvilínea. No era una cimbreña debutante ni un escultural dechado simbólico de perfección. No, era una dama en todos los sentidos que hacen girar la cabeza a un hombre.

O más bien, le calientan la sangre.

Por lo tanto, cuando afirmó que nunca había estado enamorada, se le hizo difícil creerle.

Le sonrió, viéndola bajo una luz totalmente diferente, porque aparte de simplemente coquetear con una dama hay otras maneras de inducirla a revelar sus secretos.

—¿Qué pretende hacer, lord Clifton? —preguntó ella, retrocediendo otro paso.

—Echar una segunda mirada.

Ahí y en ese instante, Lucy comprendió que el conde de Clifton la iba a besar.

Y también comprendió que si bien debería arrojarlo al suelo con un buen puñetazo por ese atrevimiento, ella deseaba que lo hiciera, lo deseaba hasta los dedos de los pies, que en ese momento tenía enroscados dentro de sus bien usadas botas.

«Es un tonto arrogante, Lucy Ellyson. ¿Cómo se te ocurre, en qué estás pensando?»

En que en ese último rato él había pasado de ser un caballero mimado a ser algo más.

«No me casaré sin amor.»

Esas palabras desafiaban todo lo que ella opinaba de él. No las había dicho a la ligera ni como una declaración romántica, apasionada, sino como un juramento o una promesa, de una manera que indicaba que de todas las consideraciones nobles sobre el matrimonio el único factor decisivo sería el amor.

Esas palabras, esa idea, le susurraban algo.

Le encendían sus propios deseos, porque siempre había soñado con un amor así también. Lucy Ellyson siempre ponía una cara valiente, era la roca de firmeza para su desordenada familia, pero muy en el fondo deseaba mucho más.

Deseaba que un hombre la amara con todos sus defectos y locuras, que la amara a pesar de su clase social, a pesar de sus padres y de su nada convencional educación.

Que la amara porque la encontraba la mujer más extraordinaria en que había puesto los ojos.

Así pues, cuando lord Clifton le dijo que le iba a echar una segunda mirada, descubrió que no podía respirar.

Porque había algo en su manera de observarla, como si ella pudiera poseer algo que él buscaba. Eso y la pasión que ardía en sus ojos oscurecidos, la inmovilizaron con un increíble poder. Encendieron un fuego dentro de ella, un deseo de...

Vamos, no sabía qué deseaba.

Aparte de que la besara.

Y él iba a besarla, porque se iba acercando más, avanzando para cogerla en sus brazos, apretarla a él, poner sus labios sobre los suyos y hacerle aletear las entrañas en un vertiginoso revoloteo, como las coloridas cintas de un mayo agitadas por una inesperada brisa.

«Condenación, ¿cómo es que este hombre se ha vuelto tan guapo, tan encantador, tan absolutamente deseable?»

¿Era posible que nunca se hubiera fijado en que sus ojos oscuros eran en realidad de un vivo e intenso color azul, ni en cómo le brillaban con un fuego peligroso? ¿Y que no hubiera notado su fuerte y resuelta mandíbula, el imponente contorno de sus hombros, la decidida firmeza de sus labios, en ese momento entreabiertos para robarle lo que ella había creído que ni en mil años le daría?

Un beso.

Pero, para su gran desesperación, ese momento dorado, esa oportunidad soñada, su verdadero primer beso, fue también el momento en que Rusty y Sammy decidieron hacer saltar su trampa.

Durante un momento triunfal, Clifton pensó que tenía a Lucy Ellyson exactamente donde la deseaba. Rodeada por sus brazos, sus ojos, agrandados por el asombro, estaban fijos en los de él, y todo el mundo pareció difuminarse al encontrarse sumergido en las sombras de la verde pradera de su mirada.

Distraído por esos labios llenos y maduros, distraído por el pensamiento de su exuberante...

Justo entonces todo su mundo dio un bandazo con el estallido de un cegador dolor en la parte de atrás de la cabeza. Un montón de estrellas cobraron vida ante sus ojos, y no eran del tipo que un hombre cree ver cuando tiene a una hermosa chica en los brazos y cree que va a pasar el resto de la tarde..., bueno, no cayendo de rodillas al suelo, con los sentidos cegados y sólo capaz de pensar en el zumbido que pasa por su dolorida cabeza.

«No te dejes distraer jamás».

Ese era el primer principio de supervivencia de George Ellyson, principio con que les había machacado las duras molleras a él y a Malcolm desde la primera sesión en su despacho.

«No te dejes distraer jamás.»

Y él se había dejado distraer. En Hampstead, en un estrecho camino en dirección al pueblo, antes que hubiera transcurrido una hora desde que oyera a Ellyson decir esas palabras por enésima vez.

Así que ahí estaba, oh, muy, muy distraído. Por una dama con la que no tenía ningún derecho a coquetear, y menos aún en un momento como ese.

Se incorporó y se giró a mirar a su agresor.

Enmienda, agresores.

Pestañeó un par de veces y, finalmente, del borrón que formaban los individuos logró enfocar a dos, el más cercano un rufián gigantesco, de pelo anaranjado y un brillo asesino en los ojos, un hombre que sin perder el tiempo en amenidades le enterró el macizo puño en el vientre, sacándole todo el aire de los pulmones y arrojándolo de culo en la dura y polvorienta tierra.

«Así que va a ser este tipo de pelea», se dijo, y nuevamente se levantó, pestañeó para hacer desaparecer las estrellas de su visión y preparó los puños.

Ah, sí que había estado distraído. Un momento.

Pero ya no lo estaba, y esos dos sujetos tenían toda su absoluta atención.

Lucy también había caído sobre la dura tierra apisonada, a un lado de su ya olvidada cesta. Soltó una maldición, empleando la expresión favorita de su padre, con la que consiguió que la expulsaran del Colegio Internado para Señoritas de la Sra. Fishwick a la tierna edad de siete años.

Sin perder el tiempo en preocuparse por su indecoro (la palabrota, no el beso), se echó hacia atrás el desordenado pelo que le había caído sobre la cara para ver qué diantres estaba ocurriendo.

El espectáculo no era bonito.

Rusty y Sammy tenían acorralado a Clifton, y el seto que se elevaba a su espalda lo dejaba sin lugar para escapar.

—Ay, santo cielo —balbuceó.

Porque por mucho que hubiera deseado ver al conde un poco zarandeado, ese deseo lo sentía antes de...

Antes de que él estuviera a punto de besarla, antes de que coqueteara con ella, tentándola, volviéndole las tornas. Eso la distrajo tanto que se olvidó de Rusty y de Sammy y de los planes de su padre.

Y ahora ¿qué? Antes que lograra decir otra palabra, una que podría poner fin al ataque, vio abalanzarse a Sammy.

Cerró los ojos. «Oh, no puedo mirar, no puedo mirar.»

Porque sabía lo que iba a ocurrir. Sammy sujetaría al conde con un abrazo de oso y entonces Rusty, con sus inmensos puños y rápidos reflejos, haría su trabajo golpeándolo en el vientre y luego rompiéndole las costillas con la misma facilidad con que cualquiera rompe una docena de huevos.

No lo bastante como para hacerle verdadero daño, pero sí para...

—Ah, no, no, cabrones —oyó decir al conde, en voz ronca y peligrosa.

El tipo de advertencia que gruñe un mastín antes de arrancarle la pierna a un ladrón.

Abrió los ojos a tiempo para ver a Sammy salir volando, como una pulga que alguien se ha quitado de encima de un capirotazo. El corpulento hombre cayó al suelo con un fuerte golpe, le salió el aire de los pulmones en un resoplido, y quedó pasmado y aturdido en el camino no muy lejos de donde estaba caída ella.

Le miró la asombrada expresión en su experimentada cara, la que parecía decir, sorprendida, «¿cómo diantres ha ocurrido esto?», y entonces se le pusieron los ojos en blanco y cayó de bruces, inconsciente.

«¿Clifton se ha quitado de encima a Sammy? No —enmendó—, se lo ha cargado.»

Se estremeció, al tener ante sus ojos el cumplimiento de la profecía de su padre: «Sé que consideras a Clifton un tonto pesado, pero creo que te sorprenderá, Goosie».

Miró hacia los dos hombres enfrentados de pie y tragó saliva.

—Ah, has tenido una rara suerte, ¿eh, jefe? —dijo Rusty, echando un poco hacia atrás la cabeza, como un gallo listo para cacarear su supremacía.

Por desgracia para él, ese momento de insolente alarde le costó lo suyo.

Porque Clifton no peleaba como un noble, siguiendo todas las reglas y los mandamientos de alguna orden de caballeros, con los puños en alto y a plena vista.

No, luchaba como el hijo de un herrero.

Se abalanzó hacia Rusty y, enterrándole la cabeza en el abdomen, lo lanzó al suelo y le cayó encima; ahí rodaron, luchando, dejando oír los sonidos de puños encontrando blancos, y las palabrotas se elevaban por el aire como polvareda. De pronto todo se despejó y el frenesí de la lucha llegó a una momentánea pausa.

Lucy abrió la boca, o igual ya la tenía abierta, no lo supo, porque Clifton tenía a Rusty inmovilizado en el suelo, y en ese momento levantó el duro y peligroso puño, preparándose para darle un golpe capaz de matar a un hombre.

—¡No! —gritó ella, y gateando llegó hasta él y le cogió la mano—. No le haga daño.

Él giró la cabeza hacia ella y la miró con ojos furiosos.

—¿Por qué diablos no?

A Lucy se le quedó atrapado el aire en la garganta, porque nunca había visto a un hombre tan furioso, tan enardecido. Sus ojos relampagueaban de furia, y en la palma sintió su tremenda fuerza apenas controlada, a punto de explotar.

Se estremeció, pero no le soltó la mano, y en medio de sus desordenados pensamientos resonó la advertencia de su padre: «Hará una buena actuación».

¿Una buena actuación? Eso quedaba corto.

Él la había sorprendido. Consiguió tentarla hasta casi besarlo, y ahora...

Santo cielo, cómo sentía vibrar de furia su mano; la hacía sentir... bueno, no deseaba saber qué la hacía sentir.

Porque los deseos que discurrían por ella, el de sentir esos brazos alrededor suyo, sus labios apoderándose de lo que quisieran, eran tan peligrosos que no le convenía examinarlos.

Sobre todo ahora que sabía de qué era capaz.

Él dio un tirón a la mano, llevando la de ella.

—Déme solo un buen motivo para no dejar inconsciente del todo a este cabrón.

—Santo cielo, milord, él tenía que hacer esto —farfulló, aferrándose a su mano, absolutamente convencida de que estaba a punto de enviar a Rusty a recibir sus justas recompensas.

Él mantuvo en alto el puño otro momento, y luego flexionó sus músculos tensos, preparados para la batalla, y liberó la mano de la de ella.

Rusty salió de debajo del cuerpo del conde y, arrastrándose, llegó hasta su amigo y lo giró. Sammy gimió y laboriosamente consiguió sentarse.

—¿Qué diantres ha ocurrido? —preguntó, quejumbroso, palpándose la cabeza, con un ojo cerrado por la hinchazón—. ¿Me ha golpeado un coche?

—Señorita Lucy, ¡exijo una explicación! —dijo Clifton, incorporándose. Fue a recoger su sombrero que había rodado hasta ser detenido por la cesta. Antes de ponérselo, se quitó el polvo de los pantalones y se alisó el pelo—. ¿Qué significa esto?

Lucy pestañeó y lo miró boquiabierta, porque volvía a ser él; el mismo hombre arrogante y exigente, al que ella había estado dispuesta a arrojar a los leones media hora antes.

«Ah, es mejor este, Lucy, que no el hombre al que estabas tan dispuesta a besar.»

—¡Exijo una explicación ahora mismo! —exclamó él, en tono de orden.

De todos modos, ella no sabía qué la fastidiaba más, si no tener un carro lleno de leones para arrojarlo dentro, o que Rusty y Sammy no hubieran retrasado un momento su aparición.

Pero bastó ese tono duro y el arrogante entrecejo para devolverla al cómodo mundo de detestarlo totalmente.

—Bueno, yo diría que es bastante obvio, milord —dijo, sacudiéndose la falda y caminando hasta donde estaban sentados Rusty y Sammy, derrotados y aporreados en el polvo. Arrodillándose para examinar los daños, dijo—: Estos hombres fueron contratados para ponerle a prueba.

—¿Ponerme a prueba a mí? —dijo él, gigantesco ante ella, tan imponente como un duque, de la cabeza a los pies el hombre pomposo y arrogante al que ella había descartado tan alegremente.

Pero, ¿ahora? Levantó la cabeza y miró su guapa cara aunque furiosa. Le echó una mirada a sus labios, que habían estado a punto de besarla.

—Sí, a usted. —Se estremeció al ver el estado en que se encontraban los dos pobres hombres—. Uy, cielos, Sammy, vas a lucir un terrible ojo a la funerala —le dijo, tocándole la áspera mejilla. Después miró la nariz ensangrentada de Rusty—. Y tú no estás mucho mejor, me parece. —Incorporándose, volvió a sacudirse la falda y se giró hacia Clifton—. Usted también está sangrando. Y su ojo... —Se encogió al vérselo.

Él se pasó el dorso de la mano por la cara, e hizo un mal gesto al tocarse, pero, con toda la arrogancia de un caballero, no cedió terreno.

—Esto no tiene importancia —dijo, a su modo distante.

Lucy no se dejó engañar.

—No va a decir eso mañana cuando no pueda abrir el ojo y

tenga magullones como para desalentar incluso el interés de Gertie. —Exhaló un suspiro—. Bueno, no hay nada que hacer fuera de ir todos a casa para reparar los daños.

Fue a ayudar a levantarse a Sammy, que seguía algo aturdido, pero este pesaba demasiado y lo único que consiguió fue caer al suelo a su lado. Mirando por encima del hombro, dijo con voz tan imperiosa como la del conde:

—Bueno, bien podría venir a ayudar, milord, porque está claro que es el único que queda de pie.

—Aquí tienes, Sammy —dijo Lucy, que estaba trabajando afanosa en la cocina, señalándose al pobre un filete de carne cruda, para que se lo pusiera en la aporreada cara—. Esto debería irte bien.

Tuvo buen cuidado de no mirar al conde, porque en ese momento se sentía tan aturdida como paracía estar Sammy.

¿Cómo pudo equivocarse tanto en su opinión sobre el conde de Clifton?

En contra de lo que le aconsejaba su buen juicio, lo miró disimuladamente y vio que él la estaba observando con esa desconcertante mirada.

Por vida de ella, que no lograba ni imaginar en qué estaría pensando, o, peor aún, qué pensaba de ella.

«Y no es que me importe. No me importa en lo más mínimo.»

Sammy emitió un suave gemido, y ella movió la cabeza y agitó el trozo de carne ante él, para que lo cogiera.

—Nunca había oído a un hombre protestar tanto por tener un ojo amoratado.

—Hacía un tiempo que no me ocurría —reconoció Sammy, poniéndose con sumo cuidado el trozo de carne sobre el ojo cerrado.

Rusty emitió un bufido.

—Oiga, jefe, ¿dónde aprendió a pelear como un gorila?

Lucy se quedó quieta, porque se moría de ganas de hacer esa pregunta desde que el conde asestó su primer puñetazo. Y no se atrevió a mirarlo por encima del hombro; él estaba sentado a la

mesa con una pinta de cerveza delante; había insistido en que ella atendiera a Rusty y a Sammy primero porque eran los que se habían llevado la peor parte.

Lo que era cierto. Y a sus muy capaces manos.

Santo cielo, jamás en su vida había tenido verdadero miedo por los franceses.

—Ah, sí —terció Sammy—. ¿Dónde aprendió a pelear un tío tan cursi como usted?

Clifton se rió.

—Podría decirse que tuve una educación especial a manos de un matón pendenciero. El hijo del tonelero del pueblo cercano a donde me crié, era todo un matón. Vivía arrinconándonos a mi hermano y a mí. Finalmente, tuvimos que aprender a ganarle, para no pasarnos la vida con los ojos cerrados. Y, peor aún, explicándole a nuestro padre por qué siempre perdíamos.

—¿Luchando con el muchacho del pueblo? —bufó Rusty—. Pensé que era un tío elegante. Ratter* nos dijo que no era nada más que un caballero.

Lucy se encogió, porque sabía lo que vendría.

El conde arqueó las cejas.

—¿Ratter?

Ah, sí, tenía que hacer esa pregunta.

—El apodo de mi padre —dijo, con la esperanza de que ahí acabara la cosa.

Pero no era esa la idea de Rusty y Sammy.

—Sí, Ratter —dijo Rusty, levantando en fingido brindis la copa de cerveza que tenía delante—. Ningún tío de los Dials se las ha arreglado mejor que él rehabilitándose. No es uno que olvide a sus amigos, que no los olvida. De todas maneras, no es típico de él darnos información falsa. Nunca había conocido a un encopetado de Londres, y menos aún a un conde, al que yo no pudiera derrotar.

—Pues ahora lo habéis conocido —dijo Lucy, reanudando la tarea de cortar filetes de un enorme trozo de carne—. Os recuerdo

* Ratter: cazarratones *(N. de la T.)*

que este «encopetado de Londres» es el conde de Clifton, y muy posiblemente un magistrado...

El conde concedió eso asintiendo.

—...así que será mejor que vigiléis la lengua, los dos.

—De todas maneras, no lucha como un conde —dijo Rusty, bebiendo un trago de su cerveza.

—Supongo que no —dijo Clifton—, pero he descubierto que la vida está llena de sorpresas.

Lucy habría apostado su vestido de seda rosa, el mejor que tenía, a que él la estaba mirando, perforándole la espalda, a rebosar de preguntas y acusaciones.

Preguntas y acusaciones que no tenía la menor intención de contestar. Así pues, enterró el cuchillo en el trozo de carne, cortando un grueso filete, desentendiéndose de los nervios que le hacían temblar las manos.

—¿Y qué hacía un tío encopetado como usted juntándose con los muchachos del pueblo en lugar de quedarse tan tranquilo en su elegante casa? —preguntó Sammy.

—Nos gustaba, a mi hermano y a mí, ir al pueblo a visitar a su madre. Él es mi hermanastro, y su madre llevaba la taberna. Me pasé gran parte de mi infancia y juventud entreteniéndome en el pueblo, lo que consternaba muchísimo a mi preceptor.

—Ningún tío de ojos de búho le enseñó a golpear así —dijo Rusty, ladeando su jarra hacia el conde, como para dejar claro ese punto.

—No —dijo Clifton. Les sirvió más cerveza a los dos y luego se sirvió más él—. Me consideraba su gran fracaso.

—Ah, bueno, no se preocupe por eso —dijo Sammy—. Ningún hombre capaz de derribar a este par es un fracaso. Si alguna vez lo desea podríamos emplear a un tercero. Hacemos un poco de negocio, por cierto.

—Y yo podría recordaros que estáis hablando con un hombre que se sienta en la Cámara de los Lores —dijo Lucy.

Entonces, sin darse cuenta, miró disimuladamente al conde. Se encontraron sus ojos, y se quedó atrapada, tal como le había ocurrido antes.

Sus ojos azul profundo parecían haberse oscurecido, y fue incapaz de desviar la mirada. Juraría que oía su autoritaria voz, y lo que estaba pensando mientras la observaba:

«No creas que esto se va a resolver fácilmente, Lucy».

Desvió la mirada y volvió la atención al trozo de carne, enterrando el cuchillo con peligroso vigor.

Oyó la risa de Rusty detrás de ella.

—A mí me parece que su pa se equivocó al pagarle a ese profesor, milord. Debería haber contratado a ese muchacho del pueblo. Lo encuentro parecido al Bruno de los Dials. ¿Te acuerdas de él, Sammy? ¿Siempre con ganas de pelear, buscando camorra? Canalla peor no ha andado por las calles.

—Te enseñó ese gancho, supongo —dijo Clifton, cogiendo el filete que le pasaba ella colgando de la punta de un tenedor de trinchar.

Cuando se lo puso torpemente en el ojo hinchado, más o menos como vio hacer a Sammy, ella se acercó a ajustárselo, dejándoselo bien colocado, y le guió la mano indicándole cómo sujetárselo.

Pero eso fue un error, porque en el instante en que su mano tocó la de él, había notado pasar por toda ella, como un rayo, esa chispa, ese fuego que había notado en el camino cuando él la cogió en sus brazos y estuvo a punto de besarla, tomándola por sorpresa y horrorizándola con un conocimiento que la dejó sin habla.

Esta vez tuvo buen cuidado de no mirarlo. Se apresuró a girarse y corrió hasta el fregadero, donde podía lavarse las manos, con la esperanza de que el agua fría le apagara los fuegos que le provocaba el conde.

—Sí —dijo Sammy, orgulloso—. No esperaba ese, ¿verdad?

—No —reconoció Clifton—, pero no creo que resulte una segunda vez. Nunca había visto un gancho como ese.

—Más o menos la misma magia con que derribaste a Monday Moggs, ¿eh, Goosie? —dijo Sammy—. Lo hiciste salir volando con el golpe, ¿no, chica? —Se palmoteó la rodilla—. No hay ninguna chica a este lado de los Dials con un mejor gancho con la derecha que nuestra Goosie.

Lucy se encogió y cerró los ojos, todavía dándole la espalda al conde.

—¡Samuel Trouncer! No tengo la menor idea de que alguna vez...

Sammy agitó la mano descartando su protesta.

—Ah, qué típico de ti, Goosie. Tan modesta como dulce. —Miró al conde y le hizo un guiño—. No se deje engañar por esa cara bonita y esos dulces labios, jefe. Si sabe lo que le conviene, nunca fastidie a nuestra chica. Lo hará salir volando sin pensarlo dos veces. Pregúntele al amigo Monday.

—Vamos, basta —dijo ella, apuntando hacia la puerta—. Una palabra más, señor Trouncer, y...

Dejó sin terminar la frase porque por el rabillo del ojo vio a Clifton observándola con una ceja arqueada y una traviesa sonrisa en sus hermosos labios.

El muy vil. Emitió unos cuantos resoplidos y le dio la espalda. Él encontraría divertida su humillación.

—¿Su hermano sabe hacer ese gancho suyo con la izquierda? —preguntó Rusty, cambiando de tema.

Clifton desvió la mirada de ella antes de contestar.

—No, pero sería un gran descuido por mi parte no deciros que prefiere su lado derecho —dijo, sonriendo.

Y los tres levantaron sus copas en un brindis de complicidad.

Lucy se secó las manos en un paño y, cerrándolas en puños, se las colocó en las caderas.

—Ah, ya lo he visto todo. Un par de tunantes como vosotros, buscando la ventaja de derribar a un pichón. Debería daros vergüenza. Vamos, habláis como un par de viejos.

—¿Viejos? —protestó Sammy—. ¿Crees que me haría gracia volver a los Dials peor de lo que ya estoy? Tengo que cuidar mi reputación.

—Y yo también, Lucy muchacha —dijo Rusty—. No podemos permitir que se sepa que nos han derrotado. No es algo que a un hombre le guste recordar.

—Sí, y lo pasa fatal para olvidarlo —añadió su socio. Se dio una palmadita en la mejilla e hizo un gesto de dolor—. No puede mientras tiene la prueba en su jeta para que todos la vean.

—Exactamente, Lucy —terció Clifton—. A ningún hombre le gusta que se aprovechen de él. Y no lo olvida cuando le ocurre.

Levantó la copa en su dirección, pero ella comprendió que no lo hacía en gesto de brindis. Acababa de decirle lo que pensaba de su participación en el asunto.

Y que no era un hombre que olvidara.

Habiéndose acabado la cerveza del jarro, el conde se disculpó, les estrechó las manos a sus ex adversarios, deseándoles que les fuera bien, y después salió de la cocina para volver a la sala de arriba.

A ella no le ofreció la misma cortesía, observó Lucy, por el papel que había tenido en el asunto.

Pero después que él salió, movió la cabeza mirando a los dos tunantes.

—¿Debo decirle a mi padre que fuisteis derrotados?

Sammy entrecerró los ojos.

—¿Debemos decirle a tu pa lo que estabas a punto de hacer con ese encopetado antes que nosotros lo impidiéramos?

Miserable cabrón. La tenía atrapada.

—Eso no será necesario —contestó, sintiendo arder las mejillas.

—Tal vez nos debes un poco más de lo que nos pagas normalmente —dijo Rusty—. ¿Sabes?, por nuestros problemas y todo eso.

Nada deseaba más Lucy que mantenerse firme, pero no había manera de embaucar a esos granujas. Habían olido la posibilidad de forrarse y esta vez no estaban dispuestos a perder.

Exhalando un suspiro de malhumor, fue hasta el armario, cogió un viejo azucarero azul y de él sacó unas cuantas monedas más, tomando nota mental de cambiarlo de lugar antes que ellos volvieran a visitar la casa.

—Ya me lo parecía, Goosie, mi muchacha —dijo Sammy cuando ella puso las monedas en su mano abierta—. Por cierto, no es tu tipo, si no te importa que te lo diga. Eres una chica sensata, no de esas que se dejen convencer por palabrejas finas y blablablás azucarados. Pero te lo recuerdo, aquí y ahora, que él nunca te amará como te amaría alguno de nosotros.

Ella les señaló la puerta y ellos echaron a caminar para salir. No le hacían ninguna falta sermones de hombres de esa calaña.

—Sí, Goosie, sólo tienes que decirlo —dijo Rusty, quitándose el sombrero y haciéndole un descarado guiño.

Al mismo tiempo, antes que ella lo hiciera avanzar de un empujón, cogió el filete de carne dejado en la mesa por el conde y se lo metió en el bolsillo.

—No tenéis por qué preocuparos por mí —les dijo cuando iban caminando por el sendero del jardín—. Sé que los hombres como él nunca harán otra cosa que promesas falsas a una chica como yo.

«Ah, pero durante un momento, ahí...»

Durante ese momento podría haber olvidado esas cosas y llegado a creer que el conde de Clifton la miraría dos veces.

Que vería más allá de los muros que había erigido alrededor de su corazón y estaría dispuesto a ser lo bastante osado para romperlos.

De todos modos, cuando ellos salieron y el ruido de la puerta de rejas resonó en sus oídos, más o menos como la advertencia de Sammy, sin pensarlo levantó la vista hacia la ventana del gabinete de mapas de su padre.

«Pero eso no significa que yo no pueda enamorarme de él.»

Capítulo 5

Faltaba un cuarto de hora para la medianoche cuando Clifton bajó del gabinete de mapas, con un sordo dolor de cabeza por toda la información que su exigente profesor intentaba meterle entre los límites de sus orejas.

O tal vez por los no desvanecidos efectos de su encuentro con Rusty y Sammy.

Y con Lucy.

Ya no podía negarlo; ella era Lucy para él.

Desechó ese pensamiento. Al menos lo intentó, como había hecho la mayor parte de la tarde, pasando de la rabia por haber sido llevado a una trampa por esa descarada chica a lamentar no haber sido más rápido a la hora de besarla.

Así por lo menos, aparte del dolor de cabeza, podría asegurar que había probado sus dulces y mentirosos labios.

—No habíamos estudiado tanto desde Cambridge —masculló Malcolm detrás de él—. No recuerdo que Temple ni Jack nos hablaran de este trabajo cuando nos visitaron para reclutarnos.

—¿A quién quieres engañar? —dijo Clifton por encima del hombro—. Para empezar, jamás estudiaste en el colegio. Y menos aún eres capaz de recordar lo que dijeron Temple y Jack esa noche.

Malcolm sonrió de oreja a oreja.

—Ah, esa fue una simpática velada. Temple tiene un gusto excelente en clarete. Seguro que yo habría aceptado cualquier cosa, con lo embarullada que tenía la cabeza. —Entonces su interés pasó a problemas más inmediatos—. Condenación, estoy muerto de hambre y de sed. No sé qué deseo más.

Clifton estuvo de acuerdo pero no lo dijo en voz alta. En la casa reinaba un espeluznante silencio; curiosamente ya se había acostumbrado a la cacofonía casi constante de ruidos de la casa de los Ellyson, lo que hacía más sobrecogedor aún ese silencio.

Y era justamente ese silencio lo que le invitaba a caminar con sigilo, porque un paso en falso podría despertar a Ellyson, que por fin se había quedado dormido en su sillón junto al hogar.

Porque si despertaba, lo creía muy capaz de enderezarse con otra larga lista de cosas nuevas que «hay que saber» y otras que «hay que repasar».

No, esa era la oportunidad que habían estado esperando él y Malcolm, así que luego de intercambiar una mirada que decía muchísimo, escaparon en el momento en que el hombre emitió su primer ronquido.

—Condenación, es de esperar que esa posadera tenga todavía una olla con sopa en el fuego.

Clifton asintió. «Y una botella de buen clarete.»

Si tenían suerte, pensó. Estaba tan agotado que lo más probable era que una media botella de clarete lo hiciera caer profundamente dormido, y entonces la preocupación por volver vivo no competiría con visiones de Lucy y sus exuberantes y muy besables labios.

Porque en esos momentos, mientras había caminado lentamente, con la muy capaz mano de ella en su brazo, y su ingenioso repertorio desafiándolo a pensar más de lo que exigían los limitados temas usuales para conversar con una dama, se encontró... no cautivado, eso no, sino... otra cosa.

Y tampoco entendía qué lo había llevado a pensar en besarla. Bueno, que ella fuera una brujita guapa sin duda podría haber influido un poco.

La mujer hermosa, fogosa, apasionada, que acechaba bajo sus encarnizadas bravatas.

«Así pues, Lucy, ¿ha estado enamorada alguna vez?»

«No. No en absoluto.»

No era solamente su negativa lo que sentía resonar dentro de él sino también el desafío que detectó en su voz.

Como si lo desafiara a intentarlo. A intentar seducirla, a desve-

lar sus secretos, abrir sus labios y encender la pasión que acechaba bajo su vestido pasado de moda.

A no limitarse a dejar que fuera su amante falsa en ese engaño, sino a llevarla realmente a la cama y hacerla su amante de verdad.

Con su corazón y su cuerpo.

Cerrando los ojos hizo una inspiración profunda, tratando de quitarse esa idea de la cabeza, pero cuando los abrió y miró los peldaños que le faltaba bajar, ¿a quién vio sino a la propia Lucy en el vestíbulo, esperándolo?

Estaba con una bandeja en las manos, esa expresión desafiante y sarcástica en la cara y unos mechones de su glorioso pelo negro sueltos de sus horquillas.

—Muy bien hecho, señores —dijo—. ¿He de suponer que están practicando una escapada y han encontrado el momento oportuno cuando mi padre se ha quedado por fin dormido? —Por encima del hombro miró hacia el reloj de la repisa del hogar de la sala de estar—. Sí, y justo a la hora. Normalmente se queda dormido más o menos a esta hora. Cuidado con los peldaños, el último está un poco torcido —añadió, con ese descarado aire de importancia tan propio de ella—, que si no tendrán que comer en el suelo.

—Según su padre —dijo Malcolm—, eso es lo más que podremos esperar en los días venideros.

—¿Ya los está asustando con historias de hambre? Tss, tss, normalmente no comienza a asustar a los alumnos con historias de Egipto hasta el final de la segunda semana.

—No nos asustamos fácilmente —dijo Clifton.

—Pues se asustarían si tuvieran algo de sentido común —replicó ella. Levantó la vista hacia su cara y con la misma rapidez bajó los ojos hacia la bandeja que tenía en las manos—. Además, esta noche no tienen que temer de quedar con el estómago vacío. Yo me he encargado de eso.

—¿Eso es lo que creo que es? —dijo Malcolm, haciéndolo a un lado para pasar a coger la bandeja, liberándola de la carga.

Lo que ella le recompensó con una de sus excepcionales sonrisas radiantes.

Clifton se maldijo por no haberlo pensado primero.

Pero claro, al parecer se le escapaban de la cabeza los buenos modales cuando ella estaba delante de él, por unos mil motivos diferentes.

—Nos íbamos a marchar —dijo—. No tiene por qué tomarse molestias por nosotros.

Porque de repente deseaba salir de esa casa, alejarse de ella.

—Vamos, Gilby, calla —dijo Malcolm, al parecer totalmente inmune a los encantos de Lucy—. Si crees que voy a comer a la suerte de la olla en esa miserable posada, cuando huelo —aspiró otra vez—, ¿estofado?

—¿Estofado de carne? —preguntó Clifton, viendo en su imaginación el grueso filete en la cara de Sammy picada de granos.

Ella debió de ver su expresión horrorizada, porque emitió un fuerte soplido y puso los ojos en blanco.

—No usé los filetes de esta tarde —dijo—. Esos se los llevaron los chicos. Compensación extra por sus problemas.

—Sí, claro, jamás sugeriría...

Pero claro, lo había dado a entender, ¿no? Vamos, buen Dios, ¿qué le había ocurrido a sus modales?

Dándole la espalda, ella volvió su atención al público más elogioso, que era, involuntariamente, su hermano. Haciéndose a un lado para que Malcolm pudiera entrar en la sala de estar, apuntó hacia el contenido de la bandeja.

—No es gran cosa, sólo el estofado, pan fresco, un pudín preparado por la señora Kewin y queso. Y dentro de un momento estará aquí Mariana con una botella de clarete. Le gusta el clarete, ¿verdad, milord?

Mientras Malcolm entraba feliz en la sala de estar con la bandeja, él retrocedió un paso, receloso de la repentina amabilidad de ella.

Tal como debía recelar de sus labios.

—Es su bebida favorita —dijo Malcolm, dejando la bandeja en la mesa—. Cuando no está en la modalidad de tonto pomposo.

Lucy volvió a sonreír.

—No será tan estirado cuando lo pruebe, porque es de una excelente cosecha, o al menos eso aseguró Jack el Loco cuando lo envió.

¿Estirado?, pensó Clifton. Ya estaba otra vez. No sabía por qué le importaba, porque de verdad no le importaba, pero cada vez que ella expresaba una opinión descarada, ya fuera de palabra o de obra, o con esa despectiva mirada, él sentía el avasallador deseo de demostrarle que estaba equivocada.

Muy equivocada.

—¿Y el retraso con el clarete? —preguntó Malcolm entonces—. Tal vez yo podría ayudar.

Ella descartó la pregunta con un movimiento de la mano.

—Lo dudo. Es decir, a no ser que tenga un cierto conocimiento de cómo abrir cerraduras. Porque Mariana lo debe de estar pasando fatal forzando la del armario de los vinos.

Eso bastó para disipar los pensamientos que tenían distraído a Clifton.

—¿Su hermana está forzando la cerradura?

A ella le chispearon sus brillantes ojos.

—Sí, a mi padre le gusta cambiar las cerraduras de tanto en tanto para que ella no deje de perfeccionar sus habilidades. Hace poco puso un ingenioso modelo suizo que hasta el momento la ha eludido, pero tal vez esta noche haya suerte.

Nada de colegio de Bath con profesores de baile y clases de menús en esta casa, pensó Clifton. ¿De veras que ese hombre deseaba que sus hijas fueran competentes en el robo?

Lucy, que ya había entrado en la sala de estar, lo miró por encima del hombro.

—¿Qué será, milord? ¿Su orgullo o su estómago?

—Nunca desaproveches una comida porque no sabes cuándo tendrás otra —dijo Malcolm desde la mesa, citando uno de los consejos que les había dado Ellyson esa misma tarde.

Consejo que Malcolm se estaba tomando muy en serio, pues ya estaba sentado, con una servilleta puesta bajo el mentón y una cuchara en la mano.

En la acogedora sala había una mesa servida para dos comensales, y la silla desocupada enfrente de Malcolm suplicaba que la ocuparan. En un rincón, cerca de una estufa de hierro, había una mesa pequeña sobre cuyo tapete verde se veían naipes de una bara-

ja desteñidos por el uso, esperando que volvieran las jugadoras a terminar la mano. Las velas se veían bastante consumidas, como si hubieran estado encendidas esperando, como la señorita Ellyson y Lucy, a que ellos bajaran.

—No sería decoroso —logró decir, acallando las protestas de su estómago, que gruñó de impaciencia cuando entraron en sus sentidos los efluvios del estofado, tan seductores como la mujer que lo ofrecía.

—¿Decoroso? ¿No sería decoroso comer la comida que se le ha puesto delante? —preguntó ella.

—No —dijo él, negando con la cabeza—. Esto... —Con un gesto del brazo indicó la sala tenuemente iluminada; era el tipo de ambiente nocturno que horrorizaría a una señora mayor de Londres—. No podemos cenar sin alguna especie de...

—¿Sin una especie de qué? —preguntó ella, poniéndose las manos en las caderas.

Clifton hizo una inspiración profunda y miró a su hermano. No encontró ayuda, pues Malcolm ya le estaba poniendo mantequilla a una gruesa rebanada de pan.

—No es decoroso que damitas jóvenes cenen solas con caballeros. Eso podría poner en tela de juicio sus reputaciones.

Ella lo miró con los ojos agrandados. No, más bien lo miró boquiabierta, como si le hubiera brotado otra cabeza.

—¿Sugiere que vaya a despertar a Thomas-William o a mi padre para que pueda tomar su cena?

Bueno, dicho de esa manera sí que sonaba ridículo. Pero ¿no veía que él sinceramente velaba por la conveniencia de ella?

Detrás de Lucy vio que Malcolm se echaba despreocupadamente atrás en la silla y, cruzándose de brazos, lo miraba con una sonrisa traviesa. «Ah, te has metido en aguas profundas, Gilby. Que tengas suerte.»

Pero antes que él lograra formular una respuesta, una esbelta mano le cogió el codo y lo obligó a avanzar, sin dejarle otra alternativa que entrar en la acogedora sala.

La señorita Mariana Ellyson, con la fuerza de un estibador en su mano.

Era difícil creer eso de esa cimbreña joven que iba a su lado, pero ella lo llevó con la misma tenaz resolución que exhibía su hermana en sus palabras.

—Vamos, no sea tan reservado, milord —le dijo alegremente, llevándolo casi a rastras.

Lo hizo sentarse en la silla enfrentada a la de Malcolm y le sirvió estofado en el plato. Sólo entonces le miró a la cara.

—¡Santo cielo, lord Clifton! Lucy no me dijo que lo habían atacado. No es de extrañar que esté tan molesto esta noche.

Malcolm lo miró.

—¿Quién habría pensado que se podía encontrar rufianes aquí en Hampstead? Y yo que todo este tiempo lo he encontrado aburrido, señorita Ellyson.

—Ah, vamos, señor Grey. Creí que ya pasábamos de formalidades. Mariana, por favor.

—Sólo si usted me llama Malcolm.

—¡Encantada! En cuanto a Hampstead, ya no será aburrido, señor. Porque he tenido éxito en abrir el armario de mi padre y liberado una botella de buen clarete. Debemos celebrarlo, porque por la mañana mi padre se fastidiará muchísimo cuando vea que he sido más lista que su nueva cerradura y que ha desaparecido una botella.

La guapa picaruela le pasó la botella a Malcolm, que no tardó en descorcharla y llenó las cuatro copas que había sobre la mesa.

Mariana cogió la de ella y, después de probarlo, sonrió de oreja a oreja.

Malcolm hizo lo mismo, y se le iluminaron los ojos al probarlo.

—Me gustaría tener mi turno con esos sujetos que se atrevieron a saltarte encima, Gilby —dijo—. Para darles otra paliza, ¿eh?

—Ah, seguro que sí; que los verá, quiero decir —le dijo Mariana. Guardó silencio para beber un trago y, como si hubiera caído en la cuenta de su desliz, se apresuró a hacer enmiendas—: Es decir, si está bastante tiempo aquí. Ah, qué aburrido sería Hampstead si no fuera porque de vez en cuando ocurre algún incidente. Como el de la primavera pasada, cuando Monday Moggs intentó casarse con Lucy.

—Ah, el ilustre Monday Moggs —dijo Clifton, reanimándose.

—¿Ha oído hablar de él? —preguntó Mariana.

—Sólo de pasada, pero no de que estuviera enamorado de su hermana. —Miró hacia la dama que se había declarado inmune al amor—. No me ha dicho nada de eso, Lucy. Creí oírle decir que nunca ha estado enamorada.

Un rosa subido le cubrió las mejillas a ella.

Mariana no se fijó, o decidió no darse por enterada, del azoramiento de su hermana.

—¡Santo cielo, milord! Lucy no estaba enamorada de ese animal. A él se le metió en la cabeza casarse con ella. —Pasado un momento, continuó, como en un aparte no susurrado—. Estaba, como le gusta decir a la señora Kewin, curado, escabechado y salado.

Clifton se rió.

—¿Estaba bebido?

—Totalmente borracho. Cogió a Lucy, se la echó al hombro y la llevó de un lado de la feria de mayo al otro, donde estaba un cura, uno de esos coadjutores viajeros, casando a parejas.

—¡Mariana! —logró protestar finalmente su hermana—. Nadie desea oír esa historia.

—Discrepo —dijo Clifton, volviendo a llenar la copa de Mariana y pasándosela—. Señorita Ellyson, continúe por favor. Estoy fascinado. ¿Cómo escapó su hermana de ese inescrupuloso señor Moggs?

—Ah, sí, cuéntelo —dijo Malcolm.

Así alentada, ella continuó:

—Bueno, finalmente Monday Moggs tuvo que dejarla de pie en el suelo. El cura insistió...

Levantando las manos Lucy corrió hasta el otro lado de la sala, a poner más carbón en la estufa, aunque el gesto de su mandíbula indicaba que no le importaría arrojar a su hermana a las llamas.

—Entonces —continuó Mariana, sin alterarse—, el cura le preguntó a Lucy si quería casarse con el señor Moggs y ella dijo que no.

—¿Y no bastó eso? —preguntó Clifton.

—No, porque Monday Moggs le había dado monedas extras al hombre para que no hiciera caso de sus protestas. Así que Lucy no tuvo otra opción. Le enterró el puño en la nariz y lo arrojó al suelo.

—¿Arrojó al suelo a ese señor Moggs, Lucy?

Mariana se rió.

—No, antes había arrojado al suelo al cura.

—¿Al cura? —exclamó Clifton.

Giró el cuerpo para mirar a Lucy; jamás había oído cosa semejante. Al menos no de una dama.

Lucy se defendió desde donde estaba, junto a la estufa.

—¡Estaba a punto de declararme casada! Eso era lo único que podía hacer para impedírselo.

Malcolm y Clifton se miraron y se echaron a reír.

—Muy ingeniosa, señora —logró decir Malcolm—. Pero yo creí que el señor Moggs era la víctima de todo esto.

—Ah, pues lo es —dijo Mariana—. Una vez que ella se convenció de que el cura no se iba a levantar, se aseguró de que el señor Moggs no viniera a visitarla.

—Entonces, ¿golpeó al señor Moggs? —preguntó Clifton.

—Yo sólo...

—¡Ah, fue un tapabocas increíble, milord! —exclamó Mariana, interrumpiendo a Lucy—. Un puñetazo aturdidor.

Lucy exhaló un sonoro suspiro, como si su consecución no justificara el relato.

—Estaba muy borracho, así que no fue tan difícil —dijo, atravesando la sala, sacudiéndose la falda—. Era eso o acabar siendo la señora de Monday Moggs.

Se estremeció toda entera.

—¡Pobre señor Moggs! —continuó Mariana—. Desde entonces ha tenido que soportar la vergüenza, la de haber sido derrotado por Lucy.

—¿Y yo qué? —preguntó Lucy—. Todos arman tanto alboroto por el pobre señor Moggs.

Malcolm se inclinó hacia ella.

—Pero Lucy, a ningún hombre le gusta ser derrotado por una

voluta de chica. Yo diría que el señor Moggs ha tenido que soportar muchísimo.

—Creo que es buen argumento el de mi hermano —se apresuró a decir Clifton—. A ningún hombre le gusta ser derrotado por una mujer.

—Pues entonces que no suponga arrogantemente que sabe qué es lo mejor para una dama. Existe lo que se llama petición.

Se puso las manos en las caderas. Esa postura, había llegado a comprender él, era la primera advertencia, pues cuando la adoptaba, lo desafiaba a él. Jamás había conocido a una dama que lo desafiara una y otra vez, y lo dejara inquieto y resuelto a enderezar nuevamente el mundo.

Además, ya no se refería a Monday Moggs, sino a él. Y al beso que casi le robó esa tarde.

No, de ninguna manera iba a ser arrojado al suelo como ese hombre Moggs.

—¿Y si el caballero se lo hubiera pedido, le habría concedido el honor?

Ella frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no.

—Ah, pero el amor impulsa a un hombre a hacer cosas que no habría considerado nunca. Incluso a tomar sin pedir.

—Entonces no es un caballero —declaró ella, como si lo hubiera arrinconado—. Además, una dama sabe cuándo un hombre está verdaderamente enamorado de ella y cuándo sólo quiere jugar con ella.

Tocado. Punto para la señorita Lucy.

Pero no estaba dispuesto a cederle terreno todavía.

—¿Y cree que el señor Moggs sólo quería jugar con usted?

Ella volvió a fruncir el ceño, formando una severa arruga.

—Monday Moggs no estaba enamorado de mí. Sólo estaba muy envalentonado y todo ufano de su valía. La cual, podría añadir, es una casita llena de goteras, un desvencijado carretón que usa para su trabajo, cuando está lo bastante sobrio para distinguir el norte del sur, y un viejo jaco que tiene la sensatez de mordisquearlo de vez en cuando para recordarle cual es el más inteligente de los dos.

Clifton sonrió.

—O sea, ¿que si hubiera tenido un título, propiedades, buenos ingresos y un establo lleno de caballos educados no lo habría arrojado al suelo? ¿Le habría permitido llevar a cabo sus nefarios planes?

Ella apretó los labios porque comprendió que él la tenía donde deseaba.

Porque los dos sabían que esa tarde, cuando él había estado a punto de robarle un beso, darle una paliza ni siquiera se le había pasado por la mente a Lucy Ellyson.

—Vamos, lord Clifton —dijo Mariana—, esa no es una comparación justa. ¿Qué mujer no se casaría con un hombre así? Incluso Lucy tendría dificultades para rechazarlo.

—Lo rechazaría —dijo ella, pero el tono no le salió convincente.

No a los oídos de él, al menos.

—Bueno, no es probable que ocurra eso —dijo Mariana, volviendo la atención a la mesa y llenando los platos—. No hay muchos hombres que se atrevan a venir aquí por temor a que Lucy les dé una paliza como se la dio a Monday Moggs.

Mientras las risas llenaban la sala, Clifton vio que la única persona que no encontró divertido eso era la propia dama. Lucy no se estaba riendo.

Y en un momento de descuido de ella vio el mismo destello de recelo que vio en sus ojos esa tarde cuando estaba a punto de besarla.

Interrumpiendo las risas, levantó su copa hacia ella.

—Señora, mi hermano y yo hemos olvidado nuestros modales. Debo agradecerle esta generosa y deliciosa comida. Ha sido demasiado amable con nosotros.

—Eso, eso —dijo Malcolm—. Mi hermano tiene razón. No deberíamos divertirnos a sus expensas cuando nos ha dado una cena tan exquisita; este estofado es excelente, y le agradezco mucho la amabilidad.

Mariana también levantó su copa para hacer otro tipo de homenaje.

—Lo que deberían agradecer es que este estofado no es en absoluto parecido al que Lucy preparó para lord Roche.

—¡Mariana, calla! —protestó Lucy.

A Clifton le vino a la memoria un retazo de la conversación que había oído antes: «Y no le añadas nada tóxico a su comida. No es un lord Roche».

Le echó otra mirada a la fuente que estaba en el centro de la mesa, y luego a su plato a medio comer.

—¿Qué le preparó su hermana a Roche? —preguntó Malcolm.

Mariana se rió.

—Siempre era tan altivo y pagado de sí mismo...

—¿Parecido a mi hermano? —sugirió Malcolm.

Mariana negó con la cabeza.

—Ah, su hermano es mucho más altivo que lord Roche, pero no es tan... tan...

—¿Imbécil? —suplió Malcolm.

—Ah, sí, eso exactamente, gracias señor —dijo ella, como si le hubiera ofrecido una taza de té en lugar de un insulto—. Bueno, Roche, era un..., bueno, un imbécil, como ha dicho, así que Lucy le puso una hierba en el estofado que lo hizo pasar el día siguiente y la mitad del otro en el retrete. —Apretó los labios un momento, con los ojos chispeantes—. Poco después se marchó y volvió a Londres siendo un hombre mucho más humilde. Nunca fue a Portugal a unirse al resto de los socios del señor Pymm.

—Y no debía ir —señaló Lucy—. Habría sido una terrible ignominia. Un riesgo para todos.

Le tocó a Clifton mirar boquiabierto, primero a Lucy y luego la fuente con el estofado. Incluso Malcolm se había apartado un poco de la mesa, enfriado su entusiasmo por esa inesperada cena.

—Vamos, por el amor de Dios —exclamó Lucy, sacando un trozo de pan de la barra. Entonces lo hundió hasta el fondo en la fuente, mojándolo entero, y se lo comió, a la vista de ellos—. ¿Vale esto? —preguntó y se limpió la boca con la servilleta.

Después añadió más estofado en los platos y los colocó en la mesa con un impaciente golpe. Entonces, cogiendo su copa de clarete, se retiró a la mesa de juego del rincón.

Mariana, que ya estaba instalada en su silla, se inclinó a preguntar:

—¿De quien era esta carta?

—Mía —contestó Lucy, haciendo un gesto a las desechadas que estaban en el centro.

Después de aclarar las dudas sobre el juego, las chicas lo reanudaron, ya olvidadas de los hombres.

Clifton seguía impresionado por la suerte de Roche. Esa Lucy Ellyson lo había eliminado, obligándolo a marcharse porque era... bueno, un imbécil.

«Y eso serás tú si fracasas en esto.»

Por el espinazo sintió bajar un raro desasosiego, seguido por una sugerencia susurrada a su oído: «Pues, márchate».

La voz se parecía bastante a la de ella.

Sobresaltado, miró hacia la mesa de juego y vio que ella lo estaba mirando, con esos ojos inteligentes y perspicaces. Con un aire de superioridad que haría llorar de envidia a un duque.

La misma mirada con que lo desafió a besarla esa tarde.

En ese momento, en un abrir y cerrar de ojos, sintió oprimido el corazón, y no por una emoción tonta sino por una punzada de resolución de demostrarle a esa chica entrometida que no era un Roche.

Inclinó la cabeza hacia ella con toda la noble elegancia de sus antepasados, aunque sólo fuera para ponerla nerviosa. Pero lo que realmente deseaba era saber más acerca de ella.

Después miró a su hermana y preguntó:

—Así pues, ¿aparte del señor Moggs, Lucy tiene otros admiradores?

Tal como sospechaba, contestó Mariana, que ya iba por la segunda copa de vino, muy deseosa de airear los secretos de la familia.

—Ninguno aparte de Archie, el secretario del despacho del señor Strout —dijo al instante.

—¡Mariana!

—¿Archie del despacho del señor Strout? —preguntó Clifton, con tanta inocencia como el peor tipo de chismoso.

Mariana siguió alegremente su ejemplo:

—El señor Strout es el abogado de mi padre y tiene su despacho en Londres. Cuando hay asuntos de negocios que resolver con mi padre, se los envía con Archie. Y Archie está prendado de Lucy.

—¡No es cierto!

Mariana se desentendió de la protesta de su hermana.

—Entonces, ¿por qué te trajo flores el domingo de hace dos semanas cuando no tenía nada que venir a hacer aquí?

—Sí, y estornudé tres días seguidos —dijo Lucy, cambiando de posición en su silla—. Y de lo que está prendado Archie es de un puesto en el Foreign Office, y cree que si me conquista a mí mi padre lo ayudará.

—¿No tiene conexiones para conseguirse un puesto? —preguntó Malcolm—. ¿O es otro señor Moggs?

Mariana negó con la cabeza.

—¡Uy, cielos, no! Archie está muy bien conectado, pero su abuelo lo considera un grandísimo tonto.

—Su abuelo considera un grandísimo tonto a todo el mundo —enmendó Lucy.

—Muy cierto —suspiró Mariana—. Pero deberías estar agradecida de que sea tan tonto como para enamorarse de ti.

—¡Jumm! ¿Qué quieres, jugar a las cartas o cotillear?

—Pues, las dos cosas —rió Mariana.

Malcolm se rió.

—¿Piensan asistir a la fiesta del miércoles por la noche? La mujer del posadero, la señora Turkel...

—Turnpenny —corrigió Mariana.

—Ah, sí, la señora Turnpenny nos dijo que asistirían todos, damas y caballeros, de los alrededores.

Clifton miró y vio que Lucy se ponía tensa, y durante un instante le temblaron las cartas que tenía en las manos.

—Prefiero no bailar, señor Grey.

—Mi hermana es demasiado amable, señor —dijo Mariana, con la mirada fija en sus cartas—. No podemos asistir porque no se nos recibe.

Eso cayó como una bala de cañón sobre la alfombra.

—¿No las reciben? —dijo Malcolm—. ¿Por qué? ¿Es a causa de ese asunto de Moggs?, porque no veo...

—¡Malcolm! —lo regañó Clifton—. Tal vez eso no es asunto tuyo.

—Ah, en Hampstead es asunto de todo el mundo, así que no importa —dijo Mariana—. No se nos recibe porque nuestra madre es la *contessa di Marzo.* —Pasado un momento continuó—: Sí, por la expresión de sus caras veo que saben quién es. Y puesto que mi padre no se casó con ella, simplemente porque no podía... ¡Ay! —se agachó a friccionarse la espinilla—. No tienes por qué darme un puntapié, Goosie. No tardarán en enterarse de la verdad. Me sorprende que la señora Turnpenny no se lo haya advertido todavía.

—No nos ha dicho nada —dijo Clifton.

Mariana se encogió de hombros.

—Ah, normalmente le encanta escandalizar a todos con nuestra presencia en el pueblo. —Guardó silencio un momento, y no tardó en poner una cara terca, no muy diferente de la de la posadera, y continuó, imitando a la perfección la forma de hablar de una campesina—: ¡Las hijas de esa mujer! ¡En nuestro vecindario! Quedan avisados, mis buenos caballeros. ¡Quedan avisados!

—Entonces están en excelente compañía —dijo Malcolm—. Porque mi madre tampoco estaba casada con mi padre. —Se interrumpió para hacerle un guiño a Clifton—. Lo cual hace a mi noble hermano el raro de nuestro grupo, ¿eh, Gilby? —Le sonrió a Mariana—. Debemos unirnos, los de nuestra clase. Y no tema, señorita Ellyson, yo bailaría con usted en cualquier fiesta, y sería la envidia de todos.

—¿Y a usted no le gustaría ir a una fiesta? —le preguntó Clifton a Lucy.

—No se trata de lo que a mí me gustaría, milord. No se nos recibe, así que no veo para qué pensar en ello. Es más o menos como desear volar a la luna. —Lo miró—. Procuro concentrar mi interés en lo que tengo delante. —Volvió la atención a su hermana—. ¿Cómo esperas ganar si no prestas atención?

Mariana le sonrió triunfante y puso sus cartas sobre la mesa.

—¡Ja! Te he ganado, Goosie. Me gustaría saber dónde está tu atención esta noche.

—Distraída por tu cháchara, me imagino —dijo Lucy—. Además, este sólo es un revés pasajero.

Diciendo eso recogió las cartas desperdigadas sobre la mesa, y comenzó a barajarlas con la pericia de un tahúr.

—¿Dónde aprendió a barajar así? —preguntó Malcolm, tan fascinado como Clifton por su diestro manejo de las cartas.

—Thomas-William —repuso ella, refiriéndose al criado de su padre—. Cuando viajaba con mi padre por el Continente, Thomas-William jugaba a las cartas con los otros criados...

—Porque normalmente los criados saben más de los asuntos de su amo que el propio amo —dijeron Malcolm y Clifton al unísono, citando otra de las máximas de Ellyson.

Las damas se rieron.

—No se deslumbren tanto por la habilidad de mi hermana con las cartas —dijo Mariana. Les hizo un guiño a los dos—. Porque así es como hace trampas.

¿Hace trampas?, pensó Clifton, y miró a Lucy, que estaba con la mirada fija en las cartas, pero a sus mejillas había vuelto el delatador rubor.

—Qué terrible decir eso, Mariana —dijo ella—. ¿Qué necesidad tengo de hacer trampas cuando eres tan mala jugadora?

—Acabo de ganarte —replicó Mariana.

—Pura suerte —dijo Lucy, con ese gesto de presumida arrogancia que a Clifton le gustaba verle.

—¿De veras cree en la suerte? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza casi al instante. Demasiado rápido, en realidad.

—No, creo que nosotros hacemos, o cogemos, nuestra suerte.

Él guardó silencio, porque sabía que esa frase era otro de los proverbios de Ellyson. Todo lo de Lucy Ellyson, su manera de llevar la casa, de guardar sus secretos e incluso de renegar del amor, revelaba que tenía el mismo sentido práctico que era el sello de su padre, pero él sospechaba que todo eso formaba parte de una fachada esmeradamente construida, tal como sus vestidos desteñidos y sus feas papalinas.

Parte de una gran conspiración para esconder sus verdaderos sentimientos, su corazón.

Bajó la mirada a la comida que tenía delante, la cena ofrecida con un aire despreocupado simplemente porque «lo más probable es que tengan hambre», pero sabía qué era en realidad.

Una disculpa, un ofrecimiento de paz.

Y por ese solo motivo, Lucy lo fascinaba.

Cogió la botella de clarete y estaba a punto de servirse más en la copa cuando por el rabillo del ojo vio que ella había terminado de barajar y comenzaba a dar las cartas. Y vio algo que no creía que habría visto la semana anterior, antes de llegar a esa casa de locos y oír hablar a Ellyson sobre ser observador.

Cayó en la cuenta de que mientras ella movía hábilmente los dedos repartiendo las cartas, haciéndolas volar por encima del tapete, ese vertiginoso vuelo distraía la atención de todos, y no veían que ella daba una carta robándola de cualquier parte de la baraja.

Miró desde sus manos a la mesa y movió levemente la cabeza. Y cuando la miró, ella agrandó los ojos, al comprender que la había pillado.

Justo entonces su hermana dijo exactamente lo que él estaba pensando, porque había recogido sus cartas y estaba muy ceñuda mirando la mano que le tocó:

—Has hecho trampa, Goosie. Declaro que no voy a jugar si continúas haciendo trampas.

Lucy enderezó la espalda, ordenando las cartas de ella.

—Mariana, qué terrible decir eso. Y delante de otras personas. Sabes que nunca hago trampas.

Entonces hizo algo que no debería haber hecho. Miró furtivamente hacia él y se encontraron sus ojos.

—Bueno, no hago trampas —insistió, desviando la mirada.

Pero sus manos ya no estaban tan hábiles; se le cayó una carta de las que se acababa de dar y casi se le cayeron las demás también, por culpa del temblor.

Al parecer, nadie fuera de él notó sus nerviosos movimientos.

—Te voy a pillar uno de estos días —masculló Mariana, en voz alta para que todos oyeran—. Te pillaré, Goosie, verás si no.

—Puedes intentarlo —repuso Lucy—. Puedes intentarlo.

Entonces lo miró a él, y él no pudo evitarlo: le sonrió.

Porque ya lo sabía.

Es decir, la había pillado.

A Lucy se le quedó atrapado el aire en la garganta. «No, no puede ser. No, sólo quiere farolear, embromarme. No puede haberme pillado.»

Pero la verdad estaba ahí, en el arrogante arqueo de su ceja, la sonrisa que adornaba su cuadrada mandíbula.

El conde de Clifton la había pillado dando una carta robada del medio de la baraja.

¿Acaso el mundo que conocía se había vuelto del revés? ¿Primero va y derrota a Rusty y a Sammy, y ahora esto? Quién era ese hombre, ese noble misterioso?

«¿No fue ese el motivo de que prepararas esta cena íntima? ¿De que lo invitaras a una muy indecorosa reunión para poder ofrecerle clarete y descubrir más de sus secretos?»

Sin embargo, él estaba descubriendo los de ella con la misma facilidad con que ella podía darse un as.

Diablos, siempre se había considerado una juez incomparable de los hombres, de su carácter, de su capacidad para realizar las tareas para las que los había elegido Pymm. ¡Y ahora esto!

El conde de Clifton. El hombre al que había descartado con sólo verlo por primera vez, como un error absoluto, un hombre arrogante, indigno. Y él la había engañado. Le dio gato por liebre y la engañó totalmente.

Porque no le había importado un rábano la buena opinión de ella; ni hecho nada para ganarse su favor. Ni nada aparte de intentar robarle un beso para demostrarle que tenía...

¿Tenía qué?

¿Un concepto del amor mejor que el que tenía ella?

«¿Y si lo tiene? —le susurró una vocecita en el oído—. ¿Y si sabe más?»

—Una sabe forzar cerraduras y la otra hacer trampas en el jue-

go —dijo Malcolm. Se limpió la boca con su servilleta y la dejó a un lado de su plato vacío—. Un par ilustre son las dos.

Ante el horror de Lucy, Mariana se precipitó a aprovechar la oportunidad y, sin el menor asomo de vergüenza, dijo:

—Gracias, señor. Tenemos que agradecérselo a nuestro padre, porque ha insistido en que tengamos más o menos la misma educación que tuvo él, por si alguna vez nos encontráramos... en necesidad, digamos. —Se quitó una horquilla del pelo y se la volvió a poner—. Pero claro, si no hubiéramos tenido esas enseñanzas, yo no habría podido liberar esa maravillosa botella de clarete.

—¿Y qué educación fue la que tuvo su padre? —preguntó Clifton.

Lucy abrió la boca para poner fin a ese interrogatorio, pero Mariana se le adelantó y contestó alegremente:

—Ah, pues se crió en los Seven Dials, por supuesto. Fue el mejor galafate que ha trabajado las calles de Londres —alardeó.

Entonces miró sus cartas y jugó, como si acabara de hacer un comentario sobre el pudín, o el tiempo o el estado de los carbones que ardían en la estufa.

Y sin revelarle a sus invitados que su padre se había criado ejerciendo actividades delictivas.

Lucy intentó centrar la atención en el juego, diciéndose que no le importaba la buena opinión de ellos. No le importaba nada.

Y no, no lo iba a mirar para ver si estaba horrorizado y boquiabierto por la revelación de Mariana. No, simplemente no podría.

—¿Su padre fue un...? —dijo Malcolm, tratando de encontrar una manera educada de decirlo.

—Un galafate, un garduño, un sacre, un faltrero, un descuidero —suplió Mariana, mirando encantada la carta que Lucy había tirado distraídamente—. En esencia, señores, un carterista. —Cogió la carta que tenía delante y los miró—. Bueno, lo fue hasta que lo pilló su excelencia.

—¿Su excelencia? —farfulló Clifton encima de su copa de clarete, casi derramándola.

—Pues sí, el duque de Parkerton. El viejo, no el que ahora tiene el título. El padre de Jack el Loco.

—¿El duque de Parkerton? —repitió Clifton, dejando su copa en la mesa, como si no se sintiera capaz de sostenerla—. ¿Sorprendió a su padre robando de un bolsillo y no lo hizo colgar?

A Lucy no le importó que Mariana fuera su muy queridísima hermana y su mejor compañera.

Le dio un puntapié por debajo de la mesa.

Fuerte.

—¡Lucy! —exclamó Mariana—. ¿Qué te pasa? ¡Me ha dolido! Y si crees que esa distracción te va a servir, has de saber que yo gano. —Dejó las cartas sobre la mesa para enseñar la mano perfecta que tenía—. No, nada de eso —dijo, contestando a la pregunta de Clifton—. ¿Por qué iba el duque a querer hacer colgar a mi padre? Sólo era un muchachito de diez años. Tss, Tss —añadió, como si pensara que tal vez Clifton había bebido demasiado clarete.

Malcolm se rió.

—Porque, Mariana, robar es un delito. Y robar de los bolsillos es un delito que se castiga con la horca, aunque sea un niño.

Ella se rió como si nunca hubiera oído tontería igual.

—No cuando se puede dar buen uso a la habilidad.

Clifton, que seguía intentando recuperar aunque fuera la apariencia de su serenidad habitual, preguntó:

—¿Quiere hacernos creer que el duque de Parkerton pilló a su padre robando de un bolsillo y en lugar de entregarlo a las autoridades, dio buen uso a sus «talentos»?

Eso no se lo dijo a Mariana sino a Lucy, mirándola fijamente con esos penetrantes ojos.

Ella se sintió como una mariposa clavada a una estera; de todos modos se las arregló para contestar:

—Parkerton fue el mentor de mi padre y ha sido nuestro benefactor todos estos años.

—¿Parkerton? —repitió Clifton, como si no le hubiera oído bien.

—Sí —dijo ella, enderezando la espalda.

Porque el tono dudoso del conde fue como un codazo que le refrescó la memoria. En realidad, no tenía nada de qué avergonzarse. Su padre había servido al rey y a su país con toda la lealtad de

un buen inglés. Si bien en ocasiones sus actos habían sido discutibles, en lo moral o lo legal, había hecho todo lo que era necesario hacer para mantener a raya a los enemigos de Gran Bretaña.

Y en eso no había ninguna vergüenza.

Mariana recogió las cartas, hizo la cuenta de los puntos y los anotó en el papel que tenía a un lado.

—Una vez que su excelencia sacó a mi padre de las calles, le contrató preceptores, lo envió a Oxford y después al Grand Tour. Eso fue el comienzo del servicio de mi padre para el Foreign Office. —Miró a Lucy—. Ah, Goosie, ¿te acuerdas de las historias que nos contaba cuando éramos niñas? Historias maravillosas sobre el tiempo que pasó en Egipto, en Rusia, de cómo conoció a la *contessa*... —Guardó silencio un momento—. Ah, sí, y de cuando salvó a Thomas-William de un negrero en Francia. ¿Te acuerdas de cuando nos contaba esas gloriosas historias antes que nos fuéramos a acostar?

Lucy consideró la posibilidad de darle otro puntapié, porque el clarete la hacía parlotear igual que la señora Kewin cuando hablaba con su hermana solterona sobre los vecinos.

—Sí, no hay nada como una historia de asesinato y alta traición antes de acostarse para luego tener pesadillas —contestó—. Me parece que tenías pesadillas casi todas las noches. Pero este no es un tema apropiado...

—¿Apropiado, Lucy? —dijo Clifton, y cogiendo la botella fue hasta la mesa a llenar la copa de Mariana, que ya estaba vacía.

Como si su hermana necesitara otra copa de clarete. Ya había bebido tanto que estaba revelando todos los secretos de la familia como una oveja vieja balando en el prado.

En silencio Clifton puso el gollete de la botella sobre su copa, que estaba hasta la mitad.

—Dígame, por favor, ¿a qué viene esta repentina preocupación por lo que es o no es apropiado?

Lucy cambió de posición, nerviosa, y puso la mano sobre su copa para impedir que se la llenara.

—Simplemente que a mi padre no le agrada hablar de su pasado con otras personas.

Cuando él retiró la botella, cogió las cartas que Mariana le había dado y las ordenó. Pero no lo miró; porque no quería que él viera el torbellino que la agitaba por dentro.

«Milord, a mí no me agrada hablar de este tema.»

«No me agrada hablarlo contigo.»

«No todavía. No mientras no pueda fiarme de ti.»

Él continuó junto a la mesa de juego y ella sentía su presencia como una montaña inamovible.

—Malcolm —dijo entonces él, mirándolo por encima del hombro—. Creo que estamos abusando de la hospitalidad. Señoras, mi más sincera gratitud por la excelente cena.

—Gracias a usted, milord —dijo ella, sin mirarlo, sin desear levantarse.

—Es tarde, ya es hora de que nos vayamos a acostar —dijo él—. La mañana nos llegará demasiado pronto, me temo.

—Y más de esos condenados códigos de Ellyson —añadió Malcolm, levantándose; entonces bebió el resto de clarete y dejó la copa en la mesa.

—En realidad, los códigos son de Lucy —dijo Mariana, ordenando las cartas que tenía en la mano—. Es brillante para idearlos, aunque mi padre se lleva todo el mérito. Fue Lucy la que tuvo la idea de poner los códigos en cartas de amor.

Lucy levantó la vista, no pudo evitarlo, y se encontró con que el conde la estaba observando.

—¿Usted? —dijo él—. Creí que renegaba del amor.

Antes que Lucy pudiera contestar, Mariana dijo riendo:

—¡¿Lucy?! Vamos, milord, ¿de dónde ha sacado esa idea? Ha de saber que mi hermana es el alma más romántica que habrá conocido.

«Vamos, por el amor de Dios, ¿podría ser más humillante esta noche?», pensó Lucy.

Deseó que su hermana estuviera en Egipto, o en Portugal, o en cualquier batallón que la pusiera en la línea de fuego y le hiciera imposible volver a parlotear.

Bueno, había otra manera de conseguir que no siguiera hablando.

—Me parece que has bebido demasiado clarete, Mariana —le dijo, levantándose—. Y será mejor que pongamos fin a la velada.

Salió de la sala de estar y en tres idas y venidas volvió con los sombreros y abrigos de los caballeros y se los pasó sin el menor asomo de sutileza.

Malcolm, pícaro descarado que era, sonrió de oreja a oreja, cogió sus prendas, les dio las buenas noches y se dirigió a la puerta para marcharse.

Pero el conde, claro, tenía que quedarse rezagado.

Después de coger su abrigo y su sombrero, se inclinó en una leve venia.

—Lucy, es usted una constante sorpresa —dijo. Y entonces la sorprendió; le cogió la mano, se la llevó a los labios y le depositó un casto y educado beso en el dorso—. Me parece que tengo muchísimo que aprender de usted —añadió, en voz tan baja, que sonó como una vaga insinuación de pasión.

Después salió al vestíbulo, llegó a la puerta y salió detrás de su hermano, adentrándose en la profunda oscuridad de la noche.

Y Lucy Ellyson tuvo la clara impresión de que en lo de aprender no se refería solamente a sus códigos.

Capítulo 6

Lucy cerró la puerta y se quedó a escuchar el golpeteo de las botas de Clifton, que iba alejándose detrás de su hermano. Y en el instante en que calculó que ya no podía oírla, se giró hacia su hermana.

—¡Y tú boba cotorra! ¿Cómo se te ha podido ocurrir?

Mariana, que estaba recogiendo los platos y las copas y poniéndolos en la bandeja, la miró por encima del hombro.

—¿Qué quieres decir? Ha sido una velada muy simpática. —Y pasado un momento añadió—: Aparte del combate a espadas entre tú y lord Clifton.

—No estábamos combatiendo —replicó Lucy.

Mariana se limitó a arquear una ceja; no dijo nada más.

Pero con eso no se libró; Lucy insistió:

—Mira que contarles lo de Monday Moggs, y lo de Archie. Y de nuestra vida. —Hizo una honda inspiración y añadió en voz más baja—: Y de madre.

—Lucy, no entiendo qué...

Se interrumpió y entrecerró los ojos. La mayoría de las personas pensaban que Mariana era justo lo que ella había dicho, una boba cotorra, porque era hija de su madre, pero también era Ellyson, de los pies a la cabeza. Aunque tal vez no tenía el mismo talento que ella para las cartas cifradas y los idiomas, era una experta en las sutilezas de los códigos sociales. Tenía ese tipo de habilidad que le había dado a su madre la mala fama por encontrar protectores entre los caballeros más ricos de Inglaterra.

—¡Santo cielo, Lucy! Te has enamorado de lord Clifton.

Lucy casi se tragó los dientes.

—¡No!

Olvidados la bandeja y los platos, Mariana dio una vuelta a su alrededor mirándola detenidamente.

—Ah, sí, yo creo que sí. Algo ha cambiado en ti.

Sacudiéndose la falda con la esperanza de ahuyentar a su hermana, Lucy atravesó la sala y comenzó a limpiar el aparador.

—Mariana, has bebido demasiado vino. Nada ha cambiado en mí. Encuentro a lord Clifton tan arrogante y odioso como lo he encontrado desde el día en que llegó.

Mariana no cedió, golpeteándose el mentón con un dedo.

—No, has cambiado en algo, Goosie. ¿Qué ha ocurrido hoy cuando lo llevaste al pueblo?

—Nada especial —dijo Lucy, desviando la mirada—. Rusty y Sammy nos salieron al paso un poco más allá del viejo roble.

Mariana agitó la mano descartando esa respuesta.

—Sí, sí, eso ya lo veo. Pero he de decir que el conde no me pareció muy a mal traer. ¿Un ojo amoratado? ¿Te acuerdas del pobre Jack el Loco? Daba la impresión de que lo hubiera atropellado un carro lleno de mercancías. Creo que deberías decirle a nuestro padre que Rusty y Sammy se refrenaron.

—Ah, pues no se refrenaron —dijo Lucy, sin pensarlo dos veces.

Vio pasar por su cabeza las imágenes de esa tarde. Clifton erguido en toda su estatura, con expresión de indignada furia, sus puños cerrados, listos para la batalla.

Sintió bajar un escalofrío por el espinazo. Se dio una sacudida para quitarse la sensación, porque no quería pensar en lo que le hizo sentir: toda temblorosa y con unos deseos que no se habría imaginado que albergaba. ¿Qué hizo él para causarle eso? ¿Cómo le hizo flaquear las piernas y retumbar el corazón?

«Ah, pues lo que pasa es que esta tarde te demostró cómo podría ser un héroe.»

—¿De verdad no se refrenaron? —insistió Mariana, y luego se encogió de hombros—. No habría creído que el conde fuera capaz...

¿Capaz?, pensó Lucy. Más de lo que nadie podría imaginarse.

Y se esforzó en no imaginarse, es decir... imaginarse al conde desnudo hasta la cintura, con los músculos tensos, anudados, en el pecho. No, no debía pensar en él de esa manera, por nada del mundo.

Levantó la vista y vio que Mariana la estaba mirando curiosa.

—Si has de saberlo —dijo, con la esperanza de que si le daba una pepita de información Mariana se marcharía a acostarse feliz con eso—, puesto que es evidente que lo único que quieres hacer esta noche es cotillear, tuve que impedirle que despachara a Rusty a recibir su recompensa eterna.

El recuerdo le vino como un relámpago. Cómo sintió temblar su mano de feroz furia cuando se la tenía cogida... Lo que eso la hizo sentir, uy, cielos. Los deseos que la recorrieron toda entera... la necesidad de sentir sus brazos rodeándola, su pecho apretado al suyo, sus labios apoderándose de lo que desearan... No, todo eso era demasiado peligroso, no debía ni pensarlo.

Sobre todo ahora, que ya sabía exactamente de qué era capaz.

Mariana emitió un suave silbido, como si le hubiera leído los pensamientos.

—Eso tiene que haber sido todo un espectáculo. El conde volviéndoles las tornas a los muchachos. —Guardó silencio y Lucy casi vio sus pensamientos girar por su cabeza mientras ordenaba distraídamente los platos en la bandeja—. ¡Ah, cielos! ¿No crees que se volvió tan viril para protegerte? ¡Eso debió ser! Qué tremendamente romántico.

Lucy se encogió, porque Mariana se estaba acercando demasiado a la verdad.

—Vaya, por Dios, Mariana, qué absoluta tontería. Es evidente que hemos juzgado mal al conde y que es mucho más competente de lo que habíamos supuesto.

—Quieres decir que «tú» lo juzgaste mal y que lord Clifton es un hombre mucho mejor de lo que «tú» suponías. Supongo que si me hubiera rescatado a mí, yo también habría cambiado de opinión. Sobre todo si hubiera luchado por salvar mi honor.

Lucy cerró los ojos. ¿Por qué su hermana no heredó un poco

más del sentido práctico del lado Ellyson paterno en lugar de tanto de la pasión italiana de su madre? Intentó defenderse.

—Mi opinión no ha...

—¿No? —la interrumpió Mariana—. Le preparaste la cena.

—La preparé para los dos —corrigió Lucy—. Porque sabía que se quedarían a trabajar hasta tarde.

Ese argumento no hizo la menor mella en la teoría de Mariana, que ya tenía una sonrisa pícara en la cara.

—Mi padre hace trabajar hasta tarde por la noche a todos los caballeros que vienen aquí, y no recuerdo que hayas preparado una cena especial para ninguno, con la excepción de lord Roche, y eso sólo porque tuvo el atrevimiento de arrinconarte e intentó... —Detuvo bruscamente su movimiento haciendo tintinear la taza sobre el platillo—. ¿El conde intentó besarte?

Lucy deseó protestar, mentir, pero era su hermana, su más querida amiga, y no había manera de engañarla cuando estaba empeñada en fisgonear. De todos modos lo intentó:

—Noo, n-no —tartamudeó—. Él nunca...

—¡Lo intentó! ¡Intentó besarte! —exclamó Mariana, mirándola con los ojos entrecerrados. Dejando la taza en la bandeja, dio otra vuelta alrededor de ella, observándola—. ¡Y tú deseaste que te besara!

Si el señor Pymm y su padre tuvieran más sentido común, pensó Lucy, habrían enviado a Mariana al Continente, porque habría desenterrado secretos por valor de un reino en una sola excursión.

Pero claro, habría tenido que aprender a dominar su lengua suelta. Cómo deseaba que aprendiera. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Lucy Louisa Ellyson! Hoy te has enamorado de ese hombre, ¿verdad?

—Bueno, bueno, bueno —musitó Malcolm cuando Clifton le dio alcance—. Hoy tienes que haber puesto al descubierto tu encanto.

—¿Perdón?

Malcolm se rió.

—O eso o Lucy Ellyson ha pensado que ya habías sido bastante humillado por un día y ha decidido declarar un alto el fuego.

Clifton movió la cabeza.

—No tengo ni la menor idea de qué hablas.

—Es evidente que la dama ha cambiado de opinión —dijo Malcolm—. Pero sea lo que sea que hiciste, sigue haciéndolo, porque esa cena es la mejor que hemos tenido desde que salimos de Londres. Aun cuando eso signifique que tengas que buscarte otro par de matones para que te cierren el otro ojo.

—Estás loco —repuso Clifton—, o tal vez simplemente borracho. Esa comida no ha sido otra cosa que una comida. Lo ha hecho porque...

Vaya, condenación, no se le ocurría ningún buen motivo aparte del evidente.

Que ese día ella había cambiado de opinión.

O la otra sorprendente compresión: Él también.

Desde el momento en que decidió cogerla en sus brazos y robarle un beso, lo más propio de un libertino que había hecho en toda su vida, pero claro, Lucy Ellyson tenía un algo que lo envalentonaba, lo provocaba a salirse de su cómoda posición en la vida y correr riesgos.

Desde el desafío y dudas que veía en sus brillantes e inteligentes ojos verdes al ardiente deseo que corrió por sus venas cuando apretó a él sus deliciosas curvas.

—¿Lo hizo porque...? —lo pinchó Malcolm—. Yo me aventuraría a decir que hoy hiciste algo más que intentar hechizarla.

—Yo en tu lugar no insistiría —le advirtió Clifton.

Pero su hermano no se dejaba disuadir fácilmente.

—¿Qué ocurrió en el camino al pueblo? ¿Además de que te golpearan?

—Nada digno de mención. Seguí tu consejo y llegué a un acuerdo con la muchacha. Tal vez su ofrecimiento de la cena ha sido su manera de manifestar su aceptación de mis condiciones.

—¿Le pusiste condiciones a la dama? —preguntó Malcolm, con los labios curvados en una irónica sonrisa—. ¿Estás seguro de que no fue Lucy Ellyson la que te dejó ese ojo a la funerala? Tal

vez podrías reunirte con el ilustre señor Moggs a beber una pinta para contaros los tristes recuerdos de vuestra asociación con la señorita Lucy Ellyson.

—Vaya tontería de borracho —dijo Clifton—. Creo que estás tan achispado como la señorita Ellyson.

—Y muy alegremente. Ah, la deliciosa Mariana. ¿No ha resultado ser una fuente de conocimientos esta noche? Asombroso que su madre sea la *contessa di Marzo*, ¿verdad?

Escandaloso, en realidad, habría dicho Clifton, pero no lo dijo, pues tenía sus motivos. Porque, ¿cómo podía decirle a su hermano que había descubierto que Lucy era tan apasionada como se decía que era su madre?

Al parecer sin notar su silencio, Malcolm continuó:

—¿No se batieron en duelo los viejos Latchford y Seawright por la *contessa* la primavera pasada? Fue en Buxton, ¿verdad?

—Sí, exactamente. ¡Viejos tontos! Latchford ya tiene sus ochenta años. Y Seawright tuvo que afirmarse en su bastón para disparar. Batiéndose en duelo a sus edades, francamente.

Malcolm chasqueó los dedos.

—Sí, sí, ahora lo recuerdo. Lachtford insistía en pagarle las deudas, y Seawright aseguraba que eso era obligación de él. La *contessa di Marzo* debe de ser toda una Incógnita para seguir inspirando una pasión como esa. Pero claro, habiendo visto a sus hijas entiendo que vuelva loco a un hombre. ¿Has visto esos ojos, ese pelo?

Clifton sintió una repentina oleada de celos, hasta que Malcolm continuó:

—¿Te imaginas a Mariana en Londres? —Movió la cabeza y emitió un suave silbido—. No me extraña que Ellyson la tenga escondida aquí en Hampstead. Pero ¿cómo diablos llegó una condesa italiana a estar en compañía de Ellyson? Sin decir que le dio dos hijas.

—Ofrécele más clarete a la señorita Ellyson y creo que lo descubrirás.

—Podría convenirme hacerlo —dijo Malcolm—. Tal vez logre descubrir si ha heredado la naturaleza apasionada de su madre.

—Espera mejor que no haya heredado el temperamento implacable de su padre —señaló Clifton, pensando en los perspicaces ojos y las desafiantes miradas de Lucy—. O que Ellyson no te sorprenda ofreciéndole licores a su hija.

Malcolm se rió, porque jamás había sido dado a la cautela.

—¿Eso es una advertencia para disuadirme o un simple consejo?

Clifton lo miró y vio que al parecer no estaba tan borracho como había supuesto.

Aunque en realidad, tal vez era a él mismo a quien quería disuadir.

Ojalá no hubiera descubierto la verdad sobre Lucy Ellyson esa tarde.

Que era una buena pieza interesante, irresistible. Y que él no podría marcharse de Hampstead sin un beso de esos labios descarados y mordaces.

Aunque eso significara que lo echaran de la casa de Ellyson con los dos ojos cerrados.

Las noches siguiente y subsiguiente, cuando el reloj dio la medianoche y el señor Ellyson se quedó dormido en su enorme sillón del rincón de su gabinete de mapas, Clifton y Malcolm bajaron la escalera y se encontraron con la cena esperándolos, cortesía de las señoritas Ellyson.

Clifton sospechaba que la principal instigadora era la hermana mayor, la afable Mariana cabeza de chorlito, porque desde esa primera cena improvisada Lucy decía muy poco, aparte de interrumpir a su dicharachera hermana cuando comenzaba a dar demasiada información sobre su padre o sobre la vida que llevaban en Hampstead.

O como cuando la noche anterior masculló en voz baja: «Te casaré con Monday Moggs».

Pero claro, Mariana Ellyson era una narradora nata, y le encantaba tener público al que regalarle los oídos.

Esa noche Clifton se había quedado arriba para terminar de traducir varios mensajes cifrados que habían llegado en un zurrón.

Tuvo que parar al llegar al último, pues este superaba su habilidad, aunque esa distracción podía deberse a la carta anterior, la que le heló la sangre:

Lamento no tener una buena noticia que darte sobre la suerte de Bricknell. Según un hombre de la localidad del que me fío, lo cogieron justo al norte de la Sierra de la Peña y a la mañana siguiente le disparó un pelotón. Asigna un nuevo agente que viaje a este distrito y...

Dejó la pluma en la mesa y apartó los papeles. Cerró los ojos pensando en esas líneas que resumían el fin de la vida de un hombre.

Nada de ceremonia, nada de fanfarria en honor al héroe por el pobre Darby Bricknell. Sólo un párrafo en un informe.

Muerto por un pelotón francés de fusilamiento, y su cadáver tirado a un lado.

«Asigna un nuevo agente...»

De repente todo lo de su vida le pareció más precioso de lo que se habría imaginado.

Una cosa era imaginarse el valor para servir al rey, y otra muy distinta hacer frente a la realidad del compromiso.

Bajando la cabeza la apoyó en las manos, y trató de borrar la imagen del cadáver de Bricknell.

Y la de su propia y tenue suerte.

¿Y si no lograba volver? Estaba su tío para heredar, sí, pero se le oprimió algo en su interior al pensar en la Casa Clifton, las tierras y la gente al cuidado de su irresponsable pariente.

¿Qué fue lo que le dijo a Lucy la otra tarde? Ah, sí, lo recordaba: «Amaré a mi futura condesa. Sin lugar a dudas, no me casaré sin amor».

En ese momento su futuro le había parecido muy seguro; se sentía muy confiado; muy engreído y arrogante. Serviría a su país, volvería, se enamoraría, se casaría y viviría el resto de su vida en su propiedad, rodeado por su esposa y sus hijos y todas las comodidades que le daba su posición en la sociedad.

Pero de pronto... no encontraba tan indudable ese futuro.

Ya no tenía tiempo para buscar a esa esposa, evidentemente no le quedaba tiempo para enamorarse, y mucho menos para ocuparse de que hubiera un heredero, antes de meterse de cabeza en esa locura que eran España, Portugal y Francia.

Abriendo los ojos, enderezó la espalda, la apoyó en el respaldo, y se pasó la mano por el pelo, exhalando un suspiro.

¿Y Malcolm, qué? ¿Y si lo metía en una empresa de locos?

Desechó ese pensamiento. No quería ni pensar en una vida sin su hermano a su lado.

Los documentos que tenía delante decían que eso era una posibilidad que haría bien en tomar en cuenta. Porque contenían listas de los traslados de tropas, de escaramuzas luchadas, hombres muertos, peticiones de ayuda.

Y aún le faltaba por descubrir lo que decía el último mensaje, pero necesitaba ayuda si quería descifrar el código.

Echando una mirada a su profesor dormido, cayó en la cuenta de que podía despertarlo y este no tendría ninguna dificultad en enseñarle las pautas para descifrar la carta. Pero claro...

«Ve a pedirle ayuda a ella.»

Recurrir a una dama en busca de ayuda iba en contra de todo lo que su educación le había enseñado a pensar. Eso no era asunto de mujeres. Las guerras y el espionaje incumben a los hombres, no deben imponerse a la delicada naturaleza de las damas.

Sin embargo, ahí estaba Lucy Ellyson, que desafiaba todas las convenciones sociales trabajando incansable junto a su padre para servir a Inglaterra con la misma diligencia con que podría servirla cualquier leal y honrado inglés.

Era esa especie de espíritu tenaz, su aguda inteligencia, lo que la hacía más semejante a una gran reina de antaño que a una simple dama.

«Ella te salvará la vida, Clifton. Algún día te rescatará de unas honduras que no te habrías imaginado jamás.»

Esas extrañas palabras susurradas le pasaron por el alma como la mano del destino, haciéndole bajar un estremecimiento por el espinazo.

Se levantó con tanto ímpetu que casi volcó la silla. En su enor-

me sillón del rincón Ellyson pareció despertar por el ruido, pero pasado sólo un instante volvió a roncar, y continuó durmiendo, inmerso en sus sueños.

«¿Qué te obsesiona, George Ellyson?», pensó, mirando al hombre mayor. Ese era un espía que había servido a su país durante cincuenta años, de los cuales treinta los había pasado en acción, trabajando por todo el Continente. Sus aventuras y escapadas por un pelo eran leyenda, como también los rumores de actos peligrosos, sucios, que había realizado, dirigido o supervisado.

Y sin embargo se había venido a descansar en la quietud de Hampstead, junto a su hogar, rodeado por sus hijas y sus leales criados.

«Haz que vuelva», rogó, y cogiendo la misiva que le faltaba descifrar y las otras, salió del gabinete de mapas y bajó. No fue miedo lo que lo impulsó a hacer ese ruego, sino un intenso deseo de volver a las verdes costas de Inglaterra, a su propiedad a la orilla del Támesis, para continuar el linaje de su familia como habían hecho sus antepasados.

«Y encontrar a una mujer con la cual compartir la vida.»

Eso último le dio que pensar y se detuvo en un peldaño, hasta el que llegaba la luz de la sala de estar, brillante como un faro tentador.

«Está ahí, si te atreves.»

Negó con la cabeza como para desprenderse de esa idea.

¡Lucy Ellyson, desde luego! Su condesa. Qué idea más ridícula.

Y, sin embargo, al continuar bajando la escalera, su corazón pareció despertar, latiéndole un poco más rápido. Y la causa no era el pensamiento de lo que habría preparado ella para la cena, porque era una excelente cocinera, sino ¿qué podría traer esa noche?

La noche anterior, los cuatro, Malcolm, él, Lucy y Mariana, habían jugado a las cartas hasta la madrugada. Ah, fue como jugar con un par de fulleros, pero muchísimo más entretenido.

Mariana coqueteó escandalosamente, dando pruebas de que era realmente hija de la archiconocida *contessa di Marzo*. Incluso se ofreció a prestarles los libros que hacía poco les había enviado su madre, tratados franceses acerca de *l'amore*, y por el rubor que

cubrió las mejillas de Lucy él se imaginó que no eran las chorradas románticas normales que devoraban las damitas.

De todos modos, aparte de las escandalosas travesuras de Mariana, no lograba recordar otra noche en que se hubiera reído tanto, o que se hubiera sentido más renuente a jugar su última carta.

Es decir, hasta que la enseñó.

Una reina de corazones.

Y entonces levantó la vista y vio que Lucy le sonreía tímidamente. A él, y sólo a él.

¿Le habría dado esa carta adrede o le salió sólo por azar? Aunque no tenía importancia, porque en ese momento Justin Grey, el decimocuarto conde de Clifton, se sintió fascinado, embobado, sumergido en los ojos de ella, con la boca reseca, y se le paró el corazón.

Lucy Ellyson había pasado de ser la hija testaruda y taimada de George Ellyson a ser la señorita más encantadora que había conocido. Se lo habría dicho ahí mismo, en ese momento, pero la conocía: ella se habría reído de él.

O, peor aún, lo habría echado con cajas destempladas, con un fuerte puñetazo, como hizo con Monday Moggs. Y puesto que en esos momentos él sólo tenía un ojo bueno, no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

No, mientras no consiguiera ese beso.

Exhaló un suspiro por esos tontos pensamientos, pero entonces comprendió que tal vez Lucy Ellyson era el motivo de que hubiera decidido aceptar el ofrecimiento de Jack y de Temple de entrar en el Foreign Office.

No Lucy por sí misma, sino al hecho de haber mirado a las señoritas disponibles de Londres y haberlas encontrado un grupo aburrido y soso. La perspectiva de casarse con una de esas damitas decorosas y manejables le había parecido una sentencia peor que ser atrapado por los franceses.

Pero ahí estaba Lucy, como la portera de un mundo excepcional y peligroso, y lo único que necesitaba hacer era robarle la llave.

Robarle ese beso.

Cuando llegó al pie de la escalera se detuvo en el último pelda-

ño. Desde ahí se veía la mesa puesta para cuatro, aunque sólo estaban sentados a ella Mariana y Malcolm, ya comiendo y charlando como si se conocieran desde hacía años.

Bajó el último peldaño y avanzó.

Lucy no se veía por ninguna parte, y tal vez por eso su hermana estaba a la mitad de una estrafalaria historia acerca de cómo su padre escapó de París con la ayuda de Thomas-William.

Se detuvo en la puerta a escuchar, tan embelesado como parecía estar Malcolm.

—El agente francés que le disparó a mi padre lo dejó en el callejón para que muriera ahí, sin saber que Thomas-William se encontraba cerca —estaba diciendo Mariana—. Thomas-William podría haber huido, porque así quedaba libre.

Malcolm se rió.

—Sin embargo, se quedó y ayudó a su padre.

—Le salvó la vida. Lo sacó de París y lo llevó a la costa, donde podían encontrar un barco para volver a Inglaterra. En una aldea, Thomas-William les mintió a las autoridades dándoles a entender que mi padre era un noble ruso que estaba liado con la esposa de un duque francés, y que le dispararon cuando escapó del dormitorio de la dama.

—¿Un noble ruso? ¿Y las autoridades creyeron eso?

Mariana se inclinó sobre la mesa, sonriendo como una conspiradora.

—Fue útil que mi padre estuviera delirante de fiebre y que sólo hablara en ruso.

Malcolm se rió.

—Tuvo suerte de que las autoridades no lo hicieran arrestar por la policía.

—Ah, no. Gracias a la buena gente de esa aldea. Encontraron muy romántica la historia de Thomas-William y la peligrosa situación de mi padre.

Los dos se rieron, y a Clifton lo impresionó el sonido de la risa de Malcolm, que indicaba que estaba muy animado. Su hermano encajaba en esa casa con mucha facilidad; lo envidiaba.

Porque a él, por mucho que lo intentara, algo seguía refrenándolo.

Por sus venas corría sangre Grey de muchos siglos. El peso de sus antepasados lo mantenía en su lugar, recordándole su obligación de resguardar obedientemente el legado de la familia, su linaje perfecto, su lugar en la alta sociedad.

No enamorándose de la hija de un ladrón y una Incógnita italiana.

—¿Qué está contando ahora? —susurró Lucy detrás de él.

Pegó un salto que casi lo hizo salirse de su chaqueta, porque ella había llegado hasta él con ese sigilo de un gato, tan suyo.

—Aquella vez en que su padre y Thomas-William escaparon de París —contestó en un susurro.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cuál versión?

Clifton miró el animado semblante de Mariana y sonrió:

—Algo sobre un duque y de que su padre era ruso.

Ella asintió.

—Esa es su favorita.

—¿Es cierto?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi padre no recuerda el viaje de París a Inglaterra, y Thomas-William, bueno, nunca ha sido muy comunicativo acerca del pasado. Así que Mariana —flexionó los hombros—, le pone a la historia sus propios adornos.

—Malcolm está entretenido.

—Entonces Mariana estará contenta —dijo ella, con una vocecita testaruda—. No es frecuente que tenga un público tan atento.

—Pero supongo...

—No, milord —lo interrumpió ella—. Como dijo Mariana la otra noche, no se nos recibe. Usted y su hermano son la compañía más numerosa que hemos tenido... bueno, desde siempre.

—¿Debido a su madre? —preguntó él, en voz baja.

Ella miró en dirección a su hermana, aunque más bien hacia el espacio, mucho más allá, y luego asintió.

—A eso y, lógicamente, a la reputación de mi padre.

—¿Cómo fue que su padre...? —Vamos, cáspita, ¿cómo hacer la pregunta?—. Lo que quiero decir es...

Ella se cruzó de brazos.

—Lo que quiere saber es cómo un hombre como mi padre acabó en compañía de una *contessa* italiana casada.

—Sí, supongo que es eso.

Lucy sonrió y le contó la historia con una voz suave y dulce que él no le había oído nunca. Era como la de una niña recitando un cuento favorito antes de dormirse, y este tenía todas las partes de requisito.

—Nuestra madre se casó a muy temprana edad con el *conte di Marzo*, que era casi treinta años mayor y un bruto de mala fama. Parkerton había ido a encontrarse con este conde con la esperanza de formar una alianza comercial, porque era uno de los líderes de Venecia.

—Y así fue como se conocieron.

Ella asintió.

—Hubo un baile de máscaras al que asistió todo el grupo de representantes ingleses, incluido mi padre. Él vio a mi madre desde el otro lado del salón e inmediatamente se enamoró. ¿Cree en el amor a primera vista?

Él negó con la cabeza.

—En realidad no.

—Yo tampoco —convino ella—. Pero mi padre asegura que en ese instante supo que ella sería de él. Y a medianoche, cuando todos se quitaron las máscaras, la buscó pero no la encontró. Así pues, siendo quien era, hizo una búsqueda más minuciosa por el palacio del conde.

—Recorrió sigiloso toda la casa.

—Sí, como el ladrón que era. Y encontró a la *contessa*, aunque no sabía quien era, en un elevado balcón, de espaldas a él. Era evidente que había estado llorando. Ella le suplicó que no se acercara —desvió la mirada—, pero él insistió en que le dijera el motivo de su aflicción.

—¿Qué le pasaba?

—Su marido la había golpeado y no pudo estar presente cuando todos se quitaron las máscaras porque habrían visto su vergüenza, las magulladuras en la cara y en el cuello.

—¡Buen Dios! ¿Su marido le hizo eso?

—Sí, porque todavía no le daba un hijo. Aun cuando sus cuatro esposas anteriores no le habían dado hijos, él estaba convencido de que el problema no podía ser de él, y por lo tanto...

—La castigaba a ella.

Lucy asintió.

—Mi padre le preguntó por qué no se marchaba, pero ella le explicó que el conde la tenía prácticamente prisionera, no se fiaba y no quería tenerla fuera de su vista, y lo más seguro que después la castigaría incluso por haberse marchado del baile.

—Así que él la salvó.

—Sí, la sacó furtivamente y la llevó al barco del duque de Parkerton que estaba en el puerto. Parkerton no tenía ni idea de lo que había hecho mi padre, y zarparon con la primera marea llevando a la *contessa* con ellos. Cuando se enteró de que la esposa del conde estaba a bordo, se enfureció, hasta que la conoció y quedó hechizado. Absolutamente hechizado, igual que mi padre.

—He oído decir que su madre sería capaz de conseguir que toda una legión bajara las armas.

—Tiene una especie de don —concedió Lucy—. Mariana se le parece mucho.

—Pero hay algo más en la historia.

—Ah, por supuesto, pero eso lo sabe la mayor parte de la gente —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Yo no.

Ella se rió.

—Eso quiere decir que no alterna bastante en sociedad, porque no pasa ninguna temporada en que no haya un nuevo escándalo y la *contessa* esté metida justo en el medio. Le encanta estar en el ojo del huracán.

—¿Cómo a usted?

Entonces, como hacía siempre que la conversación tocaba un punto demasiado personal, ella cambió de tema haciendo un gesto hacia los papeles que él tenía en las manos.

—Mi padre no aprueba que los despachos salgan del gabinete de mapas.

Él miró las olvidadas cartas.

—Mis disculpas, no lo sabía. Pero necesitaba ayuda en esta última misiva y pensé... bueno, esperaba...

Se interrumpió y la miró; se atrevió a mirarla a sus inteligentes ojos.

—¿Deseaba mi ayuda? —preguntó ella, como si la sorprendiera que él hubiera sugerido eso.

Él se quedó muy quieto y la miró, observando cómo se le iluminaban los ojos ante la perspectiva de un desafío.

—Pues sí —dijo—. Estos últimos días he llegado a comprender que es usted muy extraordinaria...

Ella retrocedió un paso, recelosa, como si supiera lo que él quiso decir realmente. Pero le chispearon los ojos y se le estremecieron los brazos.

—... para este tipo de cosas —se apresuró a añadir él—. Los códigos y esas cosas.

—Sí, claro, los códigos —dijo ella, desviando la mirada.

Él no supo si se sentía aliviada o irritada.

—Y su padre no estaba disponible —continuó, parloteando como Mariana después de una segunda copa de vino.

—Sí, supongo que mi padre está durmiendo.

—Sí, y no quise...

—No, no, es mejor no despertarlo.

Los dos miraron hacia la sala de estar, donde Mariana y Malcolm se estaban riendo de un chisme que esta le había sonsacado a la señora Kewin. Sus risas llenaban la estancia.

—Tal vez podríamos ir a la cocina —ofreció ella—. Ahí está más silencioso.

Dicho eso se giró y echó a andar hacia la cocina, que se encontraba en la parte de atrás de la casa.

Él no estaba dipuesto a dejarla escapar, así que la siguió por el vestíbulo, sonriendo para sus adentros ante los resueltos taconeos de ella, como un regimiento entrando en el campo de batalla.

La cocina estaba casi en penumbra, sólo iluminada por una vela encendida sobre la enorme mesa del rincón y el brillo de las brasas del hogar.

Lucy avanzó por el cuarto como si pudiera hacerlo con los ojos vendados; cogió una vela de la repisa del hogar, la encendió y la colocó en la mesa, con lo que tendrían suficiente luz para leer.

Pero en lugar de sentarse fue hasta la cocina de leña y del horno sacó un plato.

—Malcolm dijo que usted podría retrasarse, así que puse ahí su cena para que se mantuviera caliente. —Sonriendo, se sentó a su lado—. Detesto las comidas frías, ¿y usted?

—Muchísimo. De verdad hace un trabajo excelente llevando la casa de su padre.

—Gracias. Lo he hecho desde que se marchó la *contessa*.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos diez años. Nunca se adaptó a Hampstead, era demasiado pequeño para ella. Un día estaba aquí y al siguiente... —Se encogió de hombros—. En cuanto a mi habilidad como ama de casa, agradezca no haber estado aquí en los primeros tiempos. Tuve que aprender muchísimo. Menos mal que ahora soy buena para eso, porque cuando ya no esté mi padre, podría ser mi medio para ganarme la vida.

—¿Cuando ya no esté su padre?

—Pues, claro, no es un hombre joven.

—No, supongo que no. —George tenía sus buenos años, más de setenta—. Pero ¿por qué no continuar viviendo aquí?

«¿Por qué no casarse?»

Negando con la cabeza ella descorchó la botella de vino y le sirvió una copa.

—La casa no es nuestra. Es de Parkerton. El viejo duque le dio a mi padre el usufructo mientras viva, pero cuando él se muera, volverá a la propiedad.

—Pero Parkerton no...

—El viejo duque tal vez no, pero su hijo no tiene ni idea de lo que hacía su padre.

—¿Se refiere al espionaje?

—Sí. —Se rió—. Jack asegura que a su hermano le daría una apoplejía sólo de pensar en su santo padre mezclándose con las clases bajas en su trabajo. ¿Se imagina el ataque que le daría al ac-

tual duque si supiera lo que hacía su hermano en Thistleton Park? Tal vez no le importaría el contrabando, pero —se estremeció—, ¿el espionaje?

Clifton sonrió, porque el actual duque de Parkerton era famoso por sus ideas elevadas y su altivez.

—Bueno, el actual duque nunca ha sido un admirador de las travesuras de Jack el Loco, ni de las heroicas ni de las de otro tipo.

—Exactamente —dijo Lucy, volviendo a la cocina a ocuparse de otras cosas—. No, estoy resignada a que cuando muera mi padre, Mariana y yo tendremos que abrirnos camino en el mundo.

—Pero seguro que si le pidiera a Jack o a Templeton que...

—No —dijo ella, volviéndose bruscamente hacia él—. Ni Mariana ni yo usaríamos jamás así nuestras conexiones. Una Ellyson no acepta caridad. Nos ganamos nuestra manutención.

Se estremeció, como si pedir ese favor fuera demasiado similar a...

A ser como su madre. Aceptar favores y dinero de hombres para pagar el alquiler y otras cosas.

Y, al hacerlo, ganarse el desprecio de la buena sociedad.

—Si todo lo demás fracasa —continuó ella, desviando hábilmente la conversación—, seré una excelente ama de llaves. Aunque todavía tengo la esperanza de que la cara bonita de Mariana le consiga un buen matrimonio a pesar de que no hayamos tenido una crianza y una educación decentes. Así, si no logro encontrar un empleo, puedo hacerme útil en su casa.

—Tengo que imaginar que su manera franca de llevar y hacer las cosas le será útil —dijo él, sabiendo que a muchísimas damas no les gustaría que se las describiera de esa manera.

—Gracias —repuso ella, interpretando sus palabras no como una censura sino como el elogio que eran.

Sin preguntar, cogió los papeles que él había dejado sobre la mesa, le puso un plato de pan con mantequilla junto al otro, y se sentó a descifrarlos.

No le llevó mucho tiempo descubrir el problema.

—Condenación —masculló en voz baja.

—¿Perdón? —preguntó él, levantando la vista de su comida,

interrumpiendo sus pensamientos sobre la *contessa* y sus extraordinarias hijas.

—Ah, mis disculpas, milord —dijo ella.

¿Eran imaginaciones suyas o Lucy Ellyson se había ruborizado?

—Lo que pasa es que esto es un absoluto enredo. Es como si lo hubiera escrito con muchísima prisa y no hubiera recordado qué código emplear.

Exhalando un suspiro, continuó examinando las líneas.

—¿Reconoce la letra?

—Sí, es de Darby. —Movió la cabeza—. Un hombre encantador, aunque es algo nervioso. Es el tercer hijo del barón Risby. ¿A qué se debería que estuviera tan confundido?

—¿Darby? —logró decir Clifton—. ¿Darby Bricknell?

—Sí. Está comprometido con la hija del conde de Wyton. Tiene paciencia la chica para soportar los jolgorios de Darby. ¿Le conoce?

—No —dijo él, sin poder añadir nada más, con la boca reseca y ya perdido el apetito.

Ella fue hasta un aparador y volvió con una pluma y un tintero. Cogiendo una hoja en blanco, comenzó a escribir las palabras en diferente orden, y cambiando letras de una manera alucinante. Pero finalmente tuvo escrito el párrafo.

—¿Cómo sabe que eso es lo correcto?

—Porque yo inventé el código. Aunque esto Darby lo escribió con demasiada prisa y se equivocó en el orden de la secuencia numérica. Eso es lo que lo hace confuso. Aunque veo por qué. Escribe que los franceses están rodeando el lugar donde está, y que cree que en Marsella hay un traidor. Desea que Larken envíe a alguien a detener al que podría estar traicionándonos.

A Clifton se le heló la sangre.

—Que nos está traicionando —dijo.

—¿Nos está? No, Darby escribe que «podría». No está seguro. Mi padre dice que nunca hay que precipitarse a...

—Darby ha muerto, Lucy —dijo él, sin saber cómo ni por qué le salieron las palabras—. Lo traicionaron. No hay ningún «podría» en esto.

Ella se quedó inmóvil.

—No, no. Ha escrito esto, lo ve. Conozco su letra.

—Pero esa no es la única misiva que venía en el paquete —dijo él, buscando entre los papeles y sacando el que contaba toda la historia.

Ella lo cogió y lo leyó rápidamente. Cuando llegó al final de la página le temblaban las manos.

—¿Darby muerto? —dijo, con la voz ahogada, casi en un susurro—. No, no quiero creerlo. Ha traducido mal esto. Tiene que haberlo traducido mal. —Se levantó bruscamente y se alejó de la mesa—. Ocurre con frecuencia. Una mala noticia resulta ser nada más que un rumor, y pasado un mes más o menos, la verdad, la verdad...

Clifton también se levantó, porque el temblor de su voz le retorcía el corazón.

—No lo creeré —dijo ella, decidida—. Darby no. No, no, ninguno de ellos. No... no...

Lo miró, con la cara demudada, los ojos llenos de lágrimas a punto de caer.

«Usted no», parecían gritar sus palabras.

—No lo permitiré. No.

Y entonces le demostró que se había equivocado en su temor anterior.

Porque había una persona que lloraba la muerte de Darby.

Cubriéndose la cara con las dos manos, Lucy Ellyson lloró por el hombre perdido para Inglaterra.

Y él supo sin un asomo de duda que no era la primera vez que ella derramaba lágrimas por uno de los alumnos de su padre.

Ni sería la última. Mientras no se pusiera fin a esa maldita guerra.

Lucy intentó dejar de llorar, pero la revelación de Clifton le había vuelto el mundo del revés.

Si un agente tan bueno como Darby resultaba muerto, todos estaban en peligro.

Claro que eso ya lo sabía. Lo sabía tan bien como sabía que no debía dejar que Rusty y Sammy vieran el lugar donde guardaba las monedas. Pero no era algo en lo que pensara mucho rato cuando los hombres entraban y salían de la casa de su padre. Algunos caballeros, como Darby, se le quedaban en la memoria porque habían sido muy buenos alumnos y tenían una personalidad encantadora.

O los hombres como Jack, Templeton o Larken, que tenían sus motivos particulares para servir en ese trabajo, y justamente los demonios que los impulsaban a hacer ese servicio de elite en el Foreign Office perfeccionaban sus habilidades.

Ella ayudaba a su padre a entrenarlos, leía los despachos que enviaban a la casa, seguía sus viajes en los mapas del cuarto de arriba, se preocupaba cuando pasaban meses seguidos sin enviar nada, y bebía una copa de vino para celebrarlo cuando por fin llegaba una nota, a través de una larga cadena de alianzas... y pequeños milagros.

Pero ¿Darby? ¡Darby no! Sus padres, su prometida. Tenía pensado un futuro como abogado. Y ahora todo eso desaparecido.

Muerto por un pelotón de fusilamiento francés.

«¡Malditos los franceses! —deseó gritar—. ¡Al infierno Napoleón y sus impías ambiciones!»

Golpeó con los puños sobre algo duro y sólido, y sólo entonces cayó en la cuenta de que la pared que estaba golpeando era el pecho de Clifton.

No sabía en qué momento él la cogió en sus brazos, como en un refugio protector. Aunque tenía que haber sido hacía un buen rato atrás, porque le había dejado mojada y arrugada la corbata y buena parte de la camisa.

Y aunque habría deseado continuar ahí, entre sus cálidos brazos, sintiendo en las manos el ritmo parejo y seguro de su corazón, se apartó, avergonzada por haberse convertido en una regadera delante de él.

Debía pensar que era una boba.

Pero él no estaba dispuesto a soltarla todavía. Sin la menor dificultad volvió a cogerla en sus brazos, le echó hacia atrás unos

mechones rebeldes y le limpió las lágrimas con suaves y tiernas caricias en las mejillas.

Con cada caricia de sus manos le fueron desapareciendo los temores, que fueron reemplazados por una necesidad que no lograba entender. Una necesidad que parecía bullir y aumentar en su interior, con la misma fuerza y ferocidad que la llevó a despotricar contra los franceses.

Un ardiente deseo de algo que durara, de algo que nadie pudiera destruir.

Se atrevió a levantar la vista para mirar al hombre que la tenía abrazada, y al instante cayó de cabeza en la oscura tempestad de su mirada.

Comprendió qué era exactamente lo que deseaba, o necesitaba, esa terrible noche.

—Por favor —musitó, tocándole los labios con un dedo—. Por favor, milord.

Él la miró un momento, que le pareció una eternidad, como si quisiera memorizar todos los contornos de su cara, cada matiz, cada curva.

Como si le estuviera echando una segunda mirada, esa mirada que según él todo hombre tenía que dar para saber qué buscaba.

No lograba imaginarse qué estaría pensando, qué pensaba de ella; sólo esperaba que él tuviera el mismo deseo, la misma necesidad que le gritaba en su interior.

Entonces vio relampaguear algo en esos ojos oscuros, una especie de consentimiento, de aceptación; ¿podía atreverse a pensar que era resolución?

Acto seguido, sin decir palabra, él bajó la cabeza y la besó en los labios, con una avidez especial que igualaba la de ella.

Ah, lo de aquella tarde sólo fue un indicio de lo que iba a venir, y en ese momento ella descubrió lo que significaba que un hombre solicitara a una mujer.

No había nada tímido en su beso; la apretó a su cuerpo con fuerza y la besó concienzudamente, como si comprendiera su intensa necesidad de «sentir», y no ser tratada con dulce compasión.

Le pasó la lengua por los labios y ella se los abrió, con el cora-

zón retumbante; entonces sintió en los labios de él el sabor al vino que acababa de servirle, pero era ese beso, ese beso profundo, el que la embriagaba y la hacía temblar.

Pero claro, Clifton no sólo la estaba besando, sino también recorriéndole el cuerpo con sus manos, embelesándola, dejándole una estela de deseo que pulsaba una cuerda peligrosa.

Oyó el tintineo de sus horquillas al caer al suelo, desprendidas por los dedos de él, y el pelo le cayó suelto en una desordenada cascada.

Aunque ella no iba a protestar por eso, pues sus caricias la hacían cobrar vida, le hacían pasar una verdadera sinfonía de placer por todo su cuerpo.

«Acaríciame más, milord. Ah, sí, otra vez. No pares, no pares nunca.»

Y cuando creía que ya no podría soportarlo, cuando se le retorcían las entrañas de tanto anhelo que le habría suplicado que le hiciera mucho más, gimió.

Primero fue un gemido suave, y luego uno más fuerte cuando él subió una mano hasta su pecho, la ahuecó ahí y se lo apretó, en una suave caricia. No pudo evitar el gemido, porque ese contacto le desataba todos los sueños que llevaban tanto tiempo escondidos en su interior, reprimidos.

Pero justamente ese apasionado y terrenal gemido resultó ser su perdición, porque pareció llegar al interior de él y despertarle una especie de sensibilidad condenadamente noble.

Interrumpió el beso y las caricias y se apartó, con el pecho agitado, como si acabara de tener la pelea con Rusty y Sammy. Y su cara revelaba una ferocidad muy similar a la furia que le vio esa tarde.

¿Estaba furioso con ella? ¿Le estaba echando una segunda mirada y lamentando lo que acababa de hacer?

Maldito él, no lograba interpretar la expresión de sus ojos inescrutables.

Y bueno, qué facha debía tener ella, jadeante, con los labios hinchados por el abrasador beso, el pelo hecho un desastre.

—Lo siento mucho —logró resollar—. No sé qué me ha pasado.

Lo que pasa es que cuando estaba pensando en lo que le ocurrió a Darby temí que eso pudiera... —Notando que la voz le salía trémula, cerró la boca, temiendo lo que podría soltar si se atrevía a decir más.

Si decía las palabras que le martilleaban en la cabeza tal como le martilleaban el corazón: «Temí que eso pudiera ocurrirte a ti».

«Cielos, Lucy, cálmate», se dijo, pero cada vez que intentaba borrar de su morbosa imaginación la visión del cuerpo de Darby en el suelo, perforado por las balas, veía la guapa cara de Clifton en ese cuerpo, su mirada sin vida dirigida al cielo.

—¿Darby era un buen agente? —preguntó él en voz baja.

Ella pestañeó y lo miró.

—¿Perdón?

—Darby, ¿era buen agente?

Ella hizo una inspiración para serenarse y asintió:

—Sí, uno de los mejores, al menos eso pensé siempre.

Él se irguió, y se le tensaron los hombros.

—¿Y ahora?

—Bueno, fracasó —dijo ella, odiándose por tener que decir eso de Darby.

—¿Y qué lo habría hecho el mejor?

—Volver a Inglaterra —dijo ella, sentándose y levantando la vista hacia sus ojos sombríos y serios.

Entonces lo vio, lo vio con mucha claridad. Él comprendía. Ya sabía el precio.

Pero no había miedo en sus ojos, sino una firme decisión de hacer la tarea que lo aguardaba.

Fuera cual fuera la suerte que le reservaban los hados.

Ante esa firme resolución, se abrió una grieta dentro de ella por la que se introdujo algo. La causa no fue la pasión aun no desvanecida de ese beso ni los agradables recuerdos de las noches anteriores. No, entre ellos se había forjado algo esos últimos días, muy rápido y con tanto sigilo que le costaba creerlo.

Pero sí sabía una cosa de cierto. Leer una misiva polvorienta y arrugada, una nota, una línea en un informe que contuviera las palabras que le destrozarían el corazón, no era algo que tuviera la intención de enfrentar.

Ni siquiera consideraría la posibilidad.

Echándose atrás el pelo que le había caído en la cara, enderezó los hombros más o menos como hiciera él antes. Mirando sus ojos oscuros hizo su promesa en silencio.

Haría de ese hombre el mejor agente que hubieran visto en el Foreign Office, maldita sea.

De forma que, pasara lo que pasara, él volviera.

Capítulo 7

La semana siguiente transcurrió en un torbellino de actividad para Clifton y Malcolm. En lugar de las simpáticas cenas íntimas, la animada conversación o, ejem, los cotilleos, de Mariana, dedicaron las noches, una vez terminada la cena rápida, a más enseñanzas, que abarcaban todas las habilidades que hacían únicas a las hermanas Ellyson.

Una noche Mariana estuvo horas enseñándoles los complejos y variables métodos del arte de forzar cerraduras. Aún no era el amanecer cuando Malcolm ya había abierto la de la caja fuerte de George Ellyson, la del armario de los vinos y la de la caja que tenía oculta bajo un tablón del suelo de su gabinete de mapas.

Debajo de su enorme sillón.

Esto último fue difícil, porque tuvieron que entrar en la sala y levantar el tablón sin despertarlo, pero Lucy ya les había enseñado a caminar con sigilo y explicado lo que había que buscar.

Clifton no tenía tanta maña como Malcolm para aplicar las ganzúas.

A la noche siguiente fue a buscar al renuente Thomas-William y lo obligó a subir a enseñarles a los hermanos Grey todos los ardides en el juego de cartas, el manejo de los naipes, cómo dar una carta robándola de cualquier parte de la baraja, a llevar la cuenta de las cartas y a interpretar las expresiones de las caras de los jugadores menos expertos, además de, lógicamente, sorprender a otros tramposos y la mejor manera de derrotarlos.

Al final de la velada, Clifton estaba sentado en un lado de la mesa con un montón de fichas delante, pues había derrotado ro-

tundamente a Lucy en mano tras manos de «las 21», hasta que ella se rajó, declarando que era el peor tramposo que había conocido.

A la noche siguiente, cuando bajaron, sin saber con qué se encontrarían cuando entraran en la sala de estar, Clifton se sorprendió al ver que los estaban esperando Rusty y Sammy, muy sonrientes. Vestidos totalmente de negro, habían traído chaquetas similares para ellos, pues los iban a llevar de paseo para enseñarles el «sutil arte de robar con allanamiento de morada».

—Le digo, milord, que es un privilegio para usted aprender de los mejores —le dijo Sammy, antes de enseñarle a usar una «chabela», como llamaban a una pequeña palanqueta con la que se abría la puerta rápida y silenciosamente para entrar en una casa.

Después de las instrucciones, entraron a robar en cuatro casas de Hampstead. Al día siguiente se armó un alboroto entre los ciudadanos, protestando de que una banda de ladrones hubiera elegido su tranquilo pueblo para robar.

Esa mañana, cuando estaba en su apogeo la discusión en la taberna de la posada donde se alojaban, Malcolm miró a Clifton, que se hallaba sentado enfrente, y dijo en voz baja:

—¿Qué crees que pensarían de la chabela que llevo en el bolsillo de mi chaqueta?

Clifton se rió, porque ninguna de las descripciones que daban los parroquianos de los considerados sospechosos de esos cobardes robos calzaban con él ni con su hermano.

Al día siguiente llegó a su fin el jaleo, porque en las cuatro casas robadas encontraron abultados monederos posados en el peldaño superior de la escalinata de entrada, y el misterio se convirtió en leyenda local.

La verdadera dificultad, descubriría Clifton, era desentenderse del deseo que le inspiraba Lucy, quitarse de la cabeza ese inolvidable momento cuando ella buscó sus brazos, sus labios, y él descubrió la fiera pasión que ardía bajo su enérgica fachada.

El momento en que la besó, descubrió que una mujer podía estar hecha para amoldarse a sus brazos, como ninguna otra, y pasar de los brazos al corazón en un abrir y cerrar de ojos.

Pero en Lucy no veía ninguna señal de que recordara que ese apasionado encuentro hubiera ocurrido.

Había vuelto a su actitud áspera y seria, obsesionada por las clases que les impartía cada noche. Y él la dejaba, porque sabía que en su interior sentía el mismo conflicto que sentía él, porque en más de una ocasión la había sorprendido mirándolo de reojo con un dedo en los labios, como si estuviera recordando ese momento de locura.

«Así que esto lo encuentras tan molesto y absolutamente desesperante como lo encuentro yo, ¿eh Goosie? ¿Qué vamos a hacer?», pensó cuando, después de cenar un delicioso pollo asado, estaba de pie en la sala de estar escuchando a su nada convencional profesora explicar los rudimentos del arte de robar los bolsillos.

Porque esa era una habilidad, declaró, indispensable para un buen agente.

—Venga, lord Clifton, vuelva a intentarlo —le ordenó ella, haciéndole un gesto para que se le acercara.

Y él no necesitaba ningún aliento para acercársele, porque para esa noche se había puesto un precioso vestido de seda rosa, y parecía una visión, en su humilde opinión.

Pero en cuanto empezó a atravesar la sala, ella negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No, no, no! Está demasiado tieso. —Se puso las manos en las caderas, con los codos hacia fuera, y lo miró muy seria—. Camina y se mueve como un conde.

—Es que soy un conde —repuso él, con igual medida de orgullo y altanería.

—Eso es una lástima —dijo ella, moviendo la cabeza como si él tuviera la viruela, no una propiedad, fortuna y un apellido que se remontaba a catorce generaciones.

—¡¿Una qué?! —exclamó él, levantando las manos.

—Una lástima, Gilby —rió Malcolm, que estaba apoyado en el marco de la puerta—. Opina que tu ilustre prosapia y envidiable título son una puñetera lástima.

Entonces Lucy lo consternó tendiendo una mano a Malcolm para manifestar su acuerdo:

—Exactamente. Debe dejar de pensar con tanta nobleza, tanto honor.

—Buena suerte en eso —bromeó Malcolm y volvió a reírse—. Mi hermano es Clifton de la cabeza a los pies. Pero me parece que yo no tengo esos impedimentos, Lucy.

Se enderezó, apartándose del marco de la puerta, y casi chocó con Mariana, que apareció en la puerta procedente de la cocina.

—¿De qué se ríen? —preguntó ella, entrando y yendo a sentarse en la banqueta del piano.

—Estoy intentando conseguir que su señoría se suelte, relaje sus movimientos, para que actúe con más desenfado —explicó Lucy.

—Sí, y él lo hace mal —bromeó Malcolm—. Porque no posee nuestro toque plebeyo.

Mariana se rió.

—Yo en su lugar no presumiría tanto, señor Grey, ni embromaría tan despiadadamente a su hermano.

—¿Y por qué no?

—Porque no se ha dado cuenta de que su reloj con su leontina ha desaparecido.

Clifton miró a Malcolm, que empezó a palparse la chaqueta, y luego a Mariana, que sacó del bolsillo el reloj de Malcolm, regalado por su padre.

—Dios mío —dijo ella, con la cara más inocente del mundo, mirando el reloj colgado de la cadena—, ¿cómo ha podido llegar esto a mis manos?

—¡Qué diantres! —exclamó Malcolm—. Condenada pícara. ¿Cómo lo ha hecho?

Mariana se pavoneó riendo y a sus risas se unieron Lucy y Clifton.

—Pon más esmero en aprender las lecciones, Malcolm —le aconsejó Clifton.

Su hermano miró indignado a Mariana y luego la obsequió con una sonrisa coqueta.

—Lo recuperaré —dijo.

—Lo intentará —contestó ella, con igual coquetería.

En el rincón sonó un golpe de tacón de Lucy, la exigente profesora.

—Venga, si quiere aprender esto bien tiene que prestarme atención a mí —ordenó.

Clifton le hizo una leve venia, esmerada y elegante, aunque sólo fuera para irritarla.

Y la irritó.

—¡Jumm! Maldita sea, milord, no va a ser capaz jamás de robar de un bolsillo si continúa siendo tan... tan...

—¿De trasero tieso? —sugirió Malcolm.

Mariana tuvo la buena educación de taparse la boca y emitir una tosecita para disimular la risa.

Clifton levantó las manos.

—Y yo pregunto, ¿cómo diablos debo sacar la llave que tiene en el bolsillo si usted sabe que es eso lo que pretendo?

—Tiene que enfocar la atención, concentrarse en lo que es necesario hacer —dijo Lucy.

—Vamos, Lucy —dijo Mariana levantándose de la banqueta—, hablas con igual altanería que él. —Caminando hacia Malcolm, miró a Clifton por encima del hombro y le dio su consejo—: Milord, robar de un bolsillo no es otra cosa que seducción.

Girando la cara hacia Malcolm, lo obsequió con una deslumbrante sonrisa; este retrocedió, receloso.

Al parecer no estaba dispuesto a perder su cartera además del reloj.

Mariana continuó dando su consejo a Clifton, siguiendo a Malcolm como una leona.

—Coger un monedero de un bolsillo va de dar la impresión de que uno desea hacer una cosa cuando su intención es otra. Puede dar la impresión de que está mirando lo que se ofrece en un bufé para elegir algo, o está distraído leyendo una carta, o se acerca a una dama con un brillo en los ojos que sugiere que desea despojarla de algo totalmente diferente.

Y diciendo eso dejó arrinconado a Malcolm y simplemente le devolvió su reloj.

Malcolm hizo una inspiración profunda.

—¿Le pide a mi hermano que coquetee?

Mariana miró a Clifton por encima del hombro.

—Por supuesto.

Malcolm se rió, y esta vez fue un ataque de risa que le dobló el cuerpo y le hizo correr lágrimas por las mejillas.

—¿Qué? —protestó Clifton—. Soy muy capaz de coquetear con una mujer, maldita sea.

Entonces todos se echaron a reír, lo que lo mortificó bastante.

—Han de saber que tuve a lady Galloway sobre ascuas cuando estábamos en la ciudad —declaró.

—Ah, sí, lo había olvidado —dijo Malcolm, y en un aparte explicó a las damas—: Lo que olvida decir es que la marquesa ya tiene siete nietos.

Clifton se irguió.

—¿Sí?

Todos se rieron, y esta vez él también, y en ese momento comprendió por qué hacía eso, por qué se dejó convencer de trabajar en algo tan innoble como el espionaje. Siempre había envidiado la libertad de su hermano, y por primera vez en su vida el conde de Clifton no tenía que llevar a cuestas la carga de su apellido, su rango, su título y las expectativas que se le ceñían como una chaqueta Weston.

Era simplemente Justin Grey, un hombre con deseos y sueños, y la disposición de atreverse a desafiar las expectativas de la alta sociedad. La libertad era una bebida embriagadora, y le abría los ojos a un mundo que siempre había estado fuera de su alcance, fuera de su esfera.

Pero al salir de su existencia privilegiada había descubierto una vida digna de vivirse; descubierto lo que significaba sentir, luchar, vivir. Tal como se sintió aquella tarde cuando se encontró en el camino enzarzado en una pelea como un vulgar matón, disfrutando cada puñetazo.

Lo que sintió cuando besó a Lucy Ellyson. Ella le había abierto una puerta a una pasión que él se había prometido encontrar. Una que no se habría imaginado nunca que encontraría en la cocina de una casa de Hampstead.

Eso y esta nueva vida le daban permiso para cometer todo tipo de felonías y delitos, reales e imaginados, que ni se le ocurrirían a un hombre honorable.

Y le gustaba bastante la idea.

Dejando de lado esa diversión a su costa, volvió la atención hacia Lucy, que estaba limpiándose las lágrimas de los ojos.

—¿Está seguro de que no le gustaría practicar con la señora Kewin? —dijo ella, con esa sonrisa irónica, guasona, desafiante.

—No, me las puedo arreglar con usted —repuso él, haciendo una inspiración profunda.

—¿Ah, puede? —dijo ella, avanzando hacia él con paso decidido y arrogante—. Pues, entonces, inténtelo otra vez, tal como le enseñé.

Él negó con la cabeza.

—No, prefiero la sugerencia de su hermana.

Ella agrandó un poco los ojos, al pasar por su cabeza las palabras de su hermana que él acababa de recordarle: «Milord, robar de un bolsillo no es otra cosa que seducción».

Y cuando lo miró, sus ojos la traicionaron: «No te atreverás».

Olvidado su paso decidido, comenzó a retroceder.

—Creo que no... —alcanzó a decir, y se interrumpió.

En ese repentino cambio de actitud Clifton lo vio con tanta claridad como si todo se hubiera quedado inmóvil en la sala, y su misión adquirió un nítido enfoque.

Fijó la mirada en ella y comenzó a avanzar.

—Sí, sí, milord —lo alentó Mariana, que seguía junto al piano—. Eso es, exactamente. Visualice Madrid. Un salón de baile. —Se sentó en la banqueta y comenzó a tocar una melodía suave y seductora—. Invítela a bailar.

—Señora —dijo él, haciendo una venia ante Lucy, sin dejar de mirarla a los ojos, dejándola atrapada con sus escrutadores ojos—. ¿Me concede este baile?

—¡No! —exclamó ella.

Porque los dos sabían que no era sólo un baile lo que él quería.

—Convéncela —dijo Malcolm, que se había situado a un lado de Mariana para volver las páginas de la partitura.

—Sí, debe convencerla —añadió Mariana—. Ella tiene la información que le traerá de vuelta, milord.

«Le traerá de vuelta.»

Esas palabras lo acicatearon. Y mirando los ojos verdes de Lucy, el color tan parecido a una primavera inglesa, encontró el valor; encontró la firme resolución de hacer frente a las duras pruebas que lo aguardaban. Porque, maldita sea, volvería a Inglaterra. Volvería. Volvería a ella.

La idea lo sobresaltó. La deseaba. Sólo a ella. Y para conseguirla tenía que convencerla de que era digno.

Digno de robarle las llaves que ella se había metido en el bosillo. Digno de forzar el candado con que ella encerraba su corazón.

—Venga, Gilby, no renuncies —lo alentó Malcolm—. Persuádela de que baile contigo.

Le hizo otra venia, inclinándose más, le cogió la mano y se la levantó hasta los labios.

—Señora, ¿me concede este baile? —musitó con la boca sobre las yemas de sus dedos.

—No —dijo ella, estremeciéndose y retirando la mano.

¿No? O sea, que se lo iba a poner difícil. Le gustaba eso en ella. No era una señorita complaciente, aduladora, no era una debutante ansiosa por ganarse su favor.

Era sencillamente Lucy Ellyson, con su obstinado desafío. Pero también percibía que la tenía sobre la cuerda floja.

—Insisto —dijo, acercándosele más.

Ella se mantuvo firme donde estaba.

—Y yo debo insistir también —dijo—. No bailo con caballeros a los que no me han presentado correctamente.

—¿No presentado? —Moviendo la cabeza volvió a cogerle la mano—. ¡Qué descuido!

Le levantó la mano y le besó los dedos, saboreándolos. Eso fue como si le hubieran dado a beber una simple gota de un embriagador e incitante licor, porque la sensación de sus dedos en los labios hizo pasar el deseo por todo él como un rayo, instándolo a cogerla en sus brazos para volverla a besar.

Pero eso era una seducción, así que le soltó la mano y vio, con cierta satisfacción, que ella se la llevaba a los labios, para taparse la boca abierta.

¿Era sólo su imaginación, o estaba temblando?

Avanzó un paso y se inclinó hasta dejar la boca cerca de su oído, y entonces susurró:

—Porque tú, mi querida señora, serás algún día mi condesa.

—Perdón, ¿qué ha dicho? —dijo ella, intentando apartarse; pero teniéndolo a él delante y el hogar detrás, no tenía espacio para escapar.

—Mi condesa —repitió él. Lo juró. Puso una mano sobre la repisa del hogar, dejándola totalmente arrinconada—. Mi único deseo.

Con la otra mano le levantó el mentón, obligándola a mirarlo a los ojos para que viera que lo decía en serio; que él no la iba a olvidar.

—Esto... creo que no...

Él sonrió de oreja a oreja, porque no la había visto tan desconcertada desde cuando le dijo que sólo se casaría por amor. Y teniéndola así desequilibrada, bajó la mano que tenía sobre la repisa, le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí.

Y en ese momento, con sus curvilíneos encantos apretados a él, su boca entreabierta, preparada y dispuesta, inició su carrera en el hurto, robándole lo que necesitaba coger.

¿Qué objeciones podría poner ella? Después de todo esas eran sus enseñanzas.

La besó en la boca, fuerte. Ella sólo emitió un sonido de protesta y puso las manos sobre su pecho cerradas en puños, como para rechazarlo a golpes.

Pero el rechazo no llegó.

Fue como si esa semana la hubiera llenado de tanto deseo reprimido como a él, y le correspondió el beso cogiéndole las solapas para acercarlo más.

Entonces deslizó la lengua sobre la suya, invitándolo a explorarla más, a darle el placer que ansiaba.

Y cuando apretó a él las caderas, frotándose sobre su miembro ya excitado, casi se descontroló. Olvidó dónde estaba.

Olvidó que se estaban besando en público.

—¡Bravo, bravo! —exclamó Malcolm—. ¡Bien hecho, Gilby! No creí que mi decoroso hermano fuera capaz de eso.

Lucy se apartó, con los ojos brillantes y las mejillas ruborizadas.

Él no supo si estaba a punto de sufrir la suerte de Monday Moggs o ella iba a echar a Malcolm y a su hermana con cajas destempladas.

—Sí, sí, muy indecoroso, milord —añadió Mariana, aplaudiendo encantada—. Creo que ha hecho perder totalmente el juicio a Lucy. Pero la pregunta que realmente importa es, ha conseguido su recompensa?

Él miró a Mariana por encima del hombro, sonrió de oreja a oreja y, volviendo a mirar a Lucy, levantó en la mano su verdadero premio.

Las llaves que ella se había metido en el bosillo del delantal.

Ella abrió la boca en una ancha O.

—¡Infame demonio! —exclamó, cogiendo las llaves—. Ha hecho trampa.

—Todo está permitido en la guerra y en el amor, Goosie —le susurró él, dándole un ligero beso bajo el mentón—. Y tú eres lo más valioso de todo.

Ella pasó por su lado y se alejó, con el andar tan decidido como siempre.

—Veo que a partir de ahora va a ser absolutamente insufrible. Grandísimo engreído...

La risa de Mariana llenó la sala, impidiéndole terminar la frase.

—Te ha derrotado, Lucy. ¿Qué te parece haber encontrado por fin la horma de tu zapato?

La respuesta de Lucy fue reveladora. Emitió un desagradable «Jumm».

Clifton lo interpretó como prueba de que le había robado algo más que las llaves, aunque eso ella no lo iba a reconocer.

No todavía, en todo caso.

Durante el resto de la velada a Lucy le parecía verlo todo borroso, por su desasosiego. Incluso después que se marcharon Clifton y su hermano, no encontró paz en el silencio de la casa, así que subió al gabinete de mapas de su padre a clasificar y archivar los despachos que habían llegado.

Cuando entró en la sala descubrió que su padre estaba despierto, sentado en su sillón y contemplando las llamas de la estufa de hierro.

—Papá, estás despierto —dijo, sorprendida.

—Lo estoy, Goosie —dijo él, mirándola largamente—. He estado reflexionando sobre un asunto difícil.

La escrutadora mirada de él la inquietó, pero de todos modos atravesó la sala y comenzó a clasificar los mapas que estaban sobre la mesa como si entrar a esa hora en la sala fuera de lo más normal.

—¿Y ese asunto es...? —preguntó, con la mayor despreocupación que pudo.

—Has tomado un gran interés por el conde y su hermano —dijo él, mirándole el vestido de seda rosa que llevaba, su mejor vestido en realidad.

Ella guardó silencio y esperó, porque, conociéndolo bien, sabía que ese no era un simple comentario sino el comienzo de una investigación.

Durante un momento lo único que rompía el silencio era el crepitar del fuego, hasta que finalmente él se aclaró la garganta y preguntó:

—¿Crees que esto es juicioso?

Ella lo miró, porque eso era lo último que habría esperado que dijera.

—Sólo quería... Es decir, a Mariana y a mí se nos ocurrió ayudarlos.

Él arqueó una tupida ceja, escéptico.

—¿A Mariana y a ti?

—A mí —contestó ella, asumiendo toda la responsabilidad.

—Eso pensé —dijo él—, pero ten cuidado, hija.

—No sé qué quieres...

—Sabes muy bien qué quiero decir. Protege tu corazón. Pue-

des esforzarte todo lo posible en darle a una persona todo lo que necesita, pero eso no te garantiza que esta persona vuelva a ti.

Ella pensó si se referiría a Clifton o a su madre. Porque sabía que él había intentado de todas las maneras posibles darle a la *contessa* la vida que esta deseaba, y que nunca fue suficiente para ella.

«Él» no fue nunca suficiente.

—No tienes ningún motivo para preocuparte, papá —dijo—. Sólo han sido clases para enseñarles habilidades en robar y en jugar a las cartas.

—¿Y?

—Nada más —dijo ella, sintiendo la presión de sus preguntas y el peso de su escrutadora mirada.

Pero ese era George Ellyson, y eran pocas las personas capaces de escapar a su examen.

Ni siquiera su hija.

—Goosie, no quiero discutir sobre esto, como no quiero verte sufrir con el corazón destrozado. Por mucho que te guste este hombre, él no querrá tenerte nunca, no te querrá de una manera honrosa y noble. No puede.

«Pero podría», deseó decirle ella. El propio Clifton lo había dicho. Las palabras de él «No me casaré sin amor» resonaron dentro de ella, animándola al desafío.

Después de todo era hija de George Ellyson.

Pero su padre aún no había acabado.

—Es conde, hija mía.

—Eso lo sé muy bien.

—Y cuando vuelva...

—Si vuelve.

—Ah, sí que volverá —dijo él, al parecer no muy complacido por eso—. Tú te has encargado de eso. Has hecho más que darle unas cuantas clases sobre «robar y jugar a las cartas». Vamos, no me mires tan sorprendida, como si yo no me enterara en lo que ocurre bajo mi techo. Tú y tu hermana habéis estado muy ocupadas. —Movió la cabeza—. Ahora bien, si estuviéramos hablando del señor Grey, otra historia sería.

El hermano natural, el ilegítimo, pensó ella.

Se irguió con las manos cerradas en puños en las caderas.

—¿No valgo lo suficiente para hombres de la clase de Clifton? Soy tu hija ¿y dices que no soy digna de su amor?

—Goosie, eres digna de un príncipe, pero eso no significa que te vaya a permitir fugarte con uno. ¿No entiendes que Clifton sólo podría tenerte como amante? No puede casarse contigo.

Algo en el tono desesperado de su padre se abrió camino a través de su rabia; fue a arrodillarse junto a su sillón y le puso una mano en el brazo.

—Papá, él es diferente a los demás.

—Sí, eso te lo concedo. Pero se debe a que está aquí, en nuestra compañía, en esta casa, y te tiene a ti para guiarlo e introducirlo en una esfera que no se había imaginado nunca. Pero ¿y su mundo, Goosie? ¿Y la alta sociedad y Londres? No estás preparada para esa vida. No tienes idea de lo que hace falta para orientarte por esas calles. Antes prefiero verte caer en los Dials que en Mayfair.

Hasta ese momento ella habría negado con todo su ser que hubiera considerado la posibilidad de un futuro así, que Clifton volviera, le declarara su amor y la galanteara, pero esa especie de desesperación que captó en la voz de su padre, le puso del revés esa parte secreta de su corazón.

Porque en sus palabras había mucha verdad.

No sabía nada de la alta sociedad y, como acababa de decir su padre, seguro que le iría muchísimo mejor en las calles pobres de Londres que en las de casas elegantes.

Cómo deseó decirle que si dos personas se aman, verdadera y profundamente, pueden superar esas diferencias.

Pero mirando los ojos verdes neblinosos de su padre, tan parecidos a los suyos, cayó en la cuenta de que él ya había hecho ese camino pedregoso; cuando se enamoró de su madre y se la trajo de Italia.

Y por mucho que los dos hubieran intentado fusionar esos dos mundos, llevar una vida que los habría hecho felices a los dos, el origen y el turbio pasado de él siempre le impidió a la *contessa* vivir en los elevados círculos en que se había criado y a los que estaba acostumbrada.

Hampstead no era suficiente para ella, y en Londres había demasiados recordatorios sobre el mundo del que procedía George Ellyson y, como a muchos les gustaba señalar, al que seguía perteneciendo.

—Protege tu corazón, Goosie —le dijo su padre—. Protégelo bien, no sea que lo pierdas.

—Te aseguro, papá, que mi corazón no está comprometido. No tienes por qué temer por mí —dijo ella y salió de la sala.

Después que ella salió, él miró hacia el corredor donde había desaparecido, pensando en qué momento habría aprendido a mentir tan convincentemente.

Igual que su madre.

A la noche siguiente, cuando bajaron Clifton y Malcolm, Lucy los estaba esperando al pie de la escalera con fiambreras de lata que contenían la comida para su cena.

—Les tengo preparada una aventura para esta noche —les dijo, entregándoles las fiambreras.

—¿Nos acompañará? —preguntó Clifton.

—Cielos, no. Incluso yo tengo límites de decoro que no me atrevo a cruzar.

Clifton y Malcolm se miraron. «¿Crees que nos envía a algún sitio para que nos maten?»

«No deberías haberla besado», parecía decir la ceja enarcada de Malcolm.

—¿Puedo preguntar adónde vamos a ir? —preguntó Clifton sonriéndole, con la esperanza de ver un relámpago de travesura en sus ojos.

Pero no hubo ningún relámpago.

—A veces es mejor no saber —dijo ella, pasándole una chaqueta oscura llena de parches.

Después le pasó una similar a Malcolm.

—¿Más robos? —preguntó este.

—No, a no ser que les apetezca. No, creo que esta noche es la ocasión para que hagáis nuevos amigos. —En ese mismo instante

se oyó un suave golpe en la puerta—. Ah, justo a tiempo. —Fue a abrir la puerta y ahí estaban Rusty y Sammy, moviendo los pies nerviosos en la escalinata; el más corpulento de los dos llevaba una lámpara sin encender—. Están listos para salir. Por favor, no hagáis nada que consiga que los maten. —Dirigiéndose a Clifton y a Malcolm, dijo—: Espero que disfruten de la aventura. —Pasado un momento, añadió—: Ah, y tienen otro apellido. Son los hermanos Drayton, de York. Y procuren que no los cojan, porque sé de buena tinta que los buscan por contrabando, robo y por lo menos tres asesinatos.

Entonces les pasó unas pistolas a los dos, los instó a salir y cerró la puerta. Los sonidos del pestillo y la llave no fueron el «buena suerte» que habrían deseado oír al ser enviados a algo que parecía ser una muerte segura.

—Vamos —dijo Rusty, mirando las fiambreras que llevaban—. ¿Eso es carne asada?

Clifton levantó la suya hasta la nariz y olió.

—Creo que sí. —Miró a Rusty—. ¿Lo quieres?

—Ah, eso sería una tremenda amabilidad, jefe.

Clifton le entregó su cena, con la esperanza de que eso fuera lo menos que perdiera esa noche.

El par de delincuentes los llevó por las humildes y silenciosas calles de Hampstead, después atravesaron un campo hasta que llegaron a un sendero, que siguieron hasta una posada, situada a unas pocas millas de la carretera principal, bien oculta por las ondulantes colinas.

Mirando alrededor, Clifton cayó en la cuenta de que si una persona no sabía dónde estaba la posada no la encontraría jamás. Pero para ese fin Rusty y Sammy les mostraron los signos y señales que usaban sus colegas para indicar el camino hacia una «madriguera instantánea», como la llamó Rusty.

Un piso franco. Este no era otra cosa que una vieja taberna, ruinosa y desaliñada, atiborrada de hombres de mirada furtiva y unas cuantas mujeres, que habiendo pasado ya la edad de ejercer su profesión en posadas más respetables habían llegado a ese triste final.

En el instante en que entraron los cuatro, se hizo un silencio profundo en la sala. Jamás en su vida había visto Clifton un conjunto de personas tan siniestras.

Y él le había dado su cena a Rusty, vaya por Dios.

Malcolm lo miró. «Ah, sí, nos ha enviado a la muerte.»

Sammy los adelantó.

—Traigo a mis nuevos amigos para hablar sobre un trabajo. Los hermanos Drayton. Habéis oído hablar de ellos, me imagino.

La respuesta a esto fue un murmullo, y todos los ojos borrachos ya estaban fijos en ellos.

—Ah, sí, son un par de «arietes» de asalto de primera —dijo Rusty, abriéndose paso a codazos hacia el hogar, desafiando hacerle frente a cualquiera que no se apartara.

Clifton hizo lo mismo, esforzándose en imitar los andares y los movimientos del pícaro. Malcolm los siguió, cerrando la marcha, con una mirada feroz, digna del maleante más repugnante y despiadado.

—Queremos formar una banda para trabajar en Londres el mes que viene —dijo Rusty, haciendo un gesto a la sucia muchacha que estaba detrás de la barra para que les sirviera una ronda de pintas—. Pensamos que aquí podríamos encontrar muchachos capaces.

Para el asalto, se había enterado Clifton en el trayecto a ese lúgubre tugurio, iba uno de apariencia decente a golpear la puerta de la casa de una familia rica que estaba pasando el verano fuera de Londres. Cuando la pobre y confiada ama de llaves abría la puerta, todo el grupo le caía encima y la dejaba inmovilizada, como también a cualquier otra persona que estuviera en la casa. Entonces entraban y robaban todo lo que se podían llevar.

Un individuo gigantesco avanzó hacia ellos, y, a juzgar por la forma como se apartaron todos para dejarlo pasar, era posiblemente el hombre más peligroso de los presentes. Se detuvo cuando ya estaba nariz con nariz con Rusty.

—¿Cómo sabemos que son quienes dicen que son? Vosotros par de ratas estúpidas no sabríais distinguir a un hombre de Bristol de un perico fisgón.

Clifton se irguió en toda su estatura y, desentendiéndose del hedor del hombre, que le revolvía el estómago, apartó de dos codazos a Rusty y a Sammy, y escupió en el suelo entre él y el hombre.

—¿Y tú eres?

—Black Britch. ¿Quién lo pregunta?

—Drayton. Nunca he oído nada de ti. ¿Debería haber oído?

El hombre se erizó, mirándolo furioso por ese insulto.

Clifton estaba acostumbrado a que, por lo general, lo trataran con todas las consideraciones del mundo debido a su título, pero ese no era el terreno de un salón de Mayfair; ahí, Black Britch era el dueño del terreno y él nada más que un intruso.

Sí, tenía muchísimo que aprender sobre llevar una vida diferente, porque jamás había sido otra cosa que un caballero noble, con todos los derechos y comodidades que le proporcionaba su posición. Lucy lo había enviado ahí para que pudiera aprender a adaptarse.

Y rápido, porque si en Mayfair a un invitado indeseado se lo acompañaba a la puerta, ahí, sospechaba, antes de sacarlos de esa madriguera, les habrían vaciado los bolsillos y rebanado los cuellos.

Y no necesariamente por ese orden.

Así pues, ¿qué haría en su situación ese individuo, Drayton?

Inmediatamente entrecerró los ojos y miró a Black Britch con todo el desdén arrogante y altivo que podía sin delatarse. Cogió la pinta que había traído la muchacha, empinó el codo y se echó el contenido en la garganta.

La cerveza le bajó como un reguero de fuego hasta el estómago, y tuvo que esforzarse en impedir que se le llenaran de lágrimas los ojos.

Jamás en su vida había probado una bazofia tan asquerosa, pero se la bebió toda, dejó la jarra con un golpe sobre la barra y le hizo un gesto a la muchacha indicándole que le trajera otra.

Black Britch lo miró atentamente y pasado un momento le dio una palmada en la espalda, tan fuerte que casi cayó al suelo.

—Ah, bueno, me caes bien, Drayton. Tienes pinta de encopetado, pero si eres capaz de tragarte una pinta de la peor cerveza de Notton, tienes que ser un tunante especial.

Todos se rieron, como si nunca hubieran oído algo tan divertido, y a partir de ese momento el encuentro continuó como una conversación jovial y simpática, aunque no todos con los ojos bien abiertos.

Clifton ya comprendía para qué lo había enviado ahí Lucy, en compaía de Rusty y Sammy. No era solamente para conseguir evitar que él corriera una suerte similar a la de Darby Bricknell.

Quería darle una visión de la parte interior o secreta de su vida, como también que viera de cerca el ambiente en que se crió su padre. Y que aprendiera a arreglárselas de forma que cuando estuviera en el Continente y necesitara esfumarse, fuera capaz de abrirse camino por las peligrosas corrientes del mundo clandestino y alternar con esa clase de gente, oculto de las grandiosas actividades de la buena sociedad.

Y lo había hecho a pesar de que era posible que lo mataran, o, por lo menos, lo colgaran por los delitos de ese tal Drayton, que, al parecer, eran legendarios.

Las horas siguientes las pasó «entrevistando» a los candidatos para su pandilla, escuchando infladas historias de hazañas delictivas, entre ellas la detallada explicación de Black Britch sobre cómo silenciar a un tío «para siempre» y «no dejar rastros».

Unas horas después, cuando volvían a la casa caminando por una silenciosa pradera, algo aturdidos e indispuestos por más pintas de la «peor» cerveza de Notton de las que que querrían contar, Malcolm se acercó a Rusty y le preguntó:

—¿Qué ocurrirá cuando no volvamos para formar nuestro equipo? ¿No van a sospechar algo?

El hombre hizo un despreocupado movimiento de borracho, tanto con el hombro como con el pie.

—No hay pa qué preocuparse por eso, jefe. Pensamos decirles que los cogió un madero de China Street y bailaron la giga en Tyburn.

Clifton se detuvo.

—¿Quieres decir que nos cogió un agente de Bow Street y nos colgaron?

—Exacto —dijo Sammy, chasqueando los dedos—. Triste día

ese. Y beberán una pinta brindando por los dos, seguro, porque en el fondo son muchachos decentes.

—Sí, mucho —convino Clifton, divertido por la idea de ese código de honor entre ladrones y por su inoportuna muerte.

—Ahora sigan por ahí —dijo Rusty, moviendo su lámpara para iluminar el camino que subía la colina hasta Hampstead—. Aquí nos separamos.

Clifton le tendió la mano. El hombre pareció desconcertado, pero enseguida se la cogió y le dio un cordial apretón.

—Es usted un tío estupendo, jefe —dijo—. Que le vaya bien con los franchutes. Rebane uno o dos cuellos por mí.

—Lo haré —contestó Clifton, muy solemne.

—Sí, milord —dijo Sammy, alargando la mano también. Le cogió la mano y se la estrechó efusivamente—. Recuerde todo lo que ha dicho Black Britch sobre este tipo de trabajo; nunca daría información falsa a un colega.

—Sí, tendré muy presente su ejemplo —prometió Clifton.

Ellos le estrecharon la mano a Malcolm, dándole unas cuantas palmadas en la espalda, y luego echaron a caminar por la carretera hacia Londres. Cuando la luz de su lámpara era sólo un puntito en la distancia, Clifton se inclinó hacia su hermano y le preguntó:

—¿Todavía tienes tu reloj?

Malcolm se palpó el chaleco.

—¿Sí? ¿Y tú el tuyo?

Clifton asintió.

—No me habría extrañado, los creo muy capaces a los dos.

—No, a mí tampoco. En muy buena compañía anda tu Lucy.

Clifton se tropezó, pero recuperó el equilibrio.

—No es «mi» Lucy.

—Podrías haberme engañado con esa actuación de anoche.

Por casualidad o por suerte, en ese momento habían llegado a la casa de los Ellyson, que estaba en la oscuridad más absoluta, con todas las contraventanas cerradas. Se quedaron ahí los dos, sumidos en sus pensamientos, mirando hacia las habitaciones en donde había cambiado tanto su vida en esas últimas semanas.

Malcolm rompió el silencio, preguntando en voz baja:

—¿Crees que estamos con el agua al cuello?

—Sin la menor duda —repuso Clifton; no tenía sentido no ser sincero—. Pero esto es lo que debemos hacer. Lo que aceptamos hacer.

—Muy ciertamente —dijo Malcolm—. Pero parecía muchísimo más fácil cuando estábamos escuchando a Templeton exponer las virtudes del Foreign Office bebiendo una botella de clarete decente en el White, ¿no?

Clifton sonrió.

—Yo creo que nos embaucó.

Malcolm sonrió de oreja a oreja.

—¿Tú crees?

—¡Totalmente! —rió Clifton—. Pero ahora nos tiene bien cogidos.

—Él y otras personas —insistió Malcolm, echando otra mirada a la casa—. ¿Crees que volveremos?

Esa pregunta le hizo bajar un estremecimiento por la columna a Clifton.

—No deseo otra cosa.

—Yo también —dijo Malcolm, con mucha convicción—. ¿Volverás aquí?

—Sí —contestó Clifton sin un instante de vacilación.

—¿Por ella?

Él asintió.

—Si me acepta. Si no fallo en esto.

Malcolm lo miró sorprendido.

—Por qué no te va a aceptar? Eres el conde de Clifton. Estaría loca si no...

—Estaría loca si me aceptara —interrumpió Clifton—. Y si fallo, no podría presentarme ante ella.

—Entonces no falles —le aconsejó Malcolm. Se tambaleó un poco, por la borrachera, y sonrió—. Que me cuelguen si ese tipo Notton no hace una cerveza horrenda. Creo que cuando despierte... —Movió tristemente la cabeza.

—Ah, sí, los dos vamos a echar las tripas antes que amanezca.

—No me extraña que esos hombres sean tan y tan despiadados

—continuó Malcolm moviendo un dedo—. Si yo tuviera que beber esa bazofia cada día de la semana, sería el peor canalla de Inglaterra.

—O eso o te mueres —dijo Clifton y, sin pensarlo, caminó hacia la derecha y abrió la puerta de rejas que cerraba el patio de la casa Ellyson.

Como guiado hacia ella por un hilo invisible e irrompible.

Malcolm le cogió de un brazo y le impidió entrar.

—¿Qué diablos quieres hacer? ¿A estas horas de la noche? Lo más probable es que te reciba con un disparo. —Movió un dedo ante su cara—. Acuérdate de la historia de...

—De Monday Moggs. Sí, sí, pero...

Malcolm le tironeó el brazo.

—Estás como una cuba. Venga, vámonos, Gilby. Duerme la borrachera y ven a buscar a tu dama por la mañana.

Tironeándolo lo alejó de la puerta llevándolo hacia el camino, para echar a andar tambaleantes hacia la puerta de la posada.

—Me gustaría ver cómo es su pelo cuando lo tiene totalmente suelto y despeinado —musitó Clifton, libre de su habitual reserva por los efectos del exceso de la peor cerveza de Notton.

—¿Tanto como para tentarte a arriesgar el cuello? —dijo Malcolm, moviendo la cabeza—. Apostaría a que la cabeza no es la parte que te arriesgas a perder si Ellyson te sorprende olfateando a su hija.

Clifton miró atrás por encima del hombro, mientras su hermano lo iba alejando de la puerta del patio de la casa.

—Ah, pero algunos riesgos...

Y justo en ese momento, del patio de la casa Ellyson salió una figura oscura.

Bajándose el chal que le cubría la cabeza, Lucy miró hacia el recodo del camino por donde vio desaparecer a Clifton y a su hermano. Llevaba un tiempo esperando ahí, desquiciada de preocupación, temiendo haberlos enviado a una muerte segura.

Pero su miedo no era nada comparado con la impresión que le causó la conversación que acababa de oír.

«¿Volverás aquí?»

«Sí, si ella me acepta.»

No hubo ni un instante de vacilación en la resuelta respuesta de Clifton.

Pero descubrir que el conde la deseaba no era el triunfo que había creído que sería, porque en sus oídos todavía resonaba la advertencia de su padre:

«Él no querrá tenerte nunca, no te querrá de una manera honrosa y noble. No puede».

—No, no es así —susurró.

—¿Cómo deseas que sea? —susurró una voz ronca detrás de ella.

Capítulo 8

Lucy se giró a mirar y se encontró atrapada por los brazos de un hombre. Él la estrechó a su cuerpo y al instante ella supo que no era su viejo adversario Monday Moggs, sino un hombre que quería robarle algo más que su mano para el matrimonio.

Deseaba su corazón.

Y cómo deseaba dárselo. O tal vez ya se lo había dado.

—Uy, Goosie, mi amor, qué gusto verte —le susurró él al oído.

Sus palabras, soltadas por copiosas cantidades de la asquerosa cerveza de Notton, pasaron por ella de una manera deliciosa.

Ya no el conde formal y puntilloso, el hombre que la tenía abrazada, sí, abrazada, había perdido todo su barniz esa noche. Lo miró y vio que él le estaba mirando la revuelta mata de rizos.

«Me gustaría ver cómo es su pelo cuando lo tiene totalmente suelto y despeinado.»

Y a juzgar por el gesto resuelto de sus mandíbulas y el brillo de sus ojos, parecía estar a punto de descubrirlo.

Vamos, santo cielo, había conseguido muchísimo más de lo que había creído cuando lo envió a esa aventura con Rusty y Sammy.

Él aumentó la presión de sus brazos.

—Goosie, ¿qué haces aquí fuera?

—Estaba, estaba...

—¿Esperándome? —dijo él, besándole el cuello, aspirando, lo que la incitó a apretarse más a él.

Entonces captó lo que había dicho. «¿Esperándome?» Como si fuera una lechera ordinaria; la irritó un tanto esa insinuación.

Aunque era cierto que había estado esperándolo.

—No, claro que no —dijo, intentando apartarse.

Él se rió y la estrechó con más fuerza, porque creía tanto en su respuesta como en su poco entusiasta intento de apartarse. Entonces metió las manos por debajo de su capa y comenzó a explorarle todos los contornos y curvas, como si quisiera memorizarla, embeberse, empaparse de ella.

Y de modo similar a como podría hacerlo la fortísima cerveza de Notton, las caricias de Clifton la emborrachaban y la hacían temblar.

De pronto pasó de ser la profesora a ser la alumna, deseosa del aprendizaje que le ofrecían las manos de él, con la insaciable curiosidad por los deseos que le producía.

En especial cuando dobló una mano en uno de sus pechos y la ahuecó ahí, y se le arrugó el pezón, con una deliciosa languidez, y la maravilla de todo eso le hizo flaquear las piernas.

Se le entreabrieron los labios y se arqueó, apretando las caderas a las de él, porque de repente su cuerpo no necesitó ningún aprendizaje: sabía muy bien lo que ella deseaba.

Los besos de Clifton. Que su cuerpo se apoderara del de ella.

Lo miró y vio el deseo en sus ojos, el abrasador fuego que ardía por ella y sólo por ella.

—No me vas a dejar inconsciente, ¿verdad? —bromeó él en un susurro—. ¿No me vas a arrojar al suelo si vuelvo a intentar besarte?

¿Besarla? Ah, ojalá la besara.

Se mojó los labios y se apretó más a él.

—Eso depende del beso.

—Mujer descarada —gruñó él con la voz ronca, ávida, y bajando la cabeza se apoderó de sus labios.

«Tonta», la riñó su juicio, porque en el instante en que él posó sus sólidos labios en los de ella, se le descontroló todo. Ah, se estaba ahogando en una pasión celestial, salvaje.

Él movió la lengua sobre sus labios, instándola a abrir la boca, desafiándola a corresponderle.

Beso por beso.

Ella se los correspondió, porque de repente los besos de él eran lo único que ansiaba, lo único que había echado de menos.

Abrió la boca y se deleitó en la sensación de sus labios, de su lengua acariciando la suya, de sus cuerpos unidos.

Si ella le había enseñado a robar de un bolsillo, él le estaba robando el juicio; si ella le había enseñado a descifrar los códigos en una carta, él estaba descubriendo todos sus secretos sin el menor esfuerzo.

Y si ella le había enseñado a encontrar las rutas más seguras para atravesar los Pirineos, él la estaba llevando a otro tipo de alturas diferentes, aunque a alturas embriagadoras, de vértigo, a un lugar del que no deseaba salir jamás.

Nuevamente él empezó a explorarla, ahuecando las manos en sus pechos, frotándole los pezones hasta dejarlos en un exquisito punto de sensibilidad, y cuando comenzó a levantarle la falda con una mano, la fresca brisa nocturna pasó por sus piernas desnudas como un susurro.

Se estremeció, y él la hizo retroceder hasta dejarla con la espalda apoyada en la pared del jardín, protegiéndola del frío, su chaqueta ocultándolos a los dos en la oscuridad, aislándolos en un mundo formado por ellos solos.

Entonces le bajó el corpiño del vestido hasta liberarle un pecho. Ella ahogó una exclamación al sentir su mano en la piel desnuda, pero eso no le bastó a él, porque bajó la cabeza, le cogió el pezón con la boca, y comenzó a succionárselo.

—Oooh —exclamó, por las deliciosas sensaciones que él le hacía surgir desde lo más profundo, de esa parte de ella que se iba haciendo más sensible por momentos, tensándose deseosa.

Él continuó subiéndole la falda, deslizando las yemas de los dedos por su pierna. Aunque deseó juntar las piernas, porque era lo bastante dama para saber lo que debía hacer, su caricia le evaporó ese pensamiento de recato.

¿Cómo podría rechazarlo cuando cada caricia la elevaba, la llamaba a explorar ese mundo de pasión sembrado de estrellas en que él la estaba introduciendo?

—No quiero dejarte —musitó él, acariciándole el cuello con

los labios y luego mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. No todavía. Nunca.

Pero debía, y los dos lo sabían.

Y ella no deseaba verlo partir. Ni en ese momento ni en los días siguientes.

—Entonces quédate conmigo por ahora —contestó.

Justo entonces él le rozó el vello rizado de la entrepierna y ella ahogó una exclamación, porque le produjo una oleada de deseo por toda ella. Y cuando él le tocó la pequeña protuberancia de más abajo, se le estiró todo el cuerpo, como a una gata al desperezarse, instándolo a continuar, a aliviarle y a excitarle el deseo.

Se meció al ritmo de esa música, no oída por nadie aparte de ellos, y arqueó el cuerpo hasta que le rozó los duros contornos de su miembro, hinchado y vibrante bajo sus calzas.

«Te desea, te desea —le susurró una voz de sirena—. Pálpaselo, acarícíaselo.».

No habíamanera de resistirse a esa llamada, así que soltó una mano de su solapa y la bajó, explorando los musculosos contornos de su abdomen, la pasó por encima de la cinturilla de las calzas hasta llegar a la bragueta.

Tras sólo un instante de vacilación, pasó la mano por encima del miembro, desde la punta a la base, y luego la ahuecó ahí, como hiciera él en su entrepierna antes. Sintió un orgullo felino al oírlo gemir, y entonces él le soltó el pecho que estaba succionando para besarla en la boca, besarla, devorarla, con una avidez que la impulsó a desabotonarle la bragueta lo suficiente para poder liberárselo y acariciárselo.

Sintió la punta mojada y deslizó la mano por todo el miembro, maravillándose de su dureza, grosor y longitud.

Él interrumpió el beso y se apartó para mirarla, como si la viera por primera vez, como si viera algo que nunca se hubiera imaginado.

Aunque la advertencia de su padre luchaba una noble guerra con sus deseos, el apasionado fuego que ardía dentro de ella la desechó sin dificultad. Veía cómo serían sus días sin él, sin haber conocido los secretos que su cuerpo pedía a gritos que Clifton, sólo él, le revelara.

¿Y si él no volvía? En toda su vida podría tener solamente recuerdos de esa noche.

Pestañeó y volvió a enfocar la mirada én el, que seguía observándola.

—Condenación, Lucy, ¿qué me estás haciendo? —dijo, con la voz ronca por el deseo.

—No lo sé —dijo ella, muy sinceramente—. Pero te deseo. Quiero que me poseas. Quiero que me ames.

A eso siguió un buen rato de silencio. El mundo pareció parar, y ella pensó que había dicho demasiado.

Le pareció que había pedido demasiado, y lamentó sus precipitadas palabras.

Él levantó la mano y le apartó unos mechones de la cara, y entonces le sonrió con una sonrisa muy ancha.

Y a ella le martilleó el corazón en el pecho al ver su regocijo casi de niño.

—Pero Goosie, mi amor, ya te amo.

Cogidos de la mano corrieron como niños rebeldes por las calles y callejones menos transitados de Hampstead, él dejándose guiar por Lucy.

De tanto en tanto él no podía resistirse, la hacía detenerse, la cogía en sus brazos y la besaba. Una de esas veces se agachó a coger una de las flores silvestres que crecían entre la hierba y se la prendió en el pelo.

—La prensaré en un libro para guardarla eternamente —bromeó ella y él volvió a besarla.

Su aroma le llenaba la nariz, lo volvía loco, tanto como lo bien que su cuerpo se amoldaba al suyo. Con cada beso ella se volvía más osada, y las caricias de sus manos y labios lo descontrolaban.

Buen Dios, nunca había deseado a una mujer tanto como deseaba a Lucy. Ella le llenaba el alma de deseo, de hambre de poseerla total y absolutamente.

Sabía que era una locura absoluta. Pero no era la copiosa cantidad de cerveza de Notton que había bebido esa noche ni el tiempo pasado

en Hampstead y ni siquera el miedo de lo que iba a enfrentar los próximos meses lo que lo llevaba por ese temerario rumbo. No, era haber descubierto por fin lo que era encontrar a su pareja, su corazón.

Lucy Ellyson lo hacía sentir.

Y había descubierto que era un hombre muerto de hambre, hambriento del amor que ella le ofrecía, loco por descubrir todos sus secretos.

Entraron en la posada por la puerta de atrás, subieron sigilosos la escalera y llegaron a su habitación. Después que cerró la puerta, se tomó un momento para mirar a la mujer ilusionada que tenía delante.

Su cabellera negra le caía hasta bastante más abajo de los hombros, toda una mata de rizos que incitaban a introducir los dedos en ellos para ver qué ocultaban.

Pero lo que lo pasmaba era cómo ella lo hacía cobrar vida, el fuego que encendía dentro de él, no sólo con sus besos, sino también esas veces en que había intentado hacer trampas jugando a las cartas y él había sido más listo que ella, o lo miraba disimuladamente creyendo que él no lo estaba haciendo, o se tocaban las manos y saltaba esa inverosímil chispa entre ellos.

Aunque no se había fijado antes, en ese momento vio que llevaba el mismo vestido que se había puesto la noche anterior, uno de seda rosa adornado con ribetes de terciopelo negro; en cualquier otra mujer ese vestido habría hablado de inocencia; en Lucy Ellyson la seda revelaba muchos seductores aspectos de sus dos lados, de su naturaleza sensata y apasionada, inteligente y fogosa. Y cuando le bajó el corpiño por los hombros para acariciarle y besarle la piel desnuda, ella emitió un gemido, un ronroneo muy terrenal que decía qué lado predominaba esa noche.

Era una invitación que un hombre no puede rechazar.

Continuó bajándole lentamente el vestido, explorándola con sus labios y manos pulgada a pulgada.

El sabor de su piel era como una bebida etérea que ningún hombre podría embotellar jamás, que lo liberó de todas las restricciones con que había tenido cerrado su corazón.

Era suya, suya su gloriosa y maravillosa belleza.

Y ella se movió impaciente en sus brazos, desabotonándole la camisa y sacándosela junto con la chaqueta. Le deslizó las manos por el pecho, bajándolas por el abdomen hasta llegar a sus calzas y de ahí siguió el contorno de su miembro duro como la piedra.

—Maldita sea, Gilby, por favor —musitó.

Él la complació bajándole totalmente el vestido hasta que cayó a sus pies. Ella se arqueó, apretándose a él, con los pechos levantados.

Él cogió un pezón con la boca y luego el otro, succionándoselos fuerte hasta que quedaron puntiagudos. Ella volvió a gemir, más fuerte; sonriendo, él la estrechó con más fuerza y la besó, introduciendo la lengua en su boca y deslizándola por la de ella como en un erótico baile. Al mismo tiempo, ella se arqueaba apretando las caderas a las de él.

La cogió en volandas y girándola la dejó apoyada en la puerta. Ella dobló seductoramente una pierna sobre la de él, frotándose contra su cuerpo como una gata.

Soltando la mata de desordenado pelo con que había estado jugueteando, introdujo la mano en su entrepierna y le separó suavemente el vello rizado para explorar esa parte más secreta de ella.

Lucy agrandó los ojos cuando él comenzó a acariciarle ahí, explorándola, deslizando un dedo por la pequeña protuberancia y luego por alrededor de la mojada abertura.

Ella abrió la boca, aunque no emitió ningún sonido, muda por el asombro, e intentó normalizar la respiración. Se aferró a él con el cuerpo tembloroso.

—Necesito... necesito...

Él sabía muy bien qué necesitaba. Levantándola en los brazos la llevó a la cama, y se dejó caer con ella en el mullido colchón en un enredo de piernas y deseos, de necesidades que había que satisfacer.

Ella era de él.

Era suya esa noche; suya para siempre.

Cuando cayeron en la cama Lucy se deleitó en la pasión que la envolvía, tanto como en el grueso y mullido colchón que se hundió, uniéndolos como en un capullo.

Debería sentirse fatal, ella en cueros, él totalmente desnudo. Pero no, disfrutaba de la ardiente mirada de Gilby, de su impenitente deseo de explorarla toda entera. Ese deseo ya era mucho más aparente, al haberse quitado las calzas, pues sentía la presión de su miembro erecto y duro en la entrepierna.

Podía ser virgen e ignorante por su falta de experiencia con hombres, pero no había dejado de lado los libros que su madre le regalaba por sus cumpleaños; los había leído, memorizando cada párrafo, y pensando cómo esas posturas podrían producir el éxtasis que describían.

No eran regalos apropiados de una madre a su hija, pero en ese momento agradecía su educación tan poco convencional.

Estimulado hasta ese estado de loco desenfado por las hábiles caricias de él, el cuerpo le temblaba de deseo, y ansiaba que le explorara más hasta el fondo la entrepierna, para sentir el éxtasis, la liberación que a él le correspondía darle.

Gilby se apoderó entonces de sus labios con los suyos, besándola profunda y concienzudamente, y, sintiéndose más osada, le tocó la lengua con la suya, fascinada al ver que era capaz de agitarle la respiración tal como él se la agitaba a ella.

Él volvió a acariciarle ahí abajo, deslizando lentamente los dedos, y ese fuego, esas ansias irresistibles comenzaron a tomar el mando de sus sentidos.

Se movió y estiró, arqueándose, ansiosa por sentir más, por sentirlo a él.

Bajando las manos por su espalda, las ahuecó en sus nalgas y lo apretó más contra su cuerpo, al tiempo que deslizaba un pie por su pierna y luego lo rodeó con las suyas, abriéndose a él.

Entonces Gilby se quedó quieto encima de ella, que abrió los ojos.

Él la estaba mirando, con sus ojos muy oscurecidos, pero era evidente que estaba vacilando.

«No, no, no —deseó gritar—, eso no me va bien.»

Cuando tenía el cuerpo atormentado de deseo, frenético por la liberación.

Era consciente de que no estaba pensando derecho, no lo había hecho desde el momento en que él la cogió en sus brazos

en el jardín, pero ese no era el momento para que Gilby se sacudiera los efectos de la cerveza de Notton y revelara su lado honorable.

No, eso no le iría bien.

—¿Qué pasa? —preguntó en un susurro, acariciándole nuevamente la espalda, apretándolo más contra su cuerpo.

—Lucy, yo...

Ella le puso un dedo sobre los labios para impedirle hablar; en el peor de los casos, estaba a punto de echarse atrás o, más aterrador aún, se le iba a declarar.

Y lo más seguro es que lo matara si hacía lo primero o le entregara el corazón si decía lo segundo.

Posibilidades igual de desastrosas.

—Chss —susurró, besándolo en los labios, mordisqueándole el cuello—. Lo sé, lo sé.

Entonces lo miró a los ojos y sonrió, una sonrisa sesgada, pícara, seductora, lo único útil que le había dado su madre.

Aparte de esos instructivos manuales franceses.

—Gilby, por favor —dijo, con la voz ronca por la pasión; meneó las caderas de forma que su miembro se le deslizara en la entrepierna—. Ámame, te lo ruego, poséeme ahora.

La respuesta de él fue un beso, largo y profundo, al tiempo que pasaba una mano por debajo de ella, levantándola, para dejarla totalmente abierta a él.

—Eres mía, Lucy Ellyson, mía —dijo con una voz abrupta, peligrosa—. Mía para siempre. No lo olvides nunca.

Lucy abrió la boca para prometérselo, pero justo en ese instante él la penetró, llevándose su virginidad en una rápida embestida, cumpliendo su promesa.

Ahogó una exclamación ante la ráfaga de dolor, pero este fue breve, desapareció enseguida, porque al parecer él sabía lo que le ocurriría y comenzó a besarla nuevamente, frotándole el endurecido pezón con el pulgar y succionándole el otro. Y todo eso moviéndose, penetrándola una y otra vez, al principio con lentitud, y cuando ella gimió suavememente de placer y se arqueó para recibirlo, comenzó a moverse más rápido.

Con cada penetración la llenaba, la encendía, la derretía por dentro, y ansiosa correspondía embestida por embestida.

Abrazada a él se volvió a arquear para que la penetrara hasta el fondo y de pronto comenzó a sentir más y más cerca la liberación.

Todo parecía girar vertiginosamente ante sus ojos aturdidos, la habitación, la luz de la luna, y se sentía avasallada, atormentada.

Las embestidas de él se hicieron más fuertes, más frenéticas, y ella lo agradeció porque la elevaban más y más, hasta que de repente llegó; un instante estaba en el precipicio y al siguiente cayó por el borde y su cuerpo estalló de placer.

—¡Ah, sí, sí! —exclamó, arqueándose más para sentir dentro de ella hasta la última pulgada de su miembro, para que la llenara totalmente.

Y en el momento en que se arqueó, él embistió fuerte y emitió un ronco gemido, todo su cuerpo estremecido al llegar también a su compleción.

Entonces abrió la boca como para decir algo, pero no tuvo la fuerza ni el aliento para formar las palabras, tan sumergido estaba en su placer.

Pero ella comprendió qué iba a decir: «Mía. Nunca lo olvides. Eres mía».

Y en ese momento ella supo que a partir de esa noche siempre sería de él, que quedaba marcada por ese acto de amor, y él grabado en su corazón, para siempre.

Pasado un rato, Lucy despertó y comprendió que había dormitado un poco, muy poco tiempo. Junto a ella, Clifton dormía.

Entre la cerveza de Notton y esas horas pasadas en vigorosa relación sexual, estaba inmerso en un sueño profundo y satisfecho.

Por la ventana vio la leve insinuación de luz que comenzaba a iluminar el cielo; ya hacía rato que la luna se había ido a buscar su reposo.

Estaba muy cerca la aurora y tenía poco tiempo para llegar a casa antes que la echaran de menos.

Se bajó de la cama, recogió su ropa y se la puso rápidamente, mirando sonriente de reojo al hombre que estaba en la cama.

Lo amaba. Eso lo sabía.

Y él la amaba. Le había propuesto matrimonio, y prometido volver a buscarla.

Oyó la voz de su padre: «No puede ser, Goosie. Él pertenece a otro mundo».

—¿Quién puede decir que no podemos encontrar nuestro lugar? —susurró.

Al dirigirse a la puerta vio la flor que él había cogido para ella esa noche. Un recuerdo de esa gloriosa noche.

Recogiendo la flor marchita, salió de la habitación y bajó sigilosa la escalera de atrás.

Oyó la voz de la señora Turnpenny, que en algún lugar de la posada estaba despertando a las criadas para que una fuera a abrir la puerta que alguien estaba casi echando abajo a golpes, y escapó sin ser sorprendida, como sólo una Ellyson era capaz de hacer.

Corriendo por las silenciosas calles, manteniéndose a la sombra para no ser vista, llegó finalmente a la casa, presumida y orgullosa de sí misma. Cuando abrió con sumo cuidado la puerta de la cocina ya había decidido el camino que haría por la casa; subiría por la escalera de atrás y llegaría a su habitación, y nadie se habría enterado de nada.

Al menos eso creía.

Es decir, hasta que cerró la puerta de la cocina, se giró y vio a su padre sentado a la mesa con una tetera de té delante y una expresión que habría hecho correr en busca de refugio a toda una brigada.

—Lucy Louisa, ¿qué diablos has hecho?

—Es-esto... —alcanzó a tartamudear y se calló porque él levantó una mano para impedirle continuar.

—No me lo digas. Sé condenadamente bien lo que has hecho.

Ella se mantuvo firme.

—Él me quiere, papá. Me ama. Desea casarse conmigo. Lo verás cuando venga esta mañana. Te pedirá permiso y te ruego que se lo des.

—No vendrá —declaró su padre.

—Pues claro que vendrá. ¿Por qué no iba a venir?

Un escalofrío le erizó el vello de los brazos. El entrecejo de su padre y el contorno de su mandíbula decían que él sabía más que ella del asunto.

—Vendrá —insistió, aunque no se sentía tan segura como un momento antes.

Su padre levantó las manos y dejó a la vista un paquete con papeles, envueltos en papel azul y atados con una cinta dorada.

El aire abandonó sus pulmones y le pareció que también abandonaba la cocina. No necesitaba ver el sello para saber qué tenía ahí su padre.

Órdenes.

—No —musitó, negando con la cabeza—. Es demasiado pronto. No está preparado.

—En realidad está muy bien preparado. Tú te has encargado de eso. Y si todo va de acuerdo con el plan, en estos momentos están despertando al conde y al señor Grey.

Los golpes en la puerta. Los estridentes gritos de la señora Turnpenny exigiendo saber quién venía a llamar tan temprano.

Era la llamada para Clifton. Mientras ella corría sigilosa por la parte de atrás de la posada, a él lo estaban despertando para comunicarle las órdenes.

Se giró hacia la puerta para abrirla; le temblaban tanto las manos que le costó descorrer el pestillo, pero tenía que darle alcance, seguirlo.

Pero su padre llegó a la puerta y la cerró antes que pudiera escapar.

—Ya es demasiado tarde, Goosie —dijo, volviendo a la mesa—. Ya se ha puesto en marcha. En este momento debe de ir en el coche de camino a la costa. No tienes la menor posibilidad de darle alcance. —Guardó silencio un momento para mirarla—. La orden es que llegue a Dover sin un minuto de retraso, pues el barco zarpará con la marea del atardecer.

Moviendo la cabeza, ella se sentó en la silla del lado de la puerta.

—No, esto no puede ser. ¿Qué has hecho?

—Lo que es mejor para ti, Goosie.

—¿Y si no vuelve? ¿Has pensado en eso?

Su padre frunció aún más el ceño.

—Por eso justamente se marcha. No quiero que quedes viuda. ¿Qué sería de ti, entonces? —Se levantó de la mesa y movió la cabeza—. Estarías a merced de su mundo, y esa es una suerte que no permitiré que te ocurra.

Pero dado que la Suerte siempre, siempre, ha sido una entidad veleidosa y ladina, esa fue exactamente la situación en que se encontró Lucy unos años después.

Desorientada y sola en un mundo al que no pertenecía.

Capítulo 9

Londres, siete años después

No dada a andarse con ceremonias, Lucy Ellyson Sterling, marquesa de Standon viuda, agitó la cabeza para sacudirse los recuerdos del pasado y tiró del cordón para tocar la campanilla de la puerta. Esperaba, no, rogaba, que fuera cual fuera el motivo de la citación de la duquesa de Hollindrake, le resultara menos inquietante que el encuentro con el conde de Clifton.

«Ha cambiado, Mariana», le habría dicho a su hermana.

Pero Mariana ya no estaba, como tampoco su padre. Los mató una fiebre que arrasó el tranquilo pueblo, llevándose a muchos.

Llevándose todo lo que había conocido, volviéndole del revés la vida.

Igual que hizo Clifton. Porque no volvió a por ella. Nunca escribió, ni siquiera cuando mataron a Malcolm.

Apretó los labios y le ordenó a la humedad que sentía en los ojos que no se convirtiera en lágrimas.

«Uy, Mariana, si hubieras visto como me ha mirado. Como si ni siquiera hubiéramos sido amigos, como si nunca me hubiera amado, como si yo fuera la última persona que deseaba ver.»

¿Qué le había dicho? ¿Que había ido a Hampstead a agradecerle a su padre todo lo que había hecho?

¿Y ni una sola palabra por todo lo que hizo ella para asegurarse de que volviera? ¿Nada de agradecimiento?

«Cabrón arrogante y desagradecido.»

Para hacer algo que le impidiera ordenar al cochero que siguie-

ra al conde y lo atropellara con el coche a plena luz del día, cogió nuevamente el cordón, y le habría dado un buen tirón si, ante su sorpresa, el señor Mudgett, el ex ordenanza del duque, no hubiera abierto la puerta justo en ese momento.

—Ha llegado, milady —dijo el hombre, con esa conocida voz cascajosa; entonces miró por encima del hombro de ella y frunció el ceño, formando una sola y gruesa línea con sus cejas—. Ha traído al niño, ¿eh?

Lucy se encogió. Porque, lamentablemente, por muy querido que fuera Mickey para ella, no era en absoluto amado en las casas Sterling.

Pero cuando aceptó casarse con Archie Sterling, lo hizo prometer que no la obligarían a renunciar al niño, que nunca lo separarían de ella. Nunca. Así pues, Mickey continuó a su lado, por deplorable y escandalosa que encontraran la situación los Sterling.

Lucy Sterling y «ese niño».

—¿Nunca se le ha ocurrido la posibilidad de dejarlo tirado en la cuneta? —preguntó el hombre mirando hacia la acera, como un centinela que tiene la orden de proteger el castillo de las hordas de bárbaros; o de muchachitos bulliciosos.

—No, claro que no, señor Mudgett —contestó, tratando de no parecer molesta por ese saludo tan poco caritativo.

—Bueno, entonces, bien podría entrar a reunirse con la muchedumbre.

—¿La muched...? —alcanzó a decir y entonces vio lo que él quería decir.

El suelo de mármol estaba alfombrado por el equipaje: sombrereras, baúles, maletas y bolsos de viaje. Y ahí se encontraban las otras dos ladies Standon viudas, Minerva y Elinor, una a cada lado del vestíbulo.

Bueno, no sabía por qué la sorprendía ver a Minerva porque, ¿acaso Clifton no le había dicho...?

«La dama acaba de echarme con cajas destempladas.»

Pero estaba Elinor también, y desde los lugares en que se habían situado, enfrentadas, la miraban nada complacidas por su llegada.

Miró al señor Mudgett, por si él le daba alguna explicación. ¿Las tres ahí? ¿Las tres citadas en esa casa? Pero ¿con qué fin?

Todo eso no prometía nada bueno; tendría que haber sabido que el encuentro con Clifton había sido el presagio del desastre por venir.

Aun no había conseguido trazar un plan para hacer frente al inminente desastre cuando apareció todo su grupo, subiendo la escalinata en tropel, como los leales acompañantes y criados que eran.

El primero que entró en el vestíbulo fue Mickey, que al instante provocó que los perros de Elinor ladraran de entusiasmo.

—Buen Dios, el niño no —oyó Lucy mascullar en voz baja a Minerva.

Fiel a sí mismo, Mickey sencillamente no pudo entrar en la casa y ocupar el lugar que le correspondía. No, miró alrededor hasta que encontró la manera más rápida de dar problemas.

—¡Tía Nirva! —gritó.

Corrió en línea recta hasta la lady y le rodeó la cintura en un fuerte abrazo. Por encima del hombro miró a Lucy y le hizo un guiño.

El diablillo sabía cuánto detestaba Minerva tener a niños cerca, y más aún aferrados a ella.

Pero antes que Lucy pudiera desprenderlo del abrazo para ponerlo a salvo, porque Minerva parecía estar de un malhumor tremendo (lo que no era raro, pues casi todos los días lo estaba), Mickey ya tenía la atención en otra parte.

—¡Tia! —gritó al ver a la hermana menor de Elinor al otro lado del vestíbulo.

Apartando a Minerva de un empujón, y dejándola intentando recuperar el equilibrio, saltó por encima de los baúles como un mono para conseguir un lugar junto a su vieja amiga.

Nuevamente los terriers de Elinor iniciaron una ensordecedora cacofonía de ladridos.

Aunque no fue tan ensordecedora, porque Lucy alcanzó a oír la queja mascullada de Minerva:

—Al menos a los perros se les puede poner la correa y enviarlos al establo.

—¡Mickey! —exclamó Tia, con una ancha sonrisa que alegró su bonita y lozana cara, hasta que un codazo de su hermana la obligó a volver a su anterior actitud reposada; haciendo una inspiración, dijo en tono normal—: Cuánto me alegra volverte a ver, Michael.

Y entonces le tendió la mano, en lugar de darle un abrazo y un beso como él esperaba. El niño miró la mano y luego a Lucy, perplejo por ese cambio en su vieja amiga.

Lamentablemente, pensó Lucy, la niña había llegado a una edad en que ya no debía acompañar a Mickey en sus excursiones al lago a pescar o a perseguir alegremente a los perros por la pradera.

Pero en ese momento no podía explicarle, que las niñas se convierten en señoritas, porque primero tenía que ocuparse del resto de su grupo.

—Pase, señor Otter —dijo al hombre alto y delgado que tenía asomada la cabeza en la puerta contemplando el atiborrado vestíbulo, lleno de damas y sus pertenencias.

Lo cogió del brazo y lo hizo entrar como haría alguien que ha perdido la paciencia con una tímida tía solterona. Entonces entró Clapp, la muy querida Clapp, su acompañante y niñera de Mickey.

—Oh, válgame Dios —exclamó, con esa especie de voz sibilante que recordaba el sonido de un organillo—. Lucy, tiene que haber un error, porque aquí está lady Standon... —Se interrumpió al mirar alrededor—. Ah, y Elinor también. ¿Las tres? Cielos, esto no va bien, Lucy, simplemente lo sé.

—Esta es la casa adonde debíamos venir —dijo Lucy a la angustiada mujer, haciéndola entrar en el redil.

Clapp tenía su buen número de años a cuestas y, como muchas mujeres de su edad, llevaba perpetuamente la expresión de haber sido incomodada.

—¡Ah, caramba! ¿Es que me equivoqué de invitación? Porque a mí me parece que no es la intención de la duquesa que todas... —Se interrumpió al ver la crispada expresión de Elinor, y antes de que pudiera hacer otro comentario, se fijó por fin en el niño que estaba a su cargo—. Mickey, deja de fastidiar a Tia ahora mismo. Dudo que ella tenga algún dulce en su ridículo. Ya tiene edad para ser una damita decorosa. Vamos, está bastante llenita.

Lucy se encogió ante ese comentario tan poco delicado, y Tia se ruborizó, azorada porque alguien había notado que ya no era una niña.

Mientras tanto, Elinor parecía a punto de golpear a Clapp con la maleta más cercana.

Lucy cerró los ojos y rogó que el caos no se produjera antes que llegara la duquesa, porque igual le echaban la culpa a ella.

Otra vez.

Al instante se puso a comprobar si habían entrado todos.

—Señor Otter, Clapp y... sí, ahí estás, Thomas-William.

El leal criado de su padre tuvo que agachar la cabeza para entrar, porque era muy alto. Dejaba pequeño a todo el mundo, el hombre imponente e implacable.

Su entrada le produjo un cierto consuelo, porque aparte de Mickey, Thomas-William era el único vínculo que le quedaba con su vida anterior. No sabía cómo se las hubiera arreglado sin la constante presencia de Thomas-William.

En ese momento él estaba contemplando el entorno con una expresión que no necesitaba explicación.

—Sí, sí, no es lo que esperábamos —le dijo—. Pero no hay ningún motivo para fruncir el ceño. Venga, entra y cierra la puerta, no sea que Minerva nos obsequie con una de sus infames miradas.

Minerva, a juzgar por su entrecejo, había estado a punto de dirigir una de sus miradas fulminantes a cada uno de los componentes del grupo, pero a causa de esas palabras de Lucy los ojos de todos estaban fijos en ella, así que obligó a sus labios a curvarse en una sonrisa, para parecer una lady gentil, fruto de una buena crianza.

—Así que yo no he sido la única que recibió la citación —dijo Lucy, arrebujándose el chal con que se cubría los hombros.

—Mucha razón tienes —repuso Minerva.

La miró largamente, observando su conjunto en todos sus detalles, y luego exhaló un fuerte suspiro, como si su falta de elegancia fuera otra prueba terrible más que tenía que soportar. A Minerva nadie la describiría jamás como un dechado de perfección ni como una de las grandes beldades de la alta sociedad, con su pelo

castaño y unos ojos que no le daban el tipo de esplendor rubio que era el atributo de Elinor. Pero sabía vestirse y conducirse como una reina, lo que le daba una apariencia regia que eclipsaba a muchas de las más famosas «diamantes» de primera calidad.

—Sí —continuó—, nos han citado a todas. Pero no logro imaginarme con qué fin.

—No, desde luego, lo encuentro muy raro —dijo Lucy, pasando por en medio de los baúles y maletas, observando recelosa a su pupilo, que subía brincando la escalera seguido entusiastamente por los perros de Elinor—. Fui primero a la residencia del duque, por eso me he retrasado.

Paseando la mirada por el atiborrado vestíbulo observó que el mobiliario era bastante escaso en la sala de estar que se veía más allá: un sofá tapizado en rosa y dos sillones de respaldo alto. Ningún cuadro ni decoración alegraba el vestíbulo, y el papel de las paredes se había despegado y enroscado en varios lugares, y no precisamente en los que pasaban desapercibidos.

—Es bastante deprimente la casa, ¿no os parece?

Ninguna de las dos damas contestó, porque claro, la respuesta era demasiado evidente.

Se alargó el silencio en medio de la tensión que impregnaba el vestíbulo, mientras por la escalera bajaba el sonido de la risa de Mickey acompañada por un coro de ladridos.

Y de repente se hizo un largo silencio arriba también, un silencio tan desconcertante que era imposible no preocuparse.

Un Mickey en silencio auguraba alguna calamidad.

Todos miraron hacia la escalera. Y luego todos los ojos se volvieron hacia Lucy.

A ella no le cabía duda de que Mickey ya estaba metido en un problema.

—Clapp, señor Otter, ¿haríais el favor de ir a ver qué diversión ha encontrado Mickey? —Echó una torva mirada a Thomas-William también—. Podrías ser necesario.

El hombre emitió un bufido, como si esa hubiera sido la frase más obvia dicha hasta el momento. Siguió a Clapp y al señor Otter por la escalera.

Elinor le hizo un gesto a su hermana.

—Tia, sé buena y ve a comprobar que ese diablillo no haya hecho nacer prematuramente la camada de *Isidore*.

Tia pareció a punto de abrir la boca para protestar, pero enseguida exhaló un suspiro y subió la escalera de mala gana, siguiendo a los criados de Lucy como una condenada.

Y justo cuando desapareció totalmente la orilla del vestido de muselina de Tia en el rellano de la escalera, sonó la campanilla y todos se giraron hacia la puerta al mismo tiempo, elucubrando sobre qué iba a ocurrir.

Soltando un soplido de fastidio por tener que atravesar por cuarta vez el atiborrado vestíbulo, Mudgett echó a andar masculllando:

—Si no me equivoco, debería ser ella.

Y lo era, porque cuando abrió la puerta, entró la duquesa de Hollindrake.

Lucy la observó recelosa, porque encontraba formidable a la ex señorita Felicity Langley: un atado de nervios, activa, calculadora, resuelta, una mujer que podría haber atravesado el Continente y derrotado a Napoleón ella sola, y le habría quedado tiempo de sobra para ir de compras por París.

¿Acaso su padre, lord Langley, no había sido archiconocido en los círculos del Foreign Office por su osadía?

A la duquesa se le daba naturalmente la audacia.

Esta, en lugar de dedicar el tiempo debido a los saludos, se lanzó a presentar el asunto con su habitual estilo militar:

—¡Excelente! Veo que no habéis tenido ninguna dificultad para encontrar el camino hacia vuestra nueva casa.

Aunque estaba al otro lado del vestíbulo, Lucy habría jurado que sintió tensarse a Minerva; porque esa fue la reacción de ella también.

—¿Nuestra nueva qué? —logró preguntar Minerva, porque al parecer, de las tres, era la que menos se desconcertaba ante la mujer que ostentaba el título que cada una había creído que sería suyo.

La duquesa giró al instante la cabeza y la miró fijamente durante un segundo.

—Me has oído. Vuestra. Nueva. Casa.

—Ah, Minerva, parece que has encontrado una buena residencia —dijo Elinor con aire de superioridad echando a andar hacia la puerta—. Ahora, si no te importa, excelencia, quiero trasladarme a Grosvenor Square con mi hermana. Mis aposentos siguen en buenas condiciones, ¿verdad?

La última pregunta la hizo en el tono y la actitud de una lady al hablarle a su ama de llaves o a otra desventurada criada.

La duquesa la miró detenidamente con una expresión que a Lucy le hizo bajar un escalofrío de terror por el espinazo.

Pero claro, siendo la hija de un hombre que no era noble y ni siquiera un caballero, ella conocía su lugar y tenía la sensatez suficiente para no irritar a la duquesa.

Esta, le habría gustado recordarles a Minerva y Elinor, tenía el futuro y bienestar de las tres en sus manos cubiertas por guantes de cabritilla color tostado.

Pero la duquesa no estaba dispuesta a soportar ningún tipo de rebelión y le cerró el paso a Elinor dirigiéndole una mirada fulminante.

—Lady Standon, esta es tu nueva casa también.

—¿Esta? —farfulló Elinor, mirando alrededor como quien mira un patio de establo sucio—. Eso no puede ser, porque acabas de decirle a Minerva que es la suya.

La duquesa asintió.

—Lo es. Es su casa, tu casa —hizo un gesto hacia Lucy—, y la casa de lady Standon. Las tres la vais a compartir.

Lucy miró hacia la escalera por si veía a Thomas-William ahí. ¿Qué era lo que había dicho un momento antes?

«No me extrañaría que su poderosa excelencia estuviera tramando algo.»

Ah, pues sí que había tramado algo.

Y mientras ella veía lo que se les venía encima, como si fuera alguno de los viejos códigos de su padre, Elinor y Minerva tenían más dificultades para descifrar la situación.

—Sí, todo eso está muy bien —continuó la segunda lady Standon, haciendo un despectivo gesto con la mano—, pero si Minerva

vive aquí, ¿dónde voy a vivir yo? ¿O Lucy y su pandilla, si es por eso? No puedes decir en serio que tenemos que... —Observó a la duquesa sin pestañear, con una expresión de tenaz triunfo y luego retrocedió un paso—. Santo cielo, supongo que no sugieres en serio que todas... que vamos a tener...

La expresión de la duquesa no cambió en nada, ni el firme gesto de su mandíbula ni el brillo resuelto de sus ojos, y eso bastó como respuesta.

Hablaba en serio. Esa casa, para las tres. Las tres juntas.

Entonces llegó el intercambio de miradas entre Minerva, Elinor y Lucy, como un trío de gatos vagabundos en un callejón ante un trozo de carne de cordero arrojado a la basura.

Y eso era esa casa, comprendió Lucy sin un asomo de duda, un trozo de carne de una semana en medio de Mayfair, con sus habitaciones desnudas y el papel de las paredes despegado. Así pues, se unió al coro de protestas que estalló en el vestíbulo, olvidado todo concepto del decoro.

—Excelencia, es imposible que aquí haya espacio para que vivamos todas.

—No puedes pretender despojarme de lo que me corresponde por derecho.

—¡Esto es un destierro! Le escribiré al duque, porque dudo que él apruebe este trato indigno, no, escandaloso, a sus...

La duquesa se giró a mirar a Minerva y movió un dedo ante ella:

—Justamente ese es el motivo de que te «desterremos» aquí. Tanto el duque como yo estamos hartos de tus mezquinos pleitos, peleas y ridículas exigencias...

—Tenemos derechos —interrumpió Elinor—. Nuestros contratos de matrimonio nos dan concretamente...

Ya preparada, la duquesa la interrumpió y le habló en un tono similar al del abogado más pernicioso y testarudo que hubiera agraciado el Colegio de Abogados de Londres:

—¿Has leído tu contrato de matrimonio?

Eso desconcertó a Elinor.

—¿Leído? ¿Para qué iba a leerlo si sé exactamente lo que me es debido?

—Al parecer no lo sabes —dijo la duquesa—, porque tu contrato de matrimonio no te da el derecho de arruinar al duque con tus extravagantes peticiones, escandalosos arrebatos, constantes encargos y despóticos ultimátums.

—Pero no puedes... —alcanzó a decir Minerva y guardó silencio al instante, porque al parecer tampoco había leído su contrato de matrimonio.

De todos modos, Lucy no lograba imaginarse al padre de Minerva, el anterior conde de Gilston, firmando un contrato de matrimonio que podría dejar a su única hija a merced de los caprichos de la familia Sterling.

Pero claro...

Felicity se tironeó suavemente los guantes, se dio unas palmaditas en la papalina, cuyas plumas se inclinaron en perfecto acuerdo, y declaró:

—Desde hoy en adelante, esta es la casa para las viudas Sterling, y vuestra única residencia.

Entonces miró a Minerva y a Elinor como desafiándolas a contradecirla.

Ni todo su buen sentido común podía refrenar a Lucy de intervenir en la contienda. Porque si bien Minerva y Elinor tenían familiares, amistades y abogados dispuestos a unirse a sus aullidos de protesta por esa inadmisible situación, ella no tenía a nadie que portara el estandarte en esa guerra.

Salvo ella.

«Salvo él —le susurró una voz—. ¿Y él?» ¿Acaso no había dicho sólo una hora antes: «Si alguna vez tuvierais necesidad de algo, tú o Thomas-William, no dudes en contactar conmigo, por favor»?

Enderezó la espalda. Prefería vivir con Minerva el resto de su vida a arrastrarse ante Clifton.

—Excelencia, por favor —dijo—, ¿y mi personal? ¿Y Mickey? ¿De verdad has dicho en serio que debemos compartir esta residencia con Minerva y Elinor y sus criados?

Sin siquiera mover una pestaña, la duquesa hizo un gesto afirmativo.

Antes que se produjera otro estallido de protestas se produjo

un estallido de otro tipo. De arriba llegó el sonido de un coro de ladridos aterrados, y a eso siguió una negra nube de humo. Pasado un momento de horrorizado silencio, apareció Tia bajando la escalera con un perro debajo de cada brazo y otro siguiéndola con la cola entre las piernas.

—Todo ha sido muy rápido —tartamudeó azorada, haciendo un gesto hacia arriba con la cabeza.

Lucy se acobardó; siempre le ocurría cuando el asunto involucraba a Mickey.

—Mickey ha querido comprobar si *Ivo* podía trepar por la chimenea, ya que él no podía —explicó Tia.

Intentó pasarle uno de los terriers cubiertos de hollín a Elinor, pero esta retrocedió horrorizada, pues sin duda el sucio perro le estropearía el vestido nuevo, tal como había estropeado el más humilde de Tia.

Entonces apareció Thomas-William en el rellano de la escalera con Mickey bajo el brazo, tal como Tia había bajado con los perros.

E igual que los perros, Mickey aullaba a voz en cuello.

—Pensé que podría trepar. No fue culpa mía que el muy tonto se quedara atascado. Tommy Saunders tiene un perro que sube por la chimenea, y sólo es un chucho viejo.

Lucy ahogó un gemido al tiempo que Elinor se giraba a mirar a la duquesa.

—No puedes esperar que yo viva así, con ese... —apuntó a Mickey con un dedo tembloroso—, ese...

—Niño algo sucio —terminó la duquesa mirando al pequeño—. Thomas-William, lleva abajo, por favor, al señorito Ellyson, y preséntalo a la señora Hutchinson, la cocinera. Ella podrá darte bastante agua caliente para que lo laves y también a los perros de lady Standon.

—¡Un baño! —aulló Mickey—. No quiero bañarme.

Felicity se rió.

—Entonces no trepes por la chimenea como un muchacho de la calle. Pórtate bien y estoy segura de que la señora Hutchinson te recompensará con una galleta de jengibre.

—Dos galletas —le dijo Mickey, mientras Thomas-William comenzaba a bajar llevándolo consigo, siguiendo al señor Mudgett hacia la cocina—. Si no, haré tanto ruido que vendrá la guardia.

—Creo que eso ya lo has conseguido —gritó la duquesa. Entonces miró a Lucy—. Tienes un abogado en ciernes. Negociando su castigo, desde luego.

Se pasó las manos por la falda, como para limpiárselas de la gestión que acababa de realizar, y se giró hacia la puerta para marcharse. Pero Minerva le cerró el paso.

—No puedes tener la intención de hacerme esto. ¿Dejarme abandonada aquí en esta miserable casa? Dejarme aquí con estos... estos...

Lucy casi sintió lástima, porque nunca había visto a Minerva tan... bueno, tan desconcertada.

—¿Miembros de tu familia? —suplió la duquesa—. Bueno, pues sí, esa es mi intención. Resulta que antes de casarme con el duque vivía en esta misma casa con mi hermana y mi prima, y si era muy aceptable para nosotras entonces, no veo ningún impedimento para que residas aquí ahora.

—No —dijo Minerva, temblando de la cabeza a los pies—. No aguantaré esto. Tiene que haber otra manera.

—Puedes marcharte —le dijo Felicity—, pero has de saber que si dejas esta casa renuncias a tu asignación para siempre. No volverás a recibir ni un solo medio penique más del duque.

Elinor ahogó una exclamación, porque al parecer ella también había pensado en hacer una precipitada escapada.

Minerva vaciló.

—¿Nos dejaríais sin asignación?

—Totalmente —dijo Felicity, con un tono igual de duro que el de una casera de Seven Dials.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo podrías hacerme algo así? ¿Hacernos? ¿Qué hemos hecho para merecer este trato tan despótico?

—¿Despótico? —repitió la duquesa en un tono de absoluta calma.

Lucy sintió bajar un escalofrío por la columna. Ah, siempre había sabido que algún día se encontraría ante un ajuste de cuentas, pero,¿a manos de la duquesa?

No, antes que enfrentar eso preferiría haber sido atropellada esa mañana por una diligencia correo y estar ya bien encaminada hacia otro tipo de ajuste de cuentas.

—Deberías haber pensado en lo que significa «despótico», lady Standon —continuó la duquesa—, antes de enviar tu última carta al duque. Y tú también —añadió, mirando a la segunda lady Standon—. Vuestras cartas llegaron al mismo tiempo, con quejas sobre vuestras asignaciones y necesidades, como si vivierais en la miseria. Eso no es el comportamiento propio de unas damas, y mucho menos de miembros de la familia Sterling. Y sumado a las habladurías, que van en aumento, sobre vuestras ridículas riñas, os habéis convertido las tres, y en consecuencia su excelencia el duque, en el hazmerreír de Londres, y no lo voy a tolerar.

Lucy se miró las botas. Por mucho que intentara decirse que ella no había tenido parte en eso de ninguna manera, sintió bajar por la espalda la conocida sensación de culpa.

Tener consigo a Mickey; no adherirse a las convenciones sociales tan perfectas; viajar de casa en casa dejando a su paso a parientes ofendidos y algún tipo de desastre.

—Sí, algunas de nosotras nos hemos comportado con falta de decoro —dijo Elinor, nuevamente echándole toda la culpa a ella—, pero tiene que haber alguna manera de resolver esto.

Lucy supuso que la solución de Elinor apuntaba a enviarla a ella y a sus acompañantes a alguna remota isla escocesa en la que quedarían abandonados como náufragos.

La duquesa pasó por un lado de Minerva, que estaba inmóvil, como si no pudiera moverse por la conmoción de asimilar la situación.

—La hay, lady Standon —dijo, abriendo la puerta y saliendo a la vigorizadora luz del sol de ese frío día de febrero—. Matrimonio.

—¿Matrimonio? —exclamaron las tres al unísono.

—Sí, matrimonio —dijo la duquesa—. Uy, cielos, casi se me olvida. —Abrió su ridículo y sacó una libreta encuadernada en piel; la colocó sobre el pedestal al lado de la puerta, donde normalmente estaba la bandeja para dejar las tarjetas de visita, y dejó la mano encima, como si no lograra decidirse a separarse de ella. Pero

finalmente la retiró y obsequió con una sonrisa a sus pasmadas oyentes.

—En esta libreta he escrito mis *Crónicas de solteros*. Leedla con mi permiso y bendición. Contiene los nombres, datos personales y aficiones preferidas de todos los nobles cotizables de Inglaterra. Encontrad marido y dejaréis de tener necesidad de residir aquí en Brook Street.

—¿Y si yo no tengo el menor deseo de casarme? —preguntó Minerva, en un tono que decía claramente que más agraviada no podría sentirse.

La duquesa se encogió de hombros.

—Pues, entonces, yo en tu lugar me haría aquí un cómodo hogar, porque esto será duradero.

—Mi querido muchacho, sólo falta que le propongas matrimonio a la muchacha y remaches el asunto de una vez por todas —dijo el marqués de Pentwortham, en voz lo bastante alta como para ser oído por la mitad de los presentes en el White.

Afortunadamente para el conde de Clifton, en el otro extremo de la sala había un alboroto en torno al libro de apuestas, por lo que la atronadora voz de su tío no atrajo la atención del bullicioso grupo.

—La guerra ha terminado —continuó Pentwortham, y se apresuró a añadir—: Gracias sean dadas a Dios. Y ahora que está terminada, debes reanudar tu vida normal y ocuparte del más sagrado de tus deberes, engendrar un heredero, y para eso comienza por casarte con lady Annella. Debes armarte de ese temerario valor de que alardeaba Wellington el otro día y hacer la proposición.

Sí, sí, se dijo Clifton, ya sabía todo eso. Pero estaba el problema: en el fondo no tenía el deseo de dar ese siguiente paso y hacer la proposición. Si se lo hubieran preguntado el día anterior, no habría sabido identificar la causa de su renuencia, de por qué no podía obligarse a hacer salir de su boca esa decisiva petición.

Cogió su vaso de whisky y bebió un largo trago del líquido ámbar. Le bajó por la garganta como fuego, haciendo resonar el nombre que estaba en el núcleo de su problema:

«Lucy».

Mirando hacia una ventana con las persianas cerradas, hizo una profunda inspiración. Buen Dios, la había encontrado. A su Goosie.

Tal vez por eso esa noche estaba en el White y no en la velada musical de los Nesfield rindiendo homenaje al talento de lady Annella para tocar el piano.

Ver a Lucy en la escalinata de la casa de lady Standon lo había desconcertado, lo había arrojado al suelo mejor de lo que podría haberlo arrojado su caballo.

Lucy Ellyson. Volvió a coger su vaso de whisky,

Le había mentido. Le dijo que tenía una deuda con su padre; bueno eso no era del todo falso; sí que le debía una buena parte de su supervivencia en el Continente a George Ellyson, pero Lucy había sido la luz brillante que lo sostuvo siempre en sus días más negros.

Y había habido muchímos de esos días.

El recuerdo de su sonrisa, del resuelto destello de sus ojos.

De sus besos, sus suspiros, sus caricias.

—Bueno, ahora sólo falta finalizar las cláusulas del contrato con su padre y hacerle la proposición a ella, ¿eh, Clifton? —estaba diciendo Pentwortham, sin darse cuenta de su falta de atención; se arrellanó hundiéndose más en su sillón, lo que no era buena señal en su opinión—. Mi muchacho, la chica es un verdadero ángel. Dulce, de buen carácter, bastante parecida a su madre, a la que conocí cuando sólo era un robusto jovencito; incluso pensé en casarme con ella. En todo caso, su hija será la lady Clifton perfecta, como lo fue mi hermana para tu padre, y de forma muy similar a tu madre, viene con todo lo que necesita un hombre de tu posición: linaje impecable, las conexiones adecuadas y una dote que le vendría muy bien a tus propiedades, si no te importa que lo diga.

A Clifton no le importó, pero no tenía ningún sentido señalar lo obvio. Lady Annella tenía esas cualidades y mucho más.

Todo lo que Lucy Ellyson no había tenido jamás.

A excepción del dominio sobre su corazón.

Del cual, hasta esa noche, creía que podría desentenderse.

Lo que no debía olvidar era la muy apurada situación en que se encontraban sus propiedades. El tío que quedó a cargo de ellas murió poco después que él se marchara al Continente. Y el administrador había convencido a su otro tío, Pentwortham, hermano de su madre, de que todo iba sobre ruedas, que lo tenía todo bien controlado, cuando lo cierto es que el muy sinvergüenza las había descuidado y se embolsaba lo que podía.

Estaba obligado por el deber a encargarse de enderezar las cosas para sus inquilinos y en sus tierras.

Tal como había sido su deber servir a su rey y a su país.

Esa era su suerte en la vida, el deber y el honor. Servir. Conservar su lugar en la alta sociedad.

Y casarse.

Todo parecía ser muy agradable y ordenado, muy fácil de hacer.

Pero, ¿qué había hecho por él su servicio a su país? Le había costado la vida de su hermano. Malcolm ya no estaba. Y la propiedad, sus amados campos y terrenos se estaban pudriendo, improductivos.

Y así, la única solución era casarse, y casarse bien, y todo el mundo, desde su tío a su abogado e incluso su ama de llaves, la señora Calliwick, parecían creer que eso era el bálsamo que curaría su desasosiego.

Y mientras todos creían que su desasosiego tenía que ver con sus andanzas en la guerra, la verdad es que se debía al viaje que hiciera a Hampstead justo después que murió Malcolm.

Con el corazón destrozado y el cuerpo agotado por los dos años de trabajo clandestino en el Continente, volvió a Hampstead en busca del único bálsamo que sabía le devolvería el alma.

El amor de Lucy; su sonrisa; su excepcional carácter. Su fuego.

La necesitaba como un hombre muerto de hambre necesita sustento.

Pero en lugar de encontrarla a ella, se encontró ante unos desconocidos ocupando la vieja casa de los Ellyson, una pareja que no sabía nada de los inquilinos anteriores. Aun así, consiguió localizar a la hermana de la señora Kewin, una anciana ya en su chochez y no del todo en sus cabales, que lo invitó a entrar en su casa, y le

rogó que se sentara en su mejor sillón, mientras ella se instalaba en uno más pequeño junto al hogar.

«Ha venido en busca de los Ellyson, ¿verdad?»

«Sí, señora, soy un viejo amigo de la familia»

Ella lo miró recelosa, porque a los residentes de Hampstead siempre los habían escandalizado las conexiones de no muy buena reputación de los Ellyson.

«Ah, pues lamento tener que decirle que hace un tiempo murieron de la fiebre —le dijo, y se le llenaron de lágrimas los legañosos ojos—. Mi hermana, el señor y su hija, todos muertos.»

La impresión le dejó sin aire los pulmones y le paró el corazón, pero de todos modos consiguió preguntar:

«¿Murieron? ¿Todos?»

No, no podía ser. Le pareció que lo envolvía la oscuridad e iba a perder el conocimiento. Era la misma negrura que lo atormentaba desde la muerte de Malcolm.

El señor, su hija... Un momento, dijo «hija», no «hijas».

«Qué hija? —preguntó—. ¿Cuál murió?»

Apretó fuertemente los brazos del sillón esperando la respuesta.

Al parecer, la anciana no notó su angustia, porque se dio unos golpecitos en el mentón y se tomó su tiempo para sacar el recuerdo de su atontada memoria.

«Ah, la bonita. La mayor, ¿Mariana se llamaba? Pero estaba enferma desde hacía un tiempo, así que su muerte no fue ninguna sorpresa.»

A él comenzó a martillearle el corazón y la luz de la esperanza perforó su armadura. Lucy se había librado, aunque eso no significaba que no hubiera sufrido por la pérdida de Mariana, que siempre estaba tan llena de vida. Pensar en su brillante luz extinguida oscureció un poco la sala.

«¿Y la otra hija? —preguntó—. ¿La señorita Lucy?»

La hermana de la señora Kewin frunció el ceño al oír esa pregunta.

«Bueno, se casó, por supuesto. Y deprisa, podría añadir. Yo no apruebo esas cosas, pero claro, ¿qué otra cosa se habría esperado de una chica como ella? Un escándalo. Y que se pudra. Pero

pobre hombre, extraño negocio el que hizo. Una decisión tan precipitada. Pero los hombres, ¿qué puedo decir? Cuando deciden casarse, no lo piensan, simplemente eligen una dama y ya está»

Él ya no quiso escuchar más. No era necesario. Lucy igual podría haber muerto de la fiebre, porque estaba igual de perdida para él.

Casada. Se había casado con otro. Olvidó la promesa que le hizo él de volver por ella y se casó con otro.

No recordaba mucho más de esa entrevista, aparte de que le dio las gracias a la anciana y, declinando su ofrecimiento de té con pasteles, se marchó.

Lo más rápido que pudo.

Entonces se marchó de Inglaterra como un poseso, con su aflicción transformada en rabia, furia. Volviendo a su trabajo, pasó los cinco años siguientes como un hombre acabado.

Todavía no había desaparecido de su corazón la amarga rabia por la traición de Lucy, y verla ese día le había abierto esa dolorosa herida.

Ah, verla. Esos mechones de su maravilloso pelo negro soltándose del encierro de la papalina, la misma resolución de siempre en la expresión de su cara, y sus ojos tan brillantes como los recordaba. Era la misma Lucy Ellyson no convencional de la que se había enamorado.

«¿Por qué, Lucy? ¿Por qué no me esperaste?»

—¡Clifton, oye! ¿Me estás escuchando? —farfulló Pentwortham.

—Prefiero no escucharte —contestó muy sinceramente.

—¿Qué te tiene tan distraído esta noche?

—Nada.

«Ella.»

—En lo que deberías pensar es en el dinero que esa chica va a aportar a tus arcas. Sólo con lo que recibe ella para gastos menores podrías cambiarle el techo dos veces a la casa Clifton.

Pero había una alternativa a casarse con lady Annella y su cuantiosa dote, una que no le había explicado a su tío y que era su

único motivo para venir a Londres. Pues no había venido, como se imaginaba Pentwortham, a comprometerse en matrimonio, sino a reclamar la fortuna perdida de Malcolm; el dinero que su padre había reservado para su hijo natural. Por derecho, ese dinero era suyo, es decir, si Malcolm no lo hubiera dejado a otra persona por testamento, como aseguraba Strout.

Contempló el vaso que tenía en la mano. En todo eso veía algo no del todo correcto. ¿Dejar una fortuna a una persona totalmente desconocida? ¿Malcolm habría perdido el juicio? Además, ¿cuándo conoció a esa mujer?

Le vino a la mente una de las máximas de George Ellyson: «Fíate de tu furia».

Y él estaba ciertamente furioso.

En primer lugar, Strout no fue capaz de enseñarle el testamento de su hermano ni de darle el nombre de ese heredero desconocido. Pero el astuto abogado había infravalorado su resolución, perfeccionada por años en el extranjero, como también sus conexiones. Simplemente le siguió la pista al dinero hasta llegar al banco donde estaba la cuenta, y entonces movió los hilos para descubrir a nombre de quién estaba.

Lady Standon.

Pero cuando fue a verla esa tarde ella negó haber conocido a Malcolm. Por lo tanto, estaba de vuelta al comienzo del rompecabezas.

Lo que necesitaba era tener en sus manos ese testamento. Porque si podía reclamar para él esa cuenta, con ese dinero podría pagar las peores deudas de su propiedad, hacer arar y sembrar los campos otra vez y conseguir que sus tierras volvieran a producir.

Sin tener que entrar en un matrimonio por necesidad.

—Venga, mi muchacho —estaba diciendo su tío—. Lady Annella es una chica hermosa y heredera por añadidura. Por todos los santos, cualquiera diría que tiene granos en la cara y le faltan la mitad de los dientes. Así pues, decídete de una vez y hazle la proposición. Cuando vuelvas de tu luna de miel ya tendrás techos nuevos a montones.

Desesperado, Clifton había elegido ese momento para beber otro trago de whisky, y al atragantarse, tosió y todo saltó fuera.

—¿Mi qué? —logró farfullar.

—¡Luna de miel! Cáspita, hombre, ¿qué te pasa? Esa chica es pasmosa. Estoy comenzando a pensar si no te habrán dado un golpe en la cabeza mientras andabas en tus trabajos por el Continente. No entiendo que desees llevarte a la cama a lady Annella con sólo verla.

—Tío, estoy de acuerdo en que la chica es muy hermosa, pero quiero un poco más de tiempo para llegar a conocerla.

Aunque no necesitó mucho tiempo para enamorarse de Lucy. ¿Cuánto fue? ¿Dos semanas? ¿Una semana? Pero con unos cuantos días en su compañía había quedado atrapado por algo que no sabía explicar.

Eso era lo que seguía deseando: algo que no sabía explicar.

Al otro lado de la mesa, su tío se echó a reír.

—¿Qué es llegar a conocer? Para eso es el matrimonio, muchacho. Baila con ella unas cuantas veces más, ve a visitarla una tarde. Mejor aún, Agnes dice que lady Asterby y lady Annella van a salir de compras mañana por la tarde. Yo organizaré las cosas para que nos encontremos con ellas, y puedes invitarla a tomar helados o a lo que sea que les gusta a las chicas de hoy en día. Y entonces hinca la rodilla en el suelo y ruégale que te acepte, no sea que se te adelante otro y el diablo afortunado consiga su mano y su fortuna.

Hizo un gesto a uno de los camareros indicándole que trajera otra botella.

«Que sean dos», deseó decirle Clifton, pero le pareció que estaba a punto de meterse en líos, y necesitaba tener la cabeza despejada, si no, igual despertaba casado con ese dechado de virtudes.

O peor aún, peinando las calles de Mayfair en busca de Lucy.

Se le tensó el cuerpo, como le ocurría siempre que pensaba en ella. La recordaba; recordaba sus exuberantes curvas y su naturaleza apasionada.

¿Cómo llamó a la dama que la acompañaba? ¿Clump? ¿Clack? No, Clapp. Pero ¿quién era esa Clapp? ¿Su suegra, tal vez?

Tal vez lady Standon podría darle la dirección de Lucy, pues daba la impresión de que se conocían. Pero claro, pensó, recordan-

do su ceño fruncido y su enérgica regañina, tal vez preguntárselo no sería lo más prudente.

—Ah, eres tan cauto como tu padre —comentó Pentwortham, sin notar su desinterés—. Es tu sangre Grey. —Y continuó alegremente, obsesionado por sus grandiosos planes—: Agnes me dijo que no te presionara, pero, maldita sea, muchacho, ya tenemos casi encima la temporada, y me fastidiaría mucho que se te adelantara algún galán y te robara a lady Annella.

Clifton paseó la mirada por la sala, deseando encontrar a uno que se la robara.

—Además, no puedes seguir mucho más tiempo sin tener buen dinero. Y Asterby tiene muchísimo; es miembro de este club y del Brooks, y es aficionado a ir a las subastas de caballos en Tattersall —continuó su tío, voceando su plan con todo el entusiasmo de una pescadera—. Asterby está loco por los caballos, siempre lo ha estado, pero se preocupa de que sean purasangre.

—¿Sus caballos o su hija? —preguntó Clifton, sin poder evitarlo.

La broma resbaló por la cabeza de su tío.

—Ah, pues ambas cosas, mi muchacho. Ambas cosas.

Una ronda de vivas y sonoras risas masculinas resonaron en la sala, pues alguien había anotado otra apuesta en el famoso libro.

Afortunadamente, eso atrajo la atención de Pentwortham.

—Me gustaría saber qué ha pasado ahí. Tiene que haber ocurrido algo muy sonado para causar ese alboroto. —Echó atrás la cabeza y agitó la mano hacia un jovenzuelo que estaba pasando—. Eh, tú, Harmond, ¿verdad?

—Ah, buenas noches, milord —dijo el joven, inclinándose en una profunda venia—. ¿En qué le puedo servir?

—¿Qué tiene a todos en ese estado? ¿Ese bribón de Demple ha ido en persecución de otra mujer casada? Cómo se las arregla para entrar y salir de tantos dormitorios sin que le metan una bala en el...

—No, no —dijo Harmond, interrumpiendo las elucubraciones del marqués—. Todo ese follón se debe a un trío de ladies viudas.

—¿Ladies viudas? —repitió Clifton, mirando nuevamente hacia el bullicioso grupo, al que se iban sumando muchos otros atraí-

dos por el alboroto de las apuestas—. ¿Qué podrían tener tres ladies viejas para armar tanto alboroto?

—Al parecer tienen que casarse. O al menos eso es lo que asegura Stewie Hodges, porque el duque de Hollindrake les ha fijado dotes a las tres para quitárselas de las manos.

—¿No serán las viudas Standon? —exclamó Pentwortham; se estremeció y se le agitaron los gruesos carrillos como a un cerdo antes de la fiesta de san Miguel—. ¿Esas tres arpías?

—¿Standon? —preguntó Clifton—, ¿cómo en lady Standon?

—Sí, sí —contestó su tío, y se quedó inmóvil, toda una proeza en él—. ¡Un momento! ¿Conoces a alguna de ellas? Bueno, eso sí es una sorpresa.

—Esta misma tarde he intentado mantener una entrevista con lady Standon —dijo Clifton, estremeciéndose por el recuerdo.

—Por ese mal gesto tendría que imaginar que conociste a Minerva. Es una estirada. Seguro que te echó con cajas destempladas.

Clifton chasqueó los dedos.

—Pues sí. Me hizo zumbar la cabeza con su grito cuando le pregunté cómo había conocido a Malcolm.

Pentwortham se atragantó y farfulló:

—¿Le preguntaste a Minerva Sterling cómo conoció a tu hermano bastardo? —Le temblaron los enormes carrillos, si de risa o de consternación era difícil discernir—. Mi muchacho, tienes suerte de tener todavía la cabeza pegada al cuerpo. ¿Qué te hizo pensar que ella habría tenido algo que ver con Malcolm?

—Algo que dijo mi abogado. Un viejo asunto.

—No con Minerva. Esa es una estirada.

—Tal vez es una de las otras ladies Standon —sugirió Harmond.

Eso dio que pensar a Clifton.

—¿Quieres decir que hay más de una lady Standon?

El joven asintió.

—Sí, por supuesto. Son tres, en realidad. Hollindrake finalmente se cansó de sus riñas y les ha ordenado vivir a las tres juntas en una casa de Brook Street hasta que encuentren maridos. O, mejor dicho, la duquesa ha hecho el trabajo sucio, al menos eso es lo que asegura Stewie. —Hizo un gesto hacia el grupo bullicioso—.

Ahí están haciendo apuestas sobre quien está en situación tan apurada que desee casarse con una. Yo voy de camino a encargar flores, para ponerme al comienzo de la cola, por así decirlo. Por falta de fondos y esas cosas.

Y dicho eso, el joven hizo su venia y se apresuró a salir.

Clifton cerró los ojos e hizo una inspiración profunda. Entonces, si no era Minerva, ¿a cuál lady Standon había conocido Malcolm tan bien como para dejar su patrimonio en sus manos?

Pero antes que pudiera hacer más averiguaciones, le captó la atención el ruido que hicieron las patas del sillón de su tío.

—No le digas ni una palabra de esto a tu tía —le advirtió este, que se había levantado y estaba tironeándose el chaleco para que le cubriera la tripa—. No voy a apostar ni un solo penique, pero tengo que ir a ver qué es lo que cree saber sobre este asunto ese bobo de Hodges.

—Sí, vale la pena averiguarlo —lo instó Clifton, conociendo la predilección de su tío por las apuestas.

—Ah, no creas que te vas a deshacer de mí muy fácilmente. —Levantó su vaso en gesto de brindis—. Tenemos que acabar de hablar de este asunto de tu matrimonio.

—¿Matrimonio? —dijo una voz conocida.

Clifton levantó la vista y vio detenerse a su lado a su viejo amigo lord John Tremont.

—¡Jack! —exclamó, levantándose a estrechar con cálido entusiasmo la mano que este le tendía.

Hacía años que no se veían.

—¿Te vas a casar? —le preguntó Jack, aceptando la invitación a sentarse—. ¿Quién es la afortunada?

—Lady Annella Corby, la hija única de Asterby —contestó su tío antes que él pudiera rectificar—. Buena chica, buen matrimonio. ¡Díselo, Tremont! Dile lo bien que le va el matrimonio a un hombre. Tú estás extraordinariamente bien desde que te casaste con lady John. Una dama poco común, pero un encanto, he de decir, un encanto.

Por encima del hombro miró con anhelo al grupo, del que nuevamente se elevaron vivas.

—Cuidado ahí, Pentwortham —lo aconsejó Jack—. Stewie es un poco tramposo.

Eso hizo reír al marqués, que continuó mirando hacia el alboroto que armaba el grupo en el otro extremo de la sala.

Clifton pensó que se iba a escapar por fin de las maquinaciones matrimoniales de su tío, pues este estaba distraído por las apuestas, pero no tuvo esa suerte.

El gordo hombre volvió la atención a él y movió un dedo ante su cara.

—No lo olvides, Clifton. Mañana te esperaré en la esquina cercana a Bond Street a las dos en punto. Échale otra mirada a la damita y te desafío a decirme por qué no es la esposa perfecta. —Haciéndole un guiño echó a andar hacia el grupo, gritándole al hombre de la chaqueta naranja, chaleco rojo vivo y pantalones castaño rojizo—. Qué terrible grosería la tuya, mi buen hombre, no haberme invitado.

Resonaron más risas y expresiones que indicaban que daban mucha importancia a la llegada del marqués. Clifton comprendió que eso se debía a que lo consideraban presa fácil.

—Así pues, ¿de qué va este asunto de un matrimonio? —preguntó Jack, cogiendo la botella y sirviéndose en un vaso.

—Todavía no está decidido —dijo Clifton.

Jack lo miró detenidamente.

—¿Amas a esa muchacha?

Clifton negó con la cabeza.

—¿Amarla? Buen Dios, hombre, si casi no la conozco.

Jack se inclinó hacia él.

—Pues, entonces acepta el consejo de un hombre que ha escapado de más trampas para hacerme caer en el matrimonio de las que me atrevería a contar: vete de la ciudad inmediatamente.

Capítulo 10

Sonó un suave golpe en la puerta y Lucy se sentó en la cama.

—¿Lucy? —susurró una voz suplicante—. ¿Estás ahí?

Ella se levantó al instante y se dirigió a la puerta poniéndose la bata y atándose el cinturón. Cuando la abrió, Mickey entró como una flecha y se arrojó a sus brazos.

—Hay más pelea —susurró el niño, hundiendo la cara en su abdomen y rodeándola fuertemente con los brazos—. Abajo. Parece ser una agarrá de las buenas.

Lucy exhaló un suspiro lamentando ese lenguaje vulgar, pero ahora que ya estaba despierta, también oyó las voces elevadas.

Santo Dios, ¿estaban peleándose otra vez Minerva y Elinor? Porque después que se marchó la duquesa se habían enzarzado en una larga discusión acerca de quién tenía la culpa.

Principalmente le arrojaron las acusaciones a ella:

«¡Todo esto es por tu culpa! —exclamó Elinor—. No toleraré que me carguen con tus pecados, sabiendo que te hiciste pasar por mí en Brighton.»

«Porras, vuelta a la lata de Brighton —replicó ella—. Eso sólo fue un horrible malentendido, aunque no espero que escuches y atiendas a razones.»

¿Cómo iba a ser culpa suya que el posadero creyera que ella era Elinor? Él simplemente supuso que puesto que era lady Standon era Elinor. Eso ocurría con frecuencia. En cuanto a los daños que sufrió la posada, bueno, ella no sabía que la factura se la enviaron al duque de Hollindrake, como gastos de Elinor, y el dinero para pagarla se cogió de la asignación trimestral de Elinor, no de la suya.

«Bueno, los daños no fueron del todo obra mía», pensó, sintiendo una punzada de culpabilidad, porque aún no le perdonaba a Elinor que hubiera insistido en que ella y su séquito se trasladaran a la casa de verano del duque en Kent para que dejaran espacio para el grupo que llevaba con ella.

Ah, pues sacaron a relucir todo tipo de acusaciones e incidentes, hasta que entró Clapp distraída y sin querer se metió en la refriega preguntando con toda inocencia qué habitaciones iban a ocupar, y eso dio pie a otra discusión sobre quién iba a ocupar cuál habitación, en las condiciones que estaban estas.

Finalmente, todas se retiraron a los rincones elegidos de la casa a lamerse las heridas y, era de imaginar, a idear una estrategia para escapar de ese desastre.

Ella se había pasado la mayor parte del atardecer intentando idear un plan para escapar de Londres.

Para escapar «de él».

No porque creyera que él la deseaba, o que ella le importara algo.

No, era por lo que dijo: «Buscaba a lady Standon». Sin saberlo, había venido a visitarla a ella.

Y lo conocía lo bastante bien para saber que sólo era cuestión de tiempo que se enterara de la verdad y volviera.

A verla a ella, a la lady Standon que buscaba.

Vaya lata. «¿Para qué podría querer verme?», pensó, tratando de encontrar pistas en lo poco que había dicho.

«Un viejo asunto.» «Todo debe de ser un error, en todo caso.» «No logro ver a Malcolm relacionado con esa bruja.»

No, eso no presagiaba nada bueno. Apretando los labios, abrazó con más fuerza a Mickey.

En la escalera resonaban las voces, cada vez más fuertes.

—Voy a bajar a reventarles sus duras cabezas —masculló, y a Mickey le dijo—. Vamos, que necesitas tus horas de sueño.

Llevó al niño de vuelta a su cama.

«Todos las necesitamos», pensó, remetiéndole las mantas.

Después bajó por la escalera pisando fuerte, olvidados todos los modales Mayfair que había intentado inculcarle su suegra, lady Charles.

Arremangándose, alzó el mentón y apretó las mandíbulas. Si querían comportarse como mujeres de los Seven Dials, pues las trataría como a tales.

Pero cuando iba por los últimos peldaños vio a Minerva en el vestíbulo, en la parte oscura y cuando esta se giró a mirarla, se dio cuenta de que estaba blanca como papel.

Y era para estarlo, pensó, al oír retazos de las feas acusaciones que salían por la puerta cerrada de la sala de estar.

—... vamos, por toda la ciudad se comenta tu situación. La mía también, aunque qué puede importarle eso a una egoísta como tú.

Un golpe de tacón de bota recalcó eso.

—¿Quién es? —preguntó Lucy a Minerva, modulando las palabras.

—El padrastro de Elinor —susurró Minerva—, lord Lewis.

Se encogió, porque el hombre reanudó los gritos.

—Una maldita deshonra, eso es lo que eres. Has vuelto a hacerme quedar en ridículo.

Se oyeron más golpes de tacones, pues al parecer el hombre se estaba paseando por la sala.

—No permitiré que te cases sin darme la parte que me corresponde. No me vas a dejar sin lo que se me debe, puesto que tu anterior matrimonio fue un desastre. Ni siquiera lograste tener un heredero. Un heredero, Elinor, y entonces no te encontrarías en estos apuros. Eres tan inútil como lo fue tu madre para mí.

A eso siguió un fuerte sonido, el de una bofetada.

Lucy enderezó la espalda.

—¿La ha golpeado?

Porque aunque su padre siempre fue un hombre sin pelos en la lengua, nunca jamás golpeó a sus hijas, ni a ninguna otra mujer.

Minerva asintió.

—Temí que llegara a eso. —Movió la cabeza—. Es poco lo que podemos hacer.

—Poco lo que puedes hacer tú tal vez —dijo Lucy bajando los úiltimos peldaños—, pero yo no voy a permitir esto.

—No debes entrometerte —dijo Minerva, cogiéndole el brazo—. Vas a humillar a Elinor.

Lucy se soltó el brazo.

—No voy a permitir que ese hombre la golpee. Esta es mi casa también.

Atravesó el vestíbulo y abrió la puerta de la sala.

Elinor estaba desplomada en el suelo y su padrastro de pie a su lado, a punto de asestarle otro golpe. Una dama de nariz afilada se encontraba sentada en el sofá mirando la escena con un brillo de crueldad en los ojos.

El olor a coñac impregnaba el aire, y por los ojos adormilados y las mejillas rubicundas de lord Lewis, Lucy comprendió qué era: un matón borracho.

—Vuelva a golpearla y será lo último que haga —le dijo.

El hombre se quedó inmóvil; en realidad, también se quedaron inmóviles las dos damas.

Él la miró y sonrió despectivo.

—¿Quién diablos eres?

—Lucy, vete por favor —rogó Elinor—. Vete.

Al oír eso lord Lewis entrecerró los ojos.

—¿Lucy? ¿Tú eres Lucy Ellyson? ¿Te atreves a decirme lo que debo hacer? Fuera de aquí, puta despreciable. Vuelve a los Dials o al agujero de donde salió arrastrándose tu padre. —La miró de la cabeza a los pies—. O quédate si quieres, es decir, si te abres de piernas como hace la puta de tu madre.

Al parecer lord Lewis no había oído la historia de Monday Moggs.

Lucy oyó en su cabeza la súplica de lady Charles: «Sé una dama. No te dejes dominar por tu mal genio».

—Vete, por favor —volvió a susurrar Elinor.

Pero fue otro consejo el que predominó en la decisión de Lucy. Un trocito de sabiduría salido de los eruditos bolsillos de Rusty y Sammy: «Lleva siempre una chabela contigo, muchacha. Sirve para muchas más cosas que para soltar los goznes de una puerta».

Se dirigió al hogar y cogió uno de los candelabros sin velas de la repisa. No era tan versátil como una chabela, pero serviría.

—¡Fuera! —ordenó, blandiendo el candelabro ante él—. Salgan de esta casa inmediatamente y no se atrevan a volver a ensuciar

estas puertas, o verán lo mucho de los Dials que sigue corriendo por mis venas.

Sin dejar de amenazar con el candelabro a lord Lewis y a la furiosa mujer del sofá, le cogió el brazo a Elinor, la levantó y la empujó hacia Minerva.

La dama del sofá se levantó.

—Vamos, Fenton, apártate. Buen Dios, ¡está loca!

—Estoy más que loca —dijo Lucy—. Si alguna vez se atreve a levantarle la mano a Elinor otra vez...

—Le levantaré la mano a cualquier marrana que quiera, incluso a ti —dijo lord Lewis abalanzándose sobre ella, aunque sólo alcanzó a dar un paso vacilante, pues se quedó inmóvil y con los ojos desorbitados.

Lucy miró rápidamente atrás por encima del hombro y vio la formidable figura de Thomas-William en la puerta con una pistola apuntada al hombre.

La dama volvió a chillar, pero una brusca orden de lord Lewis la silenció. Los dos salieron derrotados de la sala y luego por la puerta de la calle, bajo la mirada vigilante e implacable de Thomas-William.

Antes que Lucy cerrara la puerta, lord Lewis levantó el puño y lo movió en dirección a Elinor.

—No creas que esto ha acabado, marrana inútil. Volveré. Quiero tener a tu hermana, no puedes quedártela eternamente. La ley está de mi parte.

Lucy ya había oído bastante. Cerró la puerta y se apresuró a correr el pestillo. Con la mano todavía en el pestillo, apoyó la espalda en la puerta y miró a Thomas-William.

—Gracias.

Él se limitó a emitir un soplido, negando con la cabeza, giró sobre sus talones y se perdió de vista en la oscuridad, en dirección a la parte de atrás de la casa, como si esas cosas ocurrieran con tanta frecuencia que no eran dignas de mención.

Elinor estaba temblando en los brazos de Minerva, las dos mirándola boquiabiertas, como si la vieran por primera vez.

Como si jamás hubieran presenciado algo tan horroroso.

Lucy se preparó para un sermón acerca del comportamiento de una dama; sobre no entrometerse en asuntos ajenos; sobre el comedimiento.

Así pues, la sorprendió un tanto oír decir a Minerva:

—Bien hecho, Lucy, fantástico, ooh, muy bien hecho.

Y como si eso no bastara para desconcertarla, Elinor atravesó el vestíbulo y la estrechó en sus temblorosos brazos en un fuerte abrazo.

—Buen Dios, ¿podrás perdonarme alguna vez?

—¿O a mí? —dijo Minerva, rodeándolas tímidamente con los brazos a las dos.

¿Minerva abrazándola?

—¿Qué vamos a hacer? —musitó Elinor pasado un momento—. No tenemos a nadie que nos ayude.

—No, Elinor —dijo Minerva—, nos tenemos mutuamente.— Entonces se apartó, como si de pronto hubiera recordado su lugar; bueno, casi—. Creo que esto pide un clarete y un buen brindis. ¿No te parece, Lucy?

Clifton y su viejo amigo Jack Tremont se fueron a instalar en un salón tranquilo del White para poder conversar y ponerse al día sin interrupciones o, como dijo Clifton:

—Para evitar a mi tío, no sea que se le meta en la cabeza que yo haga la proposición de matrimonio esta noche.

Jack se rió.

—¿Escapar de los franceses? Tss, tss. He oído cosas mejores de ti. Pero en este caso, podría convenirte esconderte.

—Ah, conoces bien a mi tío —dijo Clifton, muy serio.

Los dos se rieron.

—Entonces —dijo Jack—, ¿no amas a esta muchacha pero vas a permitir que tu tío te intimide y te obligue a casarte ella? —Movió la cabeza y sirvió un poco de coñac en las dos copas que les había llevado un camarero—. Parece ser tan despótico como Parkerton. En cada temporada intentaba obligarme a caer en la trampa del cura con una chica u otra. —Se estremeció al recordarlo—. ¿Para qué casarte? Si no te gusta la chica, dile a tu tío que deje de darte la lata.

Clifton se encogió de hombros.

—No puedo, necesito el dinero.

—Mmm —musitó Jack.

Siendo el segundo hijo, comprendía el problema. Durante años había tenido dificultades para sus pagos, pues su hermano el duque de Parkerton era el que administraba el dinero. Afortunadamente para él, se casó con Miranda Mabberly, hija de un plebeyo londinense, que con su gran capacidad y gusto por los negocios le sacó a flote sus empresas y ahora vivían muy cómodamente.

Pero él tenía la ventaja añadida de estar tan enamorado de su mujer que había abandonado su libertinaje y perdido el apodo de «Jack el Loco».

Bueno, casi, porque había sido un libertino tantos años que reconocía muy bien las señales.

—Hay otra —dijo, entrecerrando astutamente los ojos.

—No seas tonto, no hay ninguna otra —mintió Clifton.

Jack arqueó una ceja y lo observó detenidamente.

Moviéndose nervioso en el asiento por la escrutadora mirada de su amigo, Clifton trató de mejorar la mentira:

—Déjalo. No hay ninguna otra. ¿Cuándo habría tenido tiempo en estos siete años de haber formado algún tipo de relación amorosa?

Jack pareció apaciguado, porque se acomodó en su asiento.

—Supongo que no. Vamos, durante un tiempo la única mujer que yo veía en Thistleton Park era la mujer del carnicero.

—¿Era guapa? —rió Clifton.

—No, pero pasados unos meses se habría vuelto bastante atractiva.

Los dos se rieron.

—¿Qué te ha traído a la ciudad? —preguntó Jack—. Porque dudo que hubieras venido sólo a petición de tu tío.

—No, no, es por un viejo asunto de Malcolm que estoy investigando.

Jack palideció, porque él estaba con Malcolm la noche en que le dispararon. Valientemente había hecho todo lo posible para salvarle la vida, pero nada ni nadie lo hubiera salvado.

Sin embargo, seguía sintiéndose culpable.

Clifton cogió la botella y le llenó la copa.

—Todos conocíamos los riesgos —dijo—. Lo que ocurrió esa noche no fue culpa de nadie, sólo fue un error.

A él le había llevado algún tiempo llegar a esa comprensión, pero claro, ¿cómo no iba a llegar a ella cuando había visto morir a tantos hombres a lo largo de los años? Había visto lo veleidosa que es la suerte al repartir las cartas cuando se trata de quién sobrevive y quién muere.

Pero por la expresión de su cara vio que Jack seguía sintiéndose culpable, y se le ocurrió que lo mejor era hablar de otra cosa.

—Hace poco estuve revisando los papeles de mi padre y descubrí que había dejado unos fondos en fideicomiso para Malcolm. Dinero no vinculado con la propiedad.

—Muy bueno tu padre —comentó Jack.

—Sí, bueno, es una pequeña fortuna. Lo suficiente para sacarme del apuro en que me encuentro. Siguiendo pistas localicé la cuenta en que está el dinero, pero sigue en fideicomiso, reservado para sus herederos.

—Y tú eres el heredero —dijo Jack, levantando la copa para brindar por su buena suerte.

—Eso sería lo lógico, pero lo ha dejado a nombre de lady Standon. Yo no puedo tocarlo sin el permiso de ella.

—¿Lady Standon? —musitó Jack—. ¿Por qué Malcolm le iba a dejar su dinero a Lucy?

Clifton sintió bajar frío por la columna.

—¿Qué quieres decir con «Lucy»?

—Tienes que haberla conocido. Lucy, la hija de George Ellyson. Ella es lady Standon ahora.

—¿Lucy Ellyson?

—Ajá.

—¿Lucy Ellyson, la hija de George Ellyson, es lady Standon?

—Sí, ella. ¿La recuerdas entonces?

¿Recordarla? Si Jack supiera. La sorpresa fue como un jarro de agua fría.

—Ah, sí, la recuerdo.

—Se casó con el heredero de Hollindrake. Claro que entonces él no era el heredero, sino sólo un secretario en el despacho de un abogado.

Por la cabeza de Clifton pasaron frases sueltas de una conversación de hacía muchos años: «Ninguno aparte de Archie, el secretario del despacho del señor Strout». «Archie está prendado de Lucy.»

—¿Se casó con él? —dijo, aunque más para sí mismo.

—Ah, se armó un revuelo tremendo, sobre todo unos meses después, cuando murió el tío de Archie, el viejo borracho lord Edward, y Archie quedó el siguiente en la línea de sucesión. Puesto que no se podía deshacer el matrimonio, los Sterling hicieron todo lo posible por meterla en cintura, pero era Lucy. —Sonrió de oreja a oreja—. Creo que toda la familia exhaló un suspiro colectivo de alivio cuando Archie murió en ese antro de juego y el título pasó a Thatcher. —Se rió—. ¿Te imaginas a Lucy Ellyson duquesa? —Movió la cabeza—. Ah, no les ha dado otra cosa más que problemas como lady Standon. Conserva demasiado del carácter de su padre. Jamás ha tolerado a los idiotas, y por desgracia la alta sociedad está bastante a rebosar de ellos.

Bueno, ese era un punto que Clifton no iba a discutir, porque encontraba absolutamente ridícula a la alta sociedad londinense. De todos modos, dejando de lado su carácter, ¿por qué Lucy se casó con Archie Sterling?

«Lo siento —había conseguido decir—, supongo que debería llamarte por tu nombre de casada, pero no lo sé.» Y ella negó con la cabeza: «Lucy sigue yendo bien, milord».

Pero no le dijo que era viuda, ni que era lady Standon.

Apretó las mandíbulas, recordando aquella vez cuando la embromó por lo de Monday Moggs: «¿O sea, que si hubiera tenido un título, propiedades, buenos ingresos y un establo lleno de caballos educados no lo habría arrojado al suelo? ¿Le habría permitido llevar a cabo sus nefarios planes?».

Incumpliendo la promesa que le hiciera a él, Lucy se agarró a Archie Sterling, que finalmente acabaría siendo heredero de un ducado.

Vio bajo una luz totalmente diferente la conversación que tuvo con ella esa tarde. Pero quedaba una importante pregunta sin responder.

—¿Por qué Malcolm le habrá dejado su fortuna?

Sin querer hizo la pregunta en voz alta, pero resultó que Jack tenía su teoría.

—Tal vez estaba enamorado de ella —dijo—. Aunque yo diría que Mariana, con lo bonita que era, habría sido más de su gusto. Cáspita, todos los hombres que pasaron por esa casa se marcharon medio enamorados de una de ellas. —Levantó la copa en fingido brindis—. Gloriosas chicas las dos.

Clifton se acomodó apoyándose en el respaldo e intentó reunir los datos que acababa de darle Jack.

—¿Por qué se casaría con él? —musitó, hablando consigo mismo.

—¿Con Archie? —dijo Jack, pensando que la pregunta se debía a curiosidad—. A mí también me extrañó eso. Tiene que haber tenido un motivo condenadamente bueno, porque Lucy Ellyson nunca fue una tonta.

Esas palabras hicieron mella en la creciente furia de Clifton, porque Jack tenía razón. Lucy nunca fue una chica que perdiera la cabeza por un título o por riquezas.

—Podría haberla llevado a eso su sufrimiento —continuó Jack—. Mariana y su padre habían muerto. No le quedaba nadie, y no tenía a quien recurrir. Y estaba Archie. —Lo miró—. Supongo que eso lo entiendes. Después de la muerte de Malcolm, yo estaba seguro de que tú no volverías a Inglaterra. Ese día que zarpaste desde Thistleton Park le dije a Miranda que era muy probable que no volviéramos a verte nunca más. Nunca había visto a un hombre tan destrozado por la aflicción. —Alargó la mano y le dio una palmadita en el hombro—. Me alegra ver que estaba equivocado.

Clifton le dio las gracias con un gesto de asentimiento, pero por su cabeza pasaban arremolinados los pensamientos; las preguntas sonaban todas juntas haciéndosela zumbar.

«¿Por qué Lucy no lo esperó?»

«¿Por qué Malcolm le dejó su dinero a ella?»

Aunque en su interior hervían la furia y la desconfianza, instándolo a ir inmediatamente a la casa de Brook Street a exigirle respuestas, su orgullo se rebeló, agarrándose a otra de las máximas de Ellyson: «No hagas la pregunta si no deseas oír la respuesta».

No, no se lo preguntaría. Era ella, después de todo, la que le fue infiel y se casó con otro. Ella le debía a él una explicación.

Si tuviera el testamento de Malcolm en sus manos podría encontrar alguna pista. Si el secretario de Strout no lo hubiera extraviado.

Un momento. El secretario...

—Eso es —dijo, levantándose bruscamente.

¿Por qué diablos no se le había ocurrido antes? ¡El secretario!

—¿Qué pasa? —preguntó Jack, sobresaltado, en su cómodo sillón.

—¿Estás de ánimo para ir a hacer una investigación al estilo George Ellyson?

Jack esbozó una ancha sonrisa y se levantó al instante.

—¿Será algo ilegal o ilícito? —preguntó.

Era evidente que el feliz estado conyugal de su amigo no había dejado totalmente atrás a Jack el Loco, pensó Clifton.

—Es posible —dijo, dirigiéndose a la puerta del club.

—Esto es mucho mejor que encontrarme con mi hermano para oír otro de sus soporíferos sermones —comentó Jack, siguiéndolo pegado a sus talones.

Cuando ya estaban en la acera esperando que llegara el coche de Clifton, Jack se cruzó de brazos y dio un puntapié a una piedra.

—Al final no me dijiste cuál de las hermanas Ellyson te gustaba.

Clifton no lo miró, continuó mirando al frente. Pasado un momento contestó:

—Lucy.

—Eso pensé —dijo Jack—. Me parece más de tu tipo. ¿Te sigue gustando?

—No —mintió Clifton.

Y Jack, habiendo sido un libertino y un tarambana, sabía que era mejor no insistir.

—Tiene que haber una solución para todo esto —dijo Lucy, sentándose bien en el cojín que había puesto en el suelo cerca del hogar—. Algo que nos vaya bien a todas.

—Vosotras dos podríais mudaros —sugirió Minerva, celebrando su broma con una sonrisa.

Las dos botellas de clarete que se habían bebido podrían tener mucho que ver con la ancha sonrisa de Minerva. ¡Minerva sonriendo! Porque después que se marchó lord Lewis habían hecho una incursión a la cocina y descubierto una pequeña provisión de vinos decentes, como también de un plato de galletas.

Dos botellas de clarete y un plato de galletas las habían convertido en amigas.

—No tengo ningún otro lugar adonde ir —dijo Lucy—. La casa en que vivíamos en Hampstead pertenecía al duque de Parkerton, y cuando murió mi padre se acabó el arrendamiento. Por eso me casé con Archie.

—¿El duque te echó de tu casa? —preguntó Elinor.

Lucy asintió.

—Si alguna vez me encuentro con él le diré lo que pienso de su persona —dijo su nueva amiga—. Tiene que ser un hombre horrendo.

—¡Desde luego! —convino Minerva.

—Así que no sólo soy viuda sino también indigente —dijo Lucy.

—¿Y la *contessa*? —preguntó Elinor, y al instante se ruborizó por referirse a la dama que no se mencionaba jamás en voz alta en el clan Sterling; envalentonada como estaba, continuó—: ¿No te ayudaría?

—Ah, no. Lo último que necesita la *contessa* es tener con ella a una hija de la mitad de sus años. Es demasiado joven, asegura, para tener una hija de mi edad. Además, normalmente está hundida hasta el cuello en deudas, sobre todo cuando se encuentra en un periodo de transición entre un protector y otro.

—¡Oh, qué cosas! No lo sabía —dijo Elinor y entonces miró a Minerva—. Tú podrías mudarte. Me imagino que tu primo podría ofrecerte una casa para la viuda u otra residencia conveniente, consideradas las circunstancias. Nunca has perdido una oportunidad

de decirnos lo muy superiores que son los condes de Gilston, y la gran antigüedad de su linaje.

Minerva se ruborizó.

—He sido tremendamente horrenda, ¿verdad?

Elinor desvió la mirada porque todavía seguía siendo demasiado dama para ser totalmente sincera.

Pero Lucy no era tan cohibida.

—Bestial —dijo, y con lo achispada que estaba se desternilló de risa; Elinor y Minerva se le unieron.

—En cuanto a mudarme de casa, me es imposible —dijo Minerva—. Mi primo me ha dejado muy claro que ahora soy una Sterling y, por lo tanto, responsabilidad de Hollindrake. —Guardó silencio un momento, y Lucy sólo pudo imaginarse lo que le costó decir lo siguiente—: No tengo adónde ir.

Su sinceridad hizo pasar un silencioso frío por la sala.

Elinor desvió la mirada.

—Yo tampoco —añadió.

—Comprendo —dijo Lucy. Cambió de posición y miró a Elinor—. Pero no entiendo cómo ha podido tu madre tolerar que te golpeara.— ¡Estaba simplemente ahí sentada!

Su madre podía ser una vergüenza, pensó, pero no habría permitido ese maltrato.

Elinor negó con la cabeza.

—¡Santo cielo, Lucy!, esa mujer no es mi madre. Es la nueva esposa de lord Lewis.

—La ex Oriable Huthwaite —añadió Minerva—, clase «alta» baja en realidad, muy baja.

—Coincido contigo —dijo Elinor, arrugando la nariz; enseguida miró a Lucy—. Sin intención de ofender.

—No me has ofendido —dijo Lucy.

—Seré la primera en decir que tu procedencia nos ha sido de mucha utilidad esta noche —reconoció Minerva—. Tal vez en los colegios de Bath deberían enseñar usos alternativos de los candelabros.

—Lo que no entiendo —dijo Lucy—, es que si lord Lewis es tu padrastro y esa señora no es tu madre, ¿cómo puede tener él el control de tu futuro o el de Tia?

—Cuando se casó con mi madre consiguió la custodia de las dos —explicó Elinor, y desvió la cara porque los ojos se le habían llenado de lágrimas; dejando a un lado la copa, se los limpió—. Es intolerable. Yo podría liberarme de él, pero mi hermana no. Y ahora pretende ocuparse de casar a Tia.

—¡Pero si sólo es una niña! —protestó Minerva—. Aun no tiene catorce años.

—Sí, lo sé. Pero no sería la primera vez que obliga a una hijastra a casarse en contra de sus deseos. Por eso la saqué del colegio y la traje conmigo a Londres, para tenerla oculta de él hasta que pudiera solicitar ayuda al duque. Pero ahora...

Las tres sabían que esa ayuda del duque podría no llegar, o al menos sería difícil conseguirla.

—Debemos impedírselo —dijo Lucy, y al instante enmendó—. Se lo impediremos.

Diciendo eso le cogió la mano a Elinor y se la apretó.

Estuvieron un rato en silencio, cada una sumida en sus pensamientos.

—Bien arregladas estamos. De hecho, ella nos tiene bien arrinconadas —dijo Minerva, empleando expresiones vulgares nada típicas de ella—. Pero en tu caso, Elinor, podría convenirte seguir el consejo de su excelencia y casarte.

—No tengo la menor intención de volverme a casar —declaró Elinor. Arrugó la nariz, abatida—. Y no me hace ninguna falta encontrarme en la cama de otro hombre.

—A mí tampoco —dijo Minerva al instante—. No seré el «deber» de un hombre.

Lucy las miró a las dos, cayendo en la cuenta de que se referían a la cama de matrimonio. Aunque no conoció al primer lord Standon, Philip Sterling, que era veinte años mayor que Minerva cuando esta se convirtió en su esposa, había oído hablar de él lo suficiente para saber que era un bruto y un gamberro. Elinor no lo tuvo mucho mejor con el hermano de Philip, Edward, que según se rumoreaba en la familia, era un borracho relamido al que le gustaban más sus acompañantes masculinos que su inocente esposa.

No era de extrañar que esas dos ladies Standon no sintieran el menor entusiasmo por el matrimonio.

—No es tan terrible —dijo—. Quiero decir, el deber.

Las dos la miraron boquiabiertas y ella maldijo al clarete que le había soltado la lengua y a su desafortunada tendencia a decir todo lo que le pasaba por la cabeza.

Elinor se rió, envalentonada por sus copas, y preguntó:

—¿Quieres hacernos creer que Archie Sterling era un buen amante?

—¿Quién, Archie? —rió Lucy—. Uy, santo cielo, ¡no!

Sólo entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de decir.

Elinor agrandó los ojos.

—¡Has tenido un amante! —exclamó, moviendo un dedo hacia ella—. Uno bueno.

En lugar de mirarla recelosas, las dos se acercaron más a ella.

—Cuéntanos —rogó Elinor.

—Sí, todos los detalles —añadió Minerva.

—¡No! —exclamó Lucy, negando enérgicamente con la cabeza.

—Ah, tiene que haber sido celestial —dijo Elinor, dándole un codazo a Minerva—, porque fíjate cómo se ruboriza.

—¿Fue uno de los agentes del rey? —preguntó Minerva.

Lucy enderezó la espalda y la miró boquiabierta.

—Vamos, Lucy, por favor —dijo Minerva—, lo sabemos todo acerca de tu padre. Tienes que haber conocido a muchísimos agentes audaces. Tiene que haber sido uno de ellos.

Y las dos continuaron mirándola, sonriéndole, como un par de gatas hambrientas.

Y no hubo manera de distraerlas.

—Ah, pues si tenéis que saberlo —dijo—, sí. Pero no puedo decir nada más. No diré nada más.

Elinor le hizo un gesto a Minerva y esta cogió la botella y llenó la copa de Lucy.

—¿No estábamos hablando de la situación de Elinor? —dijo esta, tomando nota de no beber más clarete, porque empezaría a parlotear peor de lo que parloteaba Mariana.

—Sí, supongo que debemos —dijo Minerva—. De verdad, Elinor, tal vez, como sugiere Lucy, un matrimonio podría resultar bien, y eso mantendría a raya a ese despreciable padrastro tuyo.

Lucy miró atentamente a Minerva, porque le pareció que la sugerencia de su nueva amiga a Elinor le convenía a ella también. Si se casaba, Clifton no podría perseguirla. No se atrevería.

—Fui criada para ser duquesa —declaró Elinor—, no para contentarme con lo que haya y probar con los caballeros de la libreta de la duquesa que siguen solteros.

—¿Ni aunque eso signifique salvar a Tia? —preguntó Lucy, en voz baja.

Las tres se giraron a mirar la libreta encuadernada en piel que seguía en el pedestal del vestíbulo donde la dejara la duquesa.

—Sólo hay una manera de saberlo —dijo Lucy.

Levantándose, salió al vestíbulo y fue hasta el pedestal; antes de cogerla miró la desgastada cubierta, la abrió y leyó las palabras escritas con letra de niña en la primera página: «Confidencial. Propiedad de Felicity Langley».

O sea, que la duquesa había tenido sus sueños también, pensó. Y los hizo realidad en su matrimonio con el hombre que heredó el ducado Hollindrake.

Haciendo una inspiración profunda, la cogió, volvió a la sala de estar y después de cerrar la puerta fue a ocupar su lugar junto al hogar.

Estuvieron un momento sentadas esperando, hasta que Minerva dijo:

—Ah, porras, venga Lucy, ábrela.

Lucy asintió, contó hasta tres y dejándose guiar por los hados y la casualidad, la abrió al azar.

—¿Qué dice? —preguntó Elinor, deslizándose por el sofá hasta poder mirar por encima del hombro de Lucy—. Ah, caramba. ¡Es Winny Addleston!

—Minny Winny no —dijo Minerva, levantándose y yendo a sentarse en el suelo al lado de Lucy—. Buen Dios, todos saben que es un grandísimo idiota.

—¿Minny Winny? —dijo Lucy, negando con la cabeza—. Aquí no dice nada de eso. Ahora, escuchad lo que ha escrito la duquesa —añadió y leyó:

Winston, Barón Addleston, nacido en 1783.

Propiedades: Addleston House, mansión isabelina con buenas tierras de pastoreo y excelentes ingresos de la lana.

El barón tiene fama por criar buenos perros de caza y excelentes caballos. Prefiere el campo. Temperamento afable, bueno con los pobres de su parroquia. Lo único que necesita es venir a la ciudad a buscar esposa.

Levantó la cabeza.

—A mí me parece una perspectiva decente —comentó.

Minerva sorbió por la nariz.

—Si quieres pasar el resto de tu vida enterrada en el campo oyéndolo resollar.

Elinor se rió.

—Yo creo que resollaría durante todo el cumplimiento de su deber. Muy molesto, ¿no os parece?

Las tres se rieron.

—Busca otro, Lucy —instó Minerva—. Uno con un rango algo más elevado. Uno que posea un toque de ciudad.

Las dos la miraron.

—Me gusta un hombre con un poco de refinamiento —explicó Minerva, sin disculparse.

Lucy pasó las páginas y se detuvo en una al azar, con la esperanza de que el hombre tuviera ese «toque» que deseaba Minerva.

Pero, al bajar la cabeza para leer, horrorizada vio un nombre que conocía muy bien.

«Justin Grey, conde de Clifton.»

Cerró bruscamente la libreta.

—Esto es una absoluta tontería.

—¡No, no! —exclamó Elinor, arrebatándole la libreta—. Ese era el conde de Clifton. ¿No es el hombre que vino aquí a importunarte, Minerva?

—Un impertinente —dijo esta, recordando—. Y sin el más mínimo toque de refinamiento.

—Supongo que no —repuso Elinor—. De todos modos, es guapísimo. Ese pelo moreno y esos ojos. Muy penetrantes.

Pasó las páginas hasta encontrar la que buscaba y leyó en voz alta:

Justin Grey, conde de Clifton

Propiedad: Clifton House, antigua propiedad situada a la orilla del Támesis.

El conde de Clifton procede de una larga sucesión de nobles que han servido lealmente a Inglaterra.

—Eso han hecho la mayoría de los nobles de Londres —comentó Minerva, sorbiendo por la nariz—, pero eso no me lleva creer que puedan ser buenos amantes.

—No, no, escucha esto —dijo Elinor, y continuó leyendo.

Lucy no necesitaba escuchar; cerró los ojos y lo vio. Lo vio ese primer día, cuando lo conoció, todo decoroso y estirado. Lo vio cuando estaba a punto de besarla en el camino, sus ojos oscurecidos y misteriosos. Lo vio aquella noche que la depositó en su cama y le hizo el amor.

Mientras tanto, Elinor continuaba leyendo:

Clifton ha demostrado tener una valentía que rara vez se ve, ha sacrificado muchísimo por su país. Está considerado uno de los mejores hombres que han servido en el Foreign Office. Se merece una dama que posea ánimo y valentía (y una buena dote), que lo ayude a curar sus heridas.

—¿Fue herido? —preguntó Minerva—. A mí me pareció muy sanote cuando estuvo aquí.

—Creo que sus heridas son más del corazón —dijo Lucy—. Las dificultades que ha enfrentado, los peligros que ha superado.

Sus oyentes asintieron solemnemente.

—¿Dijo qué quería? —preguntó Lucy, tratando de parecer despreocupada; al ver que las dos la miraban interrogante, se encogió de hombros—. Le vi en la escalinata cuando salía. Fuera cual fuera su impertinencia, Minerva, fuiste muy eficiente en echarlo con cajas destempladas.

—Una tontería sobre su hermano. Su hermano «natural». —Movió la cabeza—. Que si yo lo había conocido.

—Malcolm —dijo Lucy, sin pensarlo.

—¿Perdón? —preguntó Minerva.

—Su hermano se llamaba Malcolm. Y sirvió como agente también. Lo mataron en una playa cerca de Hastings. Los milicianos de la localidad lo tomaron por un contrabandista y le dispararon.

Desvió la cara.

—Oh, pobre hombre —exclamó Minerva—. Qué terrible tragedia.

«Más de lo que podrías suponer», le habría dicho Lucy.

Elinor ladeó la cabeza y la miró atentamente.

—¿Los conocías? ¿A este Malcolm y a lord Clifton?

Mirando a sus dos nuevas camaradas, Lucy percibió que esa noche habían forjado un lazo real, que no se debía solamente al clarete y a lord Lewis. Estaban juntas en esa grave situación, y comprendió lo mucho que había echado de menos a Mariana y la amistad que había entre ellas.

—Sí, les conocí a los dos.

Minerva no se limitaba a ser regia; también era muy inteligente, y Lucy vio cómo llegaba a sus conclusiones.

—¡Te buscaba a ti!

Lucy retuvo el aliento, porque Minerva no había acabado. Su expresión pasó lentamente de asombro a verdadera conmoción, y entonces miró hacia el techo y luego volvió a mirarla a ella.

—Dios de los cielos. Mickey.

Capítulo 11

A la mañana siguiente Lucy bajó a desayunar sintiéndose bastante turbada. ¿Cómo pudo ocurrírsele contarles a Elinor y Minerva lo de Clifton y lo de Mickey, y el motivo por el que el conde no debía enterarse de la existencia del niño?

«Demasiado clarete y muy poco sentido común», se dijo. Había soltado sus secretos como la peor clase de agente pasado al otro bando.

A su padre le horrorizaría su comportamiento.

Pero al final, tanto Minerva como Elinor estuvieron de acuerdo con su razonamiento, y en lugar de mostrarse consternadas, la abrazaron. Bueno, Elinor la abrazó, y prometieron ayudarla.

«De verdad procuraremos ayudarnos mutuamente», insistió Minerva cuando se dirigían tambaleantes a sus respectivos dormitorios.

Pero ella no estaba segura de si esos sentimientos continuarían siendo ciertos a la fría luz del día.

Y claro, a los criados no se les había informado de la distensión producida esa noche pasada. Se detuvo en la escalera al oír salir de una de las habitaciones el comienzo de una discusión entre las doncellas de Minerva y Elinor. Sobre el uso de la plancha.

Y de más allá le llegó la voz elevada de Clapp, consternada por algo, mientras al pie de la escalera el señor Otter, el calmado y sensato señor Otter, discutía con el ama de llaves, la señora Hutchinson.

—Una dieta sensata para un niño, señora —estaba diciendo—, no consiste en una ración doble de beicon con huevos. Lo va a

convertir en un holgazán glotón. Un plato de avena hervida y una taza de té no cargado le irán muchísimo mejor.

—No es un caballo, señor Otter. Es un muchacho que está creciendo y tiene buen apetito como es lo normal a su edad. Y le digo ahora mismo que cuide sus palabras conmigo en cuanto a la cocina si no quiere imaginarse comiendo su última cena.

Bueno, santo cielo. Y esa era sólo la primera mañana de esa convivencia obligada. ¿Cómo sería al final de la semana?

Justo en ese momento sonó la campanilla de la puerta. Miró alrededor en busca del señor Mudgett para que fuera a abrir, pero el ex ordenanza y actual mayordomo no se veía por ninguna parte.

Y al parecer ni el señor Otter ni la señora Hutchinson tenían la menor intención de atender la llamada, y volvió a sonar la campanilla, esta vez con más insistencia.

Echó una lastimera mirada al ama de llaves, pero esta estaba ocupada secándose las manos en el delantal, aparentemente ajena a todo.

—No voy a ir a abrir la puerta —dijo la mujer—. Tiene que ser otro de esos encopetados que han estado llamando desde el amanecer. Estoy harta de todos ellos. Esta casa tiene más flores que un funeral, y huele a funeral también.

Sólo entonces Lucy se fijó en los ramos de flores, montones de ramos, distribuidos por todos los espacios y rincones disponibles: sobre la mesa para dejar la correspondencia, en el asiento de la ventana. Incluso un estante pequeño destinado a chucherías, estaba lleno de flores.

Bueeno, daba la impresión de que hubieran asaltado todos los invernaderos de Londres.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Para quién son todos esos ramos?

—Bueno, usted elige, milady —contestó la señora Hutchinson—. Todos se han de entregar a lady Standon. —Emitió un bufido y movió la cabeza—. Creo que ni a uno solo de esos bobos le importa cuál de ustedes los recibe. Sólo piensan en matrimonio.

—Vamos, ¡esto es una absoluta tontería! —exclamó Lucy—. ¿Por qué se les ha ocurrido...?

Otro campanillazo interrumpió su pregunta.

—No me mire a mí —dijo la señora Hutchinson—. Estoy cansada hasta los dedos de los pies con esa tonta campanilla y todas las peticiones que he tenido que oír esta mañana. —Miró hacia el señor Otter arqueando significativamente las cejas—. Además, tengo que ir a hornear tartas de manzana y natillas para el niño.

Y con ese último disparo, giró sobre sus talones y se alejó hacia la parte de atrás de la casa para bajar a su dominio, la cocina.

Esto incitó al señor Otter a lanzar otra andanada de quejas farfulladas.

—Mi buena mujer, no querrá engordar al niño para asarlo, ¿verdad?

Y la siguió, soltando una letanía de alimentos aceptables.

Lucy pensó que si en su lugar estuviera Minerva o Elinor, la pobre alma que estaba al otro lado de la puerta tendría que seguir tirando del cordón en vano, pero afortunadamente para quien fuera, ella no tenía esas sensibilidades aristocráticas.

Al fin y al cabo, en la casa de su padre en Hampstead había abierto la puerta con bastante frecuencia cuando era joven. Encantada de descubrir quién estaba al otro lado.

Siempre con la esperanza de que fuera él, que volvía a reclamar su corazón, como había prometido.

Otro campanillazo la sacó de sus pensamientos, así que se abrió paso por los varios y enormes arreglos florales, llegó a la puerta, descorrió el pestillo y la abrió.

Y se encontró con un inmenso ramo de rosas casi metido en la cara.

—¡Son para lady Standon! —tronó una voz imperiosa.

Entonces apareció otro ramo, al parecer de jacintos, por el embriagador olor, haciendo a un lado el de rosas.

—¿Por qué crees que la hermosa lady Standon va a aceptar tus lamentables rosas, mi buen hombre? —dijo otra voz igualmente imperiosa.

Lucy trató de apartar los ramos para poder ver a esos aspirantes a galanes, pero se le adelantó otra persona que subió detrás de ellos.

—Apartaos —ordenó la voz de una dama mayor—. Buen Dios, ¿eres tú, Percy Harmond?

Se introdujo un bastón entre los dos hombres, y sendos golpes en sus respectivos codos los obligó a apartarse, con lo que los ramos salieron volando y cayeron al suelo en una lluvia de flores y pétalos sueltos.

Con el bastón en la mano, la regia anciana, de cara arrugada y brillantes ojos azules bajo una resplandeciente cofia almidonada y papalina, miró a los dos caballeros como intentando decidir a cual golpear primero.

Su penetrante mirada recayó en el desafortunado Percy Harmond.

—Buen Dios, hombre, ya estás tan gordo como tu tío Henry. Y probablemente igual de endeudado. ¿Cómo se te ocurre? ¿Venir a visitar a mi sobrina? Vete. Y tú también, lord George. Vamos, el color de tu chaleco te hace parecer enfermo. ¿En qué estaba pensando tu sastre? ¡No! No me digas que fue idea tuya, porque pensaré que eres más bobo de lo que ya te creo. Un fastidio, unos pesados los dos. Ahora, marchaos.

Mientras soltaba esa regañina, la anciana había conseguido meterse entre los dos hombres sobre el estrecho peldaño de arriba, y entonces se giró moviendo el bastón hacia ellos, acompañando el movimiento con insultos bien informados.

Una vez que los dos hombres echaron a correr como cobradores de facturas enfrentados a un par de pistolas, ella entró pasando por un lado de Lucy.

—Bueno, no te quedes ahí boquiabierta, muchacha, y ve a anunciarme.

Sólo entonces Lucy vio a la otra dama que iba subiendo la escalinata.

—¡Lady Charles! —exclamó, sorprendida al ver a su suegra.

Mientras los demás Sterling la trataban con desprecio, en la madre de Archie siempre había encontrado una afectuosa acogida.

—¡Anúnciame, muchacha tonta! —exclamó la otra dama, mientras Lucy cerraba la puerta y se volvía hacia ella.

—No sé quién es usted —dijo.

Miró a lady Charles en busca de ayuda, pero esta sólo la miró algo aturdida.

—Soy la tía de lady Standon, infeliz muchacha —anunció la dama torbellino—. Su tía Bedelia. Ahora muévete, no sea que te eche a ti también.

Agitó el bastón para recalcar ese punto.

—Muy bien, señora —dijo Lucy, bastante desconcertada. Por encima del hombro de la dama vio a lady Charles sonriendo, como si esos numeritos fueran de lo más normales al estar en compañía de la dama—. Creo que su sobrina está tomando el desayuno.

Seguida por ellas llegó a la puerta del comedor, pero antes que pudiera decir una sola palabra, Elinor la vio y dijo:

—Ah, estás ahí. ¿Tú la cogiste?

—¿Cogí qué?

—Lo que quiere saber —explicó Minerva, levantando la vista de su plato con una tostada sin mantequilla y una delgadísima loncha de jamón—, es si tú cogiste la libreta de la duquesa.

—¡Ajá! —farfulló la tía Bedelia, entrando y moviendo su bastón bajo la nariz de Lucy—. Conque también robas además de descuidar tus deberes. —La miró con más atención—. Seguro que eres una doncella del andrajoso y descabellado grupo de criados de Lucy Sterling.

—¡Tía! —dijo Minerva con voz débil, levantándose de su silla, pálida como si acabara de ver un fantasma—. ¿Cómo...?

Olvidándose por el momento de Lucy, la tía Bedelia rodeó la mesa en dirección a su sobrina.

—¿Cómo te he encontrado? Bueno, no sin dificultades, podría decir. —Miró hacia Lucy—. ¿No tienes deberes que atender, muchacha? ¿O debo hacer llamar a esa lady Standon tábano...? Rosebel, ¿cómo se te pudo ocurrir permitir que Archie se casara con la hija de ese hombre? Aunque claro, los hombres jamás toman en cuenta las expectativas futuras cuando se casan, ¿verdad? —Paseó la mirada por la sala—. ¿Donde estaba? Ah, sí, ve inmediatamente a buscar a Lucy Sterling, para poder explicarle a esa arribista maleducada la importancia de tener criadas respetables.

—Tía Bedelia —dijo Minerva, con la voz tensa, y cogiéndose del borde de la mesa, como para no caerse—, ella es Lucy Sterling.

La tía Bedelia ni siquiera se encogió. Simplemente dirigió a Lucy una mirada fulminante.

—¡Santo cielo! ¡¿Abriendo ella la puerta?! Eres tan rara como dicen, he de reconocer. Ahora bien, enderézate, chica. —Levantó el bastón, le dio unos golpecitos en un costado y luego en el otro, hasta que Lucy estuvo muy erguida en posición de firmes—. ¿Cómo va a saber alguièn que eres marquesa si no adoptas la postura correcta? Yo tendría que saberlo, he sido marquesa ¡dos veces!

Resultó que la tía Bedelia se había casado cinco veces. Dos marqueses, un conde, un barón y, más recientemente, un vizconde. El vizconde Chudley para ser exactos.

El matrimonio era un tema en el que estaba muy bien versada, y era de matrimonio a lo que venían a hablar ella y lady Charles.

—No puedo dejar de sentirme algo responsable de esta situación —dijo lady Charles cuando ya estuvieron instaladas en la sala de estar.

—¿Cómo podría pensar que es culpa suya? —preguntó Minerva.

A Lucy no le cupo duda de que Minerva habría deseado terminar la frase con una acusación más enfocada: «No, milady, la culpa no es suya sino de su entrometida nuera».

Lady Charles agitó una mano.

—Yo debería haber hecho algo más para conseguir que las tres os reconciliarais, porque, y por favor no os sintáis ofendidas, siempre he pensado que podríais ser buenas amigas.

Las tres se miraron y se echaron a reír.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó la tía Bedelia—. No encuentro en absoluto divertidas vuestras circunstancias.

—Querida tía Bedelia —dijo Minerva—, es sólo que antes de anoche yo habría encontrado absolutamente ridícula la sugerencia de amistad de lady Charles.

Lady Charles miró alrededor y su mirada recayó en las dos botellas de clarete vacías.

—Veo que habéis aireado las cosas entre vosotras.

La tía Bedelia también se fijó en las botellas.

—Os emborrachasteis, ¿verdad?

—No hable tan fuerte, por favor, milady —dijo Elinor, poniéndose una mano en la frente.

—La bebida no nos ha salvado a ninguna —bufó la dama—. De todos modos tenemos mucho de que hablar, entre otras cosas de vuestros matrimonios.

—Milady, no tenemos la menor intención de casarnos —dijo Lucy.

Las otras dos asintieron.

—¡No casarse! ¡Bah! Pues claro que debéis casaros.

—De verdad, no queremos maridos —dijo Minerva—. Nuestra intención es mantenernos unidas contra esta injusticia.

—¡Una absoluta tontería!

—Ya tuvimos nuestros matrimonios, milady —señaló Elinor—. Y no queremos repetir la experiencia.

—No dirías eso si no hubieras hecho un desastre de tu primera ronda —declaró Bedelia—. Yo he tenido cinco maridos y sé muchísimo más acerca de los hombres que cualquiera de vosotras.

—Yo señalaría que no tuvimos opción para elegir marido, dadas las circunstancias —dijo Minerva delicadamente.

—Pero ahora la tenéis —terció lady Charles—. Y estoy de acuerdo con Bedelia, el matrimonio con el hombre apropiado es muy satisfactorio. Una dicha en realidad.

Lucy recordó la pasión que había conocido aquella única noche con Clifton, y siempre había pensado si no sería la naturaleza ilícita de la relación lo que la hizo tan fabulosa.

Porque la cama de matrimonio con Archie nunca tuvo la menor semejanza con esa noche.

Lady Charles no había acabado de exponer sus puntos:

—Encuentro vergonzoso que vayáis a pasar toda la vida en esta casa sólo por despecho hacia los cotillas de Londres y hacia los planes tan poco ortodoxos de una duquesa loca por el matrimonio.

—Ya se comenta por toda la ciudad, ¿verdad? —gimió Minerva.

—Una mirada al vestíbulo te responderá eso —dijo Lucy.

—¿Y están haciendo apuestas? —preguntó Elinor, sin quitarse la mano de la frente.

—Anoche llenaron dos páginas del libro en el White, según Chudley —dijo Bedelia—. Por eso estamos aquí. Cuando me enteré fui inmediatamente a ver a Rosebel. Y estamos de acuerdo en que sólo hay una solución: las tres os casáis, y os casáis bien. —Entrecerró los ojos—. La mejor venganza es siempre un matrimonio espléndido.

Las tres amigas se miraron recelosas.

—Oíd lo que os digo —continuó Bedelia—. Esta tarde ya habrán venido a visitaros todos los libertinos, dandis y cazadotes de la ciudad.

Lady Charles asintió:

—Como también todas las madres con hijas casaderas, aunque sólo sea para ver a quienes se enfrentan.

—Así que debéis estar preparadas —dijo la tía Bedelia—. Ahora vamos, coged vuestras papalinas y capas, tenemos mucho que hacer para prepararos.

—¿Prepararnos? —dijo Elinor, con una vocecita débil—. No recuerdo haber aceptado.

Bedelia se rió.

—Claro que no has aceptado. Pero aceptarás. Y lo mejor de todo esto es que vosotras elegiréis. Nadie os obligará a casaros con un hombre al que no amáis. Esa es la dicha del segundo matrimonio: es un asunto de confección propia.

—Y el tercero, el cuarto y tal vez el quinto también —bromeó lady Charles.

—Y buenas elecciones que fueron —dijo Bedelia—. Pero hay que saber qué tipo de hombre se desea. Minerva, dime con qué tipo de hombre te gustaría casarte.

—No lo sé, es decir, no lo he pensado.

—Buen Dios, chica, estás viuda desde hace casi diez años, dime qué tipo de hombre te gusta.

Minerva se enderezó.

—Uno de elevada moralidad y rectitud.

—Que tengas suerte, entonces —masculló Bedelia, y miró a Elinor—. ¿Y tú?

—Un duque —contestó Elinor—. No me casaré con nadie de rango inferior.

—La mayoría están locos —advirtió Bedelia—. Pero si insistes... —Miró a Lucy—. ¿Y tú?

—Cualquier hombre servirá —mintió Lucy.

Lady Chudley se echó hacia atrás y la miró horrorizada.

—Dios de los cielos, lady Standon. Tendremos que trabajar tus valores. Créeme, cualquier hombre no servirá.

Caminando por Bond Street para acudir a la cita con su tío, Clifton iba sopesando toda la información que habían logrado reunir con Jack la noche anterior. Ya estaba más cerca de descubrir la conexión entre Lucy y Malcolm, pero necesitaba una sola cosa más para dilucidar el misterio.

El testamento de Malcolm extraviado.

Casi oía la voz de George Ellyson advirtiéndolo: «En esto hay algo más. Siempre hay más en una situación de lo que ven los ojos».

De lo que podría ser ese «más» no tenía la menor idea.

Por ejemplo, por qué Lucy se casó con Archie Sterling. Algo le había influido el comentario de Jack, al decirle que ella lo hizo por «motivos condenadamente buenos». Le había mellado sus decididas conclusiones, y se veía en la necesidad de apuntalar su férrea convicción de que lo único que había tenido que hacer ella era esperarlo.

Esperar como había esperado él todos esos años.

De todos modos... Faltaba algo. Había algo que olvidaba, que se le escapaba.

Continuó su camino por Bond Street, con las mandíbulas apretadas, firme en su decisión de dar marcha atrás y no continuar liándose con lady Annella de ninguna manera, para poder buscar las respuestas que necesitaba.

Todas.

—¡Ah! —exclamó Pentwortham, cuando lo vio acercándose por la acera—. Me haces sentir orgulloso, mi muchacho. Stewie Hodges me apostó un penique a que no te presentarías hoy, y ahora no sólo estoy contento de verte sino también de ser un poco más rico.

—Sí, bueno, respecto a lady Annella...

—Hermosa chica, buen linaje, y esa enorme... —Echando a andar a su lado continuó ensalzando en su habitual letanía los atributos de la muchacha, es decir, hasta que miró el atuendo de Clifton—. Necesitas un mejor sastre, mi muchacho. Esa chaqueta es horrible.

Clifton se miró la sencilla chaqueta de lanilla azul marino que prefería.

—Necesitas cierto toque. Cierto *savoir faire*. Cualquiera creería que todos esos años en el Continente te habrían dado una cierta elegancia.

—¡Tío, basta! —dijo Clifton—. Esta chaqueta es de buena confección, y si no le gusto a lady Annella debido a mi chaqueta, eso quiere decir que no es la dama para mí.

¿Cómo podría explicarle a su tío absolutamente inglés que no se había dedicado a cenar en Versalles ni a pasear en góndola por Venecia? No, todo ese tiempo lo había pasado en los peores barrios bajos que tenía Europa para ofrecer.

Llegaron a la tienda donde iban a encontrarse con lady Asterby y su hija. Pentwortham se giró hacia él.

—Recuerda, sé simpático con la chica. Un poco menos de reserva y un poco más de encanto te irían bien.

Exactamente el consejo que le diera Malcolm todos esos años atrás.

Todavía oía la crítica de él que le hizo Lucy a su padre: «Te lo advierto, es un hombre arrogante, estirado, despótico...»

Y tenía razón. Pero claro, a Lucy no le importaría su chaqueta, no le importaría su falta de «toque». Nunca le habían importado esas cosas. Ella lo obligó a descubrir todo el mundo que lo rodeaba, a no limitar su conocimiento al ambiente selecto, esmeradamente elegido, de la alta sociedad.

¿Cuántas veces le salvaron la vida las enseñanzas de Lucy en el robo y las trampas con las cartas? Ya había dejado de contarlas.

«Y te volverá a salvar».

Se sacudió para desentenderse del escalofrío que le bajó por la columna y se detuvo al lado de su tío delante de la tienda. Junto a la acera estaba su coche esperándolo, tal como había ordenado.

Por suerte su tío estaba tan absorto en sus planes casamenteros que no se fijó en que su sobrino tenía a mano el medio para escapar.

—Ahí está —dijo Pentwortham dándole un codazo en las costillas—. Tu condesa.

Pero no fue a lady Annella a quien vio Clifton. Tampoco sería lady Annella la que dominaría jamás su corazón. Y mucho menos cuando estaba a poco menos de dos yardas de distancia de Lucy Ellyson.

«Ya no la amo —se mintió, entrando en la tienda—. Ya no la amo.»

—Lo que me pide, milady, no lo puedo hacer —dijo madame Verbeck en tono ofendido a Bedelia, que le había pedido, no, exigido, que las atendiera personalmente.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Bedelia a Lucy, porque Elinor y Minerva habían escapado y estaban en el otro extremo de la tienda—. Nunca logro entender lo que dicen estas extranjeras.

—Que tiene que atender a otras clientas primero. Creo que lady Asterby y su hija tenían reservada hora con ella.

—Habráse visto despotismo igual —masculló la tía Bedelia, avanzando—. Reservar hora es cosa de plebeyas. Verá, madame, vamos a querer...

Lucy se hizo a un lado para alejarse, porque si alguien era despótica esa era Bedelia la tía de Minerva. No era de extrañar que Minerva se hubiera mudado tantas veces de casa, tal vez para mantenerse fuera del alcance de las garras de la dama.

Porque sin hacer el menor caso de las protestas de las tres respecto al matrimonio, la tía Bedelia no toleró el menor retraso a los planes que tenía para ellas. Las obligó a salir de compras con ella.

«Una mujer no puede buscar marido sin la artillería apropiada», declaró.

Al parecer su tercer marido había sido militar, y ella se aficionó a actuar como una estratega.

Continuó alejándose de la tempestad que se avecinaba en el mostrador, y al retroceder chocó con una damita menuda toda cintas y delicados rizos y casi la tiró al suelo.

—Ooh, perdone —dijo, tratando de pasar por un lado de la elegante señorita.

Pero la chica no la oyó, porque se había girado hacia una mujer que era una copia de ella con más años.

—Mamá, ¿por qué mi padre está tan interesado en este matrimonio?

—Porque serás condesa, niña tonta.

La chica suspiró, sin impresionarse en absoluto.

«Serás condesa.»

Esas palabras le hicieron bajar un estremecimiento por la columna a Lucy. ¿No fue eso lo que le prometió él? ¿Que volvería a buscarla? ¿Para casarse con ella? ¿Para hacerla su condesa?

Debería haberle exigido respuestas a Clifton cuando se encontró cara a cara con él el día anterior. Debería haber...

—... y ahora acuérdate de sonreír —estaba diciendo la señora a la chica—. Este compromiso está casi asegurado, así que sólo tienes que captar su mirada, ¿y cómo no conseguirías captarla, angelito mío? —Le ahuecó los rizos y le pellizcó las mejillas para dejarlas más sonrosadas—. Está hechizado, no me cabe duda.

—Sólo desea mi dote —dijo la chica, algo malhumorada.

—Sí, claro, por supuesto que la desea. Y si se corre la voz de que el conde anda en busca de una dama con buena dote para hacerla su condesa, tendrás que hacer algo más que ser la chica más guapa del salón. No, es mejor que te asegures su afecto esta noche en la fiesta de lady Gressingham, antes que se propague el rumor de que está escaso de fondos y necesita una esposa que lo saque del apuro. Es un honor que nos haya invitado a asistir a la fiesta esta noche en su compañía. Vamos, eso deja muy claras sus intenciones. —Miró alrededor y su aguda mirada recayó en Lucy; entonces apretó los labios en una implacable línea, y alejó inmediatamente a su hija—. En estos tiempos hay bastantes hongos en la sociedad que estarían encantados de tener por yerno al conde de Clifton —dijo, dirigiendo una intencionada mirada hacia Lucy.

—¿Clifton? —se le escapó a ella en voz alta, y se tapó la boca, por esa metedura de pata tan impropia de una dama.

Justo en ese instante llegó hasta ella la tía Bedelia muy afanosa.

—¡Lucy! Te he encontrado. Madame ha aceptado enseñaros unas sedas que acaba de recibir de París, pero te necesitamos para decidir qué colores te sientan bien. —Entonces vio a la señora y a su hija—. Lady Asterby —saludó, haciendo una educada inclinación de cabeza—. Lady Annella.

—Milady —saludó la mujer, mientras su hija hacía una reverencia perfecta, de las que se enseñan en un colegio de Bath.

No la saludó a ella, pero claro, Lucy estaba acostumbrada a los desaires de los aristócratas. Y, lógicamente, no le importaba lo que pensara de ella esa vieja; estaba conmocionada por lo que acababa de oír.

¿Gilby estaba arruinado? ¿Y quería solucionar sus problemas económicos casándose? ¿Con esa chica mimada y modosa?

Apretó los dientes e intentó sonreír, porque eso significaba que él no se entrometería en sus asuntos si estaba a punto de casarse.

Pero en su interior volvió a romperse algo, ante la idea de que él entrara en un matrimonio sin amor.

—Sí, bueno, vamos Lucy —dijo lady Bedelia cogiéndole el brazo—. Gata maliciosa —masculló en voz baja—. Nunca me ha caído bien.

Lucy miró atrás por encima del hombro y le echó otra mirada a esa imagen perfecta de elegancia, esa lady Annella. Jamás creería que Clifton amara a esa chica. Jamás.

—¿Es cierto? —preguntó en un susurro a Bedelia, que, no le cabía duda, conocía los detalles de cualquier situación—. ¿Que el conde de Clifton está sin blanca?

—¿Arruinado? Ah, sí, sus propiedades están hechas un desastre. —Se detuvo ante el mostrador y comenzó a levantar telas de los rollos que madame Verbeck había hecho traer de la trastienda—. El hermano de su padre quedó a cargo de supervisar la administración de sus tierras, pero el pobre hombre se murió y no quedó nadie a cargo. Al menos hasta que volvió Clifton. —Miró hacia el lugar de la tienda donde estaban lady Asterby y su hija—. Me

han dicho que está casi comprometido con esa chica, pero creo que será un mal matrimonio para él. Pero ¿para qué te digo todo esto? Supongo que conoces a lord Clifton.

Lucy la miró, sorprendida de que supiera eso.

—Esto... mmm, es decir...

La dama sonrió y le dio una palmadita en la mano, al tiempo que dejaba a un lado la seda verde y cogía una azul.

—No te sorprendas tanto. Tu padre colaboró con la Corona, como también Clifton. En el Foreign Office. Lo sé todo acerca de eso. Mi cuarto marido fue lord Burnitt. Trabajaba con ese individuo horrendo de ahí... Ah, porras, ¿cómo se llama?

—¿Pymm?

—Sí, sí, ese. Pymm. Hombre horrendo. Burnitt se juntaba con él a beber. Yo creo que la botella mató a mi marido y muchas veces deseé que hubiera sido Pymm el que se ahogara en una copa de gin. Pero claro, eso no habría servido a los intereses de Inglaterra, ¿verdad?

Lucy no supo qué decir.

—Bueno, ¿dónde estaba? —preguntó la tía Bedelia, pregunta a la que Lucy no tenía la menor intención de contestar, pues deseaba cambiar de tema, ya que cabía la posibilidad de que Bedelia fuera tan astuta como Minerva y descubriera la verdad—. ¡Ah, sí! ¿La seda rosa o la amaranto? —preguntó, levantando las dos telas y poniéndolas junto a la cara de Lucy para ver cual sentaba mejor a su coloración.

—La seda rosa —dijo una ronca voz masculina—. Según recuerdo, la dama está absolutamente hechicera vestida de rosa.

Al entrar en la tienda detrás de su tío, Clifton hizo lo imperdonable. Pasó de largo junto a lady Annella y se dirigió en línea recta hacia la única mujer que, sabía, podía salvarlo.

Además, seguían sonando en sus oídos las palabras de Jack: «No te cases con la chica si no la amas. Cásate por amor, mi buen hombre, y no lo lamentarás ni un solo día de tu vida».

Y habiendo mirado desde la señorita perfectamente peinada

hacia la dama que todavía poseía su corazón, a pesar de sus intentos de expulsarla de su lugar en él, la elección había sido fácil.

—La seda rosa —repitió, mirando desde los ojos brillantes de travesura de la dama mayor a los de Lucy, que se veían ofendidos.

—Creo que no le corresponde a usted elegir, milord —dijo ella, mirando hacia la puerta por encima del hombro.

«Ah, no te escaparás de mí tan fácilmente, Goosie», deseó decirle él.

Lo que deseaba era exigirle respuestas, pero sabía que con eso sólo chocaría con tu testarudo orgullo. No, el asunto era como un juego de cartas. Necesitaba tentarla, jugar con ella, llevarla hacia donde él quería y elevar las apuestas hasta que no quedara nada aparte de jugar la última mano.

Y con Lucy, la parte peligrosa era llegar a la última mano.

Así pues, le cogió firmemente el brazo.

—Señora —dijo, dirigiéndose a Bedelia—, ¿le importaría que me llevara prestada a su amiga un momento? Somos viejos conocidos y querría ocuparle un momento de su tiempo.

—No, no, en absoluto, milord —dijo la dama mayor sonriéndole con picardía—. Lucy parece estar francamente encantada de verle.

Diciendo eso le dio un suave empujón a la ceñuda Lucy, acercándola a él, dándole permiso para cogerla cautiva y sacarla de la tienda.

—Qué delicia, Lucy —le dijo—, toparme contigo otra vez tan pronto después de nuestro último encuentro.

—Oh, déjese de cumplidos, milord —dijo ella—. ¿Qué desea?

Miró hacia Elinor y Minerva, pero, con gran disgusto, vio que ellas se limitaban a sonreírle.

Hasta ahí llegaba la solaridad de la amistad y de mantenerse unidas.

La verdad, parecían encantadas de verla en esa situación. Como si debiera estar nuevamente en compañía del conde.

«Cosa que no debía. No debía...»

—Vamos, Lucy, decirle eso a un viejo amigo. —Se le acercó a susurrarle al oído—. Uno que te tiene en tanta estima.

Ella lo miró recelosa.

—Creo que me ha confundido con otra persona, milord. Con una que todavía le considera con aprecio. —Hizo un gesto con la cabeza hacia lady Annella—. No me gustaría que hubiera un malentendido entre usted y su futura prometida.

—Ah —dijo él—, creo que lo que pienso hacer ahora va a conseguir que no haya ningún malentendido entre nosotros.

Y sin perder un instante, la levantó en volandas y, echándosela al hombro, la sacó de la tienda de madame Verbeck y la metió en su coche.

Capítulo 12

La tengo —dijo Clifton—. En marcha, Wort.

—¡Que te has creído, maldita sea! —farfulló Lucy, sentándose, pues había caído de bruces sobre el asiento con la cara hacia el otro extremo—. Si te crees que puedes raptarme así...

Interrumpió la frase junto con el movimiento del puño, deteniéndolo justo antes de enterrarlo en la muy elegante nariz aguileña del conde de Clifton.

Y la había raptado.

Hasta ese momento la furia le había impedido pensar en lo que él acababa de hacer.

Tampoco había caído en la cuenta de lo fuerte que le martilleaba el corazón en el pecho.

Porque por mucho que le gustara pensar que había olvidado como era estar en sus brazos, cómo le hacía cobrar vida a todos sus nervios, en ese momento lo recordaba.

Cómo ansiaba que él la cogiera en sus brazos otra vez.

Estuvieron un buen rato simplemente quietos, mirándose. Y Lucy cayó en la cuenta de otras dos cosas más acerca de él.

No se echó atrás para evitar el puñetazo.

Y seguía siendo el hombre más guapo que había visto en su vida.

Seguía siendo el noble arrogante y presumido que la amó y la abandonó tantos años atrás. Así que terminó lo que había empezado.

Echó atrás el brazo para darse impulso y le asestó el puñetazo con toda la fuerza que pudo, siguiendo por el lado de la nariz como el mejor rascador.

Porque él la creía una dama incapaz de golpearlo.

Y porque se había limitado a arrojarla dentro del coche y ahí se había parado, sin arrojarse encima de ella.

No, ella quería recordarle con la mayor claridad posible que no era una dama.

No lo era tratándose de él.

El dolor en la nariz y el ojo izquierdo le hizo ver una lluvia de estrellas.

Condenada brujita.

Lo había golpeado como un matón de la calle. Se tocó el ojo y notó que la hinchazón ya se lo estaba cerrando. Y sintió el calor de la sangre pegajosa en la nariz.

Y eso fue lo que consiguió por suponer que su pasado juntos pondría freno a ese letal gancho de ella con la derecha.

Casi oyó reír a Malcolm: «No te acordaste de Monday Moggs, ¿eh, Gilby?»

—¿A qué diablos viene eso? —dijo, sacando un pañuelo del bolsillo de la chaqueta.

No quería manchar con sangre toda la chaqueta. No podía comprarse otra nueva.

Estremecido se metió el pañuelo en la nariz a modo de tapón, y estiró las piernas hasta el otro asiento para impedirle escapar.

La astuta diablilla había aprovechado el momento de distracción de él y estaba a punto de saltar fuera de su berlina.

«Desconcierta a tu adversario, desespéralo —solía decir Ellyson—. Dale vuelcos hasta que consigas sacarle ventaja.»

Seguro que ella todavía se tomaba a pecho esas lecciones; por mucho acuerdo de paz que hubiera en el Continente.

Le cogió el brazo y la sentó y, por suerte, ella continuó sentada, cruzada de brazos y mirándolo con ojos furiosos.

Mejor su desaprobación que esa letal y potente derecha.

—¿Sabes qué tipo de escena has montado ahí? —preguntó ella, con los ojos relampagueantes.

—Una ruinosa espero —dijo él, y tuvo la temeridad de sonreírle.

—¡Estás loco de atar! Déjame bajar, inmediatamente —exigió, con todo el altivo aire de una duquesa.

Él no estaba de humor para tomar en consideración sus deseos.

—No.

Ella cambió de posición.

—¿No?

Él sólo tenía un ojo bueno para vigilarla, y la creía muy capaz de cerrarle el otro aunque sólo fuera para poder escapar.

—¿Has dicho no? —repitió ella.

Él detectó una nota peligrosa en su tono, una a la que un hombre inteligente, un hombre inteligente que al día siguiente luciría un ojo morado inexplicable, bueno, no del todo inexplicable, debería hacer caso con la misma cautela con que haría caso al tañido de duelo de una campana.

De todos modos, se fió de un consejo del padre de ella: «Que tu enemigo no pueda discernir que tienes alguna preocupación. Es un peligroso juego de azar el que juegas».

—Sí —dijo, con toda la despreocupación que pudo, como si le preguntara si le apetecía una copa de ponche en Almack.

—¡Cómo te has atrevido a raptarme!

—Tú me enseñaste los detalles más sutiles.

—Creo que has olvidado los detalles más sutiles de llevarse a alguien, porque no recuerdo ninguna clase que incluyera coger en volandas a una dama y sacarla de una tienda llena de gente a plena luz del día.

—Y yo que creí que había sido muy ingenioso, sutil incluso.

—¿Ingenioso, sutil? ¿Encuentras sutil raptarme delante de toda la gente en medio de Bond Street? —Resopló de una manera muy impropia de una dama—. Es un milagro que sigas vivo.

Esa era la Goosie que recordaba. Toda bravatas y llena de energía.

—Ah, me las he arreglado para mantener la cabeza pegada al cuerpo —dijo.

—No sé si continuará así —dijo ella—. ¿Has pensado si lady Annella, esa figurita de porcelana prometida tuya, te va a aceptar ahora?

«¿Celosa, Goosie?»

—¿No me va querer? —musitó, pensativo—. Ya veremos. Escucha lo que te digo, esta noche va a asistir al baile de los Gressingham conmigo. Observa y verás.

—Te veré rechazado ante toda la alta sociedad —replicó ella, de esa manera presumida tan suya.

Ah, así que había decidido subir la apuesta, ¿eh? Cambió un poco el juego.

—Tal vez no tengo ninguna intención de casarme con ella.

¿Fue imaginación suya o a ella le destellaron los ojos?

—Pero todo el mundo dice...

—¿Escuchando cotilleos, señora? —la interrumpió él, agitando una mano—. Te creía muy por encima de esas cosas.

Ella frunció los labios.

—No me habría casado con ella.

—¿Por qué no?

—Porque dudo que hubiera podido darme lo que deseo de ti.

Ah, con eso la volcó, tal como ella le enseñara a hacer.

Lo que no esperaba era que al hacerlo estaría perdido.

Después, al recordarlo, Lucy se decía que había presentado una fiera batalla.

Pero eso era engañarse en su peor aspecto.

En el momento en que Clifton la cogió en brazos y acercó la cara dejando los labios tan cerca de ella como para besarla, estuvo perdida.

Se habría rendido muy bien dispuesta sin disparar ni una sola bala.

Pero para su gran disgusto, él simplemente la retuvo así, tan cerca que se mezclaban sus alientos, tan cerca que no era difícil imaginar, recordar, cómo sería cruzar la brecha que los separaba.

El corazón le retumbaba en el pecho. Bueno, cómo no, pues ya estaba furiosa con él, pero con qué facilidad esas emociones se volvían traidoras.

La estremecían de necesidades tanto tiempo insatisfechas.

Él dobló la mano alrededor de su mentón, sus dedos fuertes y cálidos, y la miró a los ojos.

—Goosie, te necesito —dijo, apenas en un susurro.

Ella se quedó inmóvil.

«Te necesito.» Esas palabras le hicieron pasar un montón de deseos por la columna.

«Y yo a ti, Gilby», deseó decirle, echarle los brazos al cuello y besarlo en la boca.

Pero un algo en su inescrutable mirada le impidió caer en la tentación, la obligó a refrenarse, como si él estuviera esperando que saltara a las llamas.

Así pues, se mantuvo inmóvil y esperó; esperó a que él continuara.

Y él continuó, sonriéndole, el rey león de su dominio, el predador seguro de su supremacía.

—Te necesito a ti, Goosie. No necesito a una muchacha que sabe hacer reverencias y servir el té, sino a una con tu talento... digamos, para robar.

O sea ¿que no había deseado besarla? ¿Quería que robara algo?

Vamos, ese arrogante presuntuoso.

Poniéndole las dos manos en el pecho, (¿eran imaginaciones suyas o a él también le retumbaba el corazón?, ah, porras, su corazón), empujó con todas sus fuerzas y se deslizó hasta el otro extremo del asiento.

Él no dejó de sonreírle mientras ella huía. Y sus ojos, cuya expresión nunca había logrado interpretar de verdad, en ese momento le decían algo muy claramente: «Cobarde».

Enderezó los hombros, aun cuando la acusación fuera justa.

—Por si aún no te has enterado, milord —dijo, arreglándose la falda y la papalina, que le habían quedado torcidas—, la guerra ha terminado, y ya no son necesarias ni están disponibles mis habilidades de aquel tiempo.

—Pero yo las necesito —dijo él, inclinándose hacia ella, sonriéndole.

No necesitaba sonreírle así. Ella era absolutamente inmune a sus encantos. Era...

—Ya no hago ese trabajo —dijo—. No puedo, y no quiero.

Y ahí paró, no fuera que la derrotaran sus deseos.

Menos mal que él no la había besado, porque casi seguro que entonces habría accedido a cualquier cosa.

—¿Ni siquiera sientes curiosidad? —preguntó él.

Ella suspiró y se permitió hacer la pregunta que sin duda lamentaría después:

—¿Qué necesitas, milord?

—Necesito que me encuentres una dama.

El orgullo la erizó. ¿Una dama? Enderezó la espalda y lo miró fijamente. ¿Deseaba que le encontrara una dama?

«¿No soy dama suficiente para ti, milord?», gritó su orgullo.

—¿No te basta con haberme raptado? —dijo, decidiéndose por la diplomacia.

—Bueno, ha resultado bastante divertido —contestó él.

Ella simuló no haberlo oído. Pero eso le resultó imposible ante lo siguiente:

—En realidad, necesito que me ayudes a determinar con cuál lady Standon tuvo Malcolm un romance.

Ella no pudo dejar de mirarlo a los ojos y nuevamente se encontró ahogándose en esas profundidades azul oscuro.

¿Él creía que lady Standon había sido amante de Malcolm? Apretó los labios para que no se le abrieran por la sorpresa. No era tanto que él se hubiera hecho todo un lío con el asunto, sino lo lejos que había llegado en un solo día.

—¿Un romance? ¿Con una de las marquesas? Del todo imposible —dijo, con la máxima despreocupación que pudo.

Además, por una vez le decía la verdad.

—No es imposible en absoluto —dijo él—. Una de ellas estuvo relacionada con Malcolm. Íntimamente.

La última palabra sonó como una caricia, así que ella no hizo caso a cómo se le despertaron los sentidos, como llamados por una sirena.

«Ah, si supieras», deseó decir, pero nuevamente guardó silencio para dejarlo continuar de forma que enseñara sus cartas.

Clifton se acomodó en el asiento apoyándose en el respaldo.

—Al morir, mi padre le dejó a Malcolm una pequeña fortuna. Era dinero no vinculado a la propiedad, por lo que él tenía libertad para disponer de él según considerara conveniente. Pero resulta que Malcolm lo dejó todo en un fondo de fideicomiso, que al parecer está bajo el control de lady Standon.

Lucy tenía tanta experiencia en jugar a las cartas que no iba a permitir que esa sorprendente noticia cambiara la apuesta.

De todos modos, ¿dinero en fideicomiso? ¿Malcolm había dejado una fortuna a sus herederos? ¿Cómo podía ser eso?

—No veo cómo... —dijo, hablando más consigo misma.

—No, no, hay más —interrumpió él—. El dinero no se ha tocado nunca. Al menos que yo sepa.

Ella levantó la mirada lenta, muy lentamente, para captar qué le pedía él, qué le revelaba.

Cuánto sabía.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —se atrevió a preguntar. «Aparte de todo.»

—Bueno, tiene todo que ver con lady Standon. Con una de ellas. —La miró—. Necesito determinar cuál lady Standon estaba relacionada con Malcolm, y cómo.

Le tocó a ella echarse atrás con las manos cogidas en el borde del asiento.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó, sin siquiera pensarlo.

—Francamente, no debería saber tanto. El señor Strout no se ha mostrado en absoluto dispuesto a hablar del asunto. No ha querido darme ni la más mínima información sobre el testamento de Malcolm. —Guardó silencio un momento—. Ya sabes como es, ¿verdad? Le llevaba los asuntos a tu padre.

—Sí. Mi padre se fiaba incondicionalmente de él.

«Y yo también, hasta este momento.»

Vaya con el cabrón mentiroso, interesado. ¿Malcolm le había dejado una fortuna para su uso? Strout no le había dicho jamás una palabra de eso.

—Pero si Strout se ha negado a decírtelo... —dijo, dejando en suspenso la pregunta como un cebo.

Y él lo cogió.

—Ah, se negó a decírmelo. Aseguró que el testamento de Malcolm era explícito y no quiso decirme su contenido. Por la confidencialidad y esas cosas. —Volvió a apoyarse en el respaldo, el hombre presumido y seguro de sí mismo que entró en la casa de su padre—. Pero su secretario es otra historia.

Lucy cerró los ojos. El secretario. Por supuesto. Lo conocía. Un hombre delgado, pálido, con exceso de trabajo, mal pagado.

Tal como fuera Archie.

Lo que evidentemente no pasó desapercibido para el conde.

—Al parecer Strout es tan parco con su paga como con los secretos de sus clientes. —La obsequió con una sonrisa—. Bastó con...

—Un bistec y unas cuantas pintas de cerveza —masculló ella, hundiéndose más en el asiento—. Sí, claro. Le llenaste la barriga y le enredaste el sentido común.

¿Y por qué no lo iba a hacer? Su padre se lo había enseñado. Y, maldita sea, la tacañería del cabrón Strout le había hecho mucho más fácil la tarea.

—Exactamente —dijo Clifton—. Una vez que el hombre medio muerto de hambre estuvo feliz y con la tripa llena...

—Cantó —suplió ella.

—Sí, igual que el canario que tenía tu hermana.

Lucy deseó poder meter al secretario idiota del señor Strout en una jaula dorada, y negarle migas de pan, porque había dado a Clifton la pista para llegar hasta ella. Mejor aun, tal vez podría enviar llamar a Rusty y a Sammy y ordenarles que usaran sus métodos para convencer al hombrecillo pálido de no revelar nunca más los secretos de su empleador, le dieran o no le dieran un bistec.

Lo único que la salvaba eran las estrechas miras aristocráticas de Clifton; al parecer, no le cabía en la cabeza la idea de que ella, Lucy Ellyson, fuera marquesa, una lady de hecho, y con título.

Sin duda no la consideraba digna de una segunda mirada ni de la posibilidad de ser su condesa.

Volvió a oír la advertencia que le hiciera su padre tantos años atrás en el gabinete de mapas de la casa de Hampstead: «Goosie, no quiero discutir sobre esto, como no quiero verte sufrir con el

corazón destrozado. Por mucho que te guste este hombre, él no querrá tenerte nunca, no te querrá de una manera honrosa y noble. No puede».

Exhaló un suspiro lo más disimuladamente que pudo y volvió a mirarlo; al instante deseó no haberlo mirado. ¿Tenía que ser tan guapo? ¿Su vista tenía que hacerle tambalear el corazón y su resolución, como ella se tambaleó borracha la noche anterior?

Ah, sí que veía los cambios en él.

Había grietas en su pétrea fachada, en la que antes tenía ese aire de absoluta seguridad en sí mismo, la actitud de que el mundo era suyo simplemente por el rango que le daba su nacimiento.

Había visto el mundo siniestro de misiones y actos de los que rara vez hablaban los agentes, ni siquiera en sus informes, y de los que ella sólo se había enterado cuando su padre estuvo moribundo, delirante por la fiebre y recordando su pasado, confesando sus pecados como si ella hubiera sido un sacerdote que hubiera podido darle la absolución.

La guerra había afectado a Clifton también.

Y a todo eso se sumaba la muerte de Malcolm. Él y Malcolm habían sido más gemelos que hermanastros, como si la totalidad de sus personalidades hubiera estado repartida en dos mitades: el guasón y temerario Malcolm, y el serio y estirado Clifton.

Y ahora él necesitaba su ayuda.

La ayuda de «ella». Vaya ironía.

En el momento en que él la raptó se le desbocó el corazón, latiéndole a un ritmo agitado. «Está aquí. Ha vuelto. Recuerda su promesa.»

«Desea pedir disculpas.»

Y cuando él la miró a los ojos, la cogió en sus brazos y estuvo a punto de besarla, ella, tonta romántica que era, creyó que él intentaría seducirla y hacerla sucumbir a él otra vez; creyó que deseaba hacer las paces.

Que le rogaría que lo perdonara.

Y, muy francamente, tendría que rogar para obtener el perdón. Como mínimo tendría que arrastrarse un buen rato.

Y besarla.

Tenía sus valores, después de todo, pese a lo que le dijo a la tía Bedelia.

Y entonces él no hizo nada de eso; la raptó simplemente porque necesitaba su ayuda. No su corazón ni su amor.

Se dijo que no debía pensar en las consecuencias de meterse más a fondo en el asunto, porque necesitaba saber cuánto sabía él.

Si quería derrotarlo.

—¿Eso fue todo lo que te dijo? ¿Ese canario de Strout?

—Sí, por desgracia. Al parecer Strout no se fía tanto de él como para decirle dónde guarda la llave de su caja fuerte.

—¿En serio? —dijo ella, burlona—. Qué desconfiado el señor Strout.

Así que eso era lo que realmente necesitaba de ella: su talento para abrir la caja fuerte de Strout.

Clifton la miró a los ojos, de una manera comedida que le produjo un estremecimiento.

—Ya ves por qué te necesito.

«Te necesito.»

Eso fue lo único que oyó su tonto corazón: «Me necesita».

Para que robara por él, para que mintiera por él. Para que le hiciera el trabajo sucio.

«Pero no para lo que deseas que te necesite.»

Negó con la cabeza.

—Y entonces ¿qué? ¿Debo interrogar a las otras ladies Standon como interrogaste tú a Minerva el otro día?

—No, no, nada de eso. He de reconocer que eso fue un error de cálculo por mi parte.

—¿De veras? —preguntó ella dulcemente, sonriendo con esa maravillosa expresión de noble condescendencia que era la especialidad de la duquesa de Hollindrake.

—Sí. Pero tienes que reconocer que no he alternado en sociedad desde hace un buen tiempo. Creo que mis modales están algo oxidados.

Lucy se mordió los labios con los dientes, no fuera a soltar lo que deseó decir: «Si tus modales estuvieran oxidados no nos encontraríamos sentados aquí hablando. No me habrías raptado sim-

plemente para tener una conversación. Estaríamos entrelazados besándonos, dejando absolutamente de lado los buenos modales».

Ignorante de la naturaleza de sus pensamientos, él continuó:

—Sólo necesito que hagas ciertas averiguaciones, con discreción, por supuesto, para descubrir cuál podría haber sido su relación con mi hermano y, lo más importante, por qué ella tiene el control de su patrimonio.

—¿Y por qué necesitas saber todo eso, milord? ¿Qué tiene que ver contigo el dinero de Malcolm?

Entonces recordó lo que había oído antes.

Estaba escaso de fondos, y su orgullo no le permitía mendigar casándose con una heredera.

¿Y cuando ya tuviera el dinero de Malcolm?

Ah, bien podría no ser lady Annella, pero muy pronto él comenzaría a buscar a una dama a la que amar. ¿No había sido siempre ese su plan?

«Tendré que tomar en cuenta el linaje de la familia de la dama. Su educación tendría que ser impecable, y tendré que examinar su idoneidad, su apariencia, su manera de conducirse en público.»

Por sus tormentosos pensamientos pasó bailando la imagen de un elegante Dechado de perfección abrazada con Clifton. Porque, tal como le advirtiera su padre, ella no valía lo bastante para él.

Como tampoco debería haberse convertido en la marquesa de Standon.

Lucy Ellyson, la hija de un ladrón y de la *contessa* de mala fama, era quien era y siempre lo sería.

Pero eso no quería decir que fuera tonta.

Enderezando la espalda y echando atrás la cabeza para mirarlo altivamente por encima de la punta de la nariz, dijo:

—Lo que realmente deseas, la escandalosa proeza que pides, es que yo te consiga ese testamento. Que lo robe.

Él no se molestó en decir una palabra. Simplemente hizo un gesto de asentimiento.

Ella hizo una honda inspiración para aquietar el temblor de sus brazos y calmar la furia que iba aumentando en su interior.

—Veamos si lo he entendido bien. ¿Quieres que te ayude a robarle el dinero a una viuda?

Él interpretó su aire de seguridad como admiración por su indignante petición.

—Exactamente. Goosie, tú eres idónea para ese trabajo.

Ah, si él supiera.

—Déjame aquí —dijo, apuntando hacia la portezuela del coche—. Deja que me baje, inmediatamente.

Él no hizo caso de la frialdad de su voz.

—Lucy, debes ayudarme, eres la única que...

Ella ya no lo escuchaba, porque lo único que zumbaba en sus oídos era aquella advertencia de su padre: «Siempre serás la hija de un ladrón».

—... te das cuenta de cómo es, ¿verdad? Apostaría hasta el último cuarto de penique que tengo a que el testamento de Malcolm está en la caja fuerte de Strout. Yo jamás lograré abrir esa cerradura. Tú lo sabes y yo lo sé. Tú eres la mejor para la tarea. La única.

Ella negó con la cabeza, para quitarse el tironeo en el corazón que le causaba su tono mimoso; que la impulsaba a acercarse más a él, que la hacía desear...

—¡No!

Él se echó hacia atrás, mirándola boquiabierto.

—¿No?

Ella le enterró un dedo en el sólido pecho.

—¡No!

Entonces, con la rapidez, digamos, de un ladrón, cogió el bastón de él y golpeó el techo con toda la fuerza que pudo. El cochero reaccionó inmediatamente y detuvo el coche.

En el instante mismo en que el coche se detuvo con una sacudida, ella abrió la portezuela, bajó de un salto y se giró a arrojarle el bastón. Él tuvo que hacerse a un lado para esquivar el golpe, y en esos preciosos segundos ella caminó hasta la acera, sacudiéndose las faldas.

—Maldito, maldito, maldito —masculló, desentendiéndose de las miradas sorprendidas de los transeúntes de Bond Street.

Ah, sí, un espectáculo extraordinariamente perfecto; se había exhibido ante la mitad de las cotillas de la alta sociedad. La duquesa se enteraría del espectáculo antes de su té de la tarde, y apostaría a que a la hora de la cena ella ya iría de camino al destierro: el pabellón de caza de Escocia.

Si le permitían tener ese techo sobre la cabeza.

Pero en ese momento estaba dominada por su genio, su infame genio que la había metido en ese lío, y no le importaba si la duquesa de Hollindrake la enviaba a las tierras inhóspitas de Nueva Escocia.

Era la misma obstinación, la misma desatinada resolución que la había instado a decirle osadamente a su padre que el conde de Clifton la amaba y volvería a por ella.

—Lucy, por el amor de Dios, ¿por qué no quieres ayudarme? —preguntó él desde la puerta del coche.

Con las manos fuertemente cogidas a los pliegues de la falda, ella hizo rechinar los dientes y dijo:

—Porque, grandísimo tonto pomposo, yo soy lady Standon.

Capítulo 13

Qué es eso de que no vienes con nosotras a la fiesta de lady Gressingham esta noche? —protestó la tía Bedelia cuando Lucy bajó a explicar que una migraña le impedía asistir.

Un malestar, llamado más concretamente Clifton.

—Debes asistir —le dijo Elinor—. Acordamos aparecer juntas en sociedad para presentar un frente unido. Si te quedas en casa, aumentarán las habladurías.

Se hizo un tenso silencio en la sala, porque Elinor se refería muy claramente al escandaloso comportamiento de Clifton en la tienda de madame Verbeck.

De hecho, casi todos los visitantes que recibieron esa tarde, habían mencionado y preguntando por el «desafortunado encuentro» de lady Standon.

—Sí, tu ausencia sólo servirá para provocar más cotilleos —añadió Minerva.

Lucy había logrado convencer a sus amigas de que ese acto de lord Clifton se debía a sus sufrimientos durante sus años en el Continente. «Locura de la guerra», les dijo.

«Que la alta sociedad crea que el conde está totalmente chiflado —pensó—. Eso debería favorecer sus perspectivas de matrimonio.»

La tía Bedelia desechó esa explicación agitando la mano y alegando que el conde era un peligro para las mujeres decentes: «¡Deberían encerrarlo!»

Y muy conveniente que sería, pensó cuando la dama insistió en llamar a la guardia, pero puso objeciones sólo porque sabía que él

ya estaba comprometido esa noche: iba a acompañar a lady Annella a la fiesta de los Gressingham.

Y eso era justo lo que necesitaba ella, una noche en que él no pudiera estorbarla.

—Lucy, ¿no podrías mejorar, aunque solo sea por esta noche? —le preguntó Elinor en tono de ruego.

—No, no, creo que no —contestó, tambaleándose un poco; jamás en su vida había tenido un dolor de cabeza, por lo que no sabía parecer tan delicada que no podía salir, pero se esforzó—. Creo que podría estar más enferma de lo que pensaba.

Se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con el dorso de la mano.

En realidad, le bastó pensar en Clifton casándose con esa modosita lady Annella para sentir náuseas.

Pero no pudo evitar una punzada de culpabilidad al ver la mirada de preocupación que intercambiaron Minerva y Elinor; la creían muy enferma.

—Bueno, tía —dijo Minerva—, sería un desastre peor si Lucy se desmayara en mitad de la fiesta. Imagínate las elucubraciones que se tejerían en torno nuestro.

—Sí, sí —convino Bedelia, moviendo un dedo ante su sobrina, y las plumas de su turbante se inclinaron obedientes—. Buen argumento, Minerva. —Se giró hacia la señora Clapp, que estaba tímidamente asomada a la puerta—. Lleva a tu pobre señora a su dormitorio y dile a la señora Hutchinson que le prepare una buena taza de infusión de manzanilla. La manzanilla va bien para las migrañas y para otros malestares.

—Por supuesto, lady Chudley —dijo Clapp corriendo hacia Lucy y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse del sofá; la formidable tía Bedelia inspiraba un heroico temor reverencial a la pobre señora Clapp—. Le llevaré la taza de infusión y me quedaré a acompañarla, milady.

—¡Uy, no! —protestó Lucy, tal vez con demasiada energía. Al ver que todas la miraban sorprendidas, se desmoronó un poco más en el sofá y se cogió de la mano de Clapp—. Lo que pasa es que no me gusta que Mickey se quede solo, sin vigilancia. Queri-

da Clapp, ¿no te parece que nuestro niñito necesita un baño esta noche?

—Sí, pero...

—Ah, yo podría descansar mucho mejor sabiendo que está limpio y bien metido en la cama.

Y no añadió: «Para que no se levante y salga a buscarme».

Además, sabía que bañar a Mickey cansaría tanto a Clapp que olvidaría hasta el último asomo de preocupación por ella, y caería en la cama y dormiría hasta el amanecer.

Y eso era lo que necesitaba.

Las damas comenzaron a salir por la puerta, acicateadas y vigiladas por la tía Bedelia con la pericia de un perro pastor a su rebaño. Pero eso no significaba que no tuviera también bajo su vigilante mirada a Lucy, que había comenzado a subir la escalera con sumo cuidado, tratando de dar la impresión de que podría caerse o desmayarse en cualquier momento.

—Lucy, mañana asistirás al baile de los Burton —le dijo—. No habrá más de estas migrañas, mi muchacha, por muy convenientes que resulten.

Diciendo eso la dama salió por la puerta, y antes que el señor Mudgett la cerrara, ya estaba regañando a Elinor y a Minerva, como si fueran un par de desgarbadas debutantes.

—No sé si ese amarillo prímula te favorece, Elinor. Creo que te iría mejor un suave matiz azul. Minerva, ¿cómo se te ocurrió comprarte esos guantes? Menos mal que yo siempre llevo un par de recambio.

Lucy subió a toda prisa el resto de la escalera, dejando muy atrás a Clapp.

—Lucy, no debes exigirte tanto —la regañó esta, tratando de darle alcance—. Recuerda lo que dijo lady Chudley... —alcanzó a decir antes de llegar al dormitorio—. Ay, cielos, ¿qué vas a hacer?

Lucy ya se había quitado el vestido y se estaba poniendo unos pantalones negros.

—Por favor, Clapp, no te preocupes. No tengo migraña ni ninguna otra dolencia, pero sí tengo que ir a ocuparme de un asunto esta noche, así que debes guardar en secreto mi desaparición.

Clapp la contempló con una mano en la boca abierta mientras ella se ponía una camisa gris y encima una chaqueta negra. Después se enrolló el pelo, se lo cubrió con un gorro negro, y se agachó a sacar de debajo de la cama un par de botas de suela blanda.

—Uy, milady, nada de esto presagia algo bueno.

—No, mi buena Clapp —la tranquilizó Lucy, dándole un fuerte abrazo—. Es nuestro futuro el que voy a salir a buscar. Tengo que reclamar una fortuna.

Porque después que se le calmó la furia con Clifton, cayó en la cuenta de que él también le había dado el medio para salir de la prisión de la duquesa.

Si Malcolm le había dejado una fortuna no iba a perder la oportunidad que esta le ofrecía. Tal vez podría comprar la casa de Hampstead y volver ahí con Mickey y sus criados a llevar la vida que le gustaba.

El plan de Clifton, que ella robara el testamento, era perfecto, sólo que no tenía la menor intención de dejarlo participar en la diablura. Si el testamento de Malcolm estaba en la caja fuerte del despacho de Strout, ella lo robaría mientras Clifton estaba ocupado acompañando a lady Annella en el baile de los Gressingham.

Ocupado con el resto de la buena sociedad.

Ella ya no estaba dispuesta a intentar ser decorosa.

Mientras iba traqueteando por las calles de Londres sentada en el carretón al lado de Thomas-William, intentaba parecer tan inofensiva como cualquier criado ocupado en un recado para su señor, pero por dentro se sentía entusiasmada y optimista por el futuro que veía delante.

—No me gusta esto, señorita Lucy —le dijo él más o menos por vigésima vez.

—Yo habría pensado que encontrarías esto algo más entretenido que pasar la noche escuchando las quejas de la señora Hutchinson por las restricciones dietéticas del señor Otter.

Thomas-William puso los ojos en blanco, porque eso era cierto.

—Además —continuó ella—, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una buena aventura? ¿Cuándo fue la última vez que entraste a allanar una morada?

—Bah —bufó él—, igual acabo colgado.

—¿Qué? ¿Tienes miedo de que te cojan? ¿Es que tu avanzada edad te ha dado alcance y te ha incapacitado para llevar a cabo un sencillo robo?

Él frunció el ceño formando una gruesa línea con las cejas. Si había algo que a Thomas-William no le gustaba que le recordaran era su edad, aunque jamás había dicho a nadie la edad que tenía.

—Es ese par que envió a llamar. No me fío de ellos.

—¿Qué? ¿Rusty y Sammy? Sabes tan bien como yo que son los mejores —dijo muy segura.

—Sí, pero ¿puede fiarse de ellos?

Lucy palideció. Era eso.

Ah, sí, Rusty y Sammy eran un par de experimentados ladrones, expertos en abrir puertas, pero también estaban acostumbrados a llevarse todo lo que no estaba sujeto con clavos, y eso ella no lo podía permitir.

—Justamente por eso te necesito, Thomas-William. Creo que eres el único hombre de Londres al que temen. Si les dices que no roben ni siquiera un cortaplumas, acatarán tus órdenes.

Él emitió un bufido, como si no creyera en esa lisonja más de lo que creía que Rusty y Sammy iban a ser capaces de tener las manos metidas en los bolsillos una vez que abrieran la puerta del despacho de Strout.

Lucy enderezó la espalda y se acomodó en el asiento, intentando no sentirse demasiado engreída. Ah, ¿no se pondría furioso el conde?

Se lo merecía. Y le borraría esa arrogante sonrisa de la cara, la que tenía después que la raptó.

Bueno, esa noche se volverían las tornas.

—Ahí está —dijo Thomas-William, haciendo un leve gesto con la cabeza hacia la casa ante la cual estaban pasando.

Ella la recordaba bien.

—¿Sigue teniendo las oficinas en la planta baja y la vivienda arriba?

—Sí, y el secretario y los escribanos están en el ático. Según un muchacho que trabaja en esta calle, hace unos años Strout compró la casa.

—¿Es dueño de la casa? —preguntó Lucy, sin siquiera intentar ocultar su sorpresa.

—Sí, y de las adyacentes —dijo él, pues había pasado la mayor parte de la tarde haciendo el reconocimiento del barrio y las averiguaciones necesarias—. Bastante extraño, ¿no cree? Unos beneficios muy elevados para ser un simple abogado.

—¿Cómo pudo permitirse comprar tantas propiedades, y aquí, al lado de Lincoln Fields, nada menos? —musitó ella, mirando por encima del hombro la hilera de casas y tiendas muy decentes de ese lado de la calle.

—Eso pensé yo —dijo Thomas-William.

—Y si el señor Strout no consideró importante informarnos del testamento de Malcolm, ¿qué otros secretos crees que podría ocultar?

Thomas-William volvió a fruncir el ceño, porque vio girar en su cabeza las ruedas de las sospechas.

—Vamos, señorita Lucy, no vamos a permanecer en las oficinas de ese hombre más tiempo del que nos lleve abrir su caja fuerte y sacar lo que necesitamos.

—Lo sé, pero hay algo que no está bien en todo esto.

—Recuerde el consejo de su padre —susurró él—. «No des el siguiente paso si no sabes qué vas a encontrar.»

Ella manifestó su acuerdo asintiendo, aunque estaba pensando en otra de las máximas de su padre: «Como el perro que muerde, un ladrón rara vez roba una sola vez».

Thomas-William tenía razón, por supuesto; debían entrar y salir rápido y sin ser detectados. Pero no podía quitarse de encima una innegable inquietud. Había algo que no estaba bien en todo ese asunto.

Él hizo virar el carretón por la calle lateral y luego por el callejón que discurría por detrás de las casas. Después de ayudarla a bajar, lo entró en un establo desocupado, bajó de un salto y entonces hizo girar al caballo hasta dejarlo de cara hacia el callejón, por si tenían necesidad de huir. Rápidamente, amarró el caballo a un poste con la brida floja.

Cuando ella levantó la vista, vio salir de la oscuridad a dos figuras. «Hablando de perros que muerden.»

Los dos ex secuaces de su padre no dijeron ni una sola palabra de saludo, buenos profesionales que eran, pero Sammy no pudo resistirse y le dio un ligero beso bajo el mentón.

Entonces le hizo un guiño y esbozó una ancha sonrisa.

Ella no había visto al par desde hacía dos años, y le calentó el corazón llevar a uno a cada lado mientras los cuatro avanzaban sigilosos por el callejón.

Thomas-William hizo un gesto hacia una puerta a la que se estaban acercando.

Sammy avanzó, sacando una chabela de la manga de la chaqueta, y abrió la puerta en un abrir y cerrar de ojos. Lucy miró a Thomas-William con expresión triunfal. «¿Ves?, te lo dije.»

Él arqueó las cejas: «Esto no ha acabado todavía. Ni mucho menos».

Rusty entró, encendiendo la vela de una linterna, el tipo de lámpara pequeña cubierta que preferían los allanadores de morada y de otros oficios ilícitos. La levantó, iluminando una escalera a la derecha y un largo corredor a la izquierda.

Los tres hombres se giraron hacia ella, porque había estado en el despacho en numerosas ocasiones, antes por encargos y recados de su padre, luego, después de su muerte, cuando el señor Strout la hizo ir para comunicarle la mala noticia de lo poco que su padre le dejaba en herencia, y, finalmente, con Archie.

Apuntó hacia el corredor, que iba desde la puerta que daba al callejón hasta la puerta de la calle por donde entraban los clientes. La primera puerta a partir de esta última daba a la oficina del secretario, y desde allí se podía entrar en el dominio particular de don Rupert Phineas Strout.

Lucy echó a andar delante, caminando como le enseñara su padre, y si no hubiera sabido que sus acompañantes la seguían habría creído que la habían abandonado, porque avanzaban con el mismo sigilo.

Entraron en la oficina del secretario, donde todo estaba muy ordenadito: rimeros de papeles bien escuadrados colocados en án-

gulo perfecto con los bordes del escritorio, sin ni un solo papel que sobresaliera.

«Aquí todo se ve bien, aparte de que Strout no le paga lo suficiente para que tenga la boca cerrada», pensó Lucy. Y no dejó de sentir un cierto placer al pensar que la inversión de Clifton en bistec y cerveza (gasto que tal vez le venía bastante mal) iría en beneficio de ella.

Apuntó hacia la formidable puerta de dos hojas que llevaba a la oficina de Strout. Nuevamente, Rusty puso a trabajar su chabela, y la puerta se abrió sin que se oyera ni siquiera un chirrido de los goznes.

Una vez que estuvieron los cuatro en la enorme sala, Thomas-William cerró la puerta y Rusty encendió la vela de otra linterna, para poder ver la configuración del terreno.

—Tenemos que localizar la caja fuerte —susurró Lucy.

Entonces, en el otro extremo de la sala, se giró el enorme sillón del escritorio y una voz muy conocida dijo:

—Me alegro por ti, Goosie, yo ya me he tomado el trabajo de localizarla.

Afortunadamente para todos, Thomas-William reaccionó rápido; alargó la mano y le tapó la boca a Lucy antes que soltara un chillido y los delatara.

El chillido ahogado prácticamente no se oyó, pero eso no impidió que todos se quedaran inmóviles y cinco pares de oídos se aguzaran para detectar lo que fuera que indicara que habían delatado su presencia.

—Tss, tss —susurró Clifton levantándose del sillón—. ¿Qué era lo que decía siempre tu padre? «El silencio es oro, especialmente para los ladrones.» Qué impropio de ti olvidar ese sabio consejo.

Ella se quitó de la boca la ancha mano de Thomas-William y lo miró furiosa.

—¡Canalla! ¿Qué diablos haces aquí?

—Sí, jefe —dijo Sammy, metiendo la mano en el bolsillo y sacando una pistola—. ¿Qué juego es este?

—Ningún juego. Busco lo mismo que busca su señoría. La verdad.

Porque cuando le dio a Lucy toda esa información, cuando la provocó raptándola, cuando estuvo a punto de besarla y le recordó al hombre arrogante que había sido, al que ella despreciaba, lo hizo a sabiendas de que ella haría todo lo que estuviera en su poder para contrariarlo.

Y jugaría su última carta.

Y entonces él estaría esperándola, con la mano ganadora lista.

—¿La verdad? —repitió Sammy y miró a Lucy—. Dijiste que buscábamos una fortuna.

—Y la buscamos —contestó ella, enfrentando a Clifton con esa resolución que él siempre había admirado en ella; era imposible no ver la absoluta decisión con que lo había dicho.

—Me he pasado todo el día pensando por qué mi hermano iba a dejar una fortuna en tus manos —dijo Clifton.

—Tal vez querrías marcharte para acabar de pensarlo —sugirió ella, haciendo un gesto hacia la puerta.

Aunque la luz era tenue, él vio relampaguear en sus ojos el brillo abrasador, el fuego que acompañaba a ese sarcasmo, cómo le trabajaba la mente revisando su plan para hacer cambios.

—Tal vez querrías explicármelo y ahorrarme ese trabajo.

—Ni con mi último aliento —bufó ella.

Él se le acercó y le susurró al oído, de modo que sólo ella lo oyera:

—Tal vez podríamos dar otra vuelta en mi coche para ver si cambias de opinión.

Ella se estremeció, pero se mantuvo firme.

—No, a menos que antes pueda ponerte debajo de las ruedas.

—Márchese, jefe —dijo Sammy—. Esto de aquí es nuestro.

—En realidad, no —repuso Clifton—. Black Britch fue muy claro al explicar su credo: es del que lo encuentra primero.

—Sí —concedió Rusty, receloso—. Pero si usted lo encontró primero, ¿por qué no se lo llevó?

Clifton apoyó el trasero en el escritorio y se cruzó de brazos, dejando el bastón colgado de una mano.

—Por la sencilla razón de que no puedo abrir la caja fuerte.

—Terrible problema ese —dijo Lucy, sonriendo satisfecha—. Ahora vete para que podamos coger lo que eres incapaz de coger.

—Sigo teniendo el derecho de prioridad —dijo él.

Ella agrandó los ojos.

—El derecho de...

—Ah, ahí te ha cogido, Goosie —le susurró Sammy desde atrás, junto al hombro—. El derecho de prioridad le da a él la primera ojeada.

—¿El Credo de los Ladrones? —exclamó Lucy, casi atragantada.

—¡Chsss! —susurraron sus acompañantes.

—Ah, sí, el noble Credo de los Ladrones —repitió Clifton—, porque me parece que ni Rusty ni Sammy lo trasgrederán.

Los dos manifestaron su acuerdo asintiendo, aunque de mala gana.

—Bueno, descubrirás que ni Thomas-William ni yo tenemos esas lealtades —dijo ella, cruzándose de brazos y adoptando una postura igual a la de él—. Y si estás muerto, tampoco la tendrán Rusty ni Sammy.

—Me imaginé que podríamos llegar a esto —dijo él, y en un veloz movimiento levantó el bastón dejándolo vertical y con la punta a sólo unas pulgadas del cielo raso—. Si te niegas a ayudarme, golpearé, llamando a Strout para que baje. Yo creo que él insistirá en llamar a la guardia y me recompensará por haber capturado a los ladrones que se atrevieron a entrar a robarle. ¿Qué dices, Lucy? ¿Me abrirás la caja fuerte o comprobamos de qué tipo de humor generoso podría estar Strout?

La observó mover el mentón, hacia delante, hacia atrás; su expresión era igual de asesina a la que tenía cuando él la raptó, cuando la cogió en sus brazos y la acercó como para besarla.

Ah, qué cerca estuvo de caer en la tentación de devorarle la boca, pero su orgullo, gracias a Dios por su orgullo, lo controló.

Pero lo que no se le había ocurrido pensar era que se pasaría el resto del día, y seguro que toda esa noche, obsesionado por la sensación de tenerla en sus brazos, por el aroma de su pelo, las curvas de sus caderas y la presión de sus pechos en el pecho de él.

Ese corto rato le había vuelto a despertar todo el deseo que sentía por ella; había vuelto a comprender cuánto la amaba.

«La había amado», intentó enmendar, mientras veía otra vez su mirada furiosa.

La mirada que le aconsejaba que haría bien en guardarse la espalda las próximas dos semanas si se aventuraba a salir de su casa.

Pero de eso se preocuparía después que ella abriera la caja fuerte y él consiguiera reunir las piezas suficientes de ese misterio para descubrir la verdad.

O, por lo menos, hacerse una idea.

—La abriré —dijo Lucy—, pero yo me quedo el testamento de Malcolm. —Ladeó la cabeza—. Sin objeciones.

Él asintió. Podría quedárselo una vez que él lo hubiera leído. No era eso exactamente lo que ella pretendía, pero claro, no había sido nada clara, ¿no?

En cuanto a cumplir la promesa que le hiciera a él; en cuanto a esperarlo.

—¿Dónde está la caja fuerte? —preguntó ella.

—Debajo del escritorio. Los tablones están colocados de forma muy ingeniosa, aunque no del todo insuperable.

Rusty rodeó el escritorio y miró los tablones que ya estaban sacados y colocados en rimero a un lado de la caja fuerte.

—Excelente trabajo, jefe. No ha perdido sus facultades, veo.

—No, en absoluto —dijo Clifton—. Tengo una deuda de gratitud con vosotros, caballeros. He aprovechado vuestras enseñanzas en más ocasiones de las que puedo enumerar.

—Anda ya, basta de bobadas —dijo Sammy, agitando una mano como una ruborosa debutante en la sala de fiestas Almack.

Lucy puso los ojos en blanco y, emitiendo un suave «jumm», pasó entre ellos y rodeó el escritorio.

—Una luz, Sammy —dijo, apuntando el lugar que necesitaba iluminar.

«Siempre la mandona y formidable Goosie», pensó Clifton, resistiendo el deseo de sonreírle de oreja a oreja.

—¿La puedes abrir? —preguntó, arrodillándose a su lado y rozándole el hombro con el suyo.

Los dos pegaron un salto, porque el contacto, como siempre, fue electrizante. Revelador, demasiado revelador.

Sintió pasar por su lado las palabras de Jack como el susurro de una brisa: «Tiene que haber tenido un motivo condenadamente bueno».

—Por supuesto —dijo ella, descartando la pregunta como si hubiera sido tonto hacerla.

¿Podía abrirla? ¿Los pájaros vuelan?

—Esta es mi chica —dijo él en voz baja, apartándole un mechón rebelde de los ojos.

Se miraron fijamente un momento, él inmerso en el recuerdo de cómo fue soltarle el glorioso pelo negro y verlo caer en cascada hasta más abajo de sus tersos hombros.

—Siempre he admirado tu habilidad y tu confianza en ti misma.

Nuevamente alargó la mano hacia el mechón, pero ella se la apartó de un manotazo y se metió el mechón debajo del gorro, dejándolo oculto.

—Te encantaba escandalizarme —bromeó en voz baja, deseando poder arrancarle el maldito gorro.

—No más de lo que a ti te gustaba erizarme las plumas —susurró ella.

Entonces lo miró, no con esa mirada asesina, y pasaron entre ellos los dulces recuerdos de aquellas semanas, abriendo grietas en el muro de piedra y mortero que él se había construido para reemplazarlos.

De pronto, como si ya no soportara la intimidad de esa cercanía entre ellos, ella pasó la atención a la cerradura.

Pero no tardó en descubrir que esta se mantenía inmune a su trabajo.

—Vaya, por el amor de Dios —masculló—, ¿por qué Strout no ha sido tan tacaño para comprar cerraduras como lo es con la paga de su secretario? Tenía que ir y gastárselo todo en una caja fuerte suiza.

—Venga, Goosie —dijo Clifton—. Eres la mejor ganzúa de la ciudad.

—Una lástima que no hayas traído al diablillo —susurró Rusty—. Sigue siendo tan listo con las ganzúas, ¿verdad?

—¿Quién es el diablillo? —preguntó Clifton.

—Nadie —se apresuró a contestar Lucy—. Un ladrón. Habría sido un estorbo —añadió, como si estuviera probando una respuesta tras otra.

Pero Clifton decidió no insistir; ya habría tiempo después para las preguntas y respuestas.

«Siempre hay más de lo que ven los ojos.»

Mientras tanto, Lucy continuaba trabajando con la cerradura.

—Vi una parecida a esta en Ginebra hace unos años —comentó él, haciendo un gesto hacia la caja de hierro.

—¿Conseguiste abrirla? —preguntó ella, examinando ceñuda la cerradura.

—No. Me habría ido bien tenerte a ti esa noche.

«Esa y tantas otras», pensó, pero se apresuró a expulsar de la mente ese triste pensamiento.

Pero ella, inteligente picaruela que era, había detectado su tono melancólico.

—¿Pensabas en mí?

¿Fue imaginación suya o ella parecía sorprendida?

—Sí, Goosie, pensaba en ti.

Más de lo que querría reconocer.

—¿Cómo iba a saberlo yo? —dijo ella, volviendo a su trabajo—. No escribiste nunca. Nunca enviaste noticias de ti.

—Pues sí que lo hice.

Salió un suave «jumm» de debajo de su cara inclinada sobre la caja fuerte, dándole la espalda, pero él no necesitaba verle la cara; estaba claro que no le creía.

—Te enviaba una flor en cada informe. Una flor prensada. Pensaba que sabrías lo que significaba.

Ella se quedó quieta y lo miró por encima del hombro.

—Nunca vi ninguna flor, sólo los informes.

—Así que creíste que te había abandonado —dijo él, más para sí mismo.

—¿Qué otra cosa podía creer?

Pero antes que pudiera decir más, sonó un claro clic en la caja, seguido por varios clancs, al alinearse las barbas del pestillo. Ella

estuvo un momento mirando inmóvil y, lentamente, se le curvaron los labios en una ancha sonrisa. Entonces giró el pestillo y comenzó a tirar de la pesada puerta de hierro.

Él se inclinó a echarle una mano, y en el instante en que se entrelazaron sus dedos, la mano de él sobre la de ella, fue como si hubiera cobrado vida el fuego que se encendió entre ellos durante la entrevista en el coche.

Ella intentó apartarle la mano, pero él la mantuvo firme donde estaba.

No estaba dispuesto a soltarla, habiéndola encontrado.

Y ese pensamiento lo dejó sin habla.

Juntos terminaron de abrir la pesada puerta. Él cogió la linterna y la sostuvo encima de la abertura, y los demás se agruparon alrededor a mirar lo que había dentro.

Incluso Rusty, el mejor ladrón de Londres, soltó un suave silbido.

—Creí oírte decir que este tío sólo es un abogado.

—Lo es —contestó Lucy, sentándose en los talones y moviendo la cabeza.

—Esto parece el tesoro de un contrabandista profesional —dijo Sammy, haciendo un gesto con la cabeza hacia las abultadas bolsas llenas de monedas; y nadie dudaba que las monedas eran soberanos de oro—. Nunca en mi vida había visto tanta guita en billetes —añadió indicando el montón de fajos apilados a un lado de las bolsas.

Al otro lado de la caja había un rimero de libros de cuentas, junto con documentos doblados y sellados y atados con cuerdas negras.

—Testamentos —susurró Lucy.

—¿Testamentos? —repitió Clifton—. ¿Cómo lo sabes?

—El testamento de mi padre estaba atado así. Arch... —Pensó un momento—. El secretario dijo que Strout siempre ataba los testamentos con esas cuerdas negras y los marcaba con esos sellos porque así le resultaba más fácil encontrarlos.

Clifton ladeó la cabeza y los contempló.

—¿Tantos? ¿Todos guardados con llave aquí, ocultos? ¿Para qué?

Lucy lo miró por encima del hombro.

—No me gusta. Hay algo absolutamente incorrecto, malo, en todo esto.

Se miraron y cuales fueran las diferencias entre ellos se disiparon, porque compartían la misma curiosidad, el mismo deseo de llegar a la verdad de un asunto, de descubrir todos los más ínfimos detalles que les contarían la historia completa.

Y justamente por eso hacían tan buena pareja.

—Coincido contigo —dijo él—. ¿Por qué crees que el señor Strout guarda tantos testamentos en su caja fuerte?

Ella negó con la cabeza y luego metió la mano y sacó unos cuantos.

—¿Lo descubrimos?

No les llevó mucho tiempo descubrir lo que había hecho el estimado y fiable señor Strout durante los dos últimos decenios, y cómo había amasado su fortuna.

El hombre que había servido como abogado a tantos agentes de Inglaterra antes que se marcharan al Continente, había abusado de su confianza, aprovechándose de la incertidumbre respecto a lo que les deparaba el destino.

Darby Bricknell y muchos otros cuyos nombres Lucy reconoció, habían dejado sus testamentos y legados en manos de Strout, y este les pagó no honrando ni uno solo de sus deseos cuando murieron, pues no había ejecutado ninguno de los testamentos.

Propiedades que debían haber pasado a seres queridos, primos lejanos y amistades seguían en manos de Strout, y los alquileres, según los numerosos libros de cuentas, seguían llenando sus arcas personales.

La ira de Clifton ya sobrepasaba sus límites, pero fue el paquete de cartas y un testamento en particular el que casi lo hizo olvidar que debía guardar silencio.

Porque tenía que ver con Lucy.

Aprovechando que ella estaba absorta leyendo uno de los testamentos, se fue a instalar en un rincón, con una linterna a mano y leyó rápidamente su descubrimiento.

Los turbios manejos de Strout habían reducido a la nada la herencia que le dejara su padre.

Peor aún, dentro del testamento había una carta del secretario de Strout al duque de Parkerton, recordándole que a la muerte de George Ellyson caducaba el contrato de arrendamiento.

¿Desea Su Excelencia los servicios del señor Strout para encontrar un nuevo arrendatario, porque es dudoso que la residente actual pueda pagar el alquiler de esa buena casa?

¿Y quién firmaba esa carta?

Archibald Sterling, secretario

El vil canalla había puesto en marcha el desahucio de Lucy y, además, su matrimonio con él. Ah, no le costaba imaginárselo yendo a ver a Lucy con la noticia de su inminente desahucio y proponiéndole una solución para su desgracia.

«Cásese conmigo, señorita Ellyson, y jamás tendrá que sufrir por falta de casa.»

Y como si eso no bastara como insulto, Strout encima cobró por encontrar unos nuevos arrendatarios.

¿Y dónde estaba él? Malditos los hados. Porque estaba tan lejos que no habría podido ayudarla. Y él sabía que podría ocurrir eso, porque ¿no se lo dijo Lucy un día hacía ya tantos años? «El viejo duque le dio a mi padre el uso de la casa mientras viva, pero cuando él se muera la casa volverá a la propiedad.»

Y Strout, el muy canalla, le dio carta blanca a Archie en sus planes para casarse con ella, después de haber robado todo el dinero de Ellyson.

Bueno, lo más seguro era que Archibald Sterling se estuviera asando en el infierno, pero eso no significaba que Strout no siguiera vivo para recibir su justo castigo.

—Me encargaré de que lo cuelguen —masculló en voz baja, guardándose disimuladamente los documentos en el bolsillo interior de la chaqueta.

Tal como le enseñara Lucy hacía tantos años.

Lucy lo miró y echó atrás la cabeza, sorprendida por el siniestro destello que brillaba en los ojos de Clifton.

Dios de los cielos, parecía estar a punto de subir la escalera a colgar a Strout de las vigas. Y por mucho que ella deseara hacer exactamente lo mismo, estaría igual de feliz dejando el destino del abogado en las arteras y malignas manos de Pymm.

Él encontraría algún lugar lo más parecido al infierno en la Tierra para arrojarlo.

Le puso una mano en el brazo, para que el calor de su contacto le quitara el frío que parecía haberse apoderado de su corazón.

—Bueno, si hay que colgarlo —hizo un gesto hacia las pruebas que tenían delante—, pongámonos rápidamente a la tarea.

Revisaron los libros, uno a uno, maravillándose de la cantidad y envergadura de sus delitos.

—Mira esto —dijo Lucy, pasándole el testamento que había estado leyendo—. La prometida de Darby debía haber recibido quinientas libras, pagadas a cincuenta libras por año hasta que se casara. —Movió la cabeza y dobló el papel—. No se casó, ¿sabes? Ha sido fiel a su recuerdo todos estos años, y Strout aquí robándole lo que le es debido. Ella no tiene ni idea de que Darby la tuvo presente en su corazón hasta el día de su muerte.

—Ahora se enterará del amor de Darby —dijo él—. Nosotros nos encargaremos de eso.

«Nosotros.» Esa palabra insinuaba tantas cosas que no lograba imaginárselas todas. «No hay ningún "nosotros"», deseó decirle, pero eran muchas las cosas que habían cambiado en esas últimas horas.

Era como si hubieran redescubierto los lazos que los habían unido, recordado lo semejantes que eran, lo mucho que tenían en común.

De todos modos, seguía sin poder creer que él hubiera pensado en ella todos esos años, que le hubiera enviado flores como señal para que lo supiera. ¿Qué se había hecho de esas flores?

Exhaló un suspiro. Las eliminó su padre, lo más probable, por hacer todo lo que estuviera en su poder para poner fin a esa relación que él encontraba desastrosa.

¿Qué le diría su padre en ese momento? Ah, se lo podía imaginar: «No se lo has dicho todo, Goosie. ¿Y ese secretito que tienes, el que está durmiendo en su cama en la casa de Brook Street?»

¿Se enfurecería Clifton si se enteraba de la existencia de Mickey? ¿Lo rechazaría porque era ilegítimo? ¿O lo acogería en su corazón y en su casa? Malcolm siempre había sido bien acogido en la casa del conde, su padre, pero ¿la esposa de Clifton sería tan amplia de criterio como la condesa anterior?

No lo sabía, no podía estar segura. Pero una cosa era cierta: ella protegería al niño con su vida, como había hecho desde el momento en que nació.

Cuando cerraron el último libro de cuentas, Clifton movió la cabeza considerando esa enorme cantidad de testimonios de villanía.

—He de reconocer que Strout es muy meticuloso.

—¿Por qué crees que ha ido anotando todo esto, dejando constancia? —preguntó Lucy, poniendo el último testamento con los demás y pasándoselos a él.

—No es fácil recordar una mentira —dijo Sammy, demostrando que tenía más sabiduría de la que cualquiera se podía imaginar—. Yo llevo una la lista de todas las casas que asalto, para no perder el tiempo entrando a robar en una que ya no tiene la plata.

Lucy concedió el punto haciéndole un gesto de asentimiento a Clifton.

Eso era. Strout, ladrón donde los había, lo había anotado todo en sus libros de cuentas para no meterse en el mismo pozo y correr el riesgo de dejarlo notoriamente seco. O de que lo cogieran.

—Pero si lo guardaba todo —dijo Clifton—, ¿dónde diablos está el testamento de Malcolm?

Lucy aparentó tranquilidad y mintió:

—Tal vez es cierto que se perdió, como ha asegurado Strout. —Miró hacia Thomas-William, que por suerte tenía la mirada fija en el cielo raso, porque tenía que imaginarse que él fue el único que la vio metérselo en la manga—. Ya tendrás tiempo de buscarlo más detenidamente cuando vengas a primera hora con Pymm y la orden de registro.

Clifton no pareció convencido, pero ya no se podía hacer nada más aparte de ponerlo todo ordenado en la caja fuerte y cerrarla.

Habían decidido dejarlo todo donde lo encontraron, decisión que hizo farfullar a Rusty y a Sammy sobre la tontería de dejar tanto dinero ahí, sin llevarse algo, hasta que Clifton les dijo que ese dinero estaba destinado a viudas y huérfanos.

Esa idea escapó a la comprensión de Sammy.

—Jefe, todo el mundo desea ayudar a las viudas y a los huérfanos, pero nadie me va a dar a mí una limosna jamás.

No había nada que discutir a eso, pero justo entonces Thomas-William, que hasta ese momento había guardado silencio, apuntó hacia la puerta y dijo:

—Fuera de aquí. Los dos.

Eso bastó para hacer salir a Rusty y a Sammy como dos ratas escurridizas.

Lucy salió detrás con Thomas-William, pero Clifton se quedó a echarle otra mirada a la oscura sala.

—Vamos, milord —susurró ella—. Ya habrá tiempo después para registrar este cuarto sacando tablón por tablón.

Él asintió y salió tras ella.

Lucy se sintió culpable por mangonearlo así, pero tenía sus motivos.

«Qué más da que te haya enviado flores, que no te haya olvidado. Ahora todo ha cambiado», se dijo, consciente de que la verdadera dificultad iba a ser escapar de él una vez que estuvieran fuera del despacho de Strout.

Pero quiso su suerte que cuando salieron al callejón encontraron a Sammy sujetando a un hombre alto y flaco, con una mano sobre su boca y rodeándole el pecho con el otro brazo.

A Clifton le bastó una mirada para saber quién era.

—El secretario.

—Lo cogimos cuando iba a entrar —explicó Rusty—. No podemos permitir que se ponga a chillar como una gallina, así que digo que deberíamos rebanarle el cuello.

El hombre miró a Lucy con los ojos desorbitados por el terror, como suplicándole que lo salvara.

—Lo dejaríamos todo hecho un desastre —les dijo ella—. Y eso no nos conviene. —Miró a Clifton por encima del hombro—. ¿Crees que nos podría servir de algo?

Mientras el secretario asentía enérgicamente, porque al parecer estaba tan aterrado que hubiera vendida la vida de su santa madre en ese momento, Clifton ladeó la cabeza y lo observó.

—Podría —dijo—. Yo podría llevarlo ante Pymm. Él sabrá qué hacer.

Capítulo 14

A Lucy y Thomas-William les llevó bastante tiempo volver a la casa de Brook Street, porque le dejaron el carretón y el caballo a Clifton para que pudiera llevarse al secretario de Strout.

Ella observó que, justo antes de marcharse, Clifton la miró como si quisiera decirle algo, pero entonces giró sobre los tacones de sus botas y subió al carretón.

¿Qué habría querido decirle? Se estremeció al desbocársele la imaginación.

«Ven conmigo Goosie. Pasa la noche en mis brazos.»

Intentó quitarse de la cabeza esos pensamientos, pero le resultó casi imposible, porque seguía sintiendo el contacto de sus manos mientras se pasaban papeles.

Y las veces que lo sorprendió mirándola. Observándola. Como si la mirara de verdad otra vez.

Echándole una segunda mirada, evaluándola.

Esa noche, durante el tiempo pasado en la oficina de Strout se habían vuelto las tornas entre ellos. Mientras reunían pruebas e intercambiaban impresiones sobre los delitos de Strout, comprendió, habían llegado a una especie de acuerdo, de paz.

Pero ¿qué significaba eso?

«¡Nada! Absolutamente nada», se regañó.

Entonces, ¿qué habría querido decirle?

No tenía la menor idea, y solamente pudo observarlo alejarse en el carretón hasta que se perdió de vista al adentrarse en las oscuras calles de Londres.

Al quedarse sin transporte, y vestida como iba, no lograron

encontrar ningún coche de alquiler que aceptara llevarlos, pero finalmente Thomas-William contrató a un carretero que aceptó desviarse de su camino para entrar en Mayfair, aunque ella tuvo que enseñarle unas cuantas monedas para convencerlo.

Cuando llegaron a la casa de Brook Street, encontraron todo oscuro y silencioso. Ella exhaló un suspiro, aliviada porque Minerva y Elinor aún no habían vuelto del baile de los Gressingham.

Había logrado llegar a la casa sin que nadie se enterara de su salida.

Eso iba pensando mientras caminaba sola por el vestíbulo y subía la escalera; Thomas-William ya se había ido derecho a su habitación.

Cuando entró en la suya, la alegró encontrarla oscura; no había ninguna vela encendida. Siempre había encontrado curiosamente consoladora la oscuridad.

Después de cerrar la puerta, se giró hacia el interior y dio rienda suelta a los pensamientos que había intentado eludir durante todo el trayecto. Cómo ansiaba su cuerpo las caricias de Clifton; sus besos. Cuánto deseaba una repetición de aquella noche en Hampstead.

Una noche más con él, y entonces se marcharía con Mickey y su personal para que él pudiera continuar con su tarea de buscar a la mujer apropiada para ser su condesa, y nadie se enteraría de nada.

—¿Qué diablos me ibas a preguntar, Gilby? —preguntó en un susurro a la oscuridad.

—¿Por qué no me lo preguntas? —contestó una voz conocida.

Entonces se oyó el sonido de raspar una cerilla, y a la luz de la pequeña llamita vio cómo encendía una vela, apagaba la cerilla y la arrojaba en el hogar.

Cuando todavía estaba a oscuras, e incluso en ese momento, a la tenue luz, ya sabía lo que él le iba a preguntar en el callejón de atrás de la casa de Strout.

Y su respuesta... ah, ya la sabía también, desde ese mismo momento.

Se sentía como la cerilla que él había sostenido en la mano, lista para quemarse con el fuego, y sólo necesitaba una sola caricia para arder en llamaradas.

Un solo beso.

Sin decir palabra atravesó la habitación y se arrojó en sus brazos.

Y reencendió la pasión que había creído apagada para siempre.

Clifton había esperado un estallido de otro tipo.

Pero eso, Lucy, su Lucy en sus brazos, sus labios buscando ansiosos los suyos, le bastaba.

Al menos por el momento.

Porque no era tan tonto como para creer que todos los malos entendidos y las promesas no cumplidas se podrían echar a un lado tan fácilmente.

Pero la acogida y las ansias de esa mujer descarada que tenía en sus brazos ya eran un comienzo, y uno que lo volvía a despertar.

Y no era por la reacción de su cuerpo a ella, ya estaba duro como piedra y se había evaporado hasta la última pizca de sensatez que creía tener; era más bien porque de pronto había cobrado vida algo que creía perdido desde hacía mucho tiempo.

Su corazón. Pues nunca había dejado de amarla. Nunca había podido olvidarla. Y eso era amor, amor, algo que trascendía la razón, trascendía la furia y la aflicción con que había vivido todos esos años.

Porque ahí estaba el bálsamo y la luz de su vida.

Ella lo devolvía a la vida como nadie.

Su escandalosa y maravillosa Lucy.

Lucy percibió el desvío de la atención de él; tuvo la impresión de que vacilaba; pero de repente ya se había vuelto impaciente, ávido, como un hombre muerto de hambre.

Rápidamente le liberó los faldones de la camisa de los pantalones, y metiendo las manos por debajo de la camisola de muselina comenzó a acariciarla, a reclamarla, a acercarla más a él.

Pero eso no le bastó.

Le quitó la camisa, haciendo volar los botones, que quedaron

desperdigados por el suelo. Aterrada, ella recordó el testamento de Malcolm escondido en la manga, pero consiguió dejarlo caer suavemente y no tardó en quedar oculto bajo la camisa.

A eso siguieron los pantalones, y quedó solamente en camisola y calzones, aunque no mucho rato. Cuando estuvo desnuda, él la levantó en los brazos y la sentó sobre el tocador, pasando antes la mano por la superficie lanzando lejos el peine y el cepillo.

Lucy se deleitó en la fuerza de sus brazos, en esa posesión de él sin preguntar, sin pedirle permiso.

Él simplemente tomaba lo que deseaba; y la deseaba a ella.

Sentada a esa altura, sus ojos quedaron al nivel de los de él; rodeándole las caderas con las piernas lo apretó a ella.

Sintió el movimiento de su miembro duro bajo las ceñidas calzas de ante que llevaba, y lo apretó más aún para sentir en la entrepierna esa dureza. Sentía su cuerpo tan tenso y duro como el de él, ansioso de él, de lo que él, y sólo él, podía darle.

Entonces Gilby se inclinó a cogerle un pezón con la boca, y se lo succionó, produciéndole oleadas de deseo.

Ella se arqueó, rodeándole las caderas con las manos, acercándolo más aún.

Le vino el recuerdo de aquella noche de tantos años atrás en que él la amó; cuándo fue ya no importaba; era como si hubiera ocurrido la noche anterior.

Separando las piernas de sus caderas, él retrocedió y ella gimió por ese alejamiento, el alejamiento de ese duro y tentador miembro apretado a su cuerpo, aunque no fue por mucho rato.

—Chss, Goosie, que vas a despertar a toda la casa —bromeó él.

Ella no encontró nada divertido en la broma.

—Te deseo, Gilby.

Él le sonrió y se acercó a darle lo que deseaba.

Cogiéndole los muslos se los separó y se inclinó a pasarle la lengua por el sexo.

Ella emitió un fuerte gemido.

—Buen Dios, mujer, vas a despertar a todo Mayfair.

—Guardaré silencio —logró susurrar ella—, pero, maldita sea, Gilby, haz eso otra vez.

Y él la complació, pasando la lengua una y otra vez, explorándole el sexo con largas y sensuales lamidas, y luego con la boca, succionándole ahí tal como había hecho con su pezón.

El cuerpo de Lucy cobró vida. Ah, cómo había olvidado lo que era sentir esa palpitante y peligrosa necesidad. Deseó gritar y despertar a todo Londres.

«Poséeme, poséeme, por favor. Dame...»

Entonces llegó a la crisis, a ese estallido de olas, a esa tempestad que la sacó de un apretado nudo de necesidad transportándola a la libertad y el fuego, como el estallido de luz al raspar una cerilla.

—¡Ah, sí, Gilby! ¡Sí! ¡Ah, sí! —logró decir en la voz más baja que pudo.

Cogida a sus hombros, casi no tuvo conciencia de que él la llevaba a la cama, es decir, hasta que Gilby cayó encima de ella unos segundos después, gloriosamente desnudo, y la cubrió con el calor de su cuerpo, con el duro miembro empujando en su todavía vibrante entrepierna.

Sabía que la pasión que seguía reteniéndola en un soñador cautiverio era sólo el comienzo y, aah, cómo su cuerpo continuaba deseoso de más.

Y sabía lo que significaba «más», así que se abrió a él para que la llenara, la poseyera con una fuerte embestida.

Entonces le tocó a ella sonreír, porque él gimió fuerte al penetrarla, y comenzó a moverse en busca de su liberación.

Y muy pronto el deseo de él fue el de ella también, y los dos se movieron en pos de la satisfacción, en pos la recompensa que buscan los amantes en el abrazo de la noche.

Ya se acercaba el amanecer, observó Clifton, teniendo a Lucy bien acunada en sus brazos.

Los dos estaban agotados, pero aun así no se habían dormido, y le pareció que era llegado el momento.

El momento de aclarar y resolver las cosas entre ellos.

Para poder comenzar de nuevo, antes que saliera el sol y él tuviera que marcharse para concluir el asunto con Strout.

—Lucy —susurró—, ya casi ha amanecido y debo irme.

Ella se movió y lo miró con los ojos no del todo abiertos.

—Quédate —musitó, abrazándolo, acercándolo más a ella.

—No me atrevo.

—Yo me encargaré de que valga la pena —dijo ella, echando atrás las mantas, invitadora.

—Debo marcharme antes que despierte la casa. —Le hizo un guiño—. Antes que se levante Minerva. No me atrevo a arriesgarme a otro encuentro con ella.

Ella se rió y al instante se tapó la boca.

—Ah, porras, supongo que sí.

Se bajó de la cama junto con él y comenzó a ayudarle a recoger sus ropas a la tenue luz.

—Sé por qué te casaste con Archie —dijo él, y aunque ella se quedó inmóvil, continuó—: Sé lo de la casa, lo del desahucio y el papel que él tuvo en todo eso.

Ella se irguió y lo miró a la cara.

—Si lo sabías, ¿por qué no hiciste algo?

—Sólo lo descubrí anoche, en la oficina de Strout.

Ella ladeó la cabeza, mirándolo.

—¿Cómo?

Él recogió su chaqueta que estaba a un lado de la cama, sacó los papeles del bolsillo y se los pasó.

Ella fue a situarse junto a la ventana, donde había más luz y los leyó rápidamente.

—Ese cabrón intrigante podrido —masculló cuando terminó.

—¿Cuál? —preguntó él—. ¿El duque, Strout o Archie?

—Los tres. —Arrojó al suelo los papeles—. Bueno, no puedo colgar a Archie, y supongo que debo dejar que Pymm se encargue de Strout. Pero si alguna vez tengo la mala suerte de encontrarme con Parkerton, será una entrevista que no olvidará.

—No si yo lo encuentro antes —dijo él—. Casi temo por la continuación de su linaje. —Se acercó a abrazarla—. Lo siento mucho. Yo debería haber estado ahí. Debería haber impedido que te echaran. Debería haberme encargado de que estuvieras bien. Sólo que pensé....

—Que yo estaría ahí —dijo ella.

—Sí. Soy un estúpido.

—Yo creía que volverías —dijo ella en voz baja—. Pero no volviste.

Él la soltó, con la cara muy seria.

—Ansiaba volver, pero las órdenes que recíbía eran siempre las mismas. Que continuara allí. En cambio, Malcolm podía ir y venir, con gran disgusto para mí. Una vez te envié una nota con él, cuando se enteró de que podría ir a Hampstead.

—¿Cuándo?

—Un año después que nos marchamos. A Malcolm lo enviaron a ver a tu padre con información. Cuando volvió me dijo que había visto a Mariana, pero que tú no estabas.

—Mi padre debía saber que venía y me envió a hacer algún recado para impedir que recibiera algún comunicado de ti.

—¿Sabía lo nuestro?

Lucy asintió.

—Me pilló cuando entré en la casa aquella noche al volver de la posada.

Clifton emitió un suave silbido.

—Malcolm dijo que le había entregado la nota a la señora Kewin.

Lucy cerró los ojos y gimió.

—Ah, no. La señora Kewin, bendita su alma, casi nunca recordaba dónde guardaba el azucarero. Seguro que se metió tu nota en el bolsillo y ahí se quedó.

—Yo no volví a Inglaterra hasta..., bueno —desvió la cara—, yo venía en el barco en que venía Malcolm.

—¿Cuando lo mataron?

—Sí, después... fui directamente a Hampstead, y ahí me enteré de que te habías casado y la casa estaba alquilada a unos desconocidos.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y ahora sabes por qué —dijo, haciendo un gesto hacia los papeles desperdigados por el suelo—. Primero murió Mariana, luego mi padre y luego la señora Kewin, con un día de diferencia

entre ellos. Fue terrible, terrible, la casa se sentía muy vacía. Y entonces llegó el aviso de Parkerton. Me daba una semana para reunir el dinero del alquiler, si no, tenía que marcharme. —Desvió la cara—. Debería haber encontrado una manera para reunir ese dinero. Debería haberte esperado. Lamento haberte fallado.

¿Fallado ella a él? Ridículo. En todo caso era al revés.

—Creí que te habías enterado de lo de la muerte de Malcolm y de mi participación en ella, y comprendiste... comprendiste que yo era lo que siempre sospechaste, un fracaso. Indigno.

Ella retrocedió, apartándose de él, mirándolo boquiabierta.

—¿Tú? ¿Un fracaso? ¡Noo!

—Lucy, Malcolm murió por mi culpa —dijo él a borbotones; era una confesión que jamás había dicho en voz alta.

Pero lo había atormentado todos esos años.

Ella negó con la cabeza.

—Supe lo que ocurrió en esa playa. Me llevó un tiempo, pero me enteré. Tú no estabas ahí, ni siquiera cerca.

—No, seguía a bordo del barco de Dashwell. —Guardó silencio, buscando las palabras para continuar. Jamás había hablado de esa noche, ni siquiera con Jack; no quería que se supiera la verdad. Entonces hizo una inspiración y le contó lo que no le había contado jamás a nadie—: Malcolm estaba impaciente por desembarcar. Sólo teníamos unos pocos días, y después debíamos volver al trabajo. —Le revolvió el pelo—. Yo tenía pensado ir a reunirme contigo; iba a conseguir una licencia especial en Londres y de ahí me iría directamente a Hampstead para que pudiéramos casarnos.

—¿Te ibas a casar conmigo?

—Por supuesto, tontita Goosie. Te lo había prometido y... Y te amaba.

—Yo no lo sabía. Habían pasado dos años desde que te marchaste y no había recibido nada que me hiciera saber dónde estabas. No sabes cuantas veces registré el gabinete de mapas de mi padre buscando alguna nota, algún informe en que apareciera tu nombre.

Se mordió el labio, con los ojos llenos de lágrimas.

—Malcolm insistió en desembarcar primero, y dirigirse a Londres antes que yo. A eso se suma que también estaba Templeton;

estaba ansioso por ir a ver a su mujer, así que nos jugamos a las cartas el único asiento disponible en la lancha.

Lucy lo miró boquiabierta.

—¡Hiciste trampa!

—Sí. Templeton no es muy bueno con las cartas y quedó fuera de juego casi inmediatamente, así que quedamos Malcolm y yo. Me tocaba dar a mí...

—Y decidiste darte una mano ganadora.

—Sí, pero con las prisas no lo hice bien y Malcolm me pilló. —Movió la cabeza.

—Así que él ocupó el asiento. —Lo miró y dijo en tono más triste—. Podrías haber muerto tú esa noche.

—No sabes cuántas veces he deseado haber sido yo.

—No había llegado tu hora. Y piensa en las vidas, en el trabajo que te quedaba por hacer, el trabajo que has hecho esta noche.

Él no hizo caso de la verdad que contenían esas palabras.

—Lo hice mal y Malcolm murió porque yo estaba desesperado, dispuesto a llegar a cualquier extremo para tenerte.

—Sí, y si hubieras estado tú en esa playa, ¿se habría descubierto alguna vez el engaño de Strout? ¿Y lo de Marsella? No creas que no sé cómo ayudaste a Larken ahí. O de cualquiera de los otros trabajos que llevaste a cabo a lo largo de los años.

—Habría habido otra persona, algún otro tonto.

Ella negó con la cabeza, vehemente.

—No, esos trabajos tenías que hacerlos tú, y sólo tú. —Guardó silencio un momento—. Igual que lo de anoche: teníamos que hacerlo nosotros, era nuestro trabajo, no el de ninguna otra persona.

—Hablas como tu padre —dijo él—. ¿Eso es otra de sus máximas?

Ella apretó las mandíbulas y le cogió la cara entre las manos. Puesto que era Lucy, no se la cogió en una suave y tierna caricia, sino con manos fuertes y firmes.

—Maldita sea, Gilby, comprenderás la verdad de esto. Mi padre siempre aseguraba que todas las cosas que hizo en el Continente, en el campo de acción, trabajando para Parkerton, no eran

importantes por los honores y las recompensas, sino porque lo prepararon para hacer... su verdadero trabajo, digamos.

Esas palabras encendieron una luz en la oscuridad del interior de Clifton, como una chispa de razón.

—Preparar a agentes —dijo, sintiendo que la luz comenzaba a iluminar más.

—Exactamente. Piensa en todos los hombres que preparó: Templeton, Jack, tú, Darby. Sus primeros actos heroicos sólo fueron lecciones para impartir cuando la lucha se volvió mucho más desesperada, mucho más importante.

—Pero, Goosie, yo sólo soy un hombre. ¿Qué tiene que ver conmigo todo eso?

Ella exhaló un largo y fuerte suspiro y levantó las manos.

—Todo, grandísimo tonto. Si no fuera por tu formación, por las lecciones y experiencia que has adquirido, ¿crees que se habrían descubierto los robos de Strout?

Le relampaguearon de resolución los ojos verdes. Y de algo más. De orgullo.

—Tal vez no —concedió.

—Gilby, lo que nos ocurre y hacemos en nuestra vida lo pone en marcha una mano muy superior a las nuestras, y nunca se nos da una tarea que no podamos, que no tengamos el poder para realizar.

—Pero yo no podría haberlo hecho sin ti —musitó él, acercándosele a besarle la frente, y luego continuó vistiéndose.

Imitándolo, ella cogió su bata para ponérsela.

Él se agachó a recoger su camisa, de espaldas a ella, y vio caer unos papeles atados.

—¿Qué diablos? —masculló, cogiendo el paquete.

Porque era un testamento. Uno de los testamentos que vieron en la oficina de Strout para ser exactos. Entonces miró la camisa que había cogido y vio que era la que llevaba ella esa noche.

Y habría apostado hasta su último cuarto de penique a que era el testamento de Malcolm.

Ella lo había sacado a escondidas esa noche, y no tenía la intención de decírselo.

Cerró los ojos. El fuego de ese engaño de ella quemó el amor

que le había confesado esa noche; ese fuego se descontroló, haciéndolo hervir y temblar de furia.

Se tomó un momento para serenarse y meter el testamento en el bolsillo de su chaqueta. Entonces se giró hacia ella.

—Sólo queda una cosa más, Lucy.

—¿Sí, Gilby? —dijo ella, en tono amoroso, de mujer bien saciada.

—Sigo sin entender por qué Malcolm te dejó la custodia de sus bienes.

Vio que se quedaba inmóvil.

Pero no había sido necesario hacer la pregunta, porque justo en ese momento entró en la habitación la respuesta, el motivo del secreto de Malcolm.

Se abrió la puerta y entró corriendo un niño pequeño.

«El diablillo», supuso él.

—Lucy, Lucy, me pareció oír voces —dijo el niño, y entonces se detuvo y lo miró a él, receloso.

Clifton también lo observó. Lo estaban mirando unos ojos muy parecidos a los suyos, desde una cara que al mismo tiempo no había visto nunca y hacía años que no veía.

Miró a Lucy, y aunque la luz era tenue, vio que se había puesto blanca como el papel.

Pero ni por un momento creyó que podría obtener la verdad de ella, así que volvió a mirar al niño.

—¿Quién era tu padre, muchacho? ¿Quién era?

El horror había dejado muda a Lucy. Su intención era que él no se enterara nunca.

Al menos no de esa manera.

—¿Quién era tu padre, chico? —tronó Clifton—. ¿Me lo dices?

Ella le había prohibido a Mickey que hablara del asunto, que revelara la verdad. Porque había razonado, y correctamente, que si se descubría quién era su padre, los Sterling lo enviarían inmediatamente a la propiedad de los Grey.

Mickey miró la cara tan parecida a la suya y entrecerró los ojos, como si también hubiera adivinado la verdad.

—Malcolm Grey, señor —contestó—. ¿Le conoció?

Clifton retrocedió tambaleante, sin mirarla a ella, con la mirada fija en Mickey.

—¿Eres hijo de Malcolm?

—Sí, milord.

Clifton movió la cabeza y, girando sobre sus talones, salió de la habitación.

Santo Dios de los cielos, creía que ella había tenido una aventura con Malcolm. Salió corriendo detrás de él.

—Clifton, debes oírme, tienes que escucharme...

Él se detuvo en la escalera y movió un dedo hacia ella.

—No escucharé ninguna más de tus mentiras —le gritó—. Engañas, señora. No eres mejor que Strout ni que ese débil holgazán con que te casaste.

Se oyeron crujidos de camas y chirridos de goznes de las puertas de las habitaciones cercanas a la escalera. Ah, pues, perfecto. Ahora todos los moradores de la casa habían adquirido una butaca de primera fila para presenciar esa escandalosa riña.

—¡Vas a dejar de gritar y atender a razones! —gritó.

—¿Razones de ti? Dudo que sepas el significado de razón. ¿O te las has arreglado para robársela a alguien que la poseía de verdad? —gritó él.

Lucy hizo una honda inspiración tratando de formular una réplica, pero él ya se había girado y continuaba bajando los peldaños de la escalera de dos en dos.

—Ese niño es mi sobrino y no voy a permitir que lo críe una de tu calaña —gritó desde el vestíbulo—. Volveré con mi abogado. Ordena que le hagan el equipaje y lo preparen.

Entonces se cerró de un golpe la puerta, que quedó vibrando.

—¡Se llama Michael! —gritó ella, bajando la escalera.

Entonces se le doblaron las piernas y se desplomó.

Elinor y Minerva no tardaron en llegar hasta ella y ponerse una a cada lado.

—¡Quiere quitarme a Mickey! —sollozó Lucy, en el hombro de Minerva.

—No se lo permitiremos —le dijo Minerva, y por encima de

sus temblorosos hombros miró a Elinor a los ojos—. No se lo permitiremos.

Elinor asintió.

—Yo creo que ya no es capaz de atender a razones —continuó Lucy—. He convertido todo esto en un horrible lío.

—No te preocupes, Lucy, atenderá a razones —le dijo Minerva, dándole palmaditas en el hombro—. Escuchará. Nosotras nos encargaremos de que escuche.

Capítulo 15

Unas horas después, Minerva y Elinor estaban en el oscuro interior del coche del duque detenido delante de las puertas del White.

—Minerva, si nos ven aquí al acecho en Saint James Street, vamos a ser el escándalo de la temporada —dijo Elinor, hundiéndose más en su asiento.

—Te lo digo, él no tardará en llegar y entonces podremos marcharnos —la tranquilizó Minerva—. Lucy haría lo mismo por nosotras.

Eso reanimó a Elinor, afirmando su resolución.

—Supongo. ¿Quién habría pensado que podía ser tan encantadora?

—Quién lo habría pensado, desde luego —convino Minerva.

Porque, la verdad, si alguien le hubiera sugerido que llegaría a esos extremos, a arriesgar su reputación, por una persona como Lucy Ellyson, habría echado con cajas destempladas al idiota.

Y eso era lo que estaban haciendo, poniéndose peligrosamente cerca de arruinar sus reputaciones, porque ninguna mujer de buen nombre se atrevía a poner un pie en St. James Street, ese bloque de edificios en que estaban los clubes masculinos más refinados y exclusivos de Londres.

Pero ahí era donde el formal mayordomo de Clifton les dijo que iría su amo, «a su club», antes de cerrarles la puerta en las narices.

Así pues, al club se dirigieron a toda prisa. Y ahí estaban, esperando.

Habían salido a hurtadillas de la casa cuando Lucy fue a sentarse a esperar al abogado que el duque les prometió enviar para que la

ayudara con el pleito que le interpondría. Porque si le hubieran explicado la verdadera naturaleza de su plan, ella no las habría dejado salir.

—¿Crees que nos escuchará? —musitó Elinor.

—Sí —repuso Minerva, sacando una pistola de su ridículo.

—¡Santo cielo, Minerva! ¿De dónde has sacado eso?

Sosteniendo con sumo cuidado la pistola, Minerva la miró.

—La robé de la habitación de Thomas-William.

Elinor miró la pistola y luego a ella.

—¡Bravo! —Entonces abrió un pelín la cortina y miró por la rendija—. ¡Ahí está! Al menos creo que es él. Ahora lleva la camisa puesta.

—Hombre escandaloso —masculló Minerva, con la mano en el pestillo para abrir la portezuela. Sí, era Clifton el que venía acercándose por la acera—. Aunque me imagino que a Lucy le va que ni pintado.

Las dos retuvieron el aliento cuando él estuvo al lado del coche. Minerva abrió bruscamente la puerta y enterró el cañón de la pistola en la espalda del conde.

—Suba al coche, milord, y le prometo que no dispararé —le dijo.

—¿Lady Standon? —dijo él, mirándola por encima del hombro—. ¿Sabe disparar eso?

—Milord, ni siquiera tengo idea de si está cargada, pero, ¿está dispuesto a descubrirlo?

Una hora después Clifton bajó del coche de Hollindrake zarandeado pero intacto. Entonces entró en el White, para encontrarse con el abogado al que había citado ahí.

Había tenido una mañana bastante ajetreada, primero ayudando a Pymm a arrestar a Strout, luego enviando recado al abogado para poder obtener la custodia del niño y, finalmente, siendo raptado no por una lady Standon, sino por dos.

¡Buen Dios! Si llegaba a saberse en los círculos del Foreign Office que lo habían raptado dos marquesas viudas delante del White, no pararían de embromarlo jamás.

Aunque no creía que ni Minerva ni Elinor fueran a contar en sus visitas de la tarde cómo habían pasado la primera parte del día.

Dada la situación, canceló la entrevista con el abogado, porque ya había tenido bastante de discusiones legales por el día. Bueno, en realidad agradecía que no se admitieran damas en la profesión, porque temía el día en que a alguna como Minerva Sterling se le diera la oportunidad de defender un caso. Sus palabras seguían sonándole en los oídos:

«¡Tonto arrogante! ¡No le ha dado ninguna oportunidad! ¿En qué momento debía decirle ella lo del hijo de su hermano? ¿Cuándo, señor?»

Antes que él pudiera abrir la boca para contestar, lo que fuera, tomó la palabra Elinor Sterling:

«Malcolm amaba a la hermana de Lucy, Mariana. La dejó embarazada. Y Lucy se ha ocupado del niño desde el momento en que nació. Y ahora usted se atreve a intentar quitarle la custodia, cuando ella lo ha querido, mantenido, protegido...».

«... con gran consternación de los Sterling —añadió Minerva.»

«Y arriesgando su reputación, además —continuó Elinor—, porque tal como usted, muchos suponíamos que el niño era de ella. Vamos, una y otra vez ha antepuesto el bienestar del niño a su propia felicidad, sólo para conseguir tenerlo con ella.»

Y Minerva aún no había acabado:

«¿Y por qué iba a decírselo a usted? A fin de cuentas, a sus ojos usted había renegado de su amor, no volvió nunca y estaba prácticamente comprometido con otra. ¿Qué otra cosa podía pensar ella?».

Movió la cabeza, repasando los detalles de todo lo que se había enterado. Ella había cuidado y protegido al hijo de Malcolm, criándolo como si fuera su hijo, plantando cara a todas las reglas de la sociedad y soportando los desprecios, para tenerlo con ella, porque era lo único que le quedaba de la vida que había amado.

En Hampstead, en el campo.

Le tocó a él lamentar: «Malcolm, ojalá me hubieras dicho lo de Mariana. Lo del niño. Yo habría hecho todo lo que hubiera podido por ellos».

Por qué su hermano no se lo dijo, no lo sabía, y ya no lo sabría jamás.

Entonces oyó un afable saludo:

—¡Clifton!

Levantó la vista y vio a Jack bajando la escalera.

—¿Cómo va nuestro asuntito? —preguntó este, haciéndole un guiño y dándole un codazo.

Sólo entonces Clifton vio al hombre que acompañaba a Jack. Era fácil ver que eran hermanos, porque los dos tenían la misma estatura y constitución, pero ahí acababa el parecido. El acompañante de Jack vestía de punta en blanco, con una resplandeciente chaqueta a la última moda, botas brillantes, el pelo cortado a la perfección, como si se lo recortara cada mañana.

Y coronando todo eso vio una gloriosa corbata, atada con uno de los lazos más envidiados y adornada con un alfiler con cabeza de diamante.

La mirada del hombre recayó en él a través de un monóculo, y arqueó las cejas al examinarle la muy arrugada chaqueta y la sombra de barba en la cara.

—Oh, dónde están mis modales —estaba diciendo Jack—. No sé si conoces a mi hermano, su excelencia el duque de Parkerton.

—Me parece que este no es el mejor momento para presentaciones, Jack —canturreó el duque—. Tu amigo se ve en necesidad de cierta atención.

Movió la cabeza consternado y agitó la mano indicándole a Clifton que se apartara de su camino.

Clifton lo miró a la cara; miró fijamente al hombre que había tomado parte en todo el enredo.

—Le debe una disculpa a una dama —dijo.

—No le debo nada de nada a ninguna dama, y si le debo unas cuantas palabras a alguna desventurada conocida suya, dudo que sea una dama. —Volvió a hacer el gesto con la mano, irguiéndose en su postura más imperiosa—. Ahora, apártese, señor.

—Buen Dios —musitó Jack, retrocediendo y moviendo la cabeza—. Esto no va a acabar bien.

Clifton miró al duque, pero no lo vio a él sino a Lucy, obligada

a marcharse de su casa, a Lucy teniendo que casarse con Archie Sterling para mantenerse y tener a salvo a Mickey; a Lucy creyendo que él estaba perdido para ella, peor aún, que nunca la había amado.

Más o menos de la misma manera como Parkerton miraría a cualquier persona ajena a su elevada esfera; sin importarle en absoluto.

Así pues, le dio una lección en elocuencia plebeya.

Le asestó un directo en el costado; el hombre se dobló y le salió el aire de los pulmones en un fuerte resoplido; entonces lo remató con un potente gancho en la cara, con el que el duque de Parkerton quedó tumbado en postura no muy elegante sobre el elegante y pulido suelo de mármol del White.

Jack avanzó lentamente unos pasos a mirar a su inconsciente hermano.

—Ah, ha sido una buena manera de taparle la boca, Clifton. Excelentes golpes. No sabes cuántas veces he deseado hacer lo mismo. —Lo miró y añadió—: Pero te das cuenta, supongo, de que va a insistir en que te expulsen del club.

Llamando en su ayuda a unos cuantos criados, lograron trasladar a Parkerton a una sala tranquila. Con una botella del mejor coñac del White y un filete de carne cruda listo para ponérselo, Jack reanimó a su hermano.

—¿Qué diantres? —farfulló Parkerton tan pronto como recobró el conocimiento—. ¿Qué ha pasado?

—Clifton te ha arrojado al suelo —le dijo Jack, poniéndole el filete en el ojo que ya comenzaba a hincharse. —Por encima del hombro miró hacia Clifton, que había salido de entre las sombras—. Te lo ha dejado bien cerrado, creo.

—¿Tengo un ojo morado? —preguntó Parkerton, quitándose el filete para poder tocarse la hinchazón; haciendo un gesto de dolor, cogió nuevamente el filete y se lo puso él mismo sobre el ojo—. Nunca he tenido un ojo morado.

—Vamos, anda ya —dijo Jack—. Claro que lo has tenido. A todo muchacho le ponen un ojo morado alguna vez.

—No, Jack. A mí nunca me dieron la libertad que tenías tú. —Pestañeó con el ojo bueno y miró alrededor—. ¿Y quién eres exactamente? —preguntó a Clifton.

—Clifton —le recordó Jack—. Es amigo mío.

—¿De cuáles de tus amigos? —preguntó Parkerton, con una ceja arqueada—. ¿Uno de tus viejos amigos —especificó, refiriéndose al pasado más inicuo de Jack—, o uno más reciente?

Clifton se enderezó.

—¿Lo sabe? —preguntó, dirigiéndose a Jack.

Este asintió.

El duque enderezó la espalda en el asiento y movió unas cuantas veces la cabeza, como para quitarse los últimos vestigios del puñetazo de Clifton.

—Colijo que eso significa que eres uno de los caballeros del Foreign Office que de vez en cuando «visitaban» a Jack.

Cuando usaban las cuevas secretas y los corredores subterráneos de los contrabandistas de Thistleton Park para salir de camino al Continente y para volver a entrar en Inglaterra.

—Sí, excelencia —contestó Clifton, inclinando levemente la cabeza.

—Buen Dios, con razón te enviaron —dijo el duque—. Tienes un puño demoledor.

Clifton volvió a hacer una leve venia.

—Creo que dijiste algo sobre una dama.

—Sí, Lucy Ellyson.

—¿Ellyson? Me suena ese apellido. —Se dio unos golpecitos en el mentón—. ¿De qué conozco yo ese apellido?

Jack miró a Clifton y agrandó los ojos, negando con la cabeza: «¡No! No se lo digas».

—¿No era ese hombre al que nuestro padre sacó de la pobreza y lo educó?

Jack emitió un suave gemido y simplemente se encogió de hombros.

—¿Y esa Lucy?

—Su hija —contestó Clifton.

—Jack, hazme el favor de dejar de parecer a punto de desmayar-

te —ordenó Parkerton—. Estás más pálido que esa vez que tuviste que informarme de que la tía abuela Josephine no había muerto.

—Es algo similar, creo —reconoció Jack.

El duque lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir, o más bien, no dices?

Jack se movió nervioso, arrastrando los pies.

—Nuestro padre reclutaba a ladrones y a nobles por igual para el Foreign Office. Los enviaba al colegio, los preparaba personalmente y luego los llevaba con él en sus viajes por el Continente para que le ayudaran a espiar para Inglaterra.

Clifton pensó que habría sido más amable asestarle otro directo en el vientre al duque, porque este palideció y se quedó blanco como el papel.

—¿Nuestro padre era un espía?

—Uno excelente —dijo Clifton, con lo que el duque se consternó más aún y le hizo un gesto con la mano como para que no continuara.

—Sí —dijo Jack—. Pregúntale a la tía Josephine si no me crees.

—Ah, me ahorraré el sufrimiento de esa entrevista y aceptaré tu palabra —dijo el duque cansinamente—. Esto sólo confirma mis sospechas, que he tenido desde hace mucho tiempo, de que soy el único miembro de la familia Tremont que no padece de locura.

Jack sonrió de oreja a oreja.

—¿Y este Ellyson? ¿Era uno de los caballeros nobles de nuestro padre?

Clifton y Jack se miraron.

—Por esa mirada y vuestro silencio colijo que la respuesta es no.

—Sí y no —repuso Clifton—. Ellyson era el ladronzuelo que robó la cartera a tu padre, y al que este envió al colegio y después...

—Lo utilizó en el servicio del rey —terminó el duque, dando un barniz más aceptable al asunto—. Pero ¿hay más?

Clifton asintió.

—Tu padre le dio a Ellyson el uso de una casa en Hampstead, mientras viviera, donde continuó... continuó...

—... sirviendo al rey —suplió Jack—. Preparando a otros. Entre ellos a mí.

—Vivía ahí con sus hijas —continuó Clifton—, y realizaba un noble servicio, a pesar de su origen no muy honrado. Pero cuando murió, su excelencia ordenó...

El duque lo interrumpió levantando una mano.

—Tengo que imaginarme que mi administrador ordenó el desahucio de la hija y por eso... —Se señaló el ojo hinchado.

Clifton asintió.

—Mis disculpas, excelencia. Creo que mi genio...

—Nada de disculpas. Esta señorita Ellyson debe de ser toda una dama.

—Lo es —dijeron Jack y Clifton al unísono.

—Ahora es lady Standon —añadió Clifton.

Volvió a arquearse la ducal ceja.

—¿Una de esas viudas que son la comidilla de la alta sociedad, supongo?

Jack asintió.

—Si tuvieras a bien devolverle el uso de la casa —sugirió Clifton—, yo te lo agradecería muchísimo. Eso la liberaría de las restricciones que le impone la alta sociedad y le daría la posibilidad de llevar la vida que quisiera.

—¿Y supongo que tienes la esperanza de que ella te elija por compañía en esa nueva vida?

—Sí, aunque dudo que lo haga. He liado bastante las cosas.

—¿Tu genio, colijo? —dijo el duque, sarcástico. Se puso de pie—. Iré inmediatemente a visitar a lady Standon para presentarle mis disculpas y enmendar las cosas.

Clifton y Jack se miraron irónicos.

—¿Qué? ¿No puedo ir a visitar a la dama?

Jack negó con la cabeza.

—¡Así como estás no!

El duque se miró la corbata y la chaqueta arrugadas.

—Supongo que no. Tendré que ir a cambiarme el traje.

—¡No! —exclamó Clifton, negando con la cabeza.

—De ninguna manera —dijo Jack, quitándose la suya—. Ponte la mía.

Parkerton miró despectivo la chaqueta de su hermano.

—¿Ponerme esto? Me voy a parecer a mi administrador.

—Exactamente —dijo Jack.

—Excelente idea —dijo Clifton—. Mmm, lady Standon no le tiene mucho aprecio a la alta sociedad, y estima menos aún a tu excelencia.

—Pero ¿por qué? —preguntó Parkerton, mientras le quitaban su chaqueta y le ponían la más práctica de Jack.

Jack lo miró un momento en silencio, con un destello calculador en los ojos.

—¿Quieres que se corra la voz por la ciudad de que te vieron visitando a las viudas Standon? Todas las señoras de cien millas a la redonda de Londres van a interpretar eso como que andas buscando esposa.

Parkerton se estremeció ante esa idea.

—Además, Lucy Ellyson no siente ningún respeto por los títulos ni el rango —le dijo Clifton—. Y tú ordenaste su desahucio. Por otro lado, yo aprendí ese gancho con la derecha de la propia dama. No me gustaría que quedaras con los dos ojos... —Se dio unos golpecitos en su ojo amoratado, para dejar claro el punto.

—¡Ah! —dijo Parkerton, tocándose el ojo hinchado—. Buen consejo.

Y así fue como, una hora después, Lucy se encontró sentada en la sala de estar ante un hombre que decía ser el duque de Parkerton.

—No tiene apariencia de duque —le dijo, escéptica.

—Señora, ha de saber que soy el duque de Parkerton —dijo él, con aire imperioso.

Lucy ladeó la cabeza y le miró el ojo.

—¿Con un ojo a la funerala?

El hombre hizo una inspiración profunda.

—Cortesía del conde de Clifton —dijo—. Esta tarde tuvimos un encuentro, por así decirlo, en el White.

«... si alguna vez tengo la mala suerte de encontrarme con Parkerton, será una entrevista que no olvidará.»

¿Qué fue lo que dijo él?

«No si yo lo encuentro antes.»

O sea, que lo había encontrado. Le bajó la mandíbula y al instante se tapó la boca, al recordar que no debía mirar boquiabierta a las visitas. Y mucho menos a duques, lógicamente.

El duque tuvo la buena educación de hacer caso omiso de su desacierto.

—Él y mi hermano Jack me sugirieron que viniera vestido así para no llamar la atención con mi visita y para que usted estuviera en mejor disposición de escuchar mi ofrecimiento.

—¿Ofrecimiento? —repitió ella con voz débil, pues todavía le costaba creer que Clifton le hubiera dejado el ojo amoratado al duque, y en el White nada menos.

—Sí, un ofrecimiento. En vista de los valiosos servicios de su padre a la Corona, y puesto que era el deseo de mi padre que se lo compensara, le doy la escritura de la casa de Hampstead.

—¿Me va a regalar la casa?

—Sí. Lamento no haber tenido conocimiento del acuerdo entre nuestros padres, porque si lo hubiera sabido usted habría continuado con el uso de la casa. Este ha sido un día muy instructivo. —Se tocó el ojo—. Antes de venir aquí fui a visitar al duque de Hollindrake, y él ha dispuesto que se le entregue su dote, con el fin de que tenga ingresos para vivir. Ahora está libre para llevar la vida que quiera.

—¿Mi dote? —dijo ella—. Nunca he tenido una dote.

—Ahora la tiene —dijo él sonriendo, y al instante hizo un gesto de dolor por la consecuencia de la sonrisa.

—¿Quiere que le traiga un filete de carne para ese ojo? —ofreció ella.

Él la miró y sonrió.

—Milady, usted es una experta en puñetazos, ¿verdad?

—Eso me han dicho.

—¿Me permitiría hacerle una sugerencia para su recién encontrada libertad, sin temor a comprobar lo experta que es?

Lucy se rió.

—Por supuesto, excelencia.

—Páguele al conde sus servicios a la Corona concediéndole su

corazón. —Levantó una mano para acallar su protesta—. El hombre, tengo entendido, cometió un grave error de juicio...

Ella emitió un grosero bufido.

—Sí, eso parece —convino él—, pero yo diría que usted lo ama.

—¿Y qué le hace creer eso?

—Pues que no me ha arrojado al suelo por atreverme a hacerle esa sugerencia.

Los dos se rieron.

—Vaya a encontrarse con él, lady Standon. Él desea las mismas cosas que desea usted. Su vida en el campo y un matrimonio por amor. Está en el parque cerca del Serpentine. Dígale que todo está perdonado y viva la vida que siempre ha deseado.

Ella se levantó, a punto de salir a toda prisa, pero en la puerta se detuvo a mirarlo por encima del hombro.

—Si perdono al conde, ¿tendré de todas maneras la casa de Hampstead?

Porque Lucy seguía siendo la muy práctica hija de su padre.

Elinor llegó a la casa justo en el momento en que Lucy estaba saliendo.

—Tengo demasiadas cosas para contar —le dijo Lucy a toda prisa—. Por ahora baste decir que voy a tener la casa de Hampstead, una dote y al conde.

Elinor se quedó observándola alejarse y deseó que Minerva no hubiera pasado a visitar a lady Charles, para que hubiera podido ver la felicidad que brillaba en los ojos de Lucy.

Con ese buen humor, entró en la casa y vio a un desconocido saliendo de la sala de estar y al mismo tiempo a Tia bajando la escalera corriendo.

—Ah, Elinor, menos mal que has llegado —dijo Tia a borbotones—. *Isidore* está teniendo a sus cachorros y creo que lo está pasando mal. No sé qué hacer.

Eso paró en seco a Elinor, porque normalmente un mozo del establo se encargaba de esas cosas.

—Yo tampoco. Oh, ¡pobre *Isidore*!

Las dos se giraron a mirar al desconocido que estaba en el vestíbulo. Elinor supuso que era el abogado que le habían pedido a Hollindrake que les enviara, aunque el hombre no tenía aspecto de ser de la ciudad; tenía más aspecto de ser del campo.

—Señor, ¿tiene alguna experiencia con perros?

—Algo —dijo él, en una actitud bastante altiva.

«Bueno, no tiene por qué darse tantos aires», pensó Elinor. Al fin y al cabo no era de rango muy superior al de un administrador. Tampoco debería mirarla de esa manera, porque le hacía bajar calor por la columna.

Lo miró disimuladamente y se sorprendió por encontrarlo bastante guapo.

Una pena que no tuviera título.

—¿Le importaría ayudarnos? —le preguntó—. Esta es la primera camada de *Isidore*, y es una perrita de la raza más fina de terriers que he tenido.

—Será un honor para mí, milady —dijo él, haciéndole una venia.

Y cuando se enderezó, ella volvió a mirarlo y comprobó que era muy alto y vestía bien; al estilo plebeyo, sí, pero no pudo evitar que le subiera rubor a las mejillas mientras él la miraba.

—¿Le lleva asuntos al duque con frecuencia? —le preguntó mientras subían hacia el ropero en que se había escondido *Isidore*.

—¿Hago qué para el duque? —tartamudeó él, algo desconcertado.

—¿Le lleva asuntos legales o de negocios? —dijo ella—. Trabaja en asesoramiento, supongo.

Pasado un momento, él asintió.

—Ah, sí, sí.

—¡Excelente! ¿Tiene conexiones en la alta sociedad?

—Unas cuantas —repuso él.

Elinor hizo un gesto de asentimiento.

—¿Le importaría investigarme un asunto? Discretamente. Se lo pagaré, por supuesto.

Diciendo eso se arrodilló ante *Isidore* con su camada de cachorros ya comenzada.

—Sería un honor para mí servirla —dijo él, arrodillándose a su lado—, pero no sé a quién voy a servir.

Entonces intervino Tia para hacer la necesaria presentación.

—Es mi hermana Elinor, lady Standon por el momento —dijo, sonriendo de oreja a oreja—, hasta que se case con su duque.

Lucy caminaba a toda prisa hacia el parque sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que revoloteaban detrás de ella como hojas caídas.

El día era luminoso y soleado, y al ser febrero el aire estaba frío. Para ella igual podría ser el uno de mayo, lleno de flores por todos lados.

Pero cuando llegó al Serpentine, no había nadie paseando y no vio señales de Clifton. El corazón se le vino al suelo. ¿Parkerton la había engañado?

«No si quiere seguir con vida», pensó, cerrando en puños las manos a los costados.

Justo entonces le captó la atención un leve movimiento, y vio salir a alguien de detrás de un árbol. Clifton.

Cuánto lo había echado de menos todos esos años. Llevaban demasiado tiempo separados.

Corrió hacia él, y él corrió hacia ella.

—¿Me perdonas?

—¿Y tú me perdonas a mí?

Los dos se rieron, y él le apartó un mechón rebelde de la cara.

—¿Y Mickey? —preguntó ella, nerviosa.

—Ah, no te puedes imaginar mi alegría por haberlo encontrado. ¡El hijo de Malcolm! Cáspita, Goosie, es la viva imagen de su padre.

—Sí —convino ella—, pero vas a descubrir que tiene la inclinación de Mariana a crear problemas.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Entonces será nuestra dicha, y un buen ejemplo para nuestros hijos.

A Lucy se le hinchó el corazón, al pensar en un hogar con Clifton y en varios niños riendo y jugando por la casa.

—Nunca he dejado de amarte —dijo él.

—Yo tampoco a ti —musitó ella.

Y entonces él la besó. Largo, profundo, sus labios tiernos sobre los de ella.

Esa era su promesa, comprendió Lucy. Su compromiso.

Pero el beso fue interrumpido por los gritos de un jinete que pasó cerca de ellos:

—¡Clifton! ¡Demonio! ¿Eres tú?

Clifton levantó la vista y miró al jinete.

—Asterby —musitó.

—¡Maldito canalla! Te haré expulsar del White, y no creo que eso vaya a ser muy difícil tomando en cuenta lo que le hiciste a Parkerton.

—Buen puñetazo —dijo Lucy, sonriéndole.

Él le dio un beso bajo el mentón.

—Lo aprendí de la mejor.

—No me dejes de lado —dijo Asterby, deteniendo su caballo ante ellos—. ¡Perro de mala raza!

—Señor, si esto tiene que ver con tu hija...

—¡¿Mi hija?! Por supuesto, idiota, se trata de mi hija. Fue y se fugó con Percy Harmond, ese tulipán inútil. Se han casado. De dónde sacó la pasta para conseguirse una licencia especial no lo sabré jamás, pero la consiguió y se casó con mi hija. —Movió un dedo hacia los dos—. Si no la hubieras tratato tan vergonzosamente yo no estaría cargado con ese idiota por yerno.

Lucy se tragó la risa, pensando en la angelical lady Annella, que todo ese tiempo había estado haciendo planes para escapar de las maquinaciones de sus padres.

—Tal vez es un matrimonio por amor, milord —sugirió.

—¡¿Un qué?! —exclamó lord Asterby.

—Un matrimonio por amor —repitió Lucy—. Tal vez su hija simplemente deseaba casarse con un hombre al que amara.

—¿Casarse por amor? Qué absoluta idiotez. El amor va de deber y obligación.

Lucy miró a Clifton.

—¿Sí?

Él negó con la cabeza.

—No para nosotros.

—¡Bah! —exclamó Asterby—. Es como querer hablar de sentido común con un par de erizos. ¿Qué diantres le pasa al mundo hoy en día?

Farfullando eso, Asterby se alejó.

Clifton cogió de la mano a Lucy y echó a andar para llevarla a casa.

—¡Deber y obligación! —exclamó ella, estremeciéndose.

—Ah, no descartes la importancia de esos conceptos, mi futura lady Clifton —dijo él, imperioso—. Porque tu primer deber es casarte conmigo y luego estás obligada a producir un heredero.

Lucy se detuvo y alcanzó a ver un brillo pícaro en los oscuros ojos del conde.

—Entonces supongo que tendremos que ponernos a trabajar en esa, eh, obligación, de inmediato —dijo solemnemente—. Ese trabajo te va a exigir una entrega total.

Él se inclinó ante ella.

—Siempre a tu servicio, señora. Ahora y siempre.

Ella sonrió de oreja a oreja cuando él volvió a cogerla en sus brazos.

—Como debe ser.

Elizabeth Boyle pasó de amar las novelas románticas a escribirlas ella misma. Desde su primer libro publicado, en 1996, su obra ha aparecido en las listas de libros más vendidos de su país y ha ganado un premio RITA y el Premio a la Mejor Novela de la prestigiosa publicación *Romantic Times*. En la actualidad vive en Seattle con su marido y sus dos hijos.

«Todos los característicos elementos literarios de Boyle (una pluma deliciosamente ácida, personajes espléndidos y originales, y una atrevida química sexual) se fusionan brillantemente en *La condesa perfecta*.»

Booklist (libro recomendado)

Código BIC: FRH | **Código BISAC:** FIC027050

síganos en **www.titania.org**

y **facebook/Sellotitania**

Capture este código y acceda a otros contenidos...

Diseño de cubierta: **Epica Prima**

El conde de Clifton tiene un objetivo en la vida: encontrar a la condesa perfecta y casarse con ella. Pero entonces se topa con Lucy Ellison y todos sus planes se desmoronan. Lucy no sólo pertenece a la clase baja, sino que es experta en descifrar códigos secretos, hacer trampas en los juegos de cartas, violar cerraduras y entrenar a futuros espías como el mismo conde, tanto en las habilidades necesarias para proteger a su patria como en los misterios del amor. Ahora, Clifton parte en una peligrosa misión y antes de marcharse le promete a Lucy que ella será su esposa. Pero la guerra los mantendrá separados durante demasiado tiempo, y cuando él por fin regresa, no puede encontrarla. Desencantado, el conde terminará proponiéndole matrimonio a la rica y adorable Annella Corby. Y justo en ese momento reaparece Lucy en la vida del conde, hecha una furia y, al mismo tiempo, deseosa de recuperar al hombre de
¿Podrá el amor d

9788492916221 22
05/10/2018 10:05-1
9 916221"
ebook